

Participando en actividades literarias, obtuvo 1er. lugar en los Juegos Florales del PRI, en 1953; 1er. lugar, en 1954, en el certamen convocado por el Comité Pro-Exaltación a la Madre, en Mazatlán, Sinaloa, y 2do. lugar en el Concurso de Cuento patrocinado por la Asociación de Periodistas de Sinaloa en 1977.

Publicó en los números correspondientes a los meses de marzo y abril de 1980 de la revista "Presagio" su libro titulado **Estampas aborígenes de mi tierra**, publicando posteriormente **Los viejos barrios de Los Mochis viejos**, **Lira andariega**, **Tras la huella del indio** y **Ahora sí, ya le entiendo al mayo Lencho**.

Después de haber sufrido durante varios años una enfermedad que le impidió seguir sus actividades acostumbradas, nos abandonó físicamente el 30 de abril de 1995.

¿ Qué podemos decir de la obra de un joven que se transformó en el Maestro visionario que encontró en la educación, la lucha social y su disposición de servicio público los elementos que sustentaron su fecunda y provechosa vida?

Primero habrá que reconocerle el haber encontrado la forma de darle vida literaria, con autenticidad y cariño, a la expresión social del pueblo mayo de Angostura, respetándole su espíritu, dicción y autoctonía, tan difíciles de lograr; y también habrá que decir que en estas cuatro obras, manifiesta su confianza en la educación y la cultura como fuentes de superación social.

En cuanto a su estilo, en cada una de sus exposiciones nos introduce al tema con claridad, sin falsas llamadas de atención; lo desarrolla poco a poco, preparándonos para el desenlace que transforma en un final que enseña, alecciona, dejando el mensaje que deja huella en el lector.

Nicolás Vidales Soto



Cipriano Obezo Camargo **Obras**

Cipriano Obezo Camargo **Obras**



Rescate histórico



Cipriano Obezo Camargo

Nacido en la comunidad indígena de Alhuey, Angostura, Sinaloa, el 26 de septiembre de 1918, emigró con su familia a la ciudad de Los Mochis en 1922, y permaneció allí estudiando el ciclo de educación primaria hasta el 4to. grado.

Después de realizar sus estudios hasta el nivel profesional, en el área de comunicación masiva sirvió como comentarista de temas políticos y sociales en la radiodifusora XECQ; como columnista de los periódicos "La Palabra" y "La Voz de Sinaloa" y como colaborador de planta de las revistas "Expresión", "Diálogo", "Élite Social" y "Presagio".

Cipriano
Obezo
Camargo
Obras



COLEGIO de BACHILLERES del ESTADO DE SINALOA

COLEGIO de BACHILLERES DEL ESTADO DE SINALOA

LIC. QUIRINO ORDAZ COPPEL
Gobernador Constitucional del Estado de Sinaloa

LIC. GONZALO GÓMEZ FLORES
Secretario General de Gobierno

DR. JOSÉ ENRIQUE VILLA RIVERA
Secretario de Educación Pública y Cultura

MC. SERGIO MARIO ARREDONDO SALAS
Director General de Colegio de Bachilleres
del Estado de Sinaloa

PROFRA. LETICIA SERRANO SÁINZ
Secretaria General de Colegio de Bachilleres
del Estado de Sinaloa

LIC. YAHAIRA SHANTAL LÓPEZ ÁLVAREZ
Directora de Extensión de la Cultura

Cipriano Obezo Camargo, Obras

Primera edición
© Derechos Reservados. Edición. Colegio de Bachilleres del Estado de Sinaloa
© Derechos Reservados. Contenido. Familia Obezo Araujo

Culiacán Rosales, Sinaloa, Mayo de 2017



Edición a cargo de la Dirección de Extensión de la Cultura

Edición con fines culturales, no lucrativos

Cuidado de la edición: *Jesús Hidalgo Mendoza*
Maquetación: *Gilberto Cobarrubias Rodríguez*
Diseño: *Ito Contreras*

Hecho en México / Printed in Mexico

Av. Independencia No.2142 Sur. Col. Centro Sinaloa, C.P.80129,
Culiacán, Sin. Tel. 01(667)758-68-30

Versión digital en www.cobaes.edu.mx

Presentación

Cuando el Colegio de Bachilleres del Estado de Sinaloa me invitó a presentar esta edición, sentí que los recuerdos se acuerpaban en mi presente porque recibía la oportunidad de saldar una vieja cuenta con Cipriano Obezo Camargo, una deuda que cubriré totalmente al final de este escrito.

Para empezar, ¿qué podemos decir de la obra de un joven que se transformó en el Maestro visionario que encontró en la educación, la lucha social y su disposición de servicio público los elementos que sustentaron su fecunda y provechosa vida?

Primero habrá que reconocerle el haber encontrado la forma de darle vida literaria, con autenticidad y cariño, a la expresión social del pueblo Mayo de Angostura, respetándole su espíritu, dicción y autoctonía, tan difíciles de lograr cuando el escritor ha abrevado en el *castilla* modelando su conducta en los andares del mundo civilizado, asumiendo los valores que nos impone la modernidad, mas eso pudo hacerlo Cipriano porque nunca olvidó lo que desde niño aprendió: los secretos de esta comunidad en su lucha constante, diaria, por la sobrevivencia.

En segundo término, habrá que decir que en estas cuatro obras, manifiesta su confianza en la educación y la cultura como fuentes de superación social, encarnando el mejor ejemplo porque de simple estudiante de primeras letras se preparó con insistencia

hasta obtener los títulos de profesor y después licenciado en derecho, conjugando en estos saberes, que son las armas de la enseñanza y la justicia, una acción personal en beneficio del pueblo, siempre ávido de conocimientos que lo transforme en mejores ciudadanos, miembros útiles de una familia y de su comunidad. Cipriano supo a tiempo que su compromiso consistía en participar en aquellas tareas que elevarían las condiciones de vida de sus congéneres, pero sobre todo de las nuevas generaciones, sin olvidar a sus mayos y hacia allá encaminó sus pasos.

En cuanto a su estilo, en cada una de sus exposiciones nos introduce al tema con claridad, sin falsas llamadas de atención; lo desarrolla poco a poco, preparándonos para el desenlace que transforma en un final que enseña, alecciona, dejando el mensaje que deja huella en el lector. Es un escritor que redacta atendiendo la regla clásica de sujeto-verbo y complemento, brindándonos una expresión directa, sin truco. Dice bien lo que quiere decir y deja claro el mensaje para que el lector entienda lo que ha escrito, fijando en algunos casos su posición respecto a los redentores sociales y de quienes se aprovechan de la buena fe de las gentes. Es claro y directo.

Pasemos a cada texto:

En *Lira Andariega* encontramos al poeta libertario, que no se sujeta a los cánones de la métrica abriendo los cauces de su pensamiento para decir lo que desea acerca del amor, haciendo que la nostalgia lo devuelva al terruño, grita la injusticia en que viven los desheredados prestándoles la voz *el más humilde de los hijos de Alhuey* manifestando el coraje y la rebeldía que conllevan la esperanza de una vida mejor. En este libro le canta a sus héroes: Agustina Ramírez, Bruno B. García, a su hija Indira Lis, su esposa Josefina, al río, al maíz, al caballo y se da el lujo de contestar en *La venganza del nopal* a *La ley del monte* de Ferrusquilla. Dedicó un himno al Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, su orgullosa organización y deja un recuerdo vivo para las poblaciones que se incubaron en su corazón como son Altata, Mexicali, Tijuana, Ensenada, su viejo y querido Alhuey, Escuinapa y la Colonia El Vallado en la capital sinaloense. Desde luego, enamorado de Sinaloa, esta ocupa un lugar especial en su producción.

Hace de la poesía un valioso recurso didáctico y aplica sus esfuerzos en beneficio de la educación como lo hace con los temas de la anatomía vegetal, la ronda del DDT, las carabelas de Colón y el burro enano. Sin embargo, es en el campo de la historia donde luce su esplendor cívico y su compromiso con una patria que requiere más y mejores maestros.

Su producción poética, como su espíritu, es luchadora y libertaria, sin sujeción métrica que la limite.

En *Tras la huella del indio*, rescata la forma de vivir, sentir y decir

del pueblo mayo de la región de Angostura, entregándonos una serie de postales entrelazadas que hacen de él un arqueólogo del lenguaje así como un acucioso investigador de la cultura regional. Solamente un personaje con la experiencia de Cipriano podía traducir la dicción de los mayos en un lenguaje claro, lleno de vitalidad y fortaleza que hace del lector un atento escuchador que repite en su mente la oralidad indígena, apropiándose de las argucias gráficas que permiten los signos de la escritura, hasta imprimirle la inflexión necesaria que produce ese milagro.

Sin la obligación de citarlos todos, que ninguno debe dejarse de leer. Desde *El mayo Rúmulo no quería ser ganadero*, *El valioso mundo de aguamal*, *El líder*, *Tío-Tirso*, *La caza del venado a cola*, *La ley del monte*, *El último sueño de la víbora*, *El pipián de ratas*, *Panali*, *entre Dios y los signos del mal agüero* y *Un venado danzándole a San Pedro*, en todos refleja un mundo que no ha terminado de morir, que languidece pero todavía está vivo, que nos sigue sorprendiendo con la fortaleza de sus costumbres, ritos, tradiciones y que persiste reclamándonos el olvido y la indiferencia en que los tenemos postrados, sin importarles mayormente nuestra actitud, porque ellos son ellos, con un modo de vivir donde los sorprendidos somos nosotros porque con todos nuestros conocimientos científicos somos unos perfectos ignorantes entre ellos y no podríamos vivir más de tres días en el medio donde sobreviven.

Confieso que había leído algunos de estos temas cuando seleccioné dos de ellos para compilar el libro *Entre pujidos y angustias* reuniendo a mi gusto los mejores cuentos y cuentistas sinaloenses, más ahora que me reencontré con *Y murió el mayito Marcelo*, me propuse pasarlo de largo porque no quise humedecer mis ojos con la estrujante historia que refleja el inenarrable dolor que sufre una joven pareja por la pérdida de su niño. Magníficamente narrado, esta lectura te hace sentir hasta el fondo del alma el sufrimiento del pueblo mayo.

En *Maten esa vaquilla, tiene la rabia*, Cipriano nos entrega uno de los secretos mejor guardados por este pueblo: cómo resuelven un momento de hambruna con la bien guardada complicidad de los ganaderos sin que se alteren los ánimos sociales, permitiendo que esta argucia convierta mágicamente la necesidad social en una oportuna fiesta que congrega a la comunidad.

En este libro, Cipriano Obezo Camargo se revela como el antropólogo especializado en el estudio de la vida, costumbres y tradiciones del pueblo mayo, aportando con sus conocimientos una página de la historia de la cultura sinaloense, tan digna y merecedora de respeto como la que existen en otras partes del mundo. Este es un libro sin pierde, para leerse de principio a fin sin enfadar al lector porque lo va sumiendo en un estado de aprensión que lo incita a encontrar las sorpresas contenidas en las siguientes páginas.

En la obra *Ahora sí, ya le entiendo al mayo Lencho*, nos encontramos con un arqueólogo del lenguaje del pueblo mayo. Este es un diccionario que amplía el significado de las palabras que usa esta comunidad indígena para comunicarse entre sí y el resto del mundo. Estos giros regionales son tan válidos como los que utilizan otras comunidades en otras latitudes y tienen un gran valor porque son productos auténticos de su desarrollo social. Si cada palabra tiene una gran valía, las digresiones son espacios de reflexión que nos permiten admirar la picaresca del mundo indígena en su relación con las inquietudes que les genera nuestra forma de vida. Cada palabra tiene un significado especial, socialmente aceptado, porque es la mezcla oral de un lenguaje propio, arraigado en las profundidades de su tiempo y un *castilla* que se introduce sin permiso en su mundo y del cual se apropian descaradamente previa adaptación a su expresión, haciéndolo totalmente suyo.

Cuando empecé a leer *Los viejos barrios de Los Mochis viejos*, libro escrito algunos años después de su entrada literaria al mundo del pueblo mayo, me encontré con otro Cipriano, con un autor que se expresa con mayor seguridad, precisando con exactitud el contenido de los temas que nos presenta en una comparación a destiempo, como son la mayoría de estos ejercicios, ofreciéndonos un recuerdo que seguía imborrable en su memoria, entregándonos una película donde los actores siguen siendo los mayos, el valor de las pitayas, el mezcal y el pascola; las escuelas, los maestros y maestras; el barrial, milagroso y traicionero, la música, la victrola y la banda regional; el barrio del pecado, la magia del cinematógrafo, los payasos, el circo y las fieras, así como los trozos de historia como son la toma de Los Mochis por los Colorados, las atrocidades de la campaña antichina y el encuentro con el Capitán Pablo Sidar en los terrenos de la aviación de esa naciente ciudad, sin dejar de lado el deporte y sus protagonistas, especialmente el béisbol, abonando en el por qué a los sinaloenses nos gusta practicar y admirar al rey de los deportes.

Don Cipriano revela su cariño por esta ciudad donde vivió pocos años después de su fundación y le va adjudicando los más bellos adjetivos a lo largo de su escrito, Para él Los Mochis es en un primer momento *la Urbe del Valle del Fuerte*, después *la Metrópoli del Tizne*, *la Ciudad Cañera del Norte*, *la Augusta* y *Señorial Ciudad de Los Mochis* para concluir denominándola como *la Joya del Valle del Fuerte*.

En este libro el autor nos ofrece veinte apartados, veinte temas donde retrata la vida de Los Mochis, más en uno de ellos, *El crimen de la campaña antichina*, fija su posición respecto a esta ofensa social auspiciada desde las más altas esferas oficiales que cometió otro de los ultrajes al pueblo mexicano y a una comunidad que llegó del Oriente para asentarse y formar familia en el suelo nacional. Aquí nos encontramos con el humanista, con el maestro que siente en carne propia los desprecios sobre el género humano, declarando su repudio a los autores de esta ofensa social.

Cierro el comentario a este cuarto libro reconociendo en el Profr. Cipriano Obezo Camargo a un sociólogo doctorado en la Universidad de la Vida, que observó detenidamente la forma de vivir de ese pueblo hasta el primer tercio del siglo Veinte, entregándonos un conjunto de precisiones históricas donde la figura legendaria de Felipe Bachomo dignifica la lucha del pueblo mayo del norte de Sinaloa, una lucha donde la recuperación de sus tierras sigue siendo la máxima aspiración de una comunidad aparentemente sojuzgada mas eternamente rebelde.

Concluyo este comentario, pago mi deuda con el autor, con una anécdota donde Cipriano Obezo Camargo y el Dr. Fernando Uriarte, en ese momento secretario de Educación Pública y Cultura en el naciente gobierno de don Antonio Toledo Corro, fueron los actores principales. El suceso se desarrolló en los primeros días de enero en la oficina de la Secretaría de Educación y los participantes fueron, además de los arriba citados, el profesor Remberto Gil Pérez y el suscrito, entonces secretario particular del doctor Uriarte.

Se presentaba el proyecto del organigrama que habría de tener la SEPyc, separándose los departamentos de educación básica -secundarias- y educación media superior -bachillerato- con el propósito de atender por separado las problemáticas propias de cada nivel. Sin embargo, al darse cuenta Cipriano, inmediatamente se opuso a ello sacando de una carpeta el nombramiento que momentos antes el gobernador Toledo le había extendido como Director de Educación Media Superior aglutinando las dos funciones. A partir de ese momento la actitud de Cipriano, cerrada y sin posibilidades de negociación, se convirtió en un serio problema al proyecto de organización de la secretaría porque con este escollo no podía presentarse al gobernador. Toledo sabía muy bien lo que había firmado. Mi admiración al maestro se transformó inmediatamente en una fuerte desilusión.

En un afán conciliador, el titular de la SEPyc le explicó detenidamente la conveniencia de mantener separadas las dos, más con el nombramiento en la mano y en una actitud retadora preguntó: ¿Quién vale más? ¿El proyecto o la firma del gobernador?, defendiendo con ello su derecho a dirigir el proceso que pretendía crear el Colegio de Bachilleres del Estado de Sinaloa, objetivo que pusieron en marcha él y Remberto Gil Pérez, desplegando un programa de trabajo que contó con la anuencia de la dirigencia sindical de la sección 53 del SNTE, reforzándolo con la información -real y actualizada- del funcionamiento del subsistema de secundarias. Sobre todo, de las escuelas particulares y las auspiciadas por la organización sindical que funcionaban con la participación de los maestros estatales, garantizando con la información de secundarias el nacimiento de los primeros planteles Cobaes en las comunidades donde la egresión era mayor, evitando su inscripción en las escuelas preparatorias de la Universidad Autónoma de Sinaloa a través de una campaña de preinscripciones donde se ofrecía gratuitamente la impartición de

este servicio a la juventud sinaloense.

Don Antonio mantuvo vigente durante su mandato la gratuidad del bachillerato a través del sistema Cobaes - la aplicación del decreto que disponía el pago por servicios adicionales se ejecutó diez años después- y, en otro acuerdo trascendente, estatizó los servicios de educación secundaria superando el Estado de Sinaloa la obligatoriedad de la norma constitucional al ofrecer gratuitamente el servicio educativo oficial -desde el jardín de niños hasta el bachillerato-, constituyéndose en una de las pocas entidades de la república, si no la única, que lo hacía.

Finalmente, esta decisión del Colegio de Bachilleres del Estado de Sinaloa de publicar las obras completas del Profr. Cipriano Obezo Camargo es el mejor homenaje que esta institución, de la cual fue pieza fundamental en su fundación, le puede hacer en el año en que festejamos el primer centenario de su natalicio. Ahora que tenemos la oportunidad de valorar su figura diremos que Cipriano Obezo Camargo fue un maestro auténtico que, fiel a su compromiso, sirvió a Sinaloa, a su pueblo y a sus mayos, la comunidad indígena de Angostura que le dio sustento espiritual a su vida y lo hizo creer que si por sus venas no corría una gota de sangre eso poco importaba porque lo habían aceptado y formado a imagen y semejanza de sus creencias, ritos, costumbres y tradiciones, preparándolo para que después, cuando se sintiera preparado para ello, expusiera, con certidumbre y elegancia, su forma de vida, los secretos de su cultura ancestral y los difundiera por todo el mundo.

Así son los mayos de Angostura, pacientes y visionarios, y Cipriano les cumplió con cabalidad de maestro, apoyado en esta ocasión por la generosidad del Colegio de Bachilleres del Estado de Sinaloa. Ahora le toca a usted disfrutar de esta lectura a través de la cual conocerá una muestra de nuestra riqueza cultural.

Culiacán Rosales, Sinaloa, 1 de mayo de 2017

Nicolás Vidales Soto

Lira andariega

Medallón

Por el paisaje rural: al pie de las ventanas en noches de serenata; viviendo el mundo mágico de niños; trazando los caminos de la solidaridad fraternal y por los demás vericuetos de la vida, sencilla y diáfana ha viajado por muchos años mi lira andariega de la mano conmigo, cantando y caminando siempre en lucha por la cultura popular y contra la injusticia que margina a las clases desposeídas.

Ese ha sido nuestro destino.

Umbral

Compartir la vida en la convivencia con los demás en la entraña de una sociedad que se autointegra generando esperanzas, y palpitando en emociones o analizando su complejo vital, exige al hombre de nuestro tiempo un grado de sensibilidad íntima que le permita recrear su espíritu al margen de las cosas materiales y concretas, acogiéndose al concepto pleno de las ideas y al amplio disfrute del pensamiento coronado de expresiones signadas por la belleza.

Una montaña, una serenata o un bosque nativo, acuña en el núcleo de la nostalgia la gana de volver al terruño al recordarle su origen al ausente.

Sin embargo, hay que ver cómo a veces las manifestaciones de inconformidad ante el acoso de la injusticia que rodea y limita la difícil situación de los desheredados del agro y las colonias periféricas de las ciudades, desafinan la voz del aeda haciéndole gritar en la poesía de protesta el himno bronco y rebelde que rompe los delicados diapasones de la lira, para imponer la percusión de los puños cerrados golpeando como reclamos al ritmo de un compás agresivo y permanente contra el hambre, la represión, la marginación y, a veces contra la negación misma de la persona humana.

Sé que soy apenas un juglar en esta tierra de poetas que en el pasado y en el presente se han significado por la magnitud de su obra; y por eso les pido a ellos los iniciados, el favor de estimar que si me he aventurado en este difícil campo de las artes literarias, ha sido alentando el propósito de contribuir en algo, a la divulgación de la cultura en Sinaloa, aunque sea desde el limitado rango que me permite la categoría de ser el más humilde de los hijos de Alhuey, de esa vieja comunidad que emergiendo de sus seculares raíces indígenas ha vivido su pasado y su presente a la vera izquierda del río Évora o Mocorito, en el corazón de la llanura angosturensense del estado de Sinaloa.

Primera secuencia.
Poesía de imágenes rurales.

La invocación del jinete

Caballo de frente blanca,
larga crin y anca partida:
llévale en tu brioso lomo
al corazón de mi amada
las canciones de mi vida,
cuando al mascar el bocado
de tu viejo y duro freno,
broten los tiempos pasados
que alentaron mis anhelos
en años que ya se fueron.

Si al sonar tus herraduras
en las piedras del camino
entonan las amarguras
y el clamor de mi destino,
haz que mis espuelas lloren
al estrujar los abrojos,
lágrimas de sentimiento
que nunca llorar pudieron
las pupilas de mis ojos.

Y si el peso de la reata
suena sobre el "cojinillo",
pídele al inmenso arcano
si tu libertad anhelas,
que vuelen hechos pedazos
freno, herradura y espuelas;
y haz mi querido corcel
que siendo yo tu jinete,
caiga al sentir tu tropel
en los brazos de la muerte.

Cuéntale tú a mi querida
que al morir, morí cantando
porque me estaba acordando
de sus promesas de un día:
y que al sentir que la ausencia
lentamente entristecía
la existencia
de los dos,
pensé que mejor sería
darle al mundo
¿y morir yo...!

Padre río

Una vez vine
hasta tu lecho,
padre río,
a confesar
que tu alameda profané,
una mañana
que en ardiente tierno idilio,
en cuerpo y alma
se entregó aquella mujer.

Pero ahora vuelvo
a tus riberas,
padre río,
por tu perdón
porque el pecado lo pagué
aquel romance
se hundió todo en el olvido,
y casi en silencio
se alejó
aquella mujer.

Ella asegura
que mi amor
no dejó huella,
y que yo solo
me debato en mi pasión.
Pero yo sé
Que mi recuerdo es una estrella
Y cuando me sueña
Le ilumina el corazón.

Una vez vine hasta tu lecho
padre río.

Guitarra ranchera

Guitarra ranchera,
mi fiel compañera
donde yo guardo mis penas,
tus cuerdas de acero
me traen el recuerdo
de aquellas lejanas tierras.

Tierra querida del norte,
que sufriendo abandoné
por el amor inconstante
de aquella ingrata mujer.

Recuerdo a mi padre,
recuerdo a mi madre,
pensando cómo estarán
pensando en el hijo,
en el hijo querido
que tal vez no volverá.

Quiero volver y no puedo
porque sé que la he de ver,
y si otra vez me desprecia
no sé lo que voy a hacer.

Me paso las noches
cantando canciones
que mi guitarra aprendió
y dentro de mi alma
no puede haber calma
recordando aquel amor.

Por ese querer ingrato
que mi pecho destrozó
va por el mundo vagando
sin esperanza ni amor.

Guitarra ranchera
mi fiel compañera....

Promesa de amor rural

Noviecita ranchera:
Con los tallos del maíz
de la cosecha de este año,
voy a hacer una escalera
para subir a tus labios
y darte el beso que esperas.

Y con las hojas más blancas
de las pencas del maizal,
voy a tejer la corona
para tu velo
nupcial.

Noviecita ranchera:
Nuestro nido...
¡el maizal...!

Presagios de tempestad

Se está nublando en mi vida.
Se ven sobre mi horizonte
relámpagos de ansiedad.
Voy por caminos oscuros,
mis pasos son inseguros
y todo por tu maldad.

¿Por qué; por qué me miraste
y luego me sonreíste
para hacerme creer en ti....?
Enseguida me besaste
y después que te entregaste
te fuiste sin despedir.

Si sigue relampagueando,
que alisten mis funerales
y a alguien que sepa rezar,
porque ya estoy convencido
que el vendaval de tu olvido
con mi vida va a acabar.

¡Que alisten mis funerales..!
si sigue relampagueando.

La venganza del nopal por mí

Como en la historia
del maguey que cuentan,
grabé tu nombre
en la penca de un nopal,
y junto al tuyo tu grabaste el mío
y los uniste con un agudo puñal.

Mas con el tiempo
te me arrepentiste
y no queriendo aquel idilio
recordar,
en noche lóbrega y callada
te atreviste
a ir a cortar
aquella penca del nopal.

Luego empezó tu pesadilla
lenta,
porque esperabas un castigo para ti.
y hasta soñabas
que las nuevas pencas
nuestros dos nombres
exhibían por ahí.

Pero el nopal
que condenó tu infamia
a tus temores
con rencores
respondió.
Y como burla
a tu ansiedad inoportuna
¡de puras tunas
las nuevas pencas cubrió!

Segunda secuencia

Poesía de sabor romántico

Morfoteca

Aquel viento escultor
a medio día,
a media calle,
sacudió tu preciosa cabellera,
modeló los contornos de tu talle
y la curva triunfal de tu cadera.

Los hombres que pasaban por la acera
te miraron,
sin duda te desearon;
pero yo,
único esteta
que se extasió al gozar la obra del viento,
me traje atesorada tu silueta
aquí,
en la morfoteca
de mi pensamiento.

Me traje atesorada
tu silueta....

Cosas de menores

Perdóname, señora,
si la veo
y ardiendo de deseo
quiero confiarle ahora
mis congojas.
Estoy enamorado de su talle,
de su pelo,
de sus ojos
y de su boca.

Tal vez podrá creer
que aún no tengo edad
para quererla a Usted.

A riesgo que al escucharme
se ría,
perdóneme, señora,
si confieso
que la he soñado mía.

Sí, la he soñado mía.

Pina consentida

A mi esposa

Yo, que no sé callar,
tengo que cantar
porque solo así
aliento mi vivir;
yo, que no sé olvidar
te tengo que amar
porque sé que vives
nomás para mí.

Yo, al no querer partir
aquí me quedé
porque tú me distes
alma y corazón.
Por darme así tu vida,
te quiero pagar
Pina consentida,
con esta canción.

Con esta.....
canción....

Yo que no sé olvidar
te tengo que amar...

Gaviota Jiménez (Barcarola)

Preciosa,
jugando con la marea.

Graciosa,
de talle frágil y esbelto.

Coqueta,
como la ola y sus vaivenes.

Gaviota Jiménez,
La novia del puerto.

Más naufragó
como chalupa en mar revuelto.
Un mal amor
hundió su vida como el huracán.

Solo flotó
la vela rota del recuerdo
y el rumor de una oración
que entre las olas viene y va.

Y el eco de una canción
que triste canta el pescador.

Preciosa muchacha,
no debió haber muerto.

¡Gaviota Jiménez.
La novia del puerto...!

Solo flotó
La vela rota del recuerdo...

Altata (Visión mitológica)

Gocé
aquella noche en Altata,
contigo
y la serenata
de suave oleaje nupcial.

La luna
jugando con la marea
tejía encajes de espuma
para decorar el mar.
Nos besó al ver
que tú,
desnuda y morena,
-mitológica sirena-
te bañabas sin rubor;
mientras yo,
como el perdido marino,
oyendo el canto divino,
caía en la red de tu amor.

Por eso hoy,
al recordar,
sueño la noche en Altata,
la luna y la serenata
con su sirena y su mar.

Con su sirena...
y su mar....

Cuentos de pájaros

Una paloma chiquita
se enamoró
de un zenzontle;
pero los pájaros cuentan
que el zenzontle la olvidó.

Y desde entonces
a la palomita
jamás se le oyó cantar;
dicen que las decepciones
hirieron su pecho
y aprendió a llorar.

Pobrecita,
palomita,
con sus alitas cansadas
no pudo volar
y en el nido murió.

Pobrecita,
palomita,
tú la mataste
zenzontle insensible,
con tu traición.

Indira Lis

Indira Lis,
muchachita preciosa
de mirada graciosa
y sonrisa de amor,
tú me has hecho feliz
viendo tus travesuras
y al oír con ternura
tu inocente canción.

Dulce visión,
al nacer cada día
tu voz es melodía
que me hace despertar,
Indira Lis..... Indira Lis,
por ser la más pequeña
serás siempre la reina
que alegrará mi hogar.

Serás siempre la reina.

La novia del soldado

Despierta,
dulce amada.
¿Te parece a deshora
que en esta madrugada
me venga a despedir?
Allá en los montes truena
el cañón del enemigo;
la voz de las trincheras
nos llama a combatir.

Ponte en pie, y ven;
asoma tu rostro a la ventana;
pero pronto,
adorada,
tenemos que partir
antes que planta extraña,
profanando este suelo,
pueda izar en la historia
sobre una cruz sin gloria,
clavado el porvenir.

Ella, tras de la reja,
con sus núbiles manos
acarició al soldado.
Y luego él, demudado,
trémulo en su embeleso
se acercó hasta sus labios
y le dio un tierno beso.

Después se fue alejando
el patriota enamorado.

Y la novia, despierta,
de pie ante la ventana,
contempló a los soldados
hasta que se perdieron
en las sombras calladas
de aquella madrugada

Tercera secuencia
(Voz de protestas airadas)

México, tú y yo en guardia

Primer premio en los Juegos Florales organizados por el PRI, el 20 de noviembre de 1953 en Culiacán, Sinaloa, fungiendo como miembros del jurado calificador los profesores Juan Macedo López, Roberto Hernández Rodríguez y Carlos López Portillo.

México:

Aquí en mi sangre,
en mis arterias,
se retuerce la herencia peregrina
de las plantas autóctonas,
viajeras,
que trazaron las rutas norte-sur.

Aquí, en mi tráquea,
en mis pulmones,
hay vestigios del aire combatiente
que arrancando de Aztlán
va hasta Popotla
a regar sus añosos ahuehuetes
con lágrimas de angustias extremeñas.
¡Oh pálida epidermis: tu derrota.....!

México:

Otro gran huracán nace en Dolores...
Y resurge después en Chilpancingo
rompiendo ¡Para Siempre Jamás.....!
"la dependencia del trono español".

¡Mas, ay...!
ahora,
tu vecino enemigo abre tus venas.
Pero tus Niños Héroes
haciendo barricadas con su infancia
protegen tu bandera con sus vidas,
¡haciéndose inmortales al morir!

¡Oh Juan de la Barrera, Francisco Márquez,
Fernando Montes de Oca,
Juan Escutia,
Vicente Suárez y Agustín Melgar!
Norteamérica: hay hiel en tu recuerdo.
Las ofensas
las suelen recordar,

siempre,
los pueblos.

México:

¡Y más piel blanca...!
Cerro de las Campanas: tus tres tumbas.
Una mujer demente.
Un sueño roto.

Y después, Tuxtepec:
¡La Dictadura!

Un día: río Blanco;
otro día Cananea,
y más días
y el látigo chasqueando
abriendo carnes
y el vivir segado.

Pero hierve la tierra;
el surco gime
y el peón encadenado se embravece.

Una voz protomártir suelta su eco
y es Cabrera de Inzunza el epifoco.
Luego, Aquiles Serdán la consecuencia.

Ya Francisco I. Madero es grito-pueblo.
Los talleres en paz,
el nervio en guerra.
Silencioso está el surco:
el peón pelea.

Y se fueron "al cerro"
juntos, todos,
los que habían hambre y sed
de pan y amor.

Pero después, oh infamia,
un chacal muerde ahora carne magra
y la víctima herida se agiganta.

¡Huerta,
bestia feroz;
símbolo triste,

México:

Ya la sonoridad de tu gran nombre
no se apaga en lo opaco de tu aquis,
porque ya es pectoral
en el rebozo
que lució en los combates "La Adelita".

Suena "La Pajarera" a voz amante
y dice "La Valentina" más amor.
La Cucaracha... La Cucaracha...
fue el público desafío de la plebe
que encajada en las ancas del Centauro
se fue a izar su rencor sobre Columbus.
Pancho Villa:
Es capítulo tu nombre
a pesar del desastre de Celaya.
Un pueblo se encamina hacia la luz;
busca su Oriente.

Y si al clamor por la tierra
le contesta
una cruel emboscada,
en Chinameca,
más ama el zapatista su bandera
que tiñera de rojo
al irse el Jefe.

¡Querétaro!
Gran nido.
Hay águilas y halcones en la cita;
aves bravas; ansiosas de pelear.

Se da la gran batalla
y ya no hay armas.
Se lucha con ideas,
con ideales,
reclamos de promesas
y verdades.

El fruto al fin se alcanza.
Es un parto de logros esperados:
Artículo Tercero,
el Veintisiete,
el Ciento Veintitrés y, en fin...
¡la tierra,
las jornadas humanas,
los salarios,

contratos colectivos
y la Escuela Rural,
¡Oh barba venerable de Carranza...!

México:

Acá, Lázaro Cárdenas.....
y Miguel Alemán,
Polos opuestos.
Entre los parias, uno:
Líneas férreas,
petróleo,
sindicatos.
Desde mil novecientos treinta y cuatro
a la fecha inicial de los "cuarentas".
El otro entre opulentos.
El sexenio de sombras.
Desenfreno en los bancos;
otra vez latifundios;
Monopolios; pandillas;
inflación monetaria

Y sobre el tiempo, en asecho,
las estrellas norteañas
afilando sus garras.
¡Bárbaras barras yanquis
horadando esta Patria!

México:

Yo soy tú,
los dos en guardia.
Y tú y yo somos pueblo
hambriento, enfermo,
caminando a esperanzas
y protestas
forjadoras de tiempos.

Los tiempos que vendrán
¡serán mejores..!

México:

Tu destino, tal vez,
vuelva a escribirse
con la equis de aquellas cartucheras
que Hernández Tyler sorprendió en combate
entre el humo
de pólvora y hogueras.

Oh, Gran Revolución,
en marcha seas;
En marcha siempre

Noches de angustia en los galerones

Cubren el valle
con amplia fronda
y con verde alfombra
los tomatales.

Las prietas manos de los braceros
buscan el fruto
con sus afanes.

Ganancia en bruto
que va quedando
en las otras manos
que nunca cortan
los rojos frutos.

Y en cada noche
que cubre obscura
los galerones,
en sueños gritan
duros reproches
los pobres peones.

¿Jornadas justas,
justos salarios?
¿Trato debido
a los proletarios?

No. ¿Y el reparto de utilidades?
Siempre resulta
que las cosechas
no satisfacen
el plan trazado
en "las cuentas hechas"
del propietario.

Y así, en su daño,
sólo disfrutan
magro salario
los pobres peones.

Se van los "trailers"
a la frontera.....

Y en cada caja

y en cada viaje
del fruto habido,
en los tomatales
van del bracero
sudor, y angustias,
un gesto rudo
y protestas graves.

Luego,
en la hora de la comida:
pobre pitanza.

Y ante ese trato,
va una esperanza:
¡Los sindicatos!

¿Pero es posible?
¿Los sindicatos con Ley
vigente?

Una asamblea:
las peticiones.
Otros reclamos:
más prestaciones.

¿Los sindicatos...?
Piensa el magnate:
"Tal vez actuando sin arrebatos
pueda comprar.
un "líder" barato.

Piensen los peones:
"Tal vez logremos
un mejor trato,
mejores sueldos,
más atenciones.

Y si algún día
el líder traiciona
o resulta indigno
y resulta infiel,
una asamblea
por sus designios
dirá, en el caso
qué "hacer" con él.

Por eso es claro

que en cada noche
que obscura cubre
los galerones,
en sueños gritan
duros reproches
los pobres peones.

Y en cada noche que cubre obscura
Los galerones.

Contemos de Alhuey la historia

Pasaron los días tristes
que en Alhuey el pueblo
no sabía que hacer;
pues sólo comía iguanas,
mataba mapaches y ardillas también.
Otra vez fueron palomas,
una que otra liebre
o "cholis" a la vez,
lo que iba a los asadores
se cocía en las ollas
o caía al sartén.

Y luego en los días peores
le entramos al "aguamal";
comíamos "talayotes";
vivíamos del "capomal",
y cocimos "guayparimes",
"sayas", camotes amargos;
pero de todos los frutos
el más dulce y bello lo dio el pitayal.

Pero un día Evaristo Angulo
llamó a Cosme Obeso, al "Falo" y Juan Ramón;
fueron por Eduardo Uriarte
y llamaron al pueblo a una reunión.
Nació así el Comité Agrario
junto al sindicato en firme promoción
y al llegar Natalio Flores
se fue organizando toda la región.

Sufrimos la pena negra
por hambre y enfermedad,
pero el pueblo no dio tregua
ni dejaba de luchar.
Y así, después que insistimos
como tres años después,
al repartirnos la tierra
nació la esperanza por primera vez.

Las nuevas generaciones
van al porvenir con más disposición
de luchar por la cultura,
por la democracia y más educación;
Siguen en la lucha activa
sin llegar jamás por nada a claudicar,

para que de Alhuey la historia
luzca como ejemplo digno de imitar.

Hoy abundan los triguales;
soya y cártamo hay también.
Y verdean los garbanzales;
el sorgo se ve crecer.

El pueblo vive otra vida,
lo unen signos de hermandad,
gracias a que los pioneros
dejaron su herencia de acción y unidad.

De todos los frutos
el más dulce y bello
lo dio el pitayal.

Mensaje al hombre nuevo que salvará mi especie

La luz que a ti te alumbre
ha de ser nueva
para que no se manche
con las sombras
tu esperanza.

Ese asombrarse tuyo,
juventud, que oye el lamento
que viene
de los sótanos del tiempo
arrastrando su pena medieval,
se está haciendo
promesa hacia el mañana,
mientras montamos guardia
al pie de Lenin
bajo es el signo de Juárez,
mirando absortos
el nopal quimérico
donde detuvo el paso
el pueblo
aquél.

Juventud:
Límales tú los garfios
a las anclas
para que no haya rato estático
en tu vida.

Vuela en la alfombra mágica
de tu fantasía,
repartiendo
esperanzas
por tus puertos
de escala.

Busca a Buda,
a Mahoma,
a Jesucristo
y llévalos que vean los tugurios.
Cuéntales
de los Rósemberg la historia;
de la vida del Gandhi,
del viejo Ho-Chi-Min

y de la firma tuya
al pie del Gran Llamado de Estocolmo.

Y.....Háblame,
aquí entre nos,
de tus amores;
cómo sueñas que sea el ser querido
que ha de viajar contigo
por la vida.

Dime algo de las flores,
de los astros,
del recuerdo de un beso;
de una idea.
Lo que dice la página del libro;
lo que valen las canas de tu madre
y lo que sientes al ir
junto a la que amas.

Yo tengo fe en tu risa,
en tu alegría
y en tu furia clasista;
y presiento que un día
tú habrás de construir
la nueva vida,

Y haz de hacerlo por ti
y por aquel niño,
y por el otro
y el otro
que te sigan.

Si tú nos defraudaras,
juventud,
cómo habría de llorar en su trapecio
el chango solo
sin la ofrenda
infantil del cacahuete,
y como los metales que te apuntan
habrían de hacer añicos
tu tintero.

Seguiría el microscopio
hurgando muertes,
la física atrapando
muertes nuevas
y tú, domesticada,

muerta en vida.

Pero ten fe en el hombre;
en nuestro credo;
en quienes no han robado
ni matado al hermano;
en quienes no han callado
la maldad de los malos;
en quienes han hablado
con amor en los labios.

Vamos pues,
juventud;
tú irás delante.
Hablándote al oído irá mi siglo
y junto a ti
iré yo cantando un himno
que haga marea en tu sangre
y te recuerde
que si no te permiten vivir libre,
preferible es morir
siendo rebelde.

Flor de Patria
leyendo su futuro
en los limpios oráculos
de tu alma.

Y si en tu nervatura de coloso
se opacara el metal que te dé temple,
saldrá de los crisoles rojo-sangre
el metal reforzado
de tus triunfos.

No habrás de escatimar las hemorragias
que han de empapar
los pliegues de tu emblema;
porque húmedo
en su lágrima el harapo,
su verdad hará oír
a voz en cuello.

Juventud de mi tiempo:
En las fechas que marca el calendario
nuestros sueños
tienen el porvenir como escenario.

Mañana será el día de nuestro brazo.
Mientras tanto,
y desde ahora,
que el mundo sepa el verbo con que hablamos.

Juventud:
Por tu dicha,
por la dicha del hombre,
nuestro tiempo será
y será de luz.

¡Ya no más sombras...!

Límales tú los
garfios a las anclas.....

Responso por la muerte de Bruno B. García

Bruno B. García destacó en la vieja guardia agrarista sinaloense, empeñado en convertir en realidad el sueño zapatista. Compañero de ideales de Lencho Robles en Ahome; del "Güero Félix M. López" en Guasave; de Evaristo Angulo y Juan R. Leyva en Alhuey, Angostura; de Toño Almeida y Doña Paula Moreno en la costa de Culiacán; de Domingo Velarde en Elota; de Taurino Almaral en San Ignacio; de Victoriano Núñez y Simón Jiménez en Mazatlán; de Buenaventura Peraza y José Pantoja en Concordia y de Antonino Topete en Rosario. Rindió tributo a La madre tierra hace unos 30 años en Sinaloa de Leyva, dejando su recuerdo hecho parcelas y eco constante en el recinto de la Liga de Comunidades Agrarias de Sinaloa.

Letanía

Se nos fue sin triunfar.
¡Qué derrota!
Todavía hay campesinos sin pan.

Yo lo oí protestar.
¡Cuánta angustia!
Que impotente sin armas, su voz.

Rudas manos, sus dos.
¡Qué tragedia!
En el surco su paso cesó.

Qué quietud sufrirá.
¡Oh, su arado!
Cuanto llanto en las larvas sin sol,

Luz de sombras.
¡El pueblo!
En Cubiri ha callado un clamor.

Seis de enero, su ley.
¡Cuánto escarnio!
Cuántas garras en torno al festín.

Hay banderas izadas.
¡Aún flotan!
La revancha algún día será.

Ofertorio

Llegaron los agraristas hasta su lecho de muerte.
Todos llorando su suerte
Todos llevando su fe.
Todos en guardia cuidando como a la niña del ojo,
su parcela hecha heredad.

Campesino, campesino: dos campesinos unidos.
Y otros dos y otros dos más.
De dos en dos, por centenas;
Por millones de ansiedad.

En un pentagrama inmenso trazado en su pecho rudo grabó el viento
de la sierra un himno de redención.

Sudario

Jacinto Kanec,
Zapata;
Paula Moreno y sus "naguas".
Recuerdos marchando en guardia
hacia la meta sagrada.

¡Ha muerto Bruno García....
La nueva en alas del viento
como el eco de un lamento, su historia contando va.

¿Ha muerto Bruno García.....?
¡Descanse en paz. Fue un gran hombre!
¡Qué digo: ¿Descanse en paz ?
.....¡No. ¡Que nos siga en la lid.....!

NOTA.- Doña Paula Moreno fue la noble y humilde lidereza agrarista
del ejido de Otameto, en la costa de Culiacán, Sinaloa, a quien los
campesinos sinaloenses honraron con el título de Secretaria General
del Primer Comité Ejecutivo Estatal de la Liga de Comunidades
Agrarias del Estado, en la fecha en que fue fundada dicha central
campesina.

Qué quietud sufrirá
¡Oh, su arado!

Testamento de fe

Sobre el viejo
sendero,
donde nosotros
encontramos
el grito de protesta
de los que ayer cayeran,
dejaremos nuestro
corazón
para que lo recojan
las generaciones
venideras.

Dejaremos nuestro
Corazón.....

Letra para un himno del SNTE en Sinaloa

Cuando el hombre asomando a la historia,
puso en alto el fanal del saber,
izó velas en naves de gloria
y al clamor de sus nobles victorias
a un maestro nombró timonel.

Desgarró las tinieblas hirientes;
ciencia y arte signaron su afán
y ahí están como pruebas vivientes,
Grecia, Roma, el gran Nilo, el Oriente
y el fulgor del Perú y el Mayab.

Timonel que en mi Patria haces rumbo
por los nuevos caminos del mar,
como ayer que a tu proa vayan juntos
como faros de luz por el mundo,
los anhelos del pueblo y tu ideal.

Y en el noble solar sinaloense,
cuando el pueblo reclame con fe,
se alcen altos los puños del SNTE
reclamando con voz imponente
que a los pobres lo suyo se dé.

Camaradas maestros, alcemos
nuestra voz de rebeldes sin par;
con el pueblo y de pie lograremos
ese mundo ideal que queremos
sin tiranos, sin hambre, y en paz.

Timonel que en mi Patria haces rumbo
por los nuevos caminos del mar,
como ayer, que a tu proa vayan juntos
como faros de luz por el mundo,
los anhelos del pueblo y tu ideal.

Timonel: Que a tu
Proa vayan juntos....

En doce gotas de sangre (Oración por Agustina Ramírez).

A ras, un cielo de sombras.
Garras de Francia en mi suelo;
voz de fusil extranjero.

Sonó un disparo asesino
y ahí un soldado del pueblo
cayó por la muerte herido.

A ras de un cielo de sombras;
dos disparos asesinos.
Luego un tercero y un cuarto;
cinco....
Seis.....
¡Doce en total!

De cara al sol, como hermanos;
soldados contra el intruso.
¡Y soldados mexicanos!

Y exhausta de frío y luto, hundida en la soledad,
una madre lleva a cuestas la dura cruz de su edad,
frente al espectro del hambre.

¡Quedaron sus ojos fijos
en doce gotas de sangre!

Ella..... ¡Agustina Ramírez!
Ellos..... ¡Doce héroes del pueblo!
Y los doce héroes, ¡sus hijos!

En lo alto del suelo patrio,
sobre un mástil, en San Pedro,
la historia de Sinaloa
tejió devota un emblema.

Juárez y México: ¡El pueblo...!
luz libertaria a porfía.

Y fue Agustina Ramírez
Madre de México...
....y mía.

Quedaron sus ojos fijos
en doce gotas de sangre.....

Madre del corazón universal

Dadme, dijo el paria,
el luto como herencia,
el dolor como cruz,
el llanto como salmo
y la soledad
como asilo,
y os daré el perfil
de mi madre atormentada.

Dadme, dijo el guerrero,
el eco del fragor del combate,
los ayes de los heridos,
la desolación
de las ciudades saqueadas
y el desaliento de la derrota,
y os daré la imagen de mi madre doliente.

Dadme, dijo el labrador,
el tibio calor del surco,
la frescura de la lluvia que cae,
la esperanza
de una espiga en sazón
y el fulgor de un sol vivificante,
y os daré seguro la sonrisa de mi madre.

Dadme, dijo el poeta,
la excelsitud de una estrella,
la fragancia de una rosa,
la intimidad de un nido
y el arrullo de una canción,
y os haré un poema a mi madre feliz.

Dadme, dijo el niño,
la gracia de un papalote,
el tesoro de un regalo de dulces,
el obsequio de un puñado de canicas
y la belleza de un caballito de madera.

Dejémoslos visibles al paso de mi madre
y ella me los dará
amorosa,
a cambio de un beso.
Por esa madre atormentada;
por esa madre doliente;
por esa madre fecunda;

por esa madre feliz;
por esa madre cariñosa,
por esa madre del corazón universal,
levanto mi cáliz
en voto de eternidad.

Dejároslos al paso de mi madre
Y ella me los dará por un beso.



Cuarta secuencia
La didáctica en la poesía

Arribo y regreso

La juventud va colmando
los barrios de la ciudad;
unos arriban cantando,
otros presas de ansiedad.

Yo soy aquel
que un día llegué
con mi emoción,
mis ilusiones
y quimeras.
En la Normal
puse mi fe,
con la esperanza
que mis sueños se cumplieran

Aquí encontré
luz y calor
y el verbo guía
que conduce al porvenir.
Tasando el tiempo
en su valor,
frente a la vida
fue aprendiendo a sonreír.

Feliz hallé
un temprano amor
que se esfumó
como mis sueños juveniles;
un tierno abrazo
rubricó
el dulce beso
que robé en horas febriles.

También copié
y sentí el rubor
del que sorprenden
preguntando al compañero;
con su sonrisa
el profesor,
fijó la fecha
a un nuevo examen venidero.

Yo soy aquel
que un día llegué
y regresaré

con experiencias y recuerdos.
Hasta las aulas
llevaré
esa voz guía
que reclama de mí el pueblo.

Yo soy aquel.....
que un día llegué.

Hasta las aulas llevaré
esa voz guía
que reclama de mí el pueblo.

¡Maestro,escucha!

Escucha y ven;
maestro, ven :
Dame las luces
de tu alma noble,
alienta mi fe.

Responde y di;
maestro, di,
cómo es que puedes
amar al mundo
y formarme a mí.

Yo quiero ser
como eres tú;
voz de protesta
en el horizonte
irradiando luz,
para que sea
la humanidad,
reino del hombre
regido por
la fraternidad.

El pueblo ansioso
vivirá
buscando guías
hacia las metas
del bien vivir.

Y en este afán,
siempre serás
la rebeldía
de una esperanza
hacia el porvenir.

Yo quiero ser
como eres tú,
voz de protesta
en el horizonte
irradiando luz,
para que sea
la humanidad
reino del hombre

regido por
la fraternidad.

Yo quiero ser como eres tú....

Anatomía vegetal

Raíz:

Químicos diminutos
con sus probetas de campaña
seleccionando sales
para el gran laboratorio
de la fronda.

Tallo:

Extraña mano polidáctila
empeñada en contar
los resplandores del sol
y las pupilas que pasan

Hoja:

Esmeralda triunfal
en primavera,
oro viejo en derrota en el invierno.

Flor:

Carcajada de luz
con vestido de gala,
en espera de la hora sublime
de la fecundación.

Fruto:

Signo de perpetuidad
en el mitin del racimo
y punto de reanudación
en el ovario maduro
de la inflorescencia solitaria.

Todo:

Fronda de frescura y trinos;
tabla en el pizarrón;
Mesa de comedor;
tabla de féretro
y sombra en el eterno
recinto subterráneo.

Los soldaditos

Los soldaditos
marchan cantando,
porque no quieren
ir a pelear;
se pasarán la tarde
jugando
hasta que ordene
su "general".

Regresarán
cantando a la vida
hasta las puertas
del dulce hogar,
y un tierno beso
en la frente altiva
les dará riéndose
su mamá.

Yo soy soldado valiente
el mejor de mi "batallón";
tengo una espada de palo
y un caballo de cartón.
Tra, lara, la.

La ronda del D.D.T.

Al llegar la hora
de desayunar,
con las manos limpias
me debo sentar.

Para vivir libres
de la enfermedad,
chinchas, pulgas, moscos
debemos matar.

Cuatro moscas sucias
volaban bailando
y dos cucarachas
las seguían cantando.

Pero de repente
llegó Don José,
y las mató a todas
con el D.D.T.

Sh, sh, shsssssss
sh, sh shssssssss
sh, sh, shssssssssssssssssss.

Y las mató a todas
con el D.D.T.

El burro enano

Tengo un burro enano
orejón y pinto;
canta, baila y brinca;
mi burrito es listo.

Cuando por las tardes
toco mi acordeón,
el burrito canta;
"jau, jijau, jijón".

A la sombra fresca
de los aguacates,
el burrito
juega al brincamecate.

Cuando el sol se mete
se acerca a cenar,
come su zacate
y...se va....
a acostar

Come su zacate
Y se va... a acostar...

Las carabelas de Colón

Esas carabelas
las conozco yo,
son las que traía
Cristóbal Colón.

La Santa María
bogaba muy bien;
La Niña y La Pinta
la seguían también.

El vino de España
y con mucho valor,
el suelo de América
aquí descubrió.

El 12 de octubre
por siempre será
el Día de la Raza
y del héroe inmortal.

Quinta secuencia

Poesía de querencias geográficas.

Serenatas de Alhuey

La noche oscura de enero
borró cielo y horizonte
y un buey viejo en el potrero,
se oye bramar entre el monte;
y cuando asoma la luna
por encima de los cerros,
al verla brillar los perros
le cuentan algún pesar.

Luego se oyen dos guitarras
seguidas de un acordeón
y una voz rural desgrana
su apasionada canción;
suspirando una mujer
escucha al galán que canta
mientras mi tierra querida,
bajo la luna de plata,
suspira y canta también.

Así pasan muchas noches
en mi pueblo que es de ley;
así escuchan las muchachas
las serenatas de Alhuey.

Así escuchan las muchachas
las serenatas de Alhuey...

Por ti Sinaloa

Tierra consentida, rincón de Occidente,
donde el sol poniente suele descansar;
a ti Sinaloa, te ofrezco mi vida,
a ti, Patria Chica, te doy mi cantar.

Les canto en el norte a tus fértiles valles,
que caña, tomate y garbanzo te dan.
Les canto a tus ríos y montes surianos,
allá donde el hombre es todo voluntad.

La historia recuerda el valor de tus hijos,
cuando allá en San Pedro la Patria los vio
luchar con Rosales contra los franceses
y vencer gloriosos al fiero invasor.

Dieciocho regiones se tienden las manos
y elevan su canto hasta la eternidad.
Prorrumpe Escuinapa un grito de hermanos
y Choix le contesta con voz fraternal.

Tus hembras preciosas tu cielo iluminan
lo mismo en El Fuerte que acá en Culiacán;
mujeres hermosas, visiones divinas
que hicieron de un puerto el Edén: Mazatlán.

Tus hombres valientes no gastan bravatas,
cantando trabajos con un solo afán:
que sea Sinaloa un pedazo de Patria.
que luzca orgullosa el Pendón Nacional.

En la colonia de El Vallado

Vivo en la inquieta colonia de El Vallado,
en las afueras de mi viejo Culiacán
donde la aurora sinaloense es un regalo
y en el crepúsculo el sol borda un madrigal.
Su vieja calle, carretera a Navolato,
que fue la cuna de su antigua terminal
también fue tema de fantásticos relatos
que hoy se han borrado con el nuevo "boulevard".

Son tus mujeres como fuentes de alegría,
sus voces se oyen como mística canción;
tienen sus ojos claridad de nuevo día
y cuando lloran su plegaria es oración.

Si el sollozar de una guitarra se hace queja
en la quietud de algún temprano amanecer,
es que un galán al suspirar tras de una reja
padece o goza por amar a una mujer.

La religión de todo el barrio es el trabajo
y a todos une un sentimiento de amistad;
se juntan todos en fandangos y relajos
y a la hora buena siempre es signo la verdad.
Por eso vivo en la colonia de El Vallado,
en las afueras de mi viejo Culiacán,
donde la aurora sinaloense es un regalo
y en el crepúsculo el sol borda un madrigal.

Y en el crepúsculo el sol borda un madrigal.

Viejo Alhuey

Viejo Alhuey,
pueblo abuelo
que en tu infancia una india
con sus senos nutrió;
te parió la llanura,
la laguna fue cuna,
fue tu padre el "riyito"
y el bisnieto soy yo.

De tu stirpe de mayos
te quedó la nobleza,
y la tierra, en promesa,
los maizales te dio;
si el garbanzo extranjero
te dio fama y riqueza,
siempre tu sol moreno
por mi raza brilló.

Juega el "yori" a la "hulama",
baila el indio un "pascola"
y desde el templo San Pedro
de un milagro se ufana,
si al "cabresto" entra sola
una yegua alazana
que a un "retinto" ganó.

De tu verdad de junio
es San Pedro la herencia,
y el ejido es presencia
de la Revolución;
pues parcelas y escuelas
son la expresión más clara
de otra verdad mejor.

Viejo Alhuey,
pueblo abuelo,
el bisnieto.....soy yo.

Fue allá en Escuinapa (El pescador embrujado)

Referencia:

(Cuenta Homero que en el Estrecho de Mesina habitaban las sirenas Escila y Caribdis que atraían con sus cantos a los navegantes y después los dejaban morir de tristeza.)

Sírveme otra copa,
amigo cantinero,
a ver si calmado te puedo contar
la rara visión
que viví en un estero
aquí, en Escuinapa,
al salir a pescar.

Iba navegando
tranquilo
y confiado,
buscando carnada
para ir a anzuelear,
cuando de repente
aboyando a la proa,
una bella sirena
me empezó a cantar.

Con miedo y de prisa
viré de regreso
y me tiré en la arena con sofocación;
pero la visión
me siguió hasta la playa
y me atrajo a sus brazos
con dulce emoción.....

Me cubrió de besos
con suave delicia;
me miró sonriendo
con tierna pasión,
y al sentir su aliento
como una caricia
me entregué confiado
a gozar de su amor.
Y antes de volver
a las aguas del mar,
se arrancó del pecho

estas dos escamas:
"Guárdalas, me dijo,
como un juramento
de que he de volver
y te voy a llevar....."

¡Mira las escamas!
Estas son, sin duda,
amigo cantinero.

Ponlas a trasluz;
te las voy a confiar;
vas a ver en una
su cara risueña;
en la otra mi rostro podrás contemplar,

¡Cuéntale a Escuinapa
lo que te he contado.....!

¡Y dile a todo el mundo
que voy a esperar.....
Y que si regresa por mí
esa sirena,
¡me voy a ir con ella
hasta el fondo del mar!

¿Homero, otra vez
con su vieja leyenda?

¿De Escila y Caribdis
el cántico aquel...?

Tal vez...
pero dicen
que allá, en Escuinapa,
cerca del estero
que al hombre embrujó,
en noches opacas
una ánima en pena
espera que vuelva su bella sirena
para irse con ella
como ayer juró...

Lejos de Alhuey

Cuando te encuentres
lejos de Alhuey,
si el recuerdo del pueblo querido
te hace suspirar,
no te pienses si quieres volver
que al llegar al solar consentido
respirando su aire
podrás descansar.

Nuestro cielo te dará su luz;
el "riyito" te saludará;
la vieja capilla con su cruz
te diré que por fines de junio
San Pedro te espera
en su festividad.

Si estando allá
te quisieras quedar,
con los brazos abiertos
tu pueblo te iba a recibir;
los trigales y el cártamo en flor
mecerían en tu honor
sus follajes
y todo el ejido brindará por ti.

Nuestro cielo te dará su luz,
el "riyito" te saludará,
la vieja capilla con su cruz
te hará ver que en el Día de San Pedro
parientes y amigos te agasajarán.

Cuando te encuentres
lejos de Alhuey.....

Sexta secuencia

Brindis por la Baja California Norte

*En gratitud al estado "29" por su hospitalidad brindada
a los muchos sinaloenses que radican en su territorio.*

Cipriano Obezo Camargo.

Cachanilla y sinaloense

Navegando afligido en mi barca
puse velas al norte y partí;
sin saber si habría calma o borrasca,
sin pensar que sería de mí.
Y al llegar al confín de la Patria
largué el ancla y las velas arrié;
levanté mi tienda en tierra hermana
y desde entonces ahí me quedé.

Mexicali: yo soy el viajero
que hace tiempo a tu suelo arribó.
Como tú me has querido te quiero
como también amo a Sinaloa,
que en mi infancia mi cuna meció.

Pasarán otros años, y siempre
partiré en dos alma y corazón.
¡Puedo ser "cachanilla" y sinaloense
al amparo del mismo pendón.

Pasarán otros años, y siempre
partiré en dos alma y corazón.
Puedo ser "cachanilla" y sinaloense
entonando esta misma canción

De Culiacán a Tecate

Quiero conocer Tecate.
Del Cuchumá ver la cima,
sus brevas frescas morder;
confundirme entra su pueblo
y verme en el abismo negro
de unos ojos de mujer.

Contemplar desde la altura
al ganado retozón;
bajar a un abrevadero,
beber agua en el sombrero
y cantar esta canción.

Ay, Tecate,
cuando llegue el día
que tanto he esperado
en que entre a tu población,
solo pido como bienvenida
un suspiro arrancado
de tu corazón.

Y si puedo lograr a esa hora
la limpia expresión
de tu franca amistad,
yo te juro, por mi Sinaloa,
venir a contárselos a Culiacán,
por si se arranca una tecateña
en plan de trovera,
a cantar por acá.

Golondrinas de Mexicali

Golondrinas que volando
vienen del confín lejano
a pasar aquí el Verano
bajo un sol canicular,
como ustedes muchos hombres
van llegando y se van yendo
pero otros se van quedando
construyendo aquí su hogar.

Vigilando la frontera
cuidamos que no se mueva
ni un centímetro el "alambre"
más acá de donde está,
por más que nuestros vecinos
nos hacen hervir la sangre
cuando les dan trato indigno
a los "braceros" que allá van.

Mexicali es Patria nuestra
siempre abierta a la amistad;
el valle tiene las puertas
abiertas de par en par,
no nos arredra el invierno
ni nos agobia el calor;
queremos al que nos quiere
y al que nos ofende no.

Quédense aquí,
Golondrinas...

Mejor me quedo en Tijuana

Ahora sí, querido amigo,
tú te vas a Rosarito,
pues esa preciosa dama
conquistó todo tu ser.
De veras te felicito
pero me quedo en Tijuana
y en esta misma semana
a mi morena voy a ver.

Voy a aprender bien el inglés
seré cronista y traductor;
pero si llego a historiador
les contaré,
que soy feliz con este amor,
que amo a Tijuana con fervor
y, si se ofrece,
en su defensa moriré.

Diario cruzan en legión
nuestra garita migratoria,
hombres de diversas trazas,
costumbres y condición.
A nosotros nos protege
con sus páginas la historia,
por haber sido aquí fieles
guardianes de la nación.

Voy a aprender bien el inglés;
seré cronista y traductor,
pero si llego a historiador
les contaré
que soy feliz con este amor,
que amo a Tijuana con fervor,
y, si se ofrece,
en su defensa moriré.

Souvenirs de Ensenada

La aurora despierta el día.
Nace Ensenada a la vida;
su quimera es realidad.
Sus bellas costas bañadas
por la divina alborada
que va decorando el mar.

El pescador a porfía
se enfrenta con su destino,
poniendo proa a los caminos
que van a la inmensidad.
Y luego con emoción,
ve el atún entre sus redes
y después como que quiere
sacar todo el abulón.

Y si un día a Ensenada llegas,
y abres tu pecho y lo entregas,
de afectos una redada
te dará el hombre de ahí.
Y al dejar aquellas costas,
una concha iridizada
y unas colas de langosta
te dará de souvenirs.

Las colas de la langosta...

Una concha iridizada
y unas colas de langosta...

Himno a la Baja California Norte

Entonemos el himno que aquí enciende
nuestro credo de amor
y devoción.
por la tierra peninsular que asciende
desde el mar
al confín de la nación.

Es el norte de Baja California
que al estado "29"
nombre da,
y al amparo del rango de su historia
con su pueblo
la frontera guardará.

Desde el valle feraz
al desierto inquietante,
nuestro afán seguirá
sin tropiezo, adelante;
y de la sierra al mar
por barrancos y esteros
nuestras voces dirán,
como el héroe inmortal,
que "La Patria es Primero".

Es el norte de Baja California
que al estado "29"
nombre da,
y al amparo del rango de su historia
con su pueblo
la frontera guardará.



Tras la huella del indio

Prólogo

Por José María Figueroa Díaz.

Pródiga en agua y buenas tierras, la entidad sinaloense lo es también en cultivadores de letras: poetas, prosistas, relatores y ensayistas, además de buen número de periodistas, han cantado o descrito con inspiración y maestría el cotidiano acontecer en el estado de los once ríos, conquistando muchos de ellos lauros de gloria.

El cuento, como género literario difícil, ha encontrado en estas tierras auténticos exponentes. Díganlo si no los excelentes trabajos producidos por Ramón Rubín, Francisco Peregrina, Raúl Cervantes Ahumada, Fausto Marín, Manuel "Tata" Ximénez, Reynaldo González Jr., Juan B. Ruiz, Roberto Hernández, Dámaso Murúa, y Carlos Manuel Aguirre, entre otros.

A todos ellos se suman hoy un racimo de plumas jóvenes, inquietas, que en la continuidad de una tradición, demostrando dedicación y talento, ven publicados sus trabajos en revistas y periódicos, que sin duda significan el despertar de sus carreras literarias, y el mejor de los estímulos.

Pero hoy hacemos mención aquí de Cipriano Obezo Camargo, maestro de la anécdota, relator costumbrista y empedernido escritor humorista, de todo lo cual ha dado muestras en trabajos aquí publicados.

Obezo Camargo, a nuestro ver y entender, es ante todo fiel descriptor de hechos reales que le ha tocado vivir o conocer, menudeando los de ambiente campirano retenidos o recogidos en

el medio rural del norte de Sinaloa donde transcurrió su infancia y adolescencia.

Sin rebuscamientos, sin retóricas; empleando toda la sencillez posible, el autor del libro "Tras la huella del indio", nos deleita en cada caso con relatos llenos de originalidad, a la vez que pone en boca de sus personajes expresiones regionalistas rescatadas con habilidad y paciencia.

Esto último, en nuestra opinión, es muy importante desde el punto de vista literario en la obra de Cipriano Obezo Camargo; porque aporta innumerables expresiones de la gente campesina, incluso vocablos de los indios mayos que habitan la región, contribuyendo con ello al conocimiento de términos cada vez más en desuso en Sinaloa.

Como gran número de autores anónimos, Obezo Camargo ha tropezado con la falta de recursos propios para publicar su obra, pero en su auxilio ha conseguido la concurrencia de la ya desaparecida Revista "Presagio" que nos tocó dirigir, así como la de la Universidad de Occidente, de la Secretaría de Educación Pública y Cultura de Sinaloa y ahora, otra vez, la del Gobierno de la misma entidad, aportando su valiosa ayuda para que a los libros "Los viejos barrios de Los Mochis viejos" y "Lira andariega" ya publicados, se sume ahora éste, "Tras la huella del indio", para completar la tercia de su producción literaria.

Enhorabuena a Obezo Camargo por este nuevo esfuerzo consumado para dar crédito a nuestros grupos aborígenes en el devenir étnico, cultural, semántico y costumbrista del Norte de Sinaloa, y por aportar su valiosa información para la estructura histórica del futuro de nuestra patria chica.

"Con la venia de usted"

Los recuerdo muy bien; fueron muchas las veces que los vi sentados a la sombra de los añosos mezquites que adornaban los patios de sus pobres chozas, contemplando en silencio el horizonte distante, como si algo esperaran de la lejanía infinita que parecía limitar los ámbitos de la tierra y el cielo.

Eran los indios mayos de mi pueblo, allá en Alhuey, donde a San Pedro se le atribuía la calidad de santo patrono y el mérito de la conducción espiritual y la protección de vidas y haciendas de las gentes de la comarca.

Agobiados por un rudo complejo de inferioridad, se creyeron sin talento para tomar tierras en aparcería, desmontar terrenos libres que cultivar por su cuenta u organizar pequeños negocios que los liberaran de su secular condición de peones agrícolas. Sólo se creyeron aptos para las tareas más duras del hacha, la pala, el machete, la cargaduría y la obediencia.

Prendidos a su estirpe por los nexos de la sangre e identidad en la miseria, juntos recorrimos montes y vallados, cerros y marismas, en busca siempre de algo que comer, a la manera de las viejas tribus recolectoras y cazadoras que en el mundo silvestre encontraban su sustento, allá en el fondo de la historia.

Escoger una rama flexible para tallar un buen arco, seleccionar los renuevos de varaprieta para hacer "jaras" rectas con "pedernal" y plumas direccionales, tomadas de la cola del gavilán "abado", fueron industrias y artes que compartimos con ellos durante

los años de nuestra infancia y los primeros de nuestra juventud.

Si llegamos a aprender cómo dar con los animales de caza menor, siguiendo las distintas veredas del monte, fue porque ellos, los mayos amigos y nobles compañeros, nos señalaron rumbos y guaridas en el momento oportuno.

Si cortamos a su tiempo los frutos y extrajimos con oportunidad las raíces que nos servían de sustento, fue porque los mayos, en cátedra exclusiva, nos enseñaron a distinguir la edad de ramas y "güirotes" y el color y el olor de los racimos de los frutos en sazón.

Nada más conmovedor y profundamente humano, que la emoción de adentrarse, por aquellos tiempos, en la vida sencilla, ingenua y elemental de los hombres de esta rama étnica, adaptados a la convivencia con el mestizo en forma integral, hasta el grado de la confraternidad en la pobreza.

Ha sido debido a eso, que al contemplar cómo inevitablemente su fisonomía racial y sus tradiciones se van perdiendo diluidas en las nuevas formas de vida que imponen el progreso y la velocidad contemporáneos, que me ha parecido útil salir por los fueros de sus características sociológicas, antropológicas y éticas, dando a la publicidad parte del tesoro de sus tendencias y costumbres en materia de religión, alimentación, medicina, arte, conducta social y anecdotarios, como una modestísima aportación para la historia regional de mi tierra de origen que, según ya se ha dicho, se localiza en la región de Alhuey, del municipio de Angostura, hacia el norte-centro del estado de Sinaloa, como a 110 kilómetros al noroeste de la ciudad de Culiacán.

Que los historiadores y eruditos disculpen la carencia en este texto, de refinamientos retóricos y rebuscamientos literarios, porque ni el talento ni el acervo se prestan para tamaño intento.

Sólo se alcanzarán a ver aquí expresiones plásticas, a manera de copias diapositivas arrancadas de la vida real y sencillamente humana que vivimos en aquella época, al amparo de la esperanza que generó la lucha por la tierra en la década de los años "treinta" y motivada por el aliento que le dio la escuela rural que llegó a ser, con mucho, un dínamo de la vida cívica y cultural del agro regional.

Como no hay en el pasado de nuestra raza en la región, ni ruinas monumentales ni figuras heroicas a quienes rendir pleitesía en las efemérides étnicas, la semblanza humana de nuestros relatos se apoyará en los hechos de hombres comunes y corrientes, acaecidos en lugares también comunes, en los cuales se fincó el que hacer de todos los días, y sin más nota sobresaliente que el asombro, la sonrisa o la duda que nuestras afirmaciones provoquen.

No es nuestro propósito escribir en busca del éxito literario, sino aprovechar de la mejor manera la oportuna ayuda otorgada por el Gobierno del Estado de Sinaloa para lograr esta edición, a fin de que el conocimiento de quienes estos renglones lean, se nutra

con los elementos que han alentado el devenir biográfico colectivo de nuestros indios mayos que, incorporados ahora en número muy considerable al sistema ejidal de la tenencia de la tierra, protegidos por el sistema educativo nacional y por las instituciones de seguridad social, empiezan a vivir de otro modo, un poco al margen del ambiente de penuria extrema que caracterizó los tiempos que iremos trayendo a cuento en el perfil de estas estampas, pergeñadas a la luz del recuerdo reverente, la solidaridad humana y el adorno literario que permitan la fantasía y la ficción, en muchos casos.

Cuando he acomodado la expresión "vivir de otro modo", no he pretendido sentar criterio que pueda dar por consumada la redención del indio en estas latitudes y ni siquiera la proximidad de tal suceso; pero el hecho de que su destino haya quedado ya ligado en Sinaloa al destino general del proletariado del campo, que lucha con todos sus recursos por la justicia social y el reparto equitativo de la riqueza, significa para mí que el distintivo de raza no es por acá estigma ni signo de diferencia negativa, sino calidad común de hombres a la altura de las oportunidades que la lucha por la existencia va imponiendo al ritmo de la cultura y la vida contemporáneas.

Muchas de las citas de lugares y sucesos, fechas y personas que aquí se dan, se tomaron de la más pura realidad vivida en el ayer reciente de nuestra historia regional, pero otras fueron creadas a propósito y ad-hoc, para darle fuerza a la expresión social y humana, pero sin dar lugar a la distorsión de la verdad pública en que se desenvolvió la existencia en aquel tiempo.

Todo lo que pueda parecer mágico, fantástico, inverosímil o falso, a la respetable opinión crítica de quienes se detengan a analizarnos, fue vida cotidiana, común y consuetudinaria, afianzada en la médula de nuestro ser mismo y anclada en el vórtice de la rosa de los vientos de nuestra proyección humana, cuando queriendo orientar nuestro destino hacia el esfuerzo por una vida mejor, sentimos que los dioses, los filósofos y los caudillos fracasaban en nuestro perjuicio, dándonos a nuestra marginación y a nuestra miseria, la categoría de males necesarios, indispensables para darles solidez a la estructura y superestructuras de un sistema social que no por progresivo, evolutivo, dinámico y creador, ha dejado de ser injusto, inicuo y refractario a los altos índices del sufrimiento popular, padecidos por los estratos más desvalidos de nuestra sociedad.

No hay intención dramática ni trazos de comedia en el sesgo de estos relatos consignados. Es sólo el palpitar de una vida gozada a ratos o sólo soportada a veces, en la esencia misma de los clamores públicos captados en el punto del desnivel entre las necesidades y los satisfactores, y ante la urgencia de ser hombres frente a la presión falsamente piadosa de quienes allá en el fondo de su desidia y su apoltronada e insensible comodidad, seguramente llegaron a considerarnos como sub-hombres, al filo de la obediencia ciega y a la medida del feliz disfrute de su vida indebida.

Mil gracias, pues, o mil perdones, según tolere o rechace usted este audaz y limitado esfuerzo.

Cipriano Obezo Camargo.

Al Gobierno del Estado de Sinaloa encabezado por el C. Gobernador constitucional Antonio Toledo Corro asistido por sus leales colaboradores, gracias a cuyo interés y comprensión pudo editarse esta modesta obra, que pretende ser una aportación al esfuerzo de dar a conocer las características, tendencias y costumbres de lo que queda del sector poblacional de la vieja tribu autóctona de los mayos sinaloenses, que habitan desde Choix en el norte, a Navolato en la zona central del estado.

Cipriano Obezo Camargo.



El mayo "Rúmulo" no quería ser "ganadero"

Antes que alcanzáramos el grado de perfección jurídica que hemos logrado en materia agropecuaria, los burros no fueron nunca materia de tributación fiscal y podía el campesino, según sus necesidades, tener dos, tres o hasta cinco o más animales para auxiliarse en su trabajo cotidiano de carga, transporte o tracción.

La libertad era tanta que, en disfrute de ella, burros y burras hacían de cualquier llano, paredón o matorro, el santuario de sus relaciones amorosas sin que las autoridades hacendarias les cobraran impuestos por tenencia, de nada de lo que para el efecto pudieran necesitar.

La libertad llegaba a aceptar que veredas y caminos se vieran poblados por entes de la jumentería que vagaban sin dueño.

Lo más a que se atrevió la ley de entonces, fue a llamar mostrencos a los burros cuando llegó a demostrarse el sindueñismo en relación con ellos.

Por eso en mi tierra la gente era casi indiferente a la propiedad en este sentido, a pesar de que, en un momento dado, solía reclamar el derecho a sus jumentos si el caso ameritaba "el ejercicio de esa acción", como diría un abogado.

"Rúmulo", Don Othón, Rufino Meza, Erasmo Castro, Chadoy Angulo y otros muchos, eran dueños de buenos burros, grandes y bien cuidados, y muy hechos al trabajo.

Lo mismo tiraban de una carreta o un arado, que viajando aparejados iban cargados de leña o de zacate, o servían de cabalgadura llevando a sus dueños "a la jineta" encajados sobre un simple costal o portando silla y freno, " y todo lo demás".

Sin embargo, nadie se incomodaba si algún "simburrista", urgido por una necesidad, lazaba al primer asno que encontraba a la mano y se servía de él sin consultar al dueño. Todo era cuestión de no maltratarlo, ni someterlo al martirio del hambre y de la sed.

"Rúmulo" el mayo viejo que así decía llamarse, tenía dos burritos por cierto muy buenos, de los cuales se valía para integrar parte de su "modus vivendi", usándolos para distribuir leña por "cargas", para salir a vender aguamas, o acarrear pastura a domicilio para becerros y cerdos.

La vida para él, en ese sentido, transcurría tranquila.

Hasta podía decirse que él y sus burros se querían.

Tal era la adhesión mutua que se profesaban.

Pero un día, el síndico municipal del lugar le salió con una "nueva"; llegó a su casa a decirle que dizque por orden de la autoridad superior, fuera al municipio a inscribirse como ganadero en el registro del ramo.

"A di'astar" loco tu jefe, carajo, comentó el mayo "¿Pos" "dionde" "vua" sacar ganado "pa'ilo" a escribir a la lista esa que dices?

Yo no sé más, "Rúmulo"; me ordenaron que te citara y yo cumplo, aclaró el síndico, Pero yo creo que es cuestión de que vayas, platiques con el jefe y aclaren todo lo que tengas que decir, recalcó al final.

Pero el caso es que yo nunca "a andado" en "güeltas ""esas". No sé ni hablar y menos a "ond'ir". Ahy nomás dile que digo yo que no tengo ganado y con eso hay, volvió a insistir el indígena.

Sin volver a decir ya nada más, el representante de la autoridad, se despidió del mayo y dejó el asunto por la paz.

Siempre por las dudas, "Rúmulo" procuró hablar con gente de "esperencia", pa' contarle lo que había pasado, pero todos coincidieron en que aquello era una equivocación, y que no tendría ninguna consecuencia si no se presentaba a la cita por tamaño error.

Hasta el profesor de la escuela se rió cuando le contaron el caso.

Pero el tiempo corrió, y como tres meses más tarde, otra vez el mismo síndico volvió para insistir: Que es necesario que comparezcas a las citas que te hace el gobierno pa' que no "hagas de causa". Dice el presidente que es cosa sencilla; que vayan y él, al explicarte todo, te dejará convencido.

Y "güelta" otra vez a la "misma" monserga. "Pos" ¿qué está loco tu jefe, hombre, con una fregada?, preguntó el mayo entre asombrado e indignado.

No hables de más, mayito bocón, amenazó el síndico; si llega a saber el Presidente lo que estás diciendo de él, te puede mandar tapar la boca. De modo que ya sabes. Si no vas, en otra vez van a mandar por ti.

Corrió otro mes y, por fin, se llegó el día: Dos policías, enviados especialmente de Angostura, localizaron a "Rúmulo", para informarle que ahora sí la cosa iba en serio, y que tenía que presentarse ante la autoridad superior.

"Pos" dile a tu patrón que ahí me espere mañana; "qui' hora no puedo porque estoy muy percutido, a ver si a la "nochi" me lava el pantalón y la camisa la vieja.

Pero es el caso que el jefe ya no te quiere esperar más y la orden es de que tienes que ir con nosotros, quieras o no, aclaró el que llevaba insignias de "cabos".

Ah cabrón, dijo el mayo asustado. ¿Antonces me vas a llevar "marrado" como los delincuentes que salen en el cine? Eso está tantito "pior".

"Pos" mejor anda, "Rúmulo", terció la maya su mujer, no "seya" cosa que te maten a balazos los "polecías". "Tate" cayado ya, y mejor date por preso.

Que "ti' amarren" y te lleven cuando ellos "quieran", a ver si no "ti'hacen" nada, insistió la fiel consorte aborigen, mientras sus piernas temblaban y los ojos se le humedecían.

Yo "crio' que" tiene razón la vieja; "Márrenme" pues y échenme por delante, pero no me vayan a matar, no sean malos. La mera "verdá" es que "nu'ha" hecho nada malo, y "quen" sabe por qué me "qeren" hacer ganadero a "juerzas", sin tener "alimales", ni rancho ni nada, alegó en última instancia el detenido.

Yo creo que están haciendo la cosa gorda sin necesidad, insistió el policía jefe. No hay nada que vas preso, ni te vamos a amarrar y menos a dar de balazos; venimos como amigos a que vayas a platicar unas cuantas palabras con el Presidente, y eso es todo. No se asuste señora, suplicó dirigiéndose a la maya. La cosa no tiene chiste.

¿Que "sos" mi amigo dices? ¿Y "trais" pistola? ¿Y me dices que me vas a llevar a "guevo" ? "Pos" ya "jodites" pa' que te lo "creya".

Ándale, ándale, "márrame" luego y friégame de una vez; aquí "mesmo", pa' que no tengan "qu'ir" por mí hasta allá, rezongó resignado pero "de cara al sol", sin miedo y sin pedir perdón...

Fue necesario que el presidente del ejido interviniera, y que lo encaminara hasta la salida del pueblo el profesor de la escuela, para que el mayo aceptara por fin, acompañar a los señores de la policía.

Informado el presidente municipal del drama de que habían sido actores obligados sus subordinados, "Rúmulo" fue llamado a su presencia.

¿Qué tal, el mayo viejo?, saludó el señor autoridad, estrechando la mano de su súbdito y sonriéndole con cara de cordialidad. ¿Cómo está tu familia y el trabajo, cómo va....?, preguntó nuevamente.

"Pos" nada, que aquí me tienes; estoy rendido y "ti'aseguro" que no pienso meter la mano, "mihagas lo que "mihagas". Tú eres la "juerza" y yo soy el jodido. ¡Mándame a la cárcel "di' una vez..! alegó el pobre

hombre, obsesionado por su comprometida situación cuya causa no acababa de comprender.

Mire amigo, volvió a explicar el edil mayor, estás asustado de más y no tienes por qué ponerte así. La cosa es que de allá arriba mandaron una nueva ley que dice que todo aquel que tenga dos o más animales de ganado mayor, como vacas, caballos, mulas o burros, debe registrarse y mandar hacer un fierro para que marque sus animales y se sepa de quién son cuando hagan "estropicios" en las siembras de los vecinos. Eso era todo lo que te quería decir; sólo que como no atendiste mis dos llamados anteriores, pues tuve que mandar por ti. Pero soy tu amigo; palabra de hombre que soy tu amigo, concluyó el jefe municipal.

Y si eres mi amigo, preguntó "Rúmulo", ¿por qué no "juites" a mi casa a decírmelo pa' que no "si'hubiera" hecho tanto argüende y la vieja no se "habiera" dado la "zurrada" que se dió?, preguntó el aborígen.

En eso tienes razón. Así como tú dices se debía haber hecho; pero ahora ya metí la pata y sólo te pido que me perdones. De modo que ahora lo que falta es que mandes hacer el fierro y que pagues los dieciséis pesos que te va a costar con todo y registro, y asunto terminado, explicó otra vez el presidente.

Desde ahy "dionde" tú estás, comiendo con manteca las tres horas del día, la cosa se ve fácil, ¿pero yo, "dionde" diablos "vua'garrar" tanto dinero? Con trabajos junta uno pal'maiz y "pal" café, alegó otra vez en su favor el indio.

En un nuevo intento por mostrarse cordial, el primer regidor le reiteró su amistad, aclarándole que no se apurara, al fin que para arreglar aquel problema le quedaba todavía un plazo de dos meses.

Al volver a su casa sano y salvo, su mujer se le acercó y recargándosele sobre el hombro sollozó de felicidad, enjugándose las lágrimas con la falda del delantal.

Pasado el plazo de espera que la autoridad le concedió para regularizar su condición de "ganadero", según la nueva ley que lo "traía en vueltas", el señor secretario del Ayuntamiento le mandó un oficio recordándole que el término para que pagara el fierro de sus animales se había vencido y que era necesario que, en un plazo de tres días, pasara a liquidar su cuenta.

Un viernes por la mañana, el mayo se hizo presente ante el mandamás del municipio y le dijo: Oye "pos" fíjate que no pude "cabalar" todo el dinero junto, vine pa' que me digas si puedo pagar "mita" "agora" y "mita" después, cuando no este' tan fregado.

Seguro que sí puede, mi amigo. ¿Ves cómo querer es poder? Dentro de un momento la secretaria de la Tesorería te va a hacer tu recibo por ocho pesos y a ver si dentro de quince días vuelves con lo que te falta para que todo quede en paz. Que te vaya bien y saludame a los demás de tu casa, le recomendó el alcalde encaminándolo a la puerta de su despacho, y dándole las últimas palmadas sobre el hombro.

A los quince días justos, el mayo volvió otra vez a la oficina que él veía ya como un calvario.

Aquí tienes los otros ocho pesos, a ver si es la última vez que tengo que venir, le dijo "Rúmulo" al superior, entregándole el dinero.

Mire señorita, vea Ud. que le hagan la factura inmediatamente a nuestro amigo "Rúmulo" y que me le entreguen su fierro de marcar, porque ahora sí, ya es todo un señor ganadero, ordenó el Presidente a su secretaria.

Henchido el pecho de rencor y resoplando con coraje, el mayo alcanzó a decir casi ahogándose: "Pos" que me den "lomás" el recibo pa'irme pronto, porque el fierro ahy se los "vua" dejar pa' que se lo metan "onde" les quepa, porque pa'dar el primer abono vendí uno de los burros, y pa' acabar de pagar acabo de vender el que me quedaba. Así es que dime, ¿pa' que chingados "quero" fierro "ahora" si no tengo "alimales" que marcar?

No quiso aceptar más papeles que el recibo, el mayo terco y enfiló hacia su casa descorazonado e impotente ante la obscura realidad que, "en nombre de La Nueva Ley Ganadera", lo había privado de sus dos únicos burros que eran el apoyo de su precario sustento.

Pero el señor presidente no se quedó nada "agusto" y las últimas palabras del mayo resonaban en sus oídos como una acusación rotunda a su falta de comprensión para estudiar los problemas de la ciudadanía bajo su jurisdicción.

Y otra vez las palabras del mayo retumbaban como ecos maldicientes:

"Pa'que se lo metan "onde" les quepa..... "Acabo de vender el otro..... "Pa'qué chingados "quero" fierro ahora....." y así, como martillazos, escuchaba en su conciencia el golpe de las frases demoledoras.

Y ya no pudo más: Mira, le ordenó al comandante de la policía: ve a Alhuey y averigua a quién le vendió sus burros el mayo "Rúmulo" y vuélvelos a comprar para que se los entregues de nuevo, dotados de aparejos y frenos con cabezadas nuevas también. Llévale además un saco de maíz y medio saco de frijol.

Dile que yo le mando regalar todo eso porque quiero que crea que de veras soy su amigo y que cualquier día de estos voy a ir a su casa para tomarme con él una taza de café.

Cuando el subalterno salió a cumplir sus órdenes, el hombre sudaba copiosamente y al dejarse caer sobre su sillón ejecutivo, sintió como si le hubieran quitado un peso de encima, dándose por satisfecho de hacer las paces consigo mismo.

Cuando al mayo le informaron de todas las nuevas disposiciones del señor Presidente Municipal, no lo quiso creer al principio, pero cuando volvió a ver sus burros con los arneses nuevos y que el enviado una vez hecha la entrega se despidió, abrazó a los burros compañeros de su vida, que él veía ya como de la familia.

"Pos de veras está loco "diatiro" este diablo de "otoridá". Pero "agora" sí le creo lo de que es mi amigo", alcanzó a decir en voz baja el feliz aborigen, mientras con el dorso de las manos se enjugaba las

lágrimas que se le iban saliendo sin querer.

De lejos, la maya vieja también lloraba, mientras contemplaba a los burros con ojos amorosos, y con ojos maternos, podríase decir.

El valioso mundo del "aguamal"

Sin habernos citado previamente, varios amigos de la barriada coincidimos aquella mañana en Alhuey, para dirigirnos por los caminos del monte armados de arcos, flechas y machetes en busca de animales o frutos que llevar como alimento a la familia.

Mas hechos a andar juntos de tiempo atrás, el primer grupo lo formamos los mayos Cecilio y Mance y yo, mientras los otros siete formaban otros dos grupos.

Convenimos en caminar separadamente rumbo al oriente, pero advertidos de no "desvalagarnos" mucho, para que nos pudiéramos comunicar a gritos o silbidos en caso que algo se ofreciera.

En lucimiento de sus habilidades, hubo quienes al ver un conejo amatorrado lo espantaron, para soltarle en plena carrera la flecha precisa que habría de atravesarle el cuerpo. Otros al paso de las bandadas de "cholis" o codornices, soltaban sus jaras al vuelo para cobrar una o dos aves a la vez.

Y sucedió que al pasar los del tercer grupo por una coyotera que daba señales de estar habitada, ocurrentemente se dispusieron a formarle una hoguera en la entrada, y aventarle aire con los sombreros, para que el humo penetrara a la guarida.

De inmediato casi, salieron dos coyotitos gimiendo y estornudando, en tanto que los cazadores esperaban machete en mano, la violenta salida de la brava madre que seguramente trataría de proteger a sus cachorros.

Tal como lo esperaban, salió repentinamente la hembra adulta,

y ladrando y enseñando los dientes amenazantes, se puso al frente de sus hijos, lista para atacar al que se les acercara.

Espérense tantito, dijo el que se creyó con más tino, déjenla que se ponga a tiro pá metele" una "jara" en el "codío", no sea que vaya a fregar a alguno.

No sea bruto, interrumpió Cecilio, que había llegado junto con los demás, ¿no vez que si matas a la coyota los coyotitos se van a morir de hambre?

Y qué, respondió el otro, ¿vamos a dejar que se logren pa' que se sigan comiendo las gallinas de los corrales por las "nochis"?

¡Ay, jodido..!, replicó despectivamente Cecilio. ¿Cuáles gallinas tienes tú? Si acaso las has comido es cuando has ido a alguna boda y porque allí la comida la dan de "goyo". Pero ya te digo: si matas a la coyota, cuenta con una "zorunda" de "anachazos", como pa' que te acuerdes de mí toda la vida.

"Aguárdense, aguárdense", interrumpió el mayo más viejo. ¿Qué "necesidá" hay que se peleen por tres cabrones coyotes que no sirven ni "pa'l hígado ni pa'l bazo" ni son siquiera de ninguno de nosotros? Anden, vamos siguiendo pa' delante como veníamos, y que la coyota se las arregle como pueda con sus hijos. Allí cuando estén grandes los mataremos si se ponen a tiro".

"Mejor "ansina", ¿verdá?", terció Cecilio, mostrando a su rival una sonrisa de conciliación, en tanto que el otro le daba la mano en signo de paz.

Caminamos un buen trecho haciendo bromas e improvisando "puyas" a costa de los rijosos apaciguados, cuando escuchamos los gritos que nos llamaban los del segundo grupo.

En unos cuantos minutos logramos dar con ellos, encontrándolos frente a un enorme "aguamal" clavetiado de racimos grandes y apetitosos, suficientes como para cargar dos o tres burros.

Sin hacer ningún comentario, cada quien empezó con su machete a abrir pequeñas veredas por donde ir llegando a cada mata para hacer el corte adecuado de los racimos, saliendo cuantas veces fue necesario para formar cada quien su montón a la sombra del árbol escogido.

Cuando todos calculamos que con las "aguamas" cortadas podríamos formar dos manojos para llevarlos atados a los extremos de una vara en palanca, suspendimos el corte, retirándonos a la sombra a beber de los "bulis" que llevábamos, y a fumar y platicar a discreción.

"No se muevan, por favor", requirió uno en voz baja, mientras acomodaba una "jara" en la cuerda del arco. "Allá está asomando las narices un conejo bien dado", confirmó.

Luego se oyó el silbido de la flecha al cruzar los aires y a continuación los chillidos y saltos del conejo moribundo.

Al cobrar la pieza el cazador, apuntó hacia la espesura indicando que entre el "aguamal" quedaban cuando menos otros seis o siete

animalitos.

Aunque costaba trabajo abrirse paso para recoger los conejos que matábamos, pronto vimos que la mayor parte de los arqueros cargaba uno o dos orejudos colgados del cinto.

¿Y cómo no "biamos" dado con este "panino", después de tanto pasar y pasar por estos rumbos?, comentó el mayo Mance.

Oigan, apuntó el que hacía rato que había querido dar muerte a la coyota, ¿qué les parece si le prendemos lumbre al "aguamal" por el lado que le pega el viento, y nos vamos pa' " lotra oría" a esperar que vayan saliendo los conejos "ajogados" pa' agarrarlos "cuichitas"?

¡Ya vas otra vez con tus pendejadas!, saltó luego el mayo Cecilio. ¿Qué no calculas que si quemamos el "aguamal" "siacaban" las "aguamas" pa'l año "qu'entra" y la cría de conejos termina en este "varazón"?

Tiene razón Cecilio, terció otra vez el mayo viejo. Si "agora", por andar de muertos "di´ hambre" acabamos con lo que nos da el monte "ahy" luego no vamos a hallar la puerta. Mejor vámonos antes de que se vayan a querer morder otra vez, y ya veremos si nos volvemos a juntar a fines de la semana "qu´entra".

Para cuando el sol estaba por ponerse, diez hombres cargados de "aguamas" tomamos por asalto el pueblo, no sin escuchar las "chifletas" de los lugareños de confianza que nos gritaban al paso: "Hasta que van a comer a llenarse sus hijos, mondados...", o, "cuidado con tragar de más, no se vayan a escaldar el hocico...", o, "pongan abarrote pa' que agarren clientela ahora que tienen que vender, jodidos..."

Y así se fueron sucediendo las burlas hasta que pasó el último y cada quien fue metiéndose en su casa, dando por concluida aquella memorable jornada, en que el monte generoso nos pagó con creces el esfuerzo de esculcarlo.

Comentario al margen, le diremos a usted que la "aguama" es una planta silvestre de la familia de los agaves o amarilidáceas parecida al maguey o el henequén, que por las regiones del centro y sur de Sinaloa le llaman "guámara". Sus hojas son finas y tersas, alcanzando una longitud hasta de setenta u ochenta centímetros por término medio, de color verde opaco por el envés y matizadas de un rosa pálido y brillante por el haz.

A semejanza de las demás de su grupo, las hojas terminan en una espina fuerte y cónica, pero las espinas laterales no siguen encorvadas e inclinadas uniformemente hacia arriba, sino que van colocadas en desorden, apuntando unas hacia arriba y otras hacia abajo.

Se reproduce por medio de "hijos" que brotan a flor de tierra del cuello de la raíz, una vez que la planta principal ha alcanzado su máximo grado de desarrollo e inicia su declinación vital.

Del centro del "macollo" de hojas, surge un vástago cuyo tallo se levanta unos cuarenta o cincuenta centímetros, del cual brotan, alternadas, una serie de pequeñas "manos" en cuyos extremos revientan pequeñas flores, que al ser fecundadas forman racimos de

frutos ovoides apuntando hacia arriba, de color verde al principio y de un amarillo intenso al llegar a la madurez. Su sabor es agrídulce, pero el jugo de la corteza del fruto es escaldante, por lo que suele suceder que quienes las comen con glotonería y sin las debidas precauciones, sufran escoriaciones que les hacen sangrar la superficie de la lengua en su parte superior o el tejido interior de los labios.

Sin embargo, dejadas a la intemperie tres o cuatro días y tatemadas después a las brasas, pueden ser comidas con confianza después que se hayan enfriado bien.

Un racimo bien formado, puede dar de treinta a cuarenta "aguamas", las cuales si se despuntan y pican con un tenedor después de algunos días de cortadas y, escogidas con cuidado se ponen a cocer con "panocha" o piloncillo, hasta darle una buena consistencia a la miel, resulta una "conserva" o compota lista para un postre original.

Según el decir del mayo Mencho, a quien reconocimos como autoridad en esta materia, los tales frutos de la "aguama", desprovistos de su cáscara y machacados y o cocidos con todo y semillas en agua con un "punto" de sal, dan una bebida como especie de concentrado, que si se toma serenada y en ayunas en un vaso regular, durante una temporada de un mes o dos, alivia y hasta puede llegar a curar la úlcera gástrica que afecta a tanta gente en el mundo moderno.

Y murió el mayito Marcelo

Don Lauro Díaz, con toda su capacidad de médico práctico de la región, hizo todo lo que estuvo de su parte, pero el dolor de estómago no cedió y la disentería si bien se detenía un poco, volvía a aparecer más intensa y rebelde cada vez. Era evidente que Marcelito, seis años apenas en el amanecer de su vida, estaba gravemente enfermo.

Todo sobrevino un día, según afirmaban los mayos, cuando después de haber comido "cocido" de res con verduras, el mayito se comió un pedazo de sandía ya "pasada" de madura, que alguien le dio tal vez sin mala intención.

Al caer la tarde de ese día, ya se quejaba. Me duele la panza, decía retorciéndose y apretándose el vientre con sus manitas prietas.

Las mayas preocupadas le dieron a beber diversas infusiones: té de "tójil", de hipazote, de salvia, etc., etc.

En los "sentidos" le pusieron hojas de "yerba'el manso" con unto de "tacuachi" y le frotaron los pies con "infundia" de iguana. Hasta "tamalis" de "chicura" de ceniza con rescoldo le pusieron en el estomaguito, fajándose los con un lienzo de lana.

La esperanza de que "poniéndole mano" Don Lauro mejoraría la situación, se iba desvaneciendo ante la gravedad de la enfermedad que avanzaba.

Se llamó también a Don Ernesto Ibarra, (Tío-Chitaca), que también era curandero de fama. Otras píldoras, otras cucharadas y otros "sinapismos" fueron recetados, pero tampoco hicieron el efecto de combatir el mal.

En la madrugada, cuando la claridad del siguiente día anunciaba los signos de la nueva vida, la vida del mayito se extinguió ante el lamento impotente de la madre, la abuela y los hermanos, mientras el padre de mirada impasible y gesto solemne enmarcaba su dolor en el silencio, dejando rodar una vieja lágrima que expresaba su pena interior, ahogada en la tragedia del no saber llorar "como se debe" que caracteriza a su raza.

A esas horas el padre tomó el camino del rancho en que habitaba su compadre y padrino del niño muerto, para avisarle de la infausta nueva y darle la oportunidad y honrosa distinción de hacerse cargo del velorio y el entierro de su ahijado, según la tradición entre los mayos.

Con las cabezas atadas con paños colorados, el padrino y su mujer, siguiendo el paso del compadre atribulado, emprendieron el viaje de regreso a la casa en que ya las flores de papel de china y las guías de enredaderas silvestres, decoraban la modesta mesita en que yacía "tendido" el "angelito".

Todo el vecindario de Alhuey había acudido a dar sus condolencias y hacer sus donativos de café, pan, cigarros y vino mezcal, para atender por la noche a los que asistieran al velorio.

Lo primero que hizo al llegar el "nino", fue ponerse al habla con Don Agustín Gutiérrez, muy versado en el arte del serrucho y la garlopa, pa' que le hiciera el cajón del muertito.

No tengo dinero "agora", le aclaró el mayo casi con vergüenza al carpintero, pero tengo en mi casa un becerro de año.

Te lo "vu´ a" dar pa' que te pagues lo de la madera y tu trabajo y todo quede arreglado.

Ultimado el trato para que estuviera terminado a tiempo el ataúd, el padrino se encaminó presuroso al "camposanto" acompañado de dos o tres parientes pa' hacer la "sepultura", y luego darle parte al gobierno pa' que diera el permiso del entierro.

Corrido la voz entre los indígenas de pueblos y ranchos circunvecinos, aparecieron ya tardeada con sus instrumentos y atavíos, los músicos y bailarores de "pascola", a cuyo cargo estaría este aspecto del duelo, según la tradición de la tribu.

Para que se sentara la gente que se quedara a velar, se improvisaron bancas con tablas de pitaya y ladrillos apilados en los extremos a una altura como de unos cuarenta centímetros, dejando al centro del patiecito desocupado para que actuaran los danzantes.

Contra la manera de ser un tanto jacarandosa de los mayos en sus días de fiestas vernáculos, ahora todos estaban sentados en "cluquillas" con las cabezas atadas con melindres blancos o paños colorados, no hablando más que las palabras obligadas e indispensables para contestar algunas o pedir alguna taza de café, un cigarro o un trago de vino.

Las mayas allá dentro de la choza, permanecían también calladas y sólo de vez en cuando se asomaban para ver un rato la "pascola" y volver luego a sentarse en los "tapestis" que servían de camas.

A eso de las siete de la noche llegó doña Simona de Angulo, a ruego especial del mayo viejo padre del niño muerto, con un rosario en la mano y su "tápalo" negro de rigor, dispuesta a oficiar los actos religiosos que se acostumbra pa' los grandes. Un coro de vecinas "yoris" que le hacían compañía para contestarle en "las letanías" se acomodó convenientemente a los lados del pequeño féretro color azul cielo.

A una señal convenida que todos acataron, los fieles se pusieron de rodillas, en tanto que la que guiaba el "rosario" empezó por persignarse antes de adentrarse en la dicción rítmica y mecánica de los diez padres nuestros y las cincuenta avemarías de la versión completa.

"Señor Dios que no dejaste las señales santas de tu bendita pasión...". Decían a coro pronunciando "el sudario" las mujeres de rostro enternecido y mirada doliente que se fijaba a veces en el suelo y en ocasiones se elevaba a las alturas.

Luego en "las letanías", se oía sola y vibrante la voz de doña Simona que iba diciendo periódicamente: Acerca de la Alianza... Ruega por él, contestaban al unísono los presentes. Trono de la Eterna Sabiduría. . . Ruega por él. Espejo de Justicia... Ruega por él. Torre de Marfil... Ruega por él.

Y así, con quince o veinte invocaciones más, hasta concluir con el tres veces repetido "Cordero de Dios que borra los pecados del mundo... Perdónalo Señor". Y luego la última persignada como postrer expresión del rito.

Los mayos que habían interrumpido su "pascola" para atender el rezo, volvieron a la escena. Otra vez el violín chillón, el arpa desteñida afinada en "re mayor", según el indio que la pulsaba, y la cadenciosa vibración de los "tenábaris", sonando a tiempo que el danzante golpea suavemente con los pies descalzos el suelo apisonado, desarrollando la secuencia de la danza monótona y primitiva.

En los períodos de descanso que seguían a cada lapso del baile, los danzantes hablaban en "la lengua", bebían tragos de mezcal o se entretenían dando largas chupadas a sus cigarros "tramojos" de tabaco "macucho", y cuyas bocanadas de humo impregnaban el ambiente con un espeso olor que hacía toser y estornudar a quienes, sin querer le "daban el golpe".

Al filo de la madrugada, una inesperada donante llegó con una olla de menudo y auxiliada por dos de sus hijas obsequió a la concurrencia pa' que les cayera algo caliente al estómago, mientras amanecía y podían ir a sus casas a desayunar y dormir un rato.

Para eso de las nueve de la mañana partió el cortejo encabezado por un nutrido grupo de niñas que llevaban en sus manos ramos de flores de variados colores. Algunas de estas niñas que asistían al duelo eran compañeras del "angelito", en el grupo de primer año de la escuela local. La profesora, también con semblante apesadumbrado, sumaba su pena a la de los padres y demás "dolientes".

Después de una pequeña ceremonia celebrada en la iglesia del pueblo, como postrer homenaje al pequeño desaparecido, el cortejo enfiló rumbo al cementerio donde la última morada esperaba los tempranos despojos.

Al bajar a la fosa el azul ataúd, las niñas guiadas por algunas mujeres empeñosas en esas cuestiones de la religión, entonaron villancicos y otros sencillos cantos litúrgicos, a manera de último adiós a nombre de deudos y amigos de la familia.

Al concluir la penosa tarea de llenar a paladas de tierra el sepulcro y darle forma al túmulo con la tierra sobrante, una rígida cruz había quedado clavada a la altura de la cabecera; al pie de la misma, el padre sollozante depositó el sombrero, los "guarachitos" y el pequeño "bule" en que el niño llevaba su dotación de agua pa' tomar cuando iba a la escuela. Luego, como si quisiera darse al alma del difuntito el amparo de eterno techo, se colocó su camita sobre la tumba.

Después que todos los vecinos regresaron al caserío, quedaron recortadas en la espesura del monte aledaño que les servía de fondo, las siluetas de los últimos mayos que, inmóviles, de rodillas y con los brazos cruzados sobre el pecho, musitaban quién sabe que postrera oración.

En la choza enlutada señoreaba el silencio en todos los pechos. De vez en cuando el expirar-inspirar de un sollozo estrujante. En las caras, el rictus del dolor y algunas lágrimas surcando las mejillas morenas de las mayas y los mayitos angustiados.

Sentado en "cluquillas" y apoyada la espalda en la base de un horcón del breve portal, el padrino silente bebía con lentitud el enésimo jarro de café con la mirada perdida en la distancia.

Solo la maestra al llegar a despedirse de la familia no pudo contener el llanto cuando abrazó a la acongojada madre.

Qué lástima, doña Lencha, le dijo, que se nos haya ido Marcelito. Era de los mejores muchachitos de mi grupo; había aprendido a leer mucho antes que los demás y era obediente, aseado y buen compañero.

A la hora del recreo, continuó la maestra, era de los más alegres; su risa era ruidosa y corría como un pollito entregado al juego y a la amistad. ¡Qué lástima, señora, que se nos haya ido! ¡Qué lástima...!

Otro profesor que asistía a la escena, intervino para hacerle ver a su compañera que aquellas evocaciones estaban haciendo más doloroso el sufrimiento de los que la oían hablar llorando.

Perdónenme señores, concluyó apenada otra vez la mentora al alejarse lentamente.

Mientras, sus últimos sollozos se diluían en el rostro de la calle luminosa de aquel medio día estrujante para un pueblo que, con la sinceridad propia de la gente buena, se hacía solidario de "todo corazón" de las horas sombrías que atormentaban a la humilde familia indígena, herida por los designios de la muerte inesperada.

Nuestro pueblo, por allá, es así: profundamente humano.
¡Profundamente pueblo...!

El líder, un mayo en la palestra sindical

Mañana, camarada, llegó a recordarme el mayo Cecilio, tenemos que ir a formar el sindicato de La Palma. Desde el principio de la semana se lanzó la convocatoria y la gente está muy entusiasmada. De modo que no se le vaya a olvidar por andar pensando en otras cosas, volvió a recordarme al despedirse.

Desde el amanecer de la fecha clave, llovió en mangas sucesivas e intermitentes hasta el mediodía, pero para el atardecer el tiempo se despejó, pero dejando los caminos lodosos e inundados.

A pesar de esta circunstancia, la comisión organizadora estaba lista para salir al cumplimiento del compromiso contraído; cuando el día declinaba ya, Genovevo Hernández era portador de la libreta nueva que iba a quedar como libro de actas y Rafael Gaxiola llevaba a su cuidado la lámpara de gasolina. El mayo Cecilio y mi niño Cosme Obeso iban como "oradores" y "animadores", y yo llevaba la responsabilidad de trabajar con la máquina de escribir en todo lo que fuera necesario.

Resueltos como si saliéramos a una de aquellas empresas de conquistadores arrancadas de las leyendas de las Cruzadas, tomamos el camino vecinal que conducía a nuestro destino revolucionario: ¡íbamos al poblado de La Palma a formar un sindicato de trabajadores!

Debido a lo fangoso de la ruta, nos quitamos los huaraches y nos los colgamos al cinto, y nos remangamos los pantalones hasta la rodilla; pero al tener que cruzar el arroyo que aguas arriba se desprende del cauce del río Mocorito, nos encontramos que éste se

estaba "hinchando" con las primeras aguas caídas de los aguaceros de la mañana, obligándonos a pasar de prisa, antes que la corriente cobrara velocidad de peligro. Todos nos "pelamos", anudándonos con los cinturones la ropa a la cabeza y llevando el alto libro, máquina y — lámpara, nos "echamos al agua".

Mojados hasta el pecho alcanzamos la otra banda, y sin hacer comentarios nos vestimos de nuevo continuando con el fango a media pierna, en pos de aquella aventura que ya era casi una odisea.

No tardamos mucho para arribar al poblado donde la gente nos esperara entre nerviosa y curiosa a la sombra de un frondoso guamúchil que había sido escogido como "recinto oficial" para aquella asamblea memorable del proyectado organismo de lucha sindical.

Apersonados con el viejo activista del lugar que había "prendido la mecha" para que los demás se entusiasmaran y se resolvieran a entrar al sindicato, recibimos la lista de los veinticinco comprometidos, habida cuenta que la Ley Federal del Trabajo exigía un mínimo de veinte para proceder y solicitar el registro correspondiente.

Inmediatamente después, Genovevo hizo uso de la palabra por ser el Secretario General del Sindicato de Obreros y Campesinos de Alhuey, que era el grupo promotor, y luego de saludar indicó a los presentes que el camarada Cecilio Valdés les iba a explicar lo que era un sindicato, en qué consistía su razón de ser y cuáles eran sus supremos objetivos.

Sin poder esperar más y como caballo en el partidero que ha escuchado el ¡santiago!, el mayo se plantó al frente y, componiendo el pecho, empezó una arenga que al principio creímos se había aprendido de memoria, pero que después nos dimos cuenta que estaba improvisando; fue así como explicó a su auditorio que el sindicato era un medio de lucha de los trabajadores para la defensa de sus derechos que consistían, principalmente, en la fijación de un salario mínimo, el acatamiento de la jornada legal de ocho horas, la preferencia en el trabajo para los sindicalizados, el pago del séptimo día, la concesión de vacaciones anuales y la ayuda adecuada para el impulso de los deportes y la educación de los hijos de los trabajadores.

Nosotros que ya podíamos considerarnos veteranos en esas lides, porque llevábamos organizados nueve comités agrarios y cuatro sindicatos a lo largo del municipio, fuimos también siendo absorbidos poco a poco por la vehemencia del discurso del indígena, fijando la atención en sus enérgicos ademanes, la fuerza de su voz y el gesto frenético, que hacía que todos los que lo escuchábamos creyéramos que todo lo que él afirmaba era la única verdad asistida por toda la justicia plena del mundo.

Los nervios de todos estaban en tensión al grado que cuando Cecilio decía que la clase trabajadora estaba indignada por la situación a que la habían relegado los malos patrones, los ojos le brillaban de ira, los puños se crispaban y el sudor le brotaba copiosamente por la

frente.

Enseguida, cuando afirmaba que el sindicalismo era un triunfo de los pobres que había que celebrar con legítima alegría, dejaba que en el rostro se le dibujara una auténtica sonrisa que incitaba a los demás a sonreír.

Si el mayo se refería a los traidores en el seno de las organizaciones revolucionarias, daban ganas de salir a buscarlos y apretarles el pescuezo por mezquinos y "malas riatas"; del mismo modo que no hubo quien no suspirara con ternura cuando se refirió a la debilidad e indefensión de las mujeres y los niños que trabajan en las labores agrícolas.

Concluyó afirmando que los trabajadores para ser respetados, deben prepararse muy bien y armarse de valor y tomar todas las cosas con suma seriedad para poder llevar sus peticiones y protestas hasta sus últimas consecuencias.

A estas alturas del discurso la gente ya estaba desesperada, deseando que se procediera de una vez a la formación del sindicato. Así lo daba a entender con sus frecuentes aplausos y el repetido gritar a coro ¡al grano...; al grano...!

Bueno, dijo el compañero Cosme, una vez que el fogoso orador puso fin de su discurso: ahora aquí el compañero "Rafáil" va a consultar el consentimiento de los presentes para ver si hay suficiente asistencia para proceder enseguida a lo que deba hacerse.

El Faló, como apodábamos a Rafael Gaxiola, el viejo dirigente obrero politizado en Santa Rosalía actuando en el seno de los sindicatos obreros de la compañía El Boleo, allá en el sur de la Baja California, empezó con lentitud y cuidado a identificar y acomodar aparte a los que iban contestando afirmativamente según él iba pasando lista.

Al final de la auscultación, el mundo se nos vino encima; pues sólo contábamos con diecinueve prospectos para firmar el acta constitutiva y, según la Ley, ¿no se podía formar el sindicato!

Es que vinieron varias gentes de Angostura, explicó uno de los trabajadores, y anduvieron de casa en casa amiedando a la gente, diciéndoles que todo lo que se decía de los sindicatos era obra de los agitadores y que como el gobierno no quería esa clase propagandista, todos iban a tener que ir a parar a la cárcel dentro de muy pocos días. Se dijo además que la "arriada" iba a empezar con los "algüeyeños" Evaristo Angulo, Cosme Obeso, Juan Ramón Leyva, Eduardo Uriarte, Genovevo Hernández, Agustín Gutiérrez, profesor Joaquín Vizcarra y Cipriano Obezo, para seguir después con todos los que se estaban creyendo de ellos.

Otro de los vecinos denunció que los abanderados de los ricos habían dicho también que tenían otra lista más larga con todos los partidarios del agrarismo que andaban alborotando a la gente en las demás comunidades y que ya se sabía de las "andanzas" de los Soberanes en San Antonio; del "Taca" y Cosme López en Angostura; de los Gutiérrez y los Ojeda en Los Capomos; del "Mito" Obeso y sus hijos

en El Ébano; de los Camargo en San Luciano; del "Gancho" y Román Sotelo en la Cercada; de Chavelo Urías en Horcones y no sé cuántos más de otras partes.

Qué bueno, bramó el mayo Cecilio otra vez, que ellos mismos "haigan" sido los que les hicieron saber la fuerza que tiene nuestro movimiento en todas partes. Porque ustedes, que conocen la región, saben muy bien que todos estos camaradas que han sido señalados, son todos hombres de acción, que " los tienen en su lugar " y que en cualquier momento se pueden jugar la vida sin pedir ningún pago, por tal de servir a los demás de su misma clase.

"Pos" sí, interrumpió un tercero del pueblo, pero el caso es que de veinticinco que éramos antier, seis ya se nos hicieron "pa' tras". Uno alegó que no iba a estar aquí porque tenía a un familiar enfermo en Guasave, otros dos que la habían pasado malos en estos días y tenían que ir a Guamúchil a buscar algún doctor; el siguiente se disculpó diciendo que se iba a ir a la Reforma, a ver si hallaba trabajo entre los pescadores, porque ya no le querían fiar en el abarrote y todos los días le mandaban cobrar. Los otros dos de plano se rajaron y dijeron que mejor los borráramos de la lista, porque ellos no querían estar en contra de las autoridades ni de la gente pudiente, porque sabían muy bien que siempre la "riata" se reventaba por lo más delgado.

¿Y ahora qué hacemos, hijo?, preguntó contrariado mi padrino Cosme dirigiéndose a mí; pero antes que yo pudiera hilar respuesta, el mayo Cecilio ya estaba al habla otra vez, explicando que los camaradas de Los Mochis le habían aconsejado que cuando sucediera algo así por causa del desánimo sembrado por "las derechas", se organizaran las sucursales sindicales como contraveneno. Hoy mismo nos podemos llevar las solicitudes firmadas de los camaradas de aquí, pidiendo su entrada al sindicato de Alhuey y luego podemos volver para formarles su sucursal dependiente de allá, nombrando un delegado, un secretario y un tesorero pa' que sesionen aquí a su gusto y luego nos pasen los acuerdos para darles validez con el sello del sindicato y la firma de nuestro secretario general.

¡Hasta podemos exigirles contratos de trabajo a los patrones de aquí de La Palma!, afirmó en forma rotunda.

Al concluir la sesión firmaron el acta levantada los diecinueve campesinos asistentes y firmaron también las solicitudes propuestas por Cecilio, quedando protegidos de allí para adelante, por el régimen sindical, establecido conforme a la Ley.

Sin embargo, los mejores comentarios se hicieron en el viaje de regreso llevado a cabo como a las tres de la madrugada, formulados por Genovevo y el Faló, que no ocultaban su asombro por la "destapada" que se había dado el mayo Cecilio al que nunca habían visto "bien parado", más allá de las intervenciones de rutina en que participaba siempre en las sesiones semanales.

Qué bueno que ya pasó el tiempo, recalcó Rafael, en que los compañeros mayos no se animaban a decir lo que sentían y sólo se

concretaban a no darles la contra a los demás por miedo a provocar su disgusto. Me siento muy satisfecho, continuó, de que este mayo joven nos haya dado la sorpresa de ahora, aunque realmente yo me quedé con la boca abierta al oírlo hablar como habló. Lo mejor de todo es que este ejemplo puede servirles a los demás mayos, para que todos despierten y tomen con ciencia de lo que verdaderamente valen y de que son hombres útiles a la comunidad como todos nosotros.

De entonces en adelante, Cecilio se convirtió en el caballito de batalla. Siempre tenía algún puesto en el comité directivo del sindicato; figuraba como delegado sindical en los grupos de trabajadores que salían a prestar servicio a cualquier patrón; y en las comisiones para concertar contratos de trabajo o discutir cuestiones de salarios, indemnizaciones o reclamaciones de cualquier índole, estaba siempre presente.

Pasado el tiempo, en una época en que el trabajo escaseó, el mayo Cecilio se ausentó del lugar.

A pesar de la espera de sus parientes y amigos, el indio no volvió. Años después murió su padre, y sus hermanos también se fueron.

Nadie volvió a saber de él.

Sin embargo, su recuerdo quedó allí, en la historia de las luchas del pueblo angostureNSE y como un orgulloso ejemplo del movimiento revolucionario de los hombres de Alhuey.

Los demás mayos que aún quedan en el pueblo, lo recuerdan todavía con cariño.

Conmigo siempre la llevó muy bien, porque se sentía halagado de que lo llamara "El Líder.....".



Tío-Tirso, el viejo juglar

No sé por qué ni en qué fecha, Tío-Tirso Montoya se avecindó en Alhuey. Sólo recuerdo que él, su mujer y su hijo Francisco formaban una familia muy estimada en el pueblo.

La Ciénega, Santa Rosa y Los Mazates eran los andurriales, según se sabía, de donde procedían, "ahí" nomás al subir las sierritas de Mocorito, ya para tomar rumbo a Sinaloa de Leyva.

Su primer oficio, dada la gran amistad que logró con don Ramón Angulo, uno de los albañiles más solicitados en la región, fue el de "mezclero". Afirmaban sus amigos para estimularlo, que la mezcla de cal y arena revuelta por él, pegaba mejor los ladrillos que la preparada por cualquier otro peón, en todos los pueblos a la redonda. Al preguntarle la razón de aquella fama que lo favorecía, explicaba que su secreto consistía en "apagar" bien la cal con agua limpia y después revolverla con arena fina, y dejar la "batidura" reposar cuando menos una hora.

Hasta aquel simple trabajo de batir agua con arena y cal, que a mí me parecía un quehacer cualquiera, resultaba ahora con que tenía sus bemoles tecnológicos que sólo Tío-Tirso conocía a fondo.

Al pasar los años, cuando las fuerzas empezaron a flaquearle, el hombre reconoció que aquel trabajo le resultaba muy pesado ya, y valiéndose de la confianza que tenía con algunos amigos influyentes, consiguió que el Ayuntamiento lo nombrara "camposantero" y encargado del aseo de la plazuelita del lugar, con treinta pesos de "mesada".

Sin embargo de estos oficios en que trató de destacar, su mayor fama en la región la logró componiendo corridos y haciendo versos de ocasión, gracias a cuya habilidad fue considerado el mejor "pueta" de la región.

Y tenía otro mérito que hacía más relevante su actuación algunas veces: ¡Tenía un hermano...! Y el hermano a quien todos llamábamos Tío-Ligo, ¡también hacía versos...!

Lo bueno era que cuando empezaban a bromear así nomás al calor de los tragos, aquello se convertía en un verdadero duelo de poesía dialogada que regocijaba a los demás.

Siendo ambos "hombres de mucho mundo", según afirmaban con frecuencia, contaban sus altercados y aventuras amorosas, descubriéndose uno a otro sus propios "pasteles" cuando se sacaban "la ropita al sol".

Contaron que en una ocasión, en una fiesta de La Purísima que se celebraba en Mocerito, dieron con un par de hembras de "cascos ligeros", pero al referir sus recuerdos, cada quien a su modo intentó querer ningunear al otro y empezaron los "dimes y diretes". Tío-Tirso fue el primero en atacar:

¿Te acuerdas de aquella vez
que encontramos dos viejonas?
Yo a la más nueva agarré;
tú a la más "ruca" y tetona.

De inmediato y contra-atacando, Tío-Ligo le respondió:

¿Y pa' qué te "adelantates"
si de nada te sirvió?
"Ahy" nomás te "alborotates"
y ella en tus barbas se rió.

Más Tío-Tirso, en una apresurada defensa, ripostó:

Yo la abracé y la besé
en cuanto se me arrimó ...

"Pos" si, pero se te "jue"
y "aquel" ni a oler te lo dio.

Repuso Tío-Ligo sobre la marcha:

Es cierto, ya la perdí.
¿Y tú a la tetona qué?

Preguntó otra vez Tío-Tirso desafiante:

"Pos" una teta tendí
Y con "l'otra" me tapé.

Contestó burlonamente su hermano.

Y en otra ocasión, cuando todos charlaban animadamente aprovechando la comilona de una boda, a alguien se le ocurrió traer a cuento el tema de los acertijos. Y riéndose entusiasmados "soltaban" sus adivinanzas los "gastrónomos" rurales, entre las que campeaban algunas inocentes; subidas de color otras, dando lugar a que "al son" de todas ellas se divirtieran de buena gana, especialmente cuando se oía alguna verdaderamente original.

Estaban en eso, cuando entraron inesperadamente los dos hermanos poetas, que al saber el jolgorio de la boda resolvieron darse por invitados y entrar saludando confiadamente.

Informado Tío-Tirso de que se estaban echando adivinanzas, y que por recién llegado a él le tocaba el turno, se dispuso a romper el fuego de la siguiente manera:

Yo quisiera preguntar
en este mundo importuno,
quién es quien pueda arreglar
el asunto de tapar
dos agujeros con uno.

Y la respuesta reventó a flor de labio en la voz

de Tío-Ligo:

Puedes hacer lo que dices
andando sin dejar "juella"
y sin que "haiga" pero que valga,
si acomodas las narices
en el hoyo que se encuentra
en medio de las dos nalgas.

Ante el coro de risas y carcajadas que rubricó la respuesta, antes que su rival se repusiera, el mismo Tío-Ligo volvió a la carga:

Yo apuesto "onque" sea poquito,
al que me quiera ganar,
que una vieja en un pomito
no puede ni podrá "miar".

Y Tío-Tirso, haciéndose cargo de la situación contestó con rapidez:

Hombre, no seas cabezudo,
"cualquiera" te ha de ganar;
¿pues si poniendo un embudo
cómo no ha de poder "miar"?

Hubo otra vez en que habiéndose organizado una fiestecita con acordeón y guitarra para celebrar el bautizo de un nietecito del Presidente del Comisariado Ejidal, una de las señoras del pueblo que "arreaba" el oficio de fondera, se instaló por un lado del "puesto" del baile, con su venta de café y menudo.

Cuando más animado estaba todo, alguien llegó hasta donde estaba Tío-Tirso, pidiéndole que hiciera la "galana" de dedicarle unos versos al abuelo del nuevo cristiano.

Sin hacerse del rogar y esperando sólo que la gente se arrimara para que oyera mejor, el poeta se arrancó diciendo:

"Pos como Juan ya es "agüelo"
y su "ñeto" es tan bonito,
yo con su gusto lo dejo
si Dios así lo dispuso.

Pero siento un desconsuelo
así como un dolorcito,
al ver que ya llegó a viejo
y casi sin tener uso.

Porque es asunto aclarado
que se ha sentado en su macho,
y en veinte años de casado
nomás hizo dos muchachos.

Luego al salir del apuro entre una ovación ruidosa el juglar se hizo presente en la fonda, para averiguar que había para comer.

Pero la fondera que era mujer muy alegre y afirmaba que Tío-Tirso le caía bien, les ofreció regalarles a él y a su hermano Ligo, dos platos de menudo bien servidos, si le hacía el honor de concertarle unos versos.

Oída la proposición, se acomodó en una silla el viejo aeda, y después de un breve momento de concentración mental, se permitió dejar oír su voz:

Si Dios hizo el universo
y arreglarlo tan bien pudo
con un poquito de esfuerzo,
bien puedo yo, aunque soy rudo,
hacerle a una dama un verso

por un plato de menudo.

Una nueva ovación se dejó escuchar en torno al extraordinario versificador, dado que los asistentes al convivio se habían enterado a tiempo que la menudera le había ofrecido la cena para mejor ponerlo en suerte.

Pasados los años, Tío-Tirso murió. Su tumba se perdió en el anonimato del panteón pueblerino, sin que nadie pusiera empeño en fijar sobre el túmulo de su sepulcro una lápida cincelada con algún poema corto dedicado a su memoria.

Yo hubiera propuesto éste:

"Reposa Tío-Tirso inerte
aquí su más largo sueño,
vencido ya todo esfuerzo.

Alhúey que llora su muerte,
rinda homenaje al empeño
del que vivió haciendo versos
y riéndose de su suerte.



La Tichi González

Las fiestas regionales del Día de San Pedro son una tradición en Alhuey, para disfrute de los pueblos circunvecinos de cuatro municipios a la redonda. Junio, pues, en su semana final, es toda una promoción de "ires y venires", diversiones y fiestas, en que los bailes públicos, las carreras de caballos, las jugadas clandestinas de baraja y la venta de curiosidades y comida, constituyen claramente la suma de quehaceres complementarios del desfogue principal que desemboca en el mucho bailar y mejor beber en que se displayan todos.

Aquel año la feria se programó a partir del Día de San Juan, el 24 de junio, para terminar seis después con la correspondiente celebración del onomástico del santo patrón.

La tranquilidad tradicional del pueblo estaba trastocada, como todos los años, en estos días y por calles y viviendas se veías gente fuereña, cuando no buscando hospedaje tratando de encontrar parientes y amigos o paseándose llevando "la tambora" de "gallo", para bonanza de filarmónicos de bandas, conjuntos norteños o la simple pareja de un acordeonero y un guitarrero.

Al entrar la noche las luces del "puesto" en que se celebraban los bailes se encendían, y en torno de él surgían la vida de los juegos y pasatiempos, la gula del pollo frito y los antojitos regionales, y la euforia generada por el consumo de "bebidas de moderación" o de vinos y licores en que se llevaba la palma, por barato, el vil mezcal.

El baile del 29 fue el último y se vio concurrido en exceso, ya que gran número de campesinos que no tenían para más, se reservaron sus

limitados recursos para asistir cuando menos al día de la celebración, tanto para que la feria no se les "pasara en blanco", como para que San Pedro no los fuera a mirar de "ganchete" por no haber ido a adorarlo o pasarle cerca cuando menos.

Cuando el baile estaba en su apogeo, a eso de las once de la noche, llegó del rumbo de Guamúchil o Mocerito una "guayina" cargada de muchachas elegantemente vestidas, entre las que sobresalía la belleza sin igual de La Tichi González, admirada y deseada por todos los hombres de la región que estaban en edad de "levantar el tercio" .

Como si hubiera estado acordada una recepción especial, para ellas, la banda "se arrancó" en esos momentos con una selección de moda a ritmo de "rock-and-roll", que hizo que un grupo de muchachos conocidos de las recién llegadas se avalanzaran sobre ellas para tomarlas como compañeras y danzar al rápido compás de la melodía.

El marco de belleza, juventud y aromas de gratos perfumes que le dieron al ambiente, provocó que la mayor parte de los asistentes formaran coro en torno de ellas, llevándoles el ritmo con palmas y siguiendo atentamente los giros de su agitada actuación.

Abriéndose paso con los codos trabajosamente, el mayo Lencho logró llegar hasta los límites del círculo que se les había formado a los bailadores, porque él quería saber también de que se trataba y gozar, además del espectáculo sin par.

Se fue fijando con ojos deslumbrados en cada una de las terpsicoras vivientes, pero no pudo evitar que la sonrisa, los ojos, el talle modelado y los graciosos movimientos de La Tichi, bebieran su atención haciéndolo desentenderse de todo lo demás. Se paraba en un pie, luego en el otro; se metía las manos en la bolsa o las cruzaba sobre el pecho, dejando escapar de vez en cuando embebecidos suspiros que se resolvían casi en sollozos emocionados.

Una y otra vez ligaron piezas los músicos, dando lugar a que las parejas se lucieran cada vez más y que los aplausos a su favor se sucedieran, tanto para satisfacción de la vanidad juvenil como para alentar a los integrantes de la "banda" que también se estaban luciendo en forma extraordinaria.

Al terminar la larga tanda que ya parecía tomar perfiles maratónicos, los "artistas" se lanzaron en busca de las sillas y mesas de servicio donde descansar un poco y tomar "algo helado" para amainar la fatiga.

Hasta allí los siguió la multitud mientras la admiración a La Tichi seguía en aumento ante el beneplácito de ella que contestaba con sonrisas que eran todo un poema de dulzura, a todo aquel que como tributo a su delicado porte le dedicaba un cumplido piropo.

Por fin, luego de un buen rato de charla y repuestos de la sacudida que los había hecho sudar, repararon en que el hambre que sentían reclamaba alimentos, e inquirieron por una buena fonda para ir a cenar a gusto.

No faltó quien de los presentes les indicara que el menudo y

el pollo frito que vendía doña Mariana, era de lo mejor que se podía saborear por aquellos rumbos, haciendo que todos se resolvieran por ir a probarlo.

El mayo Lencho que no se alejaba de la muchacha ni a sol ni a sombra, se adelantó a tomar asiento en la fonda señalada, anticipándose a ordenar su plato de menudo "con pata".

Quiso la suerte que al llegar las beldades esperadas, se acomodaran de tal modo que La Tichi le quedara exactamente frente a él, desde donde podía admirarla "a sus anchas", a una distancia a que casi la podía tocar con la mano.

Cuando se sirvieron las "órdenes" de todos, la mesa se convirtió en una fiesta de chistes que se intercambiaban a la sombra de la amistad, sin que ello impidiera que el mayo celebrara una que otra vez las puntadas de los contertulios.

Cuando el proceso de la cena parecía marchar con toda normalidad, para el mayo Lencho se dio lo inesperado, porque en un momento en que se había quedado con la boca abierta viendo a La Tichi, ella correspondió a su embeleso con un guiño de sus negros ojos a la vez que le dedicaba una coqueta sonrisa. Pero la emoción llegó al clímax, cuando sintió por abajo de la mesa que ella, al estirar las piernas, rosaba con desenfado las piernas suyas, en una situación que él consideró como de provocación abierta.

Con temor y todo, se resolvió a corresponder al "sobón" logrando, al fin de cuentas, aprisionar con sus tobillos, la tibia y blanca carne de una de las piernas femeninas.

Sin soltar la presa, pero sudando a chorros, siguió comiendo poseído de una gran sofocación, orgulloso de haber tenido la oportunidad de vivir aquella aventura que nunca hubiera soñado.

Al cabo de un buen rato de esta crispante situación, alguien pagó la cuenta de todos, dando lugar a la desbandada del bello y perfumado grupo.

Para desgracia del infeliz indígena, se produjo otra nueva situación tampoco sospechada, cuando se dio cuenta con asombro, que aun habiéndose levantado la muchacha que lo había estado provocando desde enfrente, él seguía sintiendo la pierna femenina entre las suyas. Tembloroso de miedo porque no acertaba a pensar lo que estaba sucediendo en sus sentidos, se asomó desesperado a ver lo que sucedía abajo de la mesa.

Perra chingada, "metichi"..., gritó el mayo presa del más auténtico furor y del más decepcionante desencanto, viendo como su castillo de ilusiones se venía abajo al enterarse que lo que él estuvo creyendo que era una pierna femenina aprisionada por sus piernas, no era otra cosa que el cuerpo de una perrita sin dueño que solía merodear por entre las bancas y por abajo de las mesas, en busca de huesos que roer o pedazos de tortillas de mascar, cada vez que con desenfado los campesinos comensales solían arrojar al suelo estos desperdicios.

Cuando la señora del negocio recibió la paga del consumo de

Lencho, no pudo explicarse la causa de la viva indignación de que había sido preso su cliente ocasional.

Todavía, cuando el indio se levantó echando madres y pateando la tierra, alcanzó a ver cómo a unos cuantos metros de distancia, la "guayina" en que viajaban las muchachas se disponía a partir, mientras La Tichi, subiéndose la última, se despedía de la multitud dirigiendo besos con la mano a todo mundo.

Vieja "zuata"; "calentía"...! alcanzó a murmurar a media voz, el hombre cuyo mundo de felicidad se le había venido encima inesperadamente, por causa de una perra callejera y sin nombre.

Pasados los días, Lencho no se pudo aguantar más, y en un momento de imperdonable indiscreción de esos en que solemos caer los hombres algunas veces, le platicó a un amigo de confianza las peripecias de aquella odisea espiritual, contando con que el otro sería capaz de guardar celosamente aquel "secreto".

El "confidente" dicho, que más que amigo resultó un buen soplón "de tomo y lomo", divulgó ante quienes quisieron oírlo, el chasco de que había resultado víctima el pobre mayo, dando pábulo a que todo el pueblo lo supiera e hiciera chacota de su decepción.

Siendo que el dicho mayo era un asiduo concurrente a la casa en que se encontraba instalado "el billar" del pueblo, y un impertinente jugador de "conquián", con frecuencia se enojaba porque le hacían trampas, burlándose con sorna de su "mala suerte".

Era cuando se ponía de este estado de ánimo, cuando empezaba a sufrir las "chifletas" de gritones anónimos que se ocultaban para gritarle impunemente: "Te mandó saludos La Tichi González...", o bien: "¿A quién quieres más, a La Tichi o a la perra...?"

Ante estos mordaces comentarios, el mayo "reventaba" echando madres y desafiando a todo mundo, pero sin dar nunca con nadie que quisiera enfrentarse a su coraje, porque siempre las voces denigrantes eran anónimas y el provocador nunca daba la cara. Todo era complicidad e intriga mal disimulada.

Sin embargo, cuando en la soledad de sus remembranzas consentidas aparecía La Tichi González en la pantalla del recuerdo, el mayo solía reírse solo, acariciando con el pensamiento a la fantástica visión, apretando involuntariamente las piernas, como aquella noche.

¡Como aquella noche de su ilusión más dulce...!

¡Como aquella noche en que enturbió su mejor sueño una perra metiche y sin nombre...!

La caza del venado "a cola"

Mira Profe, me indicó Chico Hernández mientras platicábamos a la sombra de un "guamúchil", en las afueras del pueblo de San Antonio, por el camino que lleva al rancho de Nacozari, allá por el occidente del municipio de Angostura, en el estado de Sinaloa. Allá viene el mayo Bucho con un venado terciado al lomo. Como no "traí" el arco ni el 30-30, es seguro que lo acaba de agarrar "a cola".

¿A qué se le llama agarrar un venado a cola?, le pregunté con curiosidad.

Escucha, respondió, porque el cuento es largo, pero la cosa puede comenzar en un día cuando acabe de llover.

Si un mayo resuelve echárselas de muy jodón, deja los "guarachis" colgados de la horqueta de un horcón de su casa, se faja un "pial" a la "centura" y se arremanga los pantalones pa' agarrar pal' monte a buscar la "juella" de algún venado.

"Ahi" luego de ver las pisadas del "cuernudo" pintadas en el "barrial", se arranca a seguirlo a trote corto por entre el lodo, hasta que alcanza a "columbrarlo".

"Antonces" "lomás" lo "devisa" y "¡echa" uno o dos gritos destemplados pa' que el "alimal" "sí asuste" y pegue la "pajariada", tirándose a matar pa' "cualquer" rumbo.

El mayo no se apensiona nada por la ventaja que le saque el venado, y sigue con su trote atrás de la "juella". Sabe bien que el "alimal" no va a poder ir a dar muy lejos, porque si bien es cierto que "es una lista" pa' correr, no aguanta "muncho" a ese paso, y luego sigue

caminando más despacio, así como que luego se va a cansar.

Al rato lo alcanza otra vez el mayo y "ándale", que le vuelve a gritar, pa' hacer que el venado vuelva a arrancar otra vez a la "destampida" como en la otra ocasión.

"Arrebiatando" los gritos y las carreras se la pasan un buen rato sin que ninguno de los dos "quera" dar su brazo a torcer, pero a la larga el venado comienza a "acezar" y a dar más cortos los trechos de sus carreras. Pero el mayo no "li'afloja". Sigue gritando y "trotiando" como si no quisiera la cosa, seguro de que él va a ganar la "cariada" al fin del cuento.

"Ahi" luego se comienza a notar que al "alimal" le empiezan a temblar las corvas cuando se para, y se ve ya muy "azorrillado" por el cansancio. Ya pa' esa hora el mayo se quita el "pial" de la "centura" y lo lleva listo en la mano, siguió explicando mi amigo.

Uno o dos gritos más, continuó, y el venado ya no tendrá "juerza" pa' volver a arrancar y se va a quedar "estacado" con la lengua de "juera" y todo "apinchado".

Queriéndola hacer de bravo, va a tratar de ponerse de frente al que ya conoce como a su perseguidor, y sacudiendo los cuernos como que se le "quedrá" echar encima, pero ya "di'atiro estalegüi" como queriéndose morir "ajogado".

"Di'ahí" pa' allá, el mayo va a seguir como platicando con el venado y como riéndose "d'el", diciendo que "créiba" que se "l'iba" a escapar. "Ansí" le va a seguir platicando, hasta que al rato el "alimal" doble las manos y dé "di'azote" contra el suelo.

Después "pos" el mayo "lomás" le va a echar el "pial" al pescuezo a la res "cáida", y echándole la jondía" pa' la nuca, lo va a ajustar "horcándolo" hasta que se muera "diatiro".

Ya pá' venirse pa' su casa, siguió narrando el campesino, lo va a tener que "maniar" de las cuatro patas, dejándole juego al "pial" pa' podérselo afianzar en la frente, poniéndose abajo un paño colorado con un "tapestito" de hojas de vara blanca pa' que la "riata" no se le atasque en el cuero y lo pueda cargar a gusto en el lomo.

Cuando el mayo, llega al rancho "onde" vive, después "di'una" "gaita" "d'e'stas", hacer "arguende" pa' que los demás se asomen y vengan a ver el venado muerto no tiene balazo ni jarazo porque "jue" agarrado "ligítimamente" a cola.

Después que todos lo sepan comenzará la destazada y el reparto de pedazos de carne entre los vecinos amigos, "lomás" pa' que lo "preben".

Los que si se ponen hasta "lo'llita" comiendo carne asada o cocido con caldo, son los mayitos y la maya vieja, junto con él que "jue" el que trajo el "lonchi".

El cuero es seguro que lo va a "estacar" pa' que se seque, poniéndolo al sol con una poca de ceniza arriba pa' que no "si'apeste". Y los cuernos los va a dejar una temporadita arriba de la casa, pa' que se sequen bien y luego "clavalos" en una de las "paderes" pa' que sirvan

como colgaderos de cosas.

Cada vez que "si'ofrezca", les va a contar a sus parientes y amigos cómo logró la hombrada de alcanzar el venado "a cola", pa' que se vaya sabiendo entre los mayos que él no es "cualquer" jodido del montón, sino que es "juerte", y tiene buena cabeza pa' pensar cómo "si'hacen" bien las cosas.

Y "ora", "maistro", enfatizó mi prolijo informante, échame pa' acá un "tostón" pa' comprar una "peisi", porque la "verdá" se me reseco el gznate de tanto "güiri-güiri", "lomás" pa' darle el gusto de "di'hacele" saber las cosas de los mayos.

Si alguna otra vez "quere" saber "di'algunas" otras cosas más, "pos" por "ahi" "mi'avisa".

"Lomás" no se me raje con las "peisis".



¿Cree usted que lloverá mañana, don Eusebio?

Había transcurrido varios días de "calma", y los vecinos acudían con frecuencia a consultar a don Eusebio Domínguez, ansiosos de que les diera la buena nueva en el anuncio de un posible aguacero.

Los "chanates" vulnerables a la fatiga de los días caniculares, volaban buscando el refugio de "las nanches" y "guamúchiles" frondosos, para librarse del rigor que calentaba el ambiente. Respiraban con el pico abierto y la lengua de fuera al posarse cansados y sólo después de un rato, felices de haber sobrevivido a la amenaza del calor, reiniciaban su charla vocinglera, elevando su canto clásico, que pronto recibía respuesta de otros árboles, como un eco que fuera rebotando de rama en rama.

Cuando Erasmo Castro llegó a consultar al hombre que era para nosotros como una especie de oráculo rural en lo que se refiere a la predicción del tiempo, don Eusebio lo saludó sonriendo, ofreciéndole una silla para que tomara asiento.

¿Qué razón me das de Tío-Balbino, tu padre?, fue la primera pregunta del casero.

Está bien "Usebio", respondió el recién llegado; me dijo que te saludara y que si tenías café me dieras una taza, agregó confanzudo entre "veras y bromas".

Pues fíjate que estás de suerte, contestó el Sr. Domínguez, porque ahora en la mañana lo tostó la vieja y se acaba de enfriar el grano. De modo que nos va a tocar lo bueno de lo más bueno pa' que te orientes, concluyó el dueño de la casa.

Oye viejo brujo, intervino nuevamente Erasmo, ¿eso de que puedes decir si va a llover o no, tiene alguna base en serio o sólo son decires tuyos, según veas o no veas nubes en el cielo?

Eso no, "menguado", yo no la hago de hablador a ver si de "chiripa" hago tocar la flauta como el burro del cuento. Lo que yo digo casi siempre es cierto, y la prueba está en que muy de vez en cuando viene algún hocicón a echarme algún "pedo", porque en vez del cielo limpio anunciado por mí, se haya dejado venir una inundación.

Pero esas fallas no me preocupan, porque si Dios se equivocó cuando se le olvidó hacerle boca al "bule", ¿por qué no pueda equivocarme yo de vez en cuando, que no nací en pesebre ni me vinieron a ver los reyes magos al nacer?, explicó a manera de disculpa don Eusebio.

Aunque se te está yendo la lengua de paso metiendo a Dios en tus fregaderas, dime de todos modos, agregó Erasmo ¿Tú "crees" que pueda llover entre hoy y mañana? Porque la "verdá" ya estamos hasta "l'olla" de tanto suda y suda.

Pues si te he de "dicir" la mera verda´, la cosa no está como para asegurar que vaya a caer un aguacero en serio, pero sí, cuando menos, va a mejorar el tiempo un poco, porque se va a nublar al rato y quién sabe si, como todos desean, hasta llegue a lloviznar, afirmó el "meteorólogo" ranchero.

¿Y en qué radica tu "cencia" pues?, "arrebiató" el preguntón.

Ah, repuso el interpelado, esa es harina de otro costal.. Te voy a dar "un por menor", pero fíjate bien porque la cosa va a ser larga.

Resulta que por razón natural, en el aire flota cierto punto de humedad, todos los días. Pero cuando las nubes cargadas de agua se acercan a una región y la humedad del aire aumenta, uno como que siente que todo empieza a refrescar.

Por el contrario, cuando no hay nubes o las que se ven son chicas y andan muy altas, el sol "se pela" y por causa del mayor calor que manda, la humedad se va haciendo menos hora tras hora.

Pero hay veces que las nubes no se ven porque no alcanzan a salir por encima del horizonte, pero la humedad llega por delante hasta nosotros, y es hasta más al rato cuando se empiezan a ver levantándose amontonadas. La nublazón se ve entonces más negra, y "hai" luego se deja venir el "chaparrón" que pueda ser que dure mucho o dure poco, según el tamaño de las nubes y la fuerza del aire que las empuje, ¿me entiendes?

Como que sí te entendí aunque sea poco, terció Erasmo, pero de todos modos vuelvo a lo mismo, ¡cómo aprendiste tú todo eso?

Pues mire amigo, contestó otra vez don Eusebio, algunas cosas las he aprendido en el Calendario de Rodríguez que compro todos los años, y otras me las contó un ingeniero que anduvo por aquí cuando pasó la "punt'e fierro", en los días que echaron el ferrocarril por Palos Dulces y la Cañada de La Pitaya. Ese fue el que me explicó que los cordeles que se hacen de cerda de las "dinas" de las bestias caballares,

chupan la humedad del aire, y como que se encojen cuando la humedad que "suerben" es mucha o se alargan cuando sucede que la humedad chupada es poca.

Sabiendo esto, siguió explicando el "sabio", es fácil hacer un cordón de cerda y amarrarlo de un horcón a otro en una parte donde no pegue muy de frente el sol. De "hai" para allá, es cuestión de fijarse nomás: cuando el cordón está "tilinqui", así como muy bien estirado, es que hay mucha humedad en el aire porque las nubes están bajas y se van a dejar venir en forma de lluvia dentro de poco.

Pero si el cordón está así como "estalegüi", formado como un "culumpio", es que la humedad de la atmósfera es poca porque el cielo está limpio o casi limpio, o las nubes andan muy por arriba.

El cordón "a medios chiles" anuncia que va a estar medio nublado pero que no va a llover, continuó explicando.

"Pos" solo tú, que tienes "tanta cabeza" te puedes acordar de todas esas cosas, comentó Erasmo. Fíjate que yo ni sabía que habían andado por acá los ingenieros de la "punt'e fierro", concluyó enseguida.

Luego volviendo a entrar al tema, preguntó otra vez: ¿De modo "qui'ora" nomás va estar nublado, según anuncia el cordón...?

"Ecole cua", repuso el laboratorista rural. ¿Ya vez cómo no es tan difícil la cosa. Todo fue cuestión de que oyeras pa' que entendieras. Así me pasó a mí con el ingeniero; sólo que yo luego luego me hice mi cordoncito y la empecé a hacer de "vivo" entre los demás. Hasta algunas apuestas les he ganado a algunos que no han querido "crer" mis "predicciones".

Otros que me han tomado fe, siguió diciendo, me han traído un queso, o un lomo de "cochi"; un par de "cluecas" o algún medio saco de garbanzo, al cumplirse mis anuncios y salvarse sus cosechas.

Pero me he tenido que "rajar", confesó, cuando algunos, creyéndome capaz de hacer milagros, han venido a ofrecerme "mandas" y penitencias, como si yo fuera un santo.

A esos les he dicho que vayan a la iglesia y que se arreglen con San Pedro, que sí entiende misas y rosarios, y de "cuetes" y veladoras en cosas de milagrería.

"Hai" verías la friega que se me vendría encima si se empezara a saber en la región que yo hago milagros, enfatizó riéndose el de la voz.

Me imagino a una vieja que viniera a pedirme que le hiciera volver al marido que últimamente ha andado enredado con una "cusca", O a algún ranchero que llegara ofreciéndome una "manda" porque le "dijera" quién le robó la mula prieta que se le perdió la semana pasada.

Lo bueno sería que me empezaran a "adorar" las chamaconas, que luego creyeran que yo les podía hacer algún "milagro" en lo solo.

¿Qué te parece si llegara a suceder esto...?

Válgame Dios, Usebio, ¿pos que estás "disvariando"?

Date cuenta que ya está muy viejo, hombre. ¡Pa' qué le ibas a servir a "l' hora de l' hora" a una de esas chamaconas que dices? Pos ´ no "t'iba" a quedar más que la de "rajarte" o quedar "sobr'ella" con la pata

estirada, pa' que luego te hicieran un corrido que dijera que habías muerto abrazado "de palo" como las "chicharras".

Una sonora carcajada rubricó la charla de aquellos campesinos que se entretenían a su manera, con la blanca ingenuidad de la gente buena del agro sinaloense.

Pero pasada una semana, sucedió que un día antes, a la salida del sol, cuando la esposa de don Eusebio se ocupaba de barrer el portal de enfrente de su casa, se dio cuenta que el cordón que predecía el tiempo no estaba en su lugar.

Recordó que una tarde antes habían estado allí tres hombres a caballo a pedir permiso para dar de beber agua a sus bestias. Con seguro, pensó, que alguno de ellos desató el cordón y se lo llevó por mera ocurrencia, o para afianzar mejor su cobija en los "tientos".

Un dejo de tristeza asomó al semblante del dueño de la casa, cuando supo de la desaparición.

¿Qué extraños "agüeros" entrañaría aquella pérdida inesperada?

¡Eran muchos los años que el cordón barómetro había estado allí, siendo sólo motivo de satisfacciones!

¿Qué iría a pasar ahora?

Tal vez sería cuestión de torcer otro cordón y substituir con él al perdido, para que las cosas volvieran a quedar como antes.

Pero de todos modos quedaba en pie la pregunta: ¿Con qué intenciones se habrían robado el cordón?

Era posible que alguien, cuya predicción no le haya favorecido, hubiera venido a consumir la venganza de hacerlo desaparecer. En el mejor de los casos, podría ser que un "plebe" "cosijoso" lo haya tomado para reponer la correa trozada de algún "guarachi" en mal estado.

Sin embargo, don Eusebio andaba inquieto y sólo su mujer sabía por qué.

Mas aquella tarde se nubló de repente; se vieron algunos relámpagos; se escucharon dos o tres "truenos" en el cielo y se dejó venir un aguacero.

Llovió a cántaros como hacía tiempo que no llovía en la región.

Tanto llovió, que el agua formando "balsadas" corrió frente al portal en una "lámina" como de unos tres o cuatro centímetros de espesor.

Sin proponérselo, el viejo levantaba la vista hasta lo alto de los horcones consentidos, que ahora se le antojaban huérfanos por la ausencia del cordón que los había adornado por tantos años.

Y siguió lloviznando toda la noche hasta cerca de la madrugada en que el cielo empezó a despejarse, anunciando la cesación del chubasco.

Pero al levantarse los caseros como a la salida del sol, al siguiente día, la alegría los invadió de repente, cuando vieron que entre una "balsadita" que el agua había dejado abajo del portal, estaba enredado el bendito cordón entre unos breños.

Sí; no cabía duda; era el mecatito de las predicciones; el que tanta falta estaba haciendo para levantarle el ánimo al jefe del "observatorio" casero de aquel pueblo.

Lavarlo, sacudirlo y volverlo a poner en su lugar, fue tarea que cumplió en un santiamén el sonriente don Eusebio.

Estaba satisfecho, porque ya podía otra vez anunciar el buen o mal tiempo, y la gente seguiría llegando hasta él para hacerle las preguntas de siempre.

Bendito sea el milagro que me volvió a traer mi cordón, musitaba en voz baja el viejo "meteorólogo".

Sin embargo, fue tema de cuento por muchos meses en el pueblo, la inquietud que generó en el dueño, la desaparición por cerca de veinticuatro horas del famoso cordón de marras, sin que jamás se supiera cómo había sucedido el hecho.



La ley del monte

Ya para fines de mayo, los guayacanes silvestres se habían despojado de su fronda verde y su rígida ramazón se cubría totalmente de un manto espeso de pequeñas flores de una intensa coloración azul-añil.

Por las laderas de los lomeríos, en los límites territoriales del municipio de Angostura con el de Mocerito, se veían de trecho en trecho los manchones azules de aquellos árboles en flor.

El suelo, agreste y cicatero hasta donde más, negaba al guayacán las sales y demás nutrientes minerales para que pudiera constituirse en señor del bosque, y le daba apenas los elementos vitales indispensables para que lograra una altura media, rebasando a duras penas y muy de vez en cuando, la altura de los arbustos comunes.

Él, por su cuenta, había tenido que conformarse con su clasificación de árbol de crecimiento lento, y asimilaba en el tejido leñoso de su negro y duro corazón toda la potencialidad vital que pudiera hacerlo sobrevivir a través de los años. Hasta sus ramas menores eran zarmentosas y grises en demérito de la lozanía de su fronda pero en auxilio de su longevidad centenaria. Sólo por excepción se localizaba algún guayacán de tronco regular para provecho de la estructura de las casas campesinas o los ejes de las carretas tiradas por los tardos bueyes de labor.

A pesar de todo, su gloria consistía en su preciosa facultad de embellecer el monte al mediar cada año. Y no era sólo de azul que él sabía vestirse. Al fecundarse todas sus flores por la acción del viento las abejas y otros insectos libadores, los pétalos cedían su lugar a los

frutos que en cápsulas pareadas alojaban dos granos vigorosos en forma arriñonada y rollisa, algo más grande que un grano de frijol.

Un nuevo espectáculo de color se producía cuando al abrirse las cápsulas descubrían los frutos forrados de una película elástica de tonalidades rojo bandera que hacían el milagro de exhibir ahora, como manto escarlata, la llamativa nueva tonalidad que substituía el intenso tinte azul de las semanas anteriores.

Lástima que los pericos parlanchines y glotones, dieran cuenta, en unos días apenas, de aquella nueva fiesta del color, comiéndose con apetito voraz la preciosa cosecha.

Solía suceder que los leñadores, en lujo de disfrute de un privilegio muy especial, se tendieran a reposar sus fatigas bajo la sombra de aquellos maravillosos "quitasoles", amenizados por el zumbido de un delicado batir de miles de pequeñas alas de cristal que buscaba en los cálices y estambres diminutos el néctar o el polen que les daba vida.

Yo mismo, en más de una ocasión, disfruté este placer extraordinario y excepcional.

Y sucedió que en aquella fecha andaba yo vagando por el monte en busca de algo que cazar para comer hurgando en nidos, huecuras, echaderos y cuevas. Pero nada respondía a mi acucioso esculcar, bien porque las aves volaban en lo alto, los conejos dormían encuevados o los mapaches y ratas monteses se substraían a la vista del cazador en uno de esos misteriosos ocultamientos con que la naturaleza protege a los seres que pueblan sus alturas y matorrales.

Atraído por la sombra de un guayacán en flor me recosté a descansar un poco, sentado en el suelo y apoyando la espalda en el añoso tronco. De repente, cuando parecía que iba a empezar a adormilarme, alcancé a oír un prolongado jadeo e inmediatamente después un fuerte crujir de algo que rasgaba la corteza del árbol.

Puesto en pie, listo el arco y la flecha encordada, me empecé a mover cautelosamente dando vuelta en torno del guayacán, buscando por el suelo y por arriba la fuente de los ruidos escuchados. Pero resultaba inútil toda búsqueda. Nada se movía. Nada se oía ya.

Preocupado por aquel silencio que me hacía temer algo, me dispuse a apurar un trago de agua de mi bule de campaña, pero al alzar el bule y echar la cabeza hacia atrás para beber a gusto, vi en lo alto de las primeras horquetas, una serpiente "ilamacoa" de color gris brillante y como de metro y medio de largo, afianzada firmemente, enroscando medio cuerpo en torno de una rama gruesa en tanto que, a media caña del guayacán, una gran iguana prieta, en dirección opuesta a la culebra, se aferraba con sus uñas a la firme cáscara del palo.

Estaban trabadas por las mandíbulas. La boa mordía en la quijada inferior al saurio, mientras éste clavaba sus dientes en la quijada superior del enemigo.

Permanecieron largo rato inmóviles, apenas parpadeando una que otra vez en silencio.

Al cabo de un lapso considerable, la ilamacoa inició un nuevo y lento jalón hacia arriba, mientras la iguana, en respuesta, jalaba para abajo. Por momentos parecía que las fuerzas estaban neutralizadas, pero al crujir los huesos de los hocicos se evidenciaba la sorda lucha. Y seguían parpadeando en silencio, crispando a veces las puntas de las colas, como signo del tremendo esfuerzo sostenido.

Luego, se oyó otra vez el jadeo, advirtiéndose un nuevo jalón extraordinario de la boa, para hacer que la iguana cediera y hacerla avanzar hacia arriba, mientras abría una serie de pequeños surcos en el tronco del árbol en que hincaba, como garfios, las uñas aceradas.

Así, por más de una hora, se sucedieron los tiempos de inmovilidad alternando con los jalones, hasta que mi paciencia se agotó. Puse una flecha en el arco, pero al momento de tener que actuar, vacilé al escoger a cuál de los dos animales debía disparar primero.

Sin saber por qué, bajé el arco y recogí la flecha, y otra vez me quedé contemplando el mortal duelo, pero ya sin deseos de matar a ninguno. Me parecía que había nobleza en la confrontación salvaje de las fuerzas y hasta me pareció creer que el sacrificio de ambos animales era heroico.

Por fin, resolví destrabarlos apoyando en la nuca de la culebra una horqueta maciza que preparé a propósito, las hice abrir las quijadas con la punta del machete. Los dos animales cayeron al suelo de inmediato. La ilamacoa retorciéndose y haciendo un enorme nudo con su ondulante cuerpo, y la iguana arrastrándose trabajosamente por entre la hojarasca.

Seguramente que las dos murieron, a la postre; la culebra, víctima de las chureas o de las aves de presa. La iguana devorada por algún coyote hambriento. En el peor de los casos, deben haber muerto de inanición, incapacitadas como quedaron para alimentarse, con el aparato bucal bárbaramente destrozado.

Al comentar el suceso entre mis parientes, al volver a casa, me reprocharon el no haberle quitado el cuero a la ilamacoa, que bien pude vender a muy buen precio, y el no haber llevado la iguana a la cocina, máxime que era tan grande como afirmaba, para haber hecho un buen caldo para todos.

No supe que argumento esgrimir ante el doble reproche, y me concreté a responder con un enigmático: "¡Ahora ya....!"

Después, pensé que tal vez por eso el hombre es una criatura extraordinaria; por su gran capacidad para conmovirse, inmune a la maldad, cuando los hombres lobos no le impiden ser bueno.

Por la noche, en un proceso de meditación monologada, me vinieron a la mente las palabras del Lobo de Gubia de Rubén Darío, cuando invocando la Ley del Monte ante el Santo de Asís, explica su regreso al bosque diciéndole: "...y recomencé a luchar aquí; a me defender, a me alimentar; como el oso hace, como el jabalí, que para vivir tienen que matar....".

Rememoré la sinrazón de las luchas inter-hombres, "reguladas" por leyes dizque sesuda y filosóficamente promulgadas al amparo de un concepto "racional" de la justicia, mientras los poderosos, burlándose de las ciencias jurídicas, conscientes de su fuerza del momento, prefieren también adoptar la ley del monte y hacer con los débiles como procede el gorrión con la oruga; como el tigre con la gacela; como el gato con el ratón azorado, en un dictado salvaje regido por la fuerza bruta.

Colosal, aunque lamentable, el feroz enfrentamiento del saurio contra la serpiente de mi historia.

Matar, para no morir, en la tesis de la iguana que se defiende.

Y otra vez, matar para no morir, en la tesis de la serpiente, que agrede, cuando no agredir es no comer y el no comer resulta fatal.

Pero a los hombres que saben razonar ¿por qué ha de venirle bien la ley sin equilibrio, al margen de las consideraciones de la categoría humana y del concepto de convivencia con solidaridad?

Analizando con profundidad las fuentes de la injusticia, determinó por qué la ira de los hombres ofendidos en desventaja, tiene un nivel de aguante y que más allá de él la prudencia se trueca en explosión, dando motivo a que un nuevo concepto de la justicia se genere sólo cobrando el precio de las ofensas según las tarifas del rencor.

Pero mi noche, al fin pasó. El bello trance filosófico, acosado por la ruda verdad de mis días de hambre, quedó en bien hilvanados pensamientos.

Porque mi realidad estaba allí, en mi arco y en mis flechas; en mi machete y mi bule campesino y en la compañía fraternal y solidaria de los demás hambrientos que teníamos que salir todos los días a batir el monte para poder comer.

Pero aquí nomás, a la vuelta del mañana de la historia, se advierte un futuro que se va gestando sofocadamente.

¡Y hay quiénes, y son muchos, que creen que ya no se puede aguantar más...!

El último sueño de la víbora

Teníamos que ir al rancho de Los Capomos, porque mi tío Miguel quería ver si Don Ángel Elizalde la rentaba un "tiro" de mulas pa' sembrar el pedacito de tierra que le había tocado a mi abuela en el reparto de lo que dejó para sus hijos mi bisabuelo al morir.

Sería cuestión de una semana de trabajo, nomás no aflojándole; porque era necesario barbechar el terrenito, darle una rastreadita después de cruzarlo, para luego sembrar.

Calculado el peso diario que iba a pagar de renta por cada animal, se necesitaban catorce pesos para cerrar el compromiso "a chili torcido". Como Don Lauro Díaz ya había prestado esa cantidad para cobrarla después, al levantar la cosecha, con garbanzo calculado al precio de plaza antes de empezar las pizcas, el asunto estaba redondeado.

Si las cosas salían bien, y llegamos a levantar unos diez o quince sacos que podríamos vender a seis pesos cada uno, lograríamos reunir unos 900 pesos, agregando lo que alcancemos por la venta de la paja.

Sacando lo de la renta de los animales de tiro y lo necesario pa' pagar lo que "saquemos" prestado; pa' cuando termine la "temporada", casi nos van a quedar libres como unos cuatrocientos o quinientos pesos que nos van a "cáir" al pelo después de esta arranquera que nos está matando.

Pa' comer mientras, "pos" ahi "acompletaremos" trabajando al jornal cuando "haiga" donde, y "nu'a" de faltar algo más que "puédamos"

sacarle al monte pa' ir saliendo al otro lado.

Todas estas trazas iba echando mi pariente, mientras nos acercábamos a la casa del hombre de nuestro destino tratando de gestionar la renta del famoso "tiro" de mulas.

Según nos aseguró la esposa de Don Ángel, era seguro que su marido nos iba a prestar la ayuda que buscábamos, sólo que teníamos que volver porque el dueño de la casa estaba ausente y sólo podría regresar dentro de unos dos días, ya que andaba para Guasave a donde había ido en busca de sacos vacíos que iba a necesitar para cuando se cosechara el garbanzo, allá por fines de abril o mayo.

No quedándonos "otra salida", ofrecimos volver para la fecha indicada y emprendimos la vuelta a nuestro pueblo.

Acabábamos de pasar la rancharía de Los Capomitos donde vivían los Sánchez, cuando atravesó de derecha a izquierda una churea, llevando en el pico algo que no alcancé a saber qué era.

Mira, dijo mi tío Miguel, una churea "acariando" choyas. Con seguro que por ahí cerca tiene ya su culebra apartada "pa'dale" mate cuando le termine de hacer su "fainita".

Vámonos escondiendo por aquí, "pa'seguila" en otro viaje, a ver si no le falta mucho.

¿A ver si no le falta mucho para qué?, pregunté, tratando de averiguar qué era lo que en realidad quería explicarme mi tío.

"Pos" verás, reanudó de nuevo, la churea es un "alimal" muy vivo y se las agencia como puede para comer, aprovechando "cualquier" ocasión para darse sus agasajadas, muy en "prencipal" cuando da con alguna culebra que "haiga" quedado dormida en la "raíz" de algún palo.

Como mientras recibía esta explicación, la churea volvió a pasar con un trozo de choya en el pico, nos pusimos en movimiento siguiéndola sigilosamente hasta que se detuvo depositando su carga en un lugar determinado.

Fíjate, indicó mi compañero, allá en el tronco de aquel brasil está una víbora dormida. Cuando el pájaro dio con ella, comenzó a "acarriar" bracitos de choya pa' "hacele" un cerco alrededor y luego salir con sus "mañosadas".

Ya no te muevas y fíjate pa' que veas lo bueno, ordenó.

El drama empezó, efectivamente.

Segura de que el círculo espinoso de cactus estaba cerrado en torno al reptil inmóvil por el sueño, la churea se retiró unos dos metros de la escena, e iniciando un corto vuelo raso pasó sobre la víbora asestándole un picotazo en la cabeza.

Herida en zona vital, la culebra hizo sonar furiosamente el cascabel de su cola, irguiéndose como a una cuarta del suelo tratando de saber de dónde provenía el ataque.

El ave agresora que se había posado con astucia precisamente detrás de su presunta víctima, volvió a actuar de igual forma y manera sin ser vista, provocando un intento de huida de la víbora .

Pero resultó inútil aquel esfuerzo desesperado, pues al reptar

sobre los pinchos de choya, los bracitos se le adherían al cuerpo obligándola a retorcerse y doblarse sobre ella misma, revolcándose en lo que para entonces era un verdadero lecho de espinas.

Entre tanto la churea saltaba de un lado para otro, repitiendo sus tupidos e implacables golpes, buscando ahora la región de los ojos, tratando sin duda que el dolor y la ceguera impidieran a su víctima tomar un rumbo de huida segura.

Al cabo de un largo rato, las contorsiones cesaron casi por completo, y un hálito de muerte se advertía en torno al reptil vencido, y de inmediato la churea se preparó para el festín final.

Segura de su triunfo absoluto, se echó sobre la tierra restregándose la cabeza sobre el polvo y se esponjó enérgicamente, sacudiéndose el plumaje de la cola al pescuezo para hurgar en la carne todavía caliente y empezar un ávido comer con voracidad, a grandes trozos.

No siendo dueña de un buche de gran capacidad, no tardó mucho el ave de sentirse harta, pero sin dejar de picotear en una especie de sadismo animal.

En los instantes que siguieron, volvió otra vez la churea a esponjar el plumaje; saltó dos o tres veces mirando para todos lados y, finalmente, se arrancó velozmente en una especie de correr-volar a ras del suelo con rumbo a una laguneta próxima, buscando el agua que podría mitigar la sed que le provocó la hartura.

Volvimos nuestros pasos al hogar sin pronunciar palabra durante el trayecto.

¿Que iría pensando en aquel momento el sentimental espíritu del viejo campesino que me hacía compañía?

Yo retenía aún la imagen de la culebra agónica junto a la mirada brillante de la churea, en una muda expresión de las normas de la supervivencia que la vida impone en la dinámica del monte a través de los signos de la vida y de la muerte.

El "unos tienen que morir para que otros vivan" de que habla la vieja sentencia, parecía rebotar de piedra en piedra, resonando como un eco en los confines del mismo monte.

Y así fue como la víbora durmió su último sueño.

La churea es una especie de faisán común de plumaje avado, de cuerpo mediano y gran copete, zancuda y larga cola, perteneciente al grupo de las corredoras de vuelo raso, que suele habitar en los montes bajos del centro-norte de Sinaloa, constituida en ave agorera por los indígenas de la región, que le atribuyen un significado de buena suerte según cruce el camino frente al caminante atravesando de derecha a izquierda. Es mal agüero que la travesía la haga de izquierda a derecha.



Para “pipián” el de las ratas

Estando próximo el día "de muertos", me encaminé aquella tarde al camposanto de Alhuey, llevando un machete y un "hule", dispuesto a limpiar las tumbas de nuestros muertos y reforzar la tierra de los túmulos apretándola con los pies, después de regarla bien.

Como la hierba no estaba muy crecida, la tarea fue breve, y un rato después dejaba el cementerio para encaminarme de regreso a mi casa.

Se me ocurrió tomar el camino que pasa por el caserío de los mayos, a fin de saludar a algunos amigos y tomar un trago de agua de las frescas ollas que lucían sus panzas coloradas en las "tinajeras" de los portalitos.

Llegando a la casa de la maya Minga, ella me ofreció asiento en un trozo rollizo de tronco de álamo que, junto con uno o dos más, semejantes, ayudaban a completar el "mueblaje" de aquel humilde hogar.

Cuéntame, me dijo, ¿cómo están en tu casa y qué han hecho tus gentes en todo este tiempo? Ya hacía "muncho" que no te parabas por acá y te "bíamos" echado de menos.

Pues como siempre, Minga, repuse atento, las mujeres se pasan atareadas en sus quehaceres y nosotros andamos tratando de encontrar trabajo, o metiéndonos al monte a ver que nos agenciamos pa'comer.

"Ansina" la pasamos "los otros" también porque ya no hallamos la puerta con tanta "arranquera", agregó la noble maya.

¿Quieres un trago de café?, preguntó mientras se disponía a tomar un jarro lleno de agua hirviendo que descansaba sobre las brasas del hornillo.

Aceptada por mi parte la invitación, echó en el agua dos cucharadas de café molido, y con un palito que usaba para el caso revolvió con energía, para que quedara lista la bebida con prontitud y buen sabor. Inmediatamente después cogió con una cuchara una brasa grande y la arrojó al recipiente para que se apagara con el café.

Esto sirve, se adelantó a explicar, pa' que los "asientos" se vayan al fondo y no queden nadando arriba, haciendo estorbo en la boca cuando uno lo está tomando.

Listas las porciones de café que la maya sirvió en tazas "vidriadas", me aclaró que no me daba azúcar pa' endulzar, porque al agua ya le había puesto "panocha" cuando la puso a hervir.

Entre trago y trago, mientras platicábamos, supe que un día antes un coyote había llegado al corralito a la salida del sol, y que con todo descaro se había llevado un borreguito ya logrado, sin hacer caso de los gritos y pedradas de los plebes y viejas que lo siguieron, porque por aquellas horas los mayos hombres ya habían salido a buscar trabajo o andaban en el monte cortando leña pa' vender.

Oye, me dijo cambiando de tema, si ves a Agustín "Butiérrez", el hijo de Tío Narciso, dile que venga pa' que "mi' haga" unos "guarachis" de tres puntadas como los que hizo" el año pasado, porque él sí sabe cómo "sí hacen" pa' que me queden al pie.

Se retiró después un momento para menear el contenido de un gran "apasti" que hervía en otro hornillo más grande y dirigiéndose otra vez a mí, me dijo: Mira ven: asómate "lomas" pa' que mires lo que es bueno. ¿No te dan ganas de servir un "güen" plato?

Antes de responder me quedé viendo el recipiente en que humeaba un caldo espeso, medio amarillento, preparado con semillas de calabaza molidas y deshollejadas, al cual habían agregado bolitas de masas de maíz, para darle textura a un oloroso y sabroso "pipián", en el que subían y bajaban trozos de carne ya casi listos para ser comidos.

De pronto, al subir uno de los trozos a la superficie del cocimiento, la maya Minga lo tomó con una cuchara de palo y poniéndolo sobre un platito que estaba al lado, empezó a gritarle a la maya "Micáila" que vivía enseguida y tenía un mayito como de un año, para que viniera.

Llegada la vecina la Minga le pidió que no se fuera hasta que se llevara una tres o cuatro cabecitas de rata, para que se las diera a comer a su hijo y le refregara con los sesos las "ancías" pa' que le salieran luego los dientes.

Entonces me di cuenta que el manjar éste estaba preparado a base de ratas del monte que son de carne blanca y sabrosa como el conejo, aunque tienen un parecido "casi de igual a igual" a la repulsiva rata casera, que tantos perjuicios causa a hogares y cosechas.

Recordé, a propósito, que este roedor es fundamentalmente herbívoro, que se alimenta de noche o por las mañanas muy

temprano, con los cogollos tiernos próximos al nido que ellas suelen edificar con palitos secos sobre las horquetas de los mezquites bajos, formando un enorme montón de basura, en el centro del cual dispone su recámara, acolchonándose con plumas, pelos, algodones silvestres y otras fibras suaves que le dan calor y comodidad al interior.

El nido, que llega a alcanzar hasta unos cincuenta o sesenta centímetros de diámetro, tienen un túnel de acceso que le permite comunicarse con el exterior es a tal grado sensible a la luz intensa, que cuando queda expuesta a ella se siente cegada por completo y a merced de sus enemigos tradicionales, como son las culebras, los gavilanes y, por supuesto, el hombre.

Es debido a eso que los cazadores salen a buscarlas para preparar los apetitosos platos que con ella se confeccionan, llegan siempre a las zonas donde estos animalitos anidan, cuando el sol ha alcanzado una altura regular.

Casi siempre estos cazadores de ratas incursionan por parejas, para que mientras uno pica con una larga vara hasta el interior del nido, obligando a las ratas a salir hasta el exterior, el otro preparado con una "resortera" y piedras de regular tamaño, dispara a quemarropa cuando el pobre roedor se detiene en cualquier parte, porque deslumbrado no sabe para dónde tiene que "tirar" para guarecerse.

Cuando no va provisto de la "resortera", el cazador procura armarse con un buen arco y un buen tercio de "jaras motas", es decir sin punta, para que el extremo de la jara golpee y mate sin romper la piel o estropear la carne.

Al desollar estos animales, lavándolos y poniéndolos a reposar en salmuera para que no les quede olor a monte, la carne se ve blanca y limpia, sin dar ninguna impresión desagradable.

Sin embargo, no todos los "yoris" le hacen frente al manjar de marras, siendo más los que repudian el bocado, incapaces de disociar mentalmente estas ratas monteces de las repulsivas ratas caseras.

Pero los mayos siempre han dejado de lado estos escrúpulos, porque saben que nada hay que temer ni el régimen alimenticio ni el aseado modo de vivir de estos animalitos.

Cuando dejé la choza de mi amiga indígena, ya me había comido un buen plato de pipián con tortillas tostadas a las brasas de las que quedaron de "en la mañana", acompañado con una taza de sabroso aguachile, preparado con chiles "chiltepines" maduros, molidos y revueltos en agua hervida con sal, un poquito de orégano, un tomatito picado y un pedacito de cebolla picada también, aderezado todo con gotas de limón.

Cuéntale a tu "agüela" lo que "comités" aquí conmigo, y dile que cuando "quera" ella también su pipiancito que me mande "dicir" pa' "esperala" el día que ella diga, recomendó finalmente la maya.

¿Habré dejado con la descripción de este convite, motivo fundado para una crítica formal de parte de los "gourmets" y gastrónomos rurales?

Posiblemente sí. Pero si cualquiera de ellos se encuentra alguna vez con hambre irremediable, y sólo llega a tener a su alcance un par de buenas ratas monteces, gordas y bien crecidas, seguramente que pensará en prepararlas a la "brochete" o asarlas "a la plancha". Tal vez empanizadas podría encontrarlas a la altura de cualquier plato de lujo.

Ya lo dijo el Quijote alguna vez: "La mejor salsa, Sancho, es el hambre...".

La escala social en que morábamos los mayos de mi tierra y nosotros los "yoris" asimilados a sus costumbres, llegamos a formar, hace cincuenta años, una legión de Quijotes hambrientos que encontró justo y natural hacer figurar a estos roedores en nuestra dieta.

Y no nos pesa ni lo negamos. ¡Las sentimos entonces muy sabrosas y nutritivas!

¡Y muy baratas, además...!

"Panali"

Desde temprano habíamos emprendido la caminata monte arriba, tratando de alcanzar las lomas que limitan la llanura angosturensis rumbo a la salida del sol, en busca de árboles con renuevos apropiados para labrar arcos de caza, visto que varios de los que portábamos hasta entonces, estaban un poco "vencidos" y otros reventados o rotos de las "muescas" en que se apoyan los extremos de las cuerdas.

"Samo", "brasil", "palo-dulce" o "güilochi" eran los árboles que preferíamos por la flexibilidad de sus renuevos, por lo alineado de su hebra que facilitaba el labrado.

Habíamos recorrido los predios próximos a la calera de Batamotos y La Cacachila y al rancho de Cuba, sin que ninguno de los cuatro compañeros hubiéramos encontrado nada que nos gustara, ya que los árboles vistos no respondían a nuestras exigencias. De paso habíamos sacado de las huecuras de los "mautos" secos algunas iguanas prietas, y en la espesura de un "aguamal" habíamos cortado cinco racimos de gran tamaño, de frutos apetitosos.

Ya bien "volteado" el sol, resolvimos enfilar rumbo a la presita que se extendía en las proximidades del rancho de La Cacachila, donde encontramos agua abundante y sombra en los árboles del bordo, para darle placer a nuestro descanso.

"Betón" Beltrán y mi pariente "Míkel", aficionados a la cocina de campaña, se aprestaron a hacer lumbre para pelar y asar las iguanas, y tatemar las "aguamas" que serían nuestra pitanza de medio día. Mientras, el mayo Mance y yo bajamos hasta el lecho de la presa para

llenar tres "bulis" de agua y ponerlos a disposición de los cocineros.

Qué bueno, murmuró Mance, como hablando consigo mismo, que están bajando a beber abejas de buenos "panalis". "Orita" que les "déjemos" "l'agua" a los que van a hacer el "lonchi", vamos a ver si podemos dar con uno de ellos por aquí cerca.

Habiendo dejado la ración de agua a disposición de los otros dos compañeros, volvimos a la orilla del charco donde una variedad indeterminada de abejas bebían en semicírculo, posadas al borde del lodo fresco, tanto para apagar su sed como para proveerse de la suficiente para contribuir a la obra de arquitectura del panal o para la elaboración de la miel.

Mira, fíjate pa' que "apriendas" todas estas fregaderas, reclamó el mayo. Esta abejita prieta es de "tenepuri", es muy corajuda y su ponzoña es muy dolorosa. Los "panalis" que hace no son muy grandes ni muy chicos, ni bien redondos; más bien son medio puntiagudos pal' lado de abajo. Esa otra que se ve más grande que todas y que tiene en la pancita y en el lomito unas fajas "amarías", es de colmena, de esas "quí'hacen" las pencas de cera acomodadas en las "güecuras" de los árboles viejos o en las cuarteaduras de las piedras de los cerros.

Aquel alazán, grandote y "acenturado" ya lo conoces, es el "bitachi", que cuando pica lo traba a uno haciéndolo sudar frío; se siente la lengua como "regordida" y como que no puede uno resollar a gusto. No hace "panali" cerrado y en una sola penca descubierta pone los "güevos" y cría sus ocho o diez hijos hasta que se van todos.

Esta más chiquita que está más acá y que parece mosca, es la abejita de la "miel virgen". No pica y hace su colmenita también en las "güecuras" que encuentra, y es la que más busca la gente de monte porque da una miel muy fina y muy sabrosa. Los curas procuran mucho su cera, no sé pa'qué.

Esa otra que va llegando de rayas prietas y "amarías", es de "culichi"; es igual de brava que la del "tenepuri" pero hace el "panali" más chico.

Acá, atravesadas, se ven estas otras que son medianas y no muy prietas. Esas son de las "güenas". Ya sabes que son las "quí'hacen" unos panalones y ponen la miel en pencas que hacen con raspaduras que "ruñen" de los palos secos amasándoles con su salivita pa'que les sirvan de casas y de almacén.

¡"Agora" vamos a seguir una, a ver "onde" demos con el "panali"!

¿Y las vamos a seguir nosotros a pie y ellas volando?, pregunté un tanto incrédulo, ¿cómo le vamos a hacer?

Ah... "pos" mira, se dispuso a explicar, de aquí nos vamos a quedar mirando la primera que se "alevante" y la vamos a seguir con los ojos hasta que se nos pierda de vista, nomás fijándonos el rumbo que agarre.

"Dí'hai", siguiendo pa' ese mismo lado, vamos a caminar a pie por entre el monte. Ya que se nos haga bueno, nos vamos a parar en cualquier llanete que "állemos" pa' mirar otra vez pa' arriba contra el

sol, apañándolo con la mano sobre las cejas pa' que no nos encandile, y vas a ver cómo se ve el chorrillo de abejas que están "pasi-pase", brillándoles las alitas como "esti´llitas" de vidrio. Como a las tres o cuatro veces de detenerte y mirar pa' arriba, como te he dicho, vas a ver como que se comienzan a descolgar pa' abajo, como señal de que por "ahi" cerca queda ya el "panali".

Lo que falte "antonces", de "áhi" pa' delante va a ser más fácil, porque buscando entre árboles y matorros, pronto vas a dar con él.

Después de aquel breve curso "académico" tan sabiamente impartido, el mayo inició la marcha siguiendo la abeja que más le gustó. Yo, siguiéndole la "pisada" al pie de la letra, avancé tras él emocionado.

Míralas, repetía a cada rato, allá van "agiladas" haciendo cordón. ¿Te fijas...?, me decía insistentemente.

¡Anda fregado..! pronunció de repente, yo creo que "ya se nos hizo". ¿Ves cómo se van descolgando rumbo a aquel "San Juan"?

Sí, le respondí, ya me di cuenta. Y efectivamente en una de las ramas más altas del árbol, estaba un enorme panal como de unos treinta o treinta y cinco centímetros de diámetro.

Vamos a ver "hora" si tiene miel o no, advirtió el indígena, porque si está "seco" ni pa' qué "embrómalos"; mientras se disponía a cortar un largo varejón para sacarle punta en el extremo más delgado. Cuando ya lo consideró listo, se encaramó hasta la primera horqueta del "San Juan" y empezó a meter cuidadosamente la vara apuntando al centro del panal. Inmediatamente después la sacó con cuidado de no alborotar la colonia, dándose cuenta con placer que casi toda la vara estaba untada y penetrada miel.

"A los ves..." Ya jodimos; está cargadito "hasta contra" y lo que falta "lomás" es "cortalo"

Juntamos ramas y boñigas secas de res para hacer una hoguera "humienta" y enseguida, ensartando la boñiga más grande y maciza en una horquetita cortada especialmente para el caso, empezó el mayo a ascender al árbol dirigiendo el humo a la base del panal, procurando que lo cubriera todo.

Las abejas, alérgicas al olor penetrante del humo del estiércol quemado, empezaron a abandonar su "casa", siguiendo la dirección del viento para alejarse con mayor rapidez, posándose en las ramas de los árboles cercanos.

Alejado el peligro de los piquetes de las abejas irritadas, el mayo cortó con un certero machetazo la rama en que se afianzaba el panal opulento, para bajarlo lentamente estirando el brazo, para que yo pudiera recibir en tierra aquel tesoro de miel que ya era nuestro.

Volver a la presa donde las iguanas escurrían "infundia" dorándose a las brasas, fue cosa de unos cuantos minutos. Ayudando en la jornada culinaria empezamos a alinear los racimos de "aguamas" sobre los leños crepitantes hasta que estando ya sobrecocidos, empezaron a estallar los frutos. Para que se enfriaran pronto los metimos en el

agua de la presa dejándolos escurrir un rato, mientras empezábamos a comer con avidez la tierna carne de las iguanas asadas con maestría y buen gusto.

A manera de postre saboreamos rica miel de las pencas del panal, repartiendo lo que quedó en cuatro porciones iguales para que cada quien llevara algo a su casa.

De vuelta al rancho, enfilamos por el camino regustando el sabor agridulce de las jugosas "aguamas", mientras platicábamos con despreocupación, pero cuidando de no comer más de la cuenta porque, como es sabido, el jugo de la corteza de los frutos escalda la lengua hasta hacerla sangrar, en ocasiones.

Citados para otra excursión montaraz para el siguiente domingo, nos dispersamos cada quien para su barrio, al llegar a las primeras casas del pueblo.

Por la noche, mi abuelita y mis tíos escucharon el relato casi novelado de aquella aventura que, con ser para mí extraordinaria, para ellos era cosa de todos los días, acostumbrados al sistema de vida en que el monte y sus recursos juegan un papel muy importante.

Un venado danzándole a San Pedro

Desparramados por los pueblos más importantes del municipio de Angostura, los mayos de Alhuey se echaron a andar por todos los caminos, llamando de puerta en puerta y alargando la mano con el sombrero pedigüeño, solicitando ayuda "pa'hacele" una pascola a San Pedro, a ver "si ' atrinca" al viejito "di´ arriba" y nos "alevanta" el castigo de la sequía con que nos tiene fregados desde hace casi un mes.

El plan indígena consideraba la posibilidad de comprar un toro pa´"hacelo" "guacabaqui", conseguir una o dos "demajuanas" de mezcal y buscar, donde la hubiera, una buena dotación de tabaco "macucho" y de hojas delgadas de maíz, para atender a la feligresía que asistiría a la velada pagano-religiosa, en que se haría la rogativa.

Si se estima, según la costumbre, que las "aguas" empiecen a partir del 24 de junio en que se celebra el Día de San Juan, ya llevábamos más de veinte días, siendo diecinueve de julio entonces, que ni siquiera una llovizna había caído.

Algunos que se aventuraron a sembrar "en seco", alentados por dos aguaceritos que cayeron a fines de mayo, veían desconsolados como sus milpas agobiadas por el sol y la resequedad, tomaban una coloración azulada y dejaban ver las hojas marchitas y retorcidas, como implorando la frescura de la lluvia salvadora.

Ya como a mediados de la semana, volvieron los "pedidores" de ayuda y reuniéndose en la casa de Don Eusebio Domínguez que era el síndico municipal, rindieron cuentas.

Se supo entonces que se habían reunido doscientos pesos y que Toño Domínguez, el de la Angostura, les había donado un novillo "atorunado", grandote y gordo.

En manos de la autoridad quedó la responsabilidad de mandar matar la res, conseguir los cazos para hacer el "guacabaqui" y conseguir quien comprara el vino e hiciera los cigarros.

Los mayos, por su cuenta, enviarían "propios" a La Viznaga, Nío y San Sebastián para que vinieran otros indios de allá a "dalos" una manita, como ya lo "hamos" hecho "losotros" cuando a ellos se les ha ofrecido. Tendrían que hacer, además, la "ramada" en que se quedaría instalado el centro de actividades de la fiesta.

El sábado sería la "cancona" según acuerdo, y doña Simona, la mujer de Don Ramón Angulo, el que vivía frente a la iglesia, guiaría los rezos y haría las "pítimas" al "siñor", pa' que ya dejará llover y que naciera parejo el bleo y hubiera "quelites" por de pronto, pa' que luego comenzara a haber trabajo cuando todos empezaran a sembrar sus tierras.

El día señalado, ya para las diez de la mañana, había en la iglesita gran actividad, debido a que desde muy temprano las "beatitas" que cuidaban el mantenimiento del local habían madrugado a regar, barrer y sacudir todo, para que el templo estuviera "de verse" cuando la gente llegara a contemplar a los mayos que iban a sacar en procesión a San Pedro, el Santo Patrono, para pasearlo por los campos labrantíos cuyas sementeras se agostaban por la falta de lluvias.

En la plazoleta de a lado, los niños correteando entraban y salían al pequeño templo, asustándose de vez en cuando por el vuelo zigzagueante de los murciélagos, que salían deslumbrados por la inoportuna invasión de intrusos que perturbaban sus sueños matinales. La sombra de Drácula y la leyenda de los vampiros chupadores de sangre, parecían revivir en la mente de quienes habían sabido de ellos a través del cine o los cuentos de los viejos.

Por fin, cuando los mayos encargados del paseo llegaron, se abrieron todas las puertas dando paso a una comitiva de curiosos que seguían al que hacía de jefe, que con paso formal y gesto serio avanzaba hacia el altar, subiendo hasta donde descansaba la sagrada escultura.

Tomando al santo con cuidado especial, y con todas las recomendaciones de "beatitas" y devotos, salió el mayo viejo llevando de pie sobre el hombro izquierdo al Portero del Cielo, representado por aquel santo humilde tallado en madera, como de unos cincuenta o sesenta centímetros de alto y ataviado con una túnica de colores mortecinos.

Ya en la calle, la procesión tomó el camino hacia los campos de labor, dirigiéndose a una milpa casi "perdida" ya que crecía trabajosamente en un terrenito de Doña Isabel Inzunza, próximo al río.

Allí fue depositada la reliquia religiosa, en pleno surco y en medio del maizal.

El mismo mayo viejo que era portador del santo, entabló con él este monólogo: ¿Ves, viejito fregado?, "ti´ hamos tráido" aquí pa' que mires como está todo esto de "tristi", "lomás" porque no nos has ayudado pa' que llueva.

¿Ves estas milpitas que se están secando?, "pos" no la amueles; dile al barboncito que está allá arriba que ya "hamos" padecido "muncho" y que si algún pecado gordo nos malicia, "pos" que nos perdone ya pa´ no seguir "losotros" metiendo la pata.

A ver, inquirió a los circundantes, ¿quien "traí" por "ahí" un "buli" "di' agua"? Échenmelo pa´ acá pa' "mojale" la mollera al peloncito este, pa´ que sepa lo "fresquito" que se siente "la'gua" cuando el sol está "pelao" como "agora".

Y diciendo y haciendo dejó caer sobre la cabeza calva del santo, un grueso chorro de agua, dándole un baño de cuerpo entero, ante el regocijo de los presentes que aplaudían la ocurrencia, esperanzados a que ante la dramática realidad que se le hacía ver, el santo intercediera ante la divinidad para que la lluvia derramara los bienes del agua salvadora, evitando el desastre que amenazaba la región.

Pasando el río, las "paradas" se repitieron con escenas similares en otros plantíos damnificados, hasta que ya haya pasado el mediodía volvieron todos al caserío para dejar a San Pedro en su lugar.

El paso del santo fue aprovechado por creyentes y devotos para bendecir rosarios, frascos de agua, escapularios y medallas, simplemente poniendo en contacto con sus labios y la túnica de la escultura las reliquias escogidas para bendecirlas.

Antes de que el grupo se dispersara de la iglesia, Doña Simona se dispuso a cumplir su cometido, elevando sus oraciones a Dios y a todos los santos del cielo, rogando porque la calamidad que se abatía sobre el pueblo cesara ya, y todo volviera a los cauces de la esperanza, la fe y la buena creencia.

Dijo su oración con tal vehemencia, que parecía que realmente esperaba que sus ruegos fueran el remedio de aquella hora crucial de sufrimiento regional.

Luego, vueltos todos a sus hogares para comer y descansar un poco, se dispondrían a regresar a la "ramada" que se había levantado en un baldío a un lado del mismo templo, para presenciar las danzas indígenas con que culminaría el ruego público en favor de la lluvia y las buenas cosechas.

En medio de una multitud venida de todas las comunidades de la comarca, llegaron como al "pardear" al sitio señalado, los danzantes y músicos, que, una vez avenidos con los mayos del lugar, dispusieron lo que iba a hacer cada quien y cómo iba a ocurrir todo.

Los primeros en instalarse fueron los músicos que tocarían para la danza del venado. Acomodaron primero las dos "bateas" de madera

llenas de agua en las que sobrenadaban boca abajo, sendas jícaras de regular tamaño, destinadas a sonar como tambores sordos, al golpe de un palito cuyo extremo libre iba protegido por hilos de estambre enredados para hacer menos fuerte el impacto.

Luego aparecieron los "raspadores", portando unos barrotitos de madera dura, como de metro y medio de largo y dos centímetros de grueso por cuatro de ancho, labrados en su parte media por una serie de escalones transversales que el tallar sobre ellos con una vara corta y maciza, producían un ruido ríspido parecido al de los "güiros" de los conjuntos tropicales.

El atavío del danzante que representaría al venado constaba de una cabeza disecada de este cérvido con todo y cornamenta, dispuesta con cintas y correas para atarse firmemente a la cabeza del actor. Portaba él mismo un cinturón confeccionado con una fuerte correa ancha rodeándole la cintura, de la cual colgaban decenas de otra correíitas delgadas como de unos veinte centímetros de largo, cuyas puntas libres remataban en pezuñitas de venado negras y lustrosas.

Llevaba las piernas liadas desde el tobillo a lo "gordito" de la pierna misma, con sendas largas guías de "tenábaris"(cascabeles), confeccionadas con capullos de mariposas silvestres que, provistos de piedrecitas en su interior, vibraban al ser sacudidos, a semejanza del cascabel de la víbora.

Portaba también el "venado" en las manos sendas bolas de "ayali" (cirial o tecomate), huecas y limpias, también con piedrecitas en su interior, que producían un ruido semejante al de las maracas, al sacudirlas.

El resto del atuendo era una camiseta de algodón y calzones largos de manta comunes y corrientes, pero "arremangados" hasta la rodilla.

Dos "coyotes" que también participaban, no llevaban más atavío que los calzones arremangados también y una sonaja cada uno, para llevar el ritmo.

En el desarrollo de esta danza entre litúrgica y moral pagana, el venado aparece vagando confiado por el monte, corriendo y saltando alegremente, disfrutando de su libertad.

Desconfiado por naturaleza, voltea a cada rato a todas partes atento a cualquier ruido, haciendo gala en sus movimientos de una agilidad y plasticidad extraordinarias, atrayente y majestuoso, como corresponde a quien representa la Belleza y la Bondad en la escena silvestre.

El canto de los músicos que se pronuncia en la "lengua" o dialecto vernáculo, se oye sincronizado con el ritmo de los instrumentos, del mismo modo que los movimientos del danzante siguen el compás tejiendo un poema de plasticidad, elegancia y soltura, que remata periódicamente en una prolongada ondulación de la cadera, a semejanza del movimiento característico de la rumba afrocubana.

Más o menos después de diez o quince minutos, durante los cuales el venado domina la escena solo, aparecen los "coyotes"

encarnando las fuerzas del MAL. Atormentan con movimientos persecutorios y amenazantes al cérvido azorado, provocando en él el pánico a que dan lugar los aullidos de sus perseguidores.

Después de gozar un rato ante el sufrimiento del animal asustado, los "coyotes" se le acercan ya con intención de victimarlo de una buena vez, para disfrutar el placer de aplacar su hambre con la carne del pobre venado vencido.

Mas, repentinamente, el cornúpeta se libera de su miedo y tomando conciencia de las armas formidables que radican en su cornamenta y los afilados puñales que configuran sus agudas pezuñas, se torna agresivo y resuelto enfrentándose a sus enemigos.

Pasados unos momentos de fatiga y acción logra someter a los "coyotes" sujetándoles las manos con sus patas, haciéndoles sufrir ahora a ellos.

Vencidos y suplicantes los "villanos", al arrepentirse de su maldad y prometer no volver a hacer daño a nadie, son liberados por su noble vencedor, con el que los vencidos después se deshacen en zalamerías y bromas aduonas.

Con este elocuente triunfo del Bien sobre el Mal, termina la danza que se repite después, cuantas veces sea necesario, hasta que alumbre el sol de nuevo día.

Pero entre actuación y actuación del "Venado", entran los pascolas vestidos con camisetas, calzón y tenábaris" y una máscara de palo de "guásima" colocada en la parte posterior de la cabeza, tal vez para significar la doble personalidad del individuo y el artista.

Al son de largos cantos monótonos, cuya letra se refiere a vuelos de mariposas, cantos de pajaritos y la belleza de las flores, toca pulsando una arpa vieja un indio viejo también, acompañado por un violinista de gesto pétreo y ademán mecánico.

Al ritmo de aquel "concierto" bailan los pascolas trazando una silueta de perfiles bellamente delineados, moviendo el cuerpo elástico, ágil y flexible de la cintura para abajo, y erecto y sin flexiones de la cintura para arriba.

Con un cuadro así, entre libaciones de mezcal, chupadas de "macucho" y platos de "guacabaquí", con sus raciones de caldo, carne y tortillas calentadas, transcurrió la velada aderezada con la amena charla de los mejores conversadores del rumbo, contadores de aventuras y cuentos increíbles, e impenitentes bebedores de café y mezcal.

Al terminar la fiesta, a la salida del sol, los danzantes siguiendo la tradición, arrojaron sobre los espectadores recipientes con agua y "buches" de vino, y una que otra cucharada de caldo del que quedó en los cazos del "guacabaquí".

Luego dedespedirse de mano los mayos "fuereños", emprendieron la marcha a pie hacia sus lugares de origen, poniéndose a las órdenes para cualquiera otra vez y haciendo votos porque las lluvias llegaran pronto, como premio al esfuerzo de las peticiones de todos.

Tres días después, al llenar la luna, los aguaceros torrenciales empezaron a sucederse con frecuencia.

Los observadores de la meteorología, afirmaron que el fenómeno era perfectamente normal, lógico y propio de la estación, sin que obrara en el caso milagro alguno.

Otros hubo que para darle gracias a Dios y a San Pedro les prendieron velas en los altares de la iglesia, les ofrecieron docenas de cohetes, y hasta les llevaron serenata con el acordeón y la guitarra de los músicos de La Isleta.

Sin embargo, y después de todo, llovió y todos quedaron contentos.

Los mayos muy orondos, visitaron de casa en casa a la gente del pueblo, con la imagen viva de la satisfacción expresada en el rostro sonriente, y promoviendo comentarios a su favor como consecuencia de la lluvia "que trajo la procesión y la pascola".

Al menos, por la limpia intención que los animó para buscarle, a su modo, solución al problema de la sequía, una felicitación fraternal pudieron tener por bien ganada.

¡Maten esa vaquilla...!

¡Tiene la rabia!

Aquella fecha fue de escándalo mayúsculo en Alhuey.

Las cinco o seis personas que charlaban en torno a la máquina que desgranaba el maíz que había cosechado Filemón Parra en aquella temporada del comienzo de los años treinta, corrieron despavoridos a buscar refugio, bien arriba de un mezquite vecino, sobre la plataforma de la misma desgranadora, o metiéndose de rondón en la casa del propio dueño del maíz.

Y la cosa no era para menos; pues del lado del camino que viene de Batamotos y sigue por la calle que pasa por lado norte de la plazuela, había entrado como alma que lleva el diablo, una vaquilla pinta de negro, bramando, corcoviando y repartiendo cornadas y patadas a cuanta cosa movible encontraba a su paso.

Los ojos del animal se veían desorbitados, el hocico babeante y la lengua de fuera, como si se sintiera presa de una terrible desesperación.

En su desenfundada carrera, la vaquilla "voló" sobre las trancas del corral de Don Lauro Díaz donde era su querencia, precipitándose con fieras cornadas contra la pila del bebedero del ganado, como si un furor infernal la devorara. De inmediato disparó hacia otro rumbo, persiguiendo a unos cerdos que estaban a la sombra de unos frondosos "macapules" y correteando también a unas gallinas que se revolcaban en el estercolero.

Informado don Lauro de lo que pasaba y constatando por su propia vista el drama de la pobre res, dio, con voz altisonante, la orden

de mátenla; tiene la rabia..!

En cumplimiento de aquella disposición, uno de los peones que servía en la casa, provisto de una carabina 30/30, buscó el ángulo de tiro más apropiado, y teniendo a la bestia a quemarropa, le descerrajó un tiro en la frente.

Un largo bramido que se oyó como un tético lamento, un sentón para atrás y una caída fulminante rubricaron la trágica escena.

¡La vaquilla estaba muerta..!

En una nueva disposición, el patrón ordenó que se diera aviso a los mayos para que vinieran por el animal muerto, dado que era sabido y creído que ellos solían "hacer carne" las vacas que morían atacadas por la rabia, afirmando que la lumbre quitaba todo, y que asando muy bien la carne se eliminaban los microbios que producían el mal.

En menos de que la multitud reunida terminaba de comentar el suceso, llegaron al corral tres mayos adultos que enguarnecieron un "tiro" de mulas que el mismo dueño puso a su disposición, e inmediatamente manearon la res muerta por las patas traseras y se la llevaron arrastrando al "varazón".

Tras ellos siguió una multitud entre temerosa e incrédula, y no faltó una mujer resuelta que se encaró a los indios, para suplicarles que por nada del mundo fueran a comer aquella carne, dado el gran peligro que corrían de contraer el mal, contra el que no había cura conocida.

Pero los mayos continuaron imperturbables. Si acaso se intercambiaron una leve sonrisa, y un gesto de desdén para la que trataba de hacerlos entrar en miedo.

En un llanete formado por un hormiguero, hacia la parte alta del panteón, se detuvo la curiosa comitiva.

Acto seguido un mayo regresó con las mulas para entregárselas a su dueño, en tanto que los otros dos, armados de sendos cuchillos, empezaron a destazar la res. Expertos en el arte tablajero, fueron cortando con una precisión de asombro pieza por pieza y separando la carne más estimada como los lomos, la cabrería, las pulpas, los diezmillos, el pecho y las charreteras. Lo demás, junto con las vísceras, el cuero y la osamenta fueron amontonados y cubiertos con leña y ramas secas y eliminados por el fuego.

Aquel mismo día la gente volvió a darse cita en el barrio en que moraban los mayos "abasteros", para ver si realmente se animaban a comer aquella carne contaminada.

En un alarde de exhibicionismo, fueron puestos a asar grandes trozos de carne y una vez cocidos, los cortaron en trozos pequeños para ponerlos sobre tortillas recién hechas, convirtiéndolas en tacos que rolando de mano en mano, dejaron satisfechos a todos los indígenas presentes, pero sin que ningún "castilla" se atreviera a imitar la temeraria hazaña.

Terminado el festín de aquella tarde, los indígenas abrieron un "horno de tierra" como de medio metro de hondo, calentándolo después con gruesos leños prendidos.

Muertas un poco las brasas una vez que el horno acumuló el calor requerido, fueron acomodando en el interior del hoyo un bote de lámina de una capacidad como de veinticinco o treinta litros, dentro del cual habían introducido la cabeza de la vaquilla untada con sal y cebolla y envuelta en un grueso lienzo de costal de ixtle reposando sobre unos ladrillos sobrepuestos en el fondo. Finalmente colocaron una tabla sobre la tapa del bote, y a continuación el horno fue cubierto con ramas y sellado con una "torta" de lodo para evitar cualquier fuga del vapor.

En lo que quedo del día, tanto en nuestra casa como en la de los demás vecinos del pueblo, se tejieron mil cuentos y comentarios en que la rabia, los rabiosos, los muertos y los escapados de morir por milagro, fueron los temas obligados. Todas las referencias concluían con el mayo de San Blas, único que por milagro de Dios o por brujería del diablo, tenía el don de curar el terrible mal.

Entre nosotros, en nuestra casa, todavía a altas horas de la noche una serie de preguntas quedaban prendidas en los hilvanes de la duda.

¿Será cierto que la lumbre "quita todo", hasta el microbio de la rabia...?

¿Y lo que quedó en las manos de los que manejaron la carne? ¿Y el alambre del tendadero en que se puso a orear la carne? ¿Y la salud de los perros a los que inadvertidamente se les dio a comer carne cruda? ¿Y el suero de la carne fresca que fue comida nomás soasada, todavía roja?

¡Algo debían de tener en la sangre los mayos que, a pesar de todo esto no se contagiaban...!

Pero al día siguiente, después de la comida, al volver del monte a donde habíamos ido por leña mi tío Salvador y yo, tiramos nuestra carga para descansar un poco, precisamente en el portalito de la casa del que un día antes había destazado la res.

Llegaron a tiempo, carajos, dijo el casero dirigiéndose a nosotros. Apenas hace un rato acabamos de sacar del hoyo la cabeza ya bien cocida, y está como si la "habieran" hecho pa' un banquete.

"Lomás miren p, acá", agregó y nos mostró una batea en que lucía como riquísimo manjar para una fiesta de lujo, la dorada e incitante cabeza tatemada. Hace rato le pegamos una entradita, continuó, pero como no nos llenamos bien, las viejas se pusieron a hacer más "gordas" pa' comer hasta que nos "la tiéntémos con el dedo".

Y diciendo y haciendo, tres mayos adultos rodearon la batea y reanudaron su desaforada comilona.

Entre bocado y bocado, nos ofrecían pedazos de carne apetitosa, seguros que no íbamos a aceptar, debido a los temores que nos perturbaban.

Como sí les aceptamos unos jarritos de café, nos dimos cuenta que lentamente iban quedando limpios los huesos de la frente y las quijadas, a tiempo que el ritmo del comer iba desmereciendo poco a

poco.

Sin embargo, la enorme lengua no había sido tocada aún. Se veía tan abultada y crecida que las dos quijadas quedaban un poco separadas dejando el hocico un tanto entreabierto.

Reparando con atención en aquel detalle, sentí de repente como que me invadía un toque de asombro que me hizo dudar de la secuencia de todo aquello, pareciéndome todo como una descarada pantomima.

Fíjate en el tronco de la lengua, le indiqué discretamente a mi pariente y compañero.

No miro nada, me respondió. ¿Qué ves tú...?

Allá en el mero tronco de la lengua, agregué confidencialmente, se ve, medio tapado con las muelas, cómo la lengua está amarrada por el tronco con un pedazo de piola o de alambre.

¡"Hijo'ela fregada"!, es cierto, repuso entre asombrado y miedoso mi tío, a tiempo que se prestaba a echarse al hombro su tercio de leña, disponiéndose a emprender el camino a casa.

Cuando también yo tomaba mi carga, después de dar las gracias precipitadamente por el obsequio del café, el mayo más viejo se acercó con el pretexto de ayudarme a subir la carga y decirme con voz casi imperceptible: "No quero" que me digas qué es lo que "vites" en la lengua cocida ni qué era lo que estabas platicando con "Chavalo". Pero como se quedaron mirando "muncho" rato la batea, yo malicio que van andar diciendo que hicimos trampa con lo de la rabia de la "vaquía".

"Yo no te "vu'a" "decir" si eso es cierto o son mentiras, pero lo que sí "ti aseguro" es que si don "Lagro" va y se raja con el gobierno y nos "queren" agarrar con la "polecía", tú me la vas a pagar "ahí" despuecito. Anda vete; que te vaya bien, y ya sabes: "Di aquí" pa'delante todo "pende" de ti".

Comentando mis temores con mi abuela, ella me calmó asegurándome que no era la primera vez que hacían de las suyas maneando entre el monte una vaca cualquiera, siempre que estuviera gorda y nueva, para abrirle el hocico entre dos o tres de ellos y luego sacarle la lengua a jalones para amarrarle en el tronco un pedazo de alambre: o clavarle una espina de biznaga acomodando la curva de la espina hacia abajo pa' que no se pueda salir.

Soltando en esas condiciones al animal, la arrearan pa'que se encamine al corral de su querencia en las casas del pueblo, bramando, babeando y queriendo cornar todo lo que ve, para que la gente crea que el animal tiene la rabia.

Muchos viejos dueños del ganado saben bien que los mayos hacen esto de vez en cuando; pero sólo cuando la crisis es tan dura que ellos llegan a padecer hambre. Pero como queda la duda de si será de veras rabia o una simple trampa, los dueños no quieren correr riesgos, dejan a los mayos que den cuenta del animal.

Alguna vez ha sucedido que alguna res entre al pueblo realmente enferma de rabia; pero entonces los mayos se niegan a recogerla,

alegando que la luna está tierna, o que el mal había avanzado mucho, o que hay alguna epidemia entre ellos y les pueda hacer daño la carne en esas condiciones.

Meses más tarde, después que todo se olvidó, el mayo me preguntó riéndose si me había asustado la vez que me puso "las peras a cuatro riales", pero cuando le conté que en el pueblo muchos viejos sabían cómo hacían esos "enjuagues", se rió de buena gana y me pidió disculpas ¡Estábamos tan jodidos en esos días...!, suspiró.

Y se alejó entre satisfecho y apenado, volteando a lo lejos para decirme adiós con el sombrero.



Con mi abuela al amparo del pitayal

Y la voz de mi abuela, orden con matiz de plegaria, se modeló como siempre para indicarme:

Mira, ve a buscar a Vicente Angulo a su casa, y dile que me haga el favor de prestarme una carreta para darnos una escapadita al rancho de Los Horcones, a ver si hallamos pitayas buenas.

Y tú, Salvador, le dijo al menor de sus hijos que frisaba los 14 años, aventajándome con tres, busca a tu tío Luis y pídele prestada la yunta de bueyes viejos. Dile que vamos a dar una entrada por las marismas a ver cómo se han dado las pitayas este año.

Resuelto el problema del transporte y trazado el viaje en los términos propuestos por la abuela, aquel viernes, a la salida del sol, nos hicimos al camino, enrumbando hacia la costa.

En dos cajones de madera iban acomodadas cuatro latas mantequeras, y un cazo de cobre con capacidad como para unos veinte litros, un palo de revolver y un machete, completaban el equipo base de la expedición.

El "lonchi" iba en una canasta garbancera acomodado en un "tambachi" de tamales "tontos" y gordas de manteca, con una jícara de "asientos" de manteca de "cochi" para untar. Un jarro con telega pal' café, tres tazas vidriadas, tres cucharas y ocho kilos de azúcar formaban el "menú" y parte de los ingredientes necesarios.

Por lo demás, con nueve costales viejos pa' tender, una cobija "borreguita" para cada uno y una lona grande para sombra, llevábamos

integrado el equipaje y el hospedaje.

"Juera, buey viejo...", decía la voz de la abuela, mientras tentaba delicadamente las ancas de los animales con una "garrocha" de palo de "guásima", para que mantuvieran uniforme el paso cansino de ritmo ancestral.

Los ranchos de la ruta se iban quedando atrás paulatinamente, a medida que los perros salidos de los caseríos se iban "acuaderando" a los lados de la carreta para decir sus ladridos de ritual y volverse a echar, enroscados, al amparo de la tranquilidad de las chozas silentes.

Romeríos, La Esperanza, San Luciano y otros ranchos dejaron asomar a nuestro paso las miradas desconfiadas, proyectadas por los rostros pétreos de los mayos lugareños.

En conociendo a algunos de ellos, la abuela les gritaba su saludo viajero: "Adiós Marto...., salúdame a tu padre y a tu madre". "Lipe, ¿cómo te ha ido....?, sigues sin hacerte viejo, carajo". "Aquí voy, Cande..."

"Ya supe del "machito" que pariste el mes pasado. Está muy "bonito tu laurel de la india..."

Entre tanto, el olor salobre de la proximidad marina se dejaba sentir en la brisa, como anuncio del arribo a nuestro próximo destino, donde el "chamiso" rastrero de hojas cristalinas y acuosas daba alfombra al pitayal.

Nos detuvimos un momento para saludar a algunos parientes y amigos en Los Horcones y con el fin de conseguir pastura para los bueyes, nos retiramos luego urgidos de "parajear" en pleno monte, en las afueras del rancho.

Desuncida la yunta y atadas las reses para que comieran y descansaran, echamos la lona sobre los barandales de la carreta para que sirviera de toldo, mientras la incansable viejita se disponía a juntar leña seca y a acomodar el cazo sobre el tripié de solera de fierro que llevábamos también.

Mi tío y yo nos dedicamos a buscar entre la mezcalera bronca desde los "quiotes" más largos y delgados de que habríamos de valernos para "bajar" las pitayas que quedaran fuera del alcance de nuestras manos, a pesar de que la mayor parte de las cactáceas eran chaparras y brazudas que permitían una "pizca" más fácil.

Hecha la lumbre y acomodado todo, dispusimos las providencias para la primera comida de la jornada. Los tamales ensartados en varas de mangle y las gorditas tiradas sobre el rescoldo, se iban recalentando para regalo de nuestros paladares acompañados de sendos tragos de café, cuyos "asientos" nos quedaban en los labios como garantía de la pureza indiscutible de la bebida.

Abiertos los carnosos frutos del pitayal como manos sangrantes en su pulpa dulce y salpicada de semillas diminutas, daban motivo para que nuestros interminables acarreos propiciaran que la abuela revolviera y revolviera con sabio ritmo, suavizando la compota con bien calculados "jumatis" de agua, dándole el punto al producto con las necesarias tazas de azúcar, vigilando que el cazo hirviera hasta que

la apetitosa mermelada "hiciera hebra" por su rico almíbar, para ser vaciada en los tambos una vez fría, para su reposo y conservación.

Para el sábado al empezar a caer la tarde, había quedado concluida la tarea, pero la viejita venerable no quiso que regresáramos a Alhuey ese mismo día, por el inconveniente de tener que llegar a deshoras de la noche, levantando a todo mundo en la casa.

Sin embargo y tal vez por las ganas de saborear algo distinto, nos mandó después de "la comida" a ver a los muchachos del rancho en solicitud de arcos y "jaras" prestadas para que fuéramos a buscar algún conejo.

Por lo mucho que sabíamos de eso mi tío y yo y debido a que no estaban muy matrereros los animales monteces de aquellos andurriales, pudimos volver ya casi para obscurecer con dos conejos y un mapache que despellejamos en un santiamén. Experta la madre de mi madre en asar carne a campo raso, fue dorando al relente de las "brasas la carne tierna y aromada, aderezándola con manteca escurrida de los "asientos" de "cochi".

Nos pusimos hasta "l'ollita" a come y come y ya de reposo, recostados en el suelo, ya bajo la luz de las estrellas, el ánimo se prestó para que recordáramos cantando a dúo las viejas canciones que la viejita gustaba cantar a media voz, como "El Cuervillo", "Vamos Matando ese Gato" y otras que lucían etiqueta de la segunda década del siglo.

Vueltos a casa, las cuatro latas que contenían el "dulce" fueron puestas a buen recaudo sobre un tapanco, apartado, en espera de la llegada del tiempo malo, el de las "secas", en que hacía aparecer su espectro la escasez.

Para cuando ese tiempo llegara, nosotros tendríamos que salir a las casas de los ricos, llevándoles como obsequio de mi Nana un buen corte de mermelada de pitaya, llevando discretamente un canasto o un balde desocupado "por lo que se pudiera ofrecer".

Invariablemente, en respuesta del regalo entregado, recibiríamos una "medida" de maíz o de frijol; tres o cuatro "machochis" de jabón de "cochi"; un pedazo de queso; una jícara de manteca o un buen troncho de carne seca de res.

Así era como para entonces las pitayas jugaban el papel de reservas contra el hambre, gracias a las juiciosas providencias de la abuelita ejemplar que, desde la muerte de mi Tata, había asumido la responsabilidad de "hombre de la casa", al mando de los cuatro hijos y las tres hijas que le quedaron.



Y hubo que matar al halcón

Como casi no había trabajo debido a que se habían retrasado demasiado las lluvias, recibí de mi abuela el encargo de ir al pueblo de La Palma a ver a Don Nazario López, para tratar de conseguir con él, en calidad de préstamo, unos dos sacos de maíz.

Por atavismo, como siempre que me veía obligado a salir por cualquier motivo a las zonas del monte o a las áreas agrícolas, llevé conmigo el viejo arco de palo-dulce que me regalara el bondadoso Tío-Chalío.

Aquel día no fue la excepción y "empalmándole" al arco tres de mis mejores jaras con "pedernal" de fierro, salí al cumplimiento de mi encargo.

Sabiendo el mayo "Rúmulo" cuál era el objeto de mi viaje, me pidió que lo dejara ir conmigo para que, una vez tratado con Don Nazario el asunto de mi préstamo, lo dejara hablar a ver si también quería el hombre prestarle otro saco de maíz, ya que tenía un terrenito listo, nomás esperando las primeras lluvias para sembrarlo de inmediato.

Siendo que el mayo y yo éramos amigos desde tiempo atrás, no puse ninguna objeción a sus propósitos sino que, por el contrario, me ofrecí para ser yo mismo quien abonara su honradez al tratar de conseguir la ayuda que también necesitaba.

Por fortuna quiso la suerte que nuestras gestiones no fallaran, ya que el resultado que buscábamos se resolvió en sentido positivo, quedando en que al día siguiente podíamos volver llevando sacos

vacíos para envases y una carreta para llevar el maíz que nos sería proporcionado en el término solicitado.

Al regresar, no seguimos por camino vecinal por el que habíamos ido, sino que, siguiendo bordos y "guardarrayas", nos dedicamos a matorrear y buscar cuevas y nidos, a ver si lográbamos que saliera alguna liebre, conejo, ardilla o "choli" con quien "calar" nuestro pulso y llevar algo con qué adornar los asadores en caso de cobrar algunas piezas.

Una ardilla que el mayo atravesó por el pescuezo fue el primer premio a nuestros empeños de esculca-montes; después, una liebre sumó su carne succulenta a nuestra reserva alimenticia de aquel día, cuando tuve la suerte de baldarle el espinazo con una de mis flechas. "Rúmulo", que ese día la traía con las ardillas, "jarió" otras dos en menos de un cuarto de hora.

Ya habiendo pasado el vado del río, en las tierras de labor que colindaban con el caserío, alcancé a ver entre las cañas y varas secas de un "restrojo", una liebre adulta que mordisqueaba en los cogollos del zacatito verde.

Antes de tratar de acercarme y amparándome con unos arbustos que me protegían, le hice señas al mayo para que, apostándose por el lado del paredón del río, tratara de cerrarle el paso en caso de que el animal tratara de escaparse por aquel lado.

A pesar de mis precauciones y cuidados, la liebre me descubrió cuando ya estaba casi "a tiro", y se alejó corriendo un buen trecho. Un momento después se detuvo y alzándose sobre los cuartitos traseros, buscó arisca por un lado y otro, temerosa de que la hubiera seguido.

Agazapándome como pude, me acerqué otra vez como a unos veinte metros, disponiéndome a dispararle a esa distancia confiado en que la calidad del arco y el alineamiento de mis flechas me ayudarían a apuntar bien y dar en el blanco.

Coloqué la "muesca" de la jara en la cuerda, y ya me aprestaba a tender el arco, cuando un violento y rápido batir de alas pasó sobre mi cabeza, dándome cuenta enseguida que algo caía sobre la liebre.

Repuesto de la sorpresa me enteré que un gran halcón enchilado, que buscaba como yo la misma víctima, se descolgó desde lo alto de un álamo vecino para "ganarme el jalón".

Pero el ave rapaz no contaba con que el peso de la "orejuda" era tal que no podría levantarse en vuelo con ella. Tampoco cayó en cuenta que la liebre asustada y presa del dolor que le causaban las garras hincadas en el lomo, trataría de correr para cualquier lado, tratando de que el breñal le ayudara a que el halcón optara, al final, por soltarla.

Pero el hambriento alado tampoco quería perderla así como así, y siguiendo a la liebre en su carrera se mantenía a flote ayudado por su calculado aletear, pero sin poder evitar que ramas y breños lo golpearan al pasar, mientras la liebre seguía corriendo.

Por fin la sorprendente huida se detuvo gracias a que el halcón, afianzando la pata libre en una vara maciza, pudo impedir que su presa siguiera corriendo.

Cuando el indígena y yo llegamos para contemplar de cerca aquel singular espectáculo, la pobre liebre se movía trabajosamente, casi desfallecida de miedo y de cansancio, mientras el ser alado, sujeto con una garra al lomo del animal y con la otra al palo en que se detuvo, daba la idea de una rara crucifixión en aras de la lucha por la vida.

Viéndonos cerca y tomándonos por sus enemigos y competidores, el halcón se las arreglaba para amenazarnos con el corvo pico, abriéndolo jadeante como disponiéndose a atacar.

Confiado más de la cuenta, el mayo se acercó imprudentemente a las proximidades del ave enfurecida que, en menos de un parpadeo, soltó la rama en que se afianzaba, hundiendo enseguida las garras en la carne de la pierna del mayo.

Apúrate y ayúdame pronto, porque ya me agarró" este cabrón, gritó mi compañero haciendo muecas de dolor y de sorpresa.

En respuesta inmediata le di un garrotazo con el arco en la cabeza al halcón, en tanto que a la liebre le propinaba otro igual, a fin de evitar que, en momento dado, nos fuéramos a quedar "sin la miel y sin la jícara", como reza el refrán.

Sin embargo, a pesar de la agonía en que se debatía, el halcón no aflojaba, dando pábulo a que el indígena se siguiera quejando y yo no hallara que hacer en aquel trance.

Fue el mismo "Rúmulo" el que me ordenó; "Córtale con tu "cuchío" los "ñervos" de la rodillita, porque si no, no tiene pa' cuando soltarme este chingado".

Obedeciendo sus indicaciones, que me parecieron por demás lógicas, desfundé un cuchillo de campo que siempre llevaba conmigo pa' "lo que se ofreciera", y corté de una vez por la articulación de la pata y el "piernil"

Fue necesario, todavía, que con cuidado especial le fuera abriendo los dedos uno por uno al halcón, cuidando de no causarle mayor daño a la pierna del mayo.

Cuando se sintió al fin libre, "Rúmulo" la emprendió con un: ¿Por qué no me soltabas, pájaro "mendigo" baboso?, y antes de pensarlo mucho se lanzó sobre el ahora vencido despedazándolo a garrotazos con un leño mediano que encontró a su alcance.

Cuando se convenció que no le quedaba hueso sano al alado rapaz, convino el mayo conmigo en escoger las mejores plumas de la cola y las alas, que solíamos usar como aletas direccionales fijándolas a la parte posterior de las "jaras", para que al ser impulsadas por la fuerza de la cuerda del arco el vuelo resultara más constante y el tiro más preciso.

Dame la liebre y te doy las dos "ardías", propuso el mayo al final. "Quero", dijo, que me toque a mí la dicha de comerme el bocado que me quería ganar este pájaro desgraciado.

Aplicándose unas hojas de "yocogüiro" sobre la pierna herida y amarrándoselas con un paño colorado, enfiló a su casa para ver que su mujer lo curara en regla para favorecer una pronta "encarnadura".

Tome nota, doctor Habla el mayo "Mencho"

Mientras esperaba al resto de la comisión que iría conmigo al pueblo de Los Capomos a la junta de los campesinos solicitantes de tierra, vi que sentado en una banquita de madera el mayo Mencho se ocupaba en sacar tiras a las pencas de mezcal bronco, que utilizaría después para atar manojos de zacate de maíz.

Habíamos empezado a platicar con cualquier pretexto, cuando llegó hasta nosotros una indita como de unos siete años, llevando a un hermanito de más o menos diez meses "encajado" en el "cuadril" que, dirigiéndose al mayo viejo, le dijo: Oyes don Mencho, que dice mi "ma" que si me das permiso pa' cortar unas ramas de "tójil" de tu mezquite pa' cocérselas con "lechi" a la plebe ésta pa' que no se le ponga mala la paicita.

Deja por "áhi" a tu hermana en el suelo y súbete al palo y corta el "tojil" que "queras"; "par'eso" "semos" de los "mesmos" pa' ayúdalos" unos con otros cada que se ofrezca, le respondió Mencho.

Entre tanto, la niña encaramada en el árbol cortó a jalones las guías de la planta parásita de la familia de los muérdagos, cuyo té acostumbran mezclar las mujeres con leche a "mita" y "mita", para preservar a los niños lactantes de las enfermedades del estómago más comunes. Aseguran los lugareños que no faltándoles esta infusión, todos los niños crecían sanos y bien dados.

Qué bueno que tienen el "tójil" tan a la mano y que los resultados de tomar su té son tan benéficos como dicen, aclaré dirigiéndome al

indígena con quien charlaba.

Al momento, como si le hubieran iluminado las entendederas con alguna idea especial, me contestó:

"Újule...." lo "qu'es" el monte y la tierra nos dan a los mayos con qué "toriar" las enfermedades sin tener que gastar "muncho" en "dotores" y "medecinas" de patente. Es cuestión de fijarse cómo "li'hacen" los vie jos pa.' que uno les "aprienda" todo y pueda darles consejos a los demás.

Mira, por ejemplo, continuó: Si a "cualquer" cristiano le duele el "óido" porque se le enfermó por dentro, "pos lomás" le pones un taponcito de flores azules de "güena-mujer" que es esa mata de hojas anchas y verdes que tienen "munchas" espinas y se ven como mantecosas, y sana "áhi" luego. Pal ´ dolor de estómago no hay como los "tamalis" de rescoldo envuelto en hojas de "chicura" de esa que crece por la "oría" del río, "lo más" fajándose los calentitos al enfermo en la parte "onde" le duela y se acaban "safacocas".

No vayas a "crer" que son mentiras, pero pa' que ya no sigan doliendo esas muelas que cada rato están jodiendo porque están muy "gujeriadas", "pos" "lomás" es cosa de "ponele" en la "güecura" un granito de "copali", de ese que queman los curas pa' que "güelan" las iglesias cuando ellos están rezando, y acercarle luego la punta de una "alesna" bien caliente pa´ que "redita" la goma y mate el gusano al entrar hasta la "ráiz" de la muela enferma. Por vida de Dios que se acaba la "enfermedá".

Es cierto que el pobre jodido que "li'hacen" la cura pega unos bramidos como si lo estuvieran capando, pero pa' eso se le acomoda antes en la boca un cuerno de torete con un escaloncito en la punta más delgada pa´ que si "quere" cerrar la boca muerda el cuerno y no se le vaya a quemar la "jetas" con la "alesna" caliente.

Otras veces la gente batalla porque una llaga "emperrada" no "quere" sanar por más lucha que "li'hagan". "Antonces" es cuando hay que tostar un pedacito de "piedralipe", de esa que le llaman "solfato" de cobre, y moliéndola bien molida "si´ amasa" con sebo de res hasta hacer una pomadita, y se le pone en la llaga "rejega". También el enfermo grita porque le duele hasta "l'alma", pero con una sola curada tiene. La llaga le encarna "áhi" "lomás" a los cuantos días.

¿Vites al mayito ese que "tráiba" la indita en el "cuadril"?, "pos" hay veces que a esa "edá" todavía no les "queren" salir los dientes. Lo que es cuanto hay que ver "par´ eso", son los sesos de conejo refregados en las "ancías" del plebe. Con unas cuantas curadas "si'ablanda" lo "di´ arriba" de la "ancla" y le comienzan a salir los dientitos como hachas, y el carajo muchacho se suelta comiendo mascando todo lo que le dan.

Y a los viejos, pa´ que no se les afloje la "dientadura" y tengan siempre bien macizas las muelas, "costumbran" mascar "majaguas" de cáscara de "güinolo" muy seguido.

Oye, Mencho, le interrumpí: ¿Y el hijo de la maya Camila, aquel que andaba hasta medio pandito porque tenía la pancita muy

hinchada y no lo podían aliviar con nada, qué paso con él?

¡ Ah.....! "pos" luego "qui'cieron" lo que yo les dije, sanó el chingado mayo. Lo que tenía el pobre eran "lumbricias". Pero un día los hice que le dieran a comer media "panocha", y cuando la gusanera se le alborotó en la panza pa'ponerse a comer, les mandé que le "embrocaran" un jarro de té de cáscara de "mauto" bien cocido.

Al jodazo se empezaron a "enyerbar" los fregados gusanos y el muchacho duró ese día "caguicague" "lumbricias" hasta que se le salieron casi todas. A los ocho días le repitieron la cura y "áhi" lo tienes "güenisano", como si nada.

Una hermana de ese mismo mayito, siguió contando Mencho, tenía unos "tastones" en la cabeza porque los "escuelantes" le pegaron la tiña; "pos" un día la maya madre le lavó bien la cabeza y le talló la parte enferma con un pedazo de "ladrío" hasta que le empezó a salir como sanguaza. Luego, luego machacó unas pocas de bolas de "San Juan" verdes, y hechas "ansina" como pastita, se las enjarró en el pedazo malo y "li' amarró" la cabeza con un paño colorado. Otras dos curadas "lomás" le dio y se acabó la tiña. Le quedaron unos pedacitos "ansina" como calvitos, pero "áhi" luego le va a salir el pelo y ni se le va a notar nada ya.

Enseguida, tratando de ordenar mejor sus ideas, me explicó: Hace unos cuantos meses, don "Lagro" Díaz me dijo que tenía unas vacas empiojadas y que quería que viera si se las podía curar. En el "mesmo" momento le dije que sí y me "jui" pal'monte a cortar una brazada de ramas de "nescó", que es un árbol no muy grande, ni muy chico, que se da por acá.

Puse a remojar toda la "nochi" las ramas martajadas a garrotes entre una pila de agua, y muy de mañana me puse a bañar a los "alimales" con "l' agua". Tres curadas "lomás" les di y "áhi" las tienes; ya comen bien, están engordando y les está saliendo pelo nuevo lisito y brillante. A la fregada se fueron los piojos. Y pa' la tos, siguió diciendo entusiasmado, "nu'hay" como el té de cáscara de palo-mulato, "áhi" lueguito si'alivia el que lo toma.

Y "par'esos" que se les hace una capita de "ñervitos" colorados en los ojos, que le llaman "carnosidá" lo que es cuanto hay que ver es la "lechi" que le sale al cortarle brazos a esa ramita arrastrada que se llama "golondrina". Con una o dos gotitas todos los días en ayunas, es casi seguro que en una semana sana "di'agüenas".

Enseguida, riéndose con una risita maliciosa, me preguntó: ¿A qué no sabes con qué se quita lo "colti", cuando te "manece" el pescuezo torcido y doliéndote "muncho"?

Yo sé que los médicos, le contesté, sanan esas torceduras del cuello con ungüentos y masajes; pero no sé cómo las curan ustedes.

"Pos" muy facilito, contestó: Mira, cuando una gente "manece" con el mal de la coitera, si es hombre, se busca una mujer que se llame Juana y se le piden prestados unos calzones "d'ella". Después se calienta la prenda en el relente del "hornío" y luego se le pone al enfermo en

el lado torcido, lo más calientitos que los pueda aguantar. A las tres repasadas comienza a sentir alivio y después sana por completo. Lo malo es cuando los calzones de la mujer están medio percutidos, "pos" con la calentada les sale un "tufito" como a "miados" que hay que taparse las "nerices". Si la enferma es mujer, "antonces" "si'hace" la "medecina" con calzones de un hombre que se llame Juan también, y todo resulta igual.

Ahí sí se te pasó la mano, Mencho, protesté. Porque no puedo creer que tengan algo que ver unos calzones cualquiera, con una enfermedad ocasionada con una mala postura al dormir o algún caso de debilidad de los músculos del cuello.

¡Ah...! ¿Con que no me "quieres" "crer" esa? "Antonces" menos vas a "crerme" que el dolor de "óido" sana también con un mazo de pelitos arrancados de "l'orqueta" de la mujer y "engüeltos" en un trapito blanco y acomodados un "güen" rato entre la oreja. Pero se necesita que sean pelitos recién arrancados, no "deisos" que se "haigan" "cáido" solos, porque "antonces" no sirven.

"Agora" que si la del dolor es una mujer, "antonces" los pelos deben ser arrancados de "l'orqueta" de un hombre. "Onque" te estés riendo, yo te aseguro mi pescuezo que la "medecina" esa es "güena". Te lo juro que es "güena".

Y "agora" fijate bien: Si una de esas abejas de "tenepuri" que andan volando, te pica y comienzas a sentirte mal, luego, luego hay que cortar hojitas de tres ramas diferentes, sean de las que sean, y después de refregarlas bien entre las manos hasta que se haga como un amacijito con ellas, te la untas en la parte del piquete, y al ratito vas a sentir que te vas aliviando poco a poco, hasta que te pase todo el malestar.

También te puedo decir qué es lo que es bueno pa' esos que se comienzan a quedar calvos. Pa' ese mal, la cura es una "güena" enjarrada de "buñiga" fresca de vaca. Se siente medio adisgusto al que se la ponen en la cabeza, porque "pos" la "cuacha" de res apesta como es natural; pero si aguanta un mes curándose cada tres o cuatro días, "áhi" luego nota que le van saliendo unos pelitos "ansina" como muy finitos al "prencipio", pero ya después se va a dar cuenta que esos pelos van "engruesando" y haciéndose prietos como los demás de su cabeza y "si'acaba" la calvera.

Oye, Mencho, le pregunté nuevamente: ¿Es cierto que las "aguamas" son también medicinales?

¡Sí hombre...!, repuso rápidamente. Ese mal que "si' hace" de llagas adentro del estómago, que los "dotores" les llaman "crio'que" "úrcelas", y que les salen a los que "lomás" andan haciendo corajes por "cualquer" cosa, se quita con las "aguamas" bien molidas "con' ti" "semías", pero sin cáscara y puestas a cocer, pa' tomar esa bebida como agua "di'uso" por un mes o dos, un vaso en ayunas todos los días.

"Ahi" luego empiezan a sentir alivio los enfermos y "ansina" siguen hasta que van otra vez con el "dotor" pa' que los mire con los

rayos esos que sirvan hasta pa' retratar los "güesos", y él "mesmo" se dé cuenta que el mal ya se acabó.

Y lo que "mi'han" contado, siguió diciéndome, pero que yo no lo "ha visto", es que pa' esos que se enferman de la sangre y hasta se les "cai" la ceja, sanan comiendo "chopilotes" cocidos en agua sin sal y "con ´ti" plumas. Dicen que "arrebiatando" la cura por unas dos o tres semanas sanan por completo, y que se les comienza a poblar otra vez la ceja y que engordan de nuevo y se le ve otra vez como si no tuvieran nada. De todos modos no pienso que sea muy sabroso el mentado "chopilote", si desde lejos apesta a diablos.

Yo creo, agregó, que lo mejor es no enfermarse uno de esas enfermedades cochinas que dicen que se pegan por andar revolcando cuzcas aquí y allá por los "congales".

Como a las dos horas de haber pasado platicando y oyendo el curso intensivo de "medecina rural" que me endilgó el mayo Mencho, llegaron los compañeros que iban a ir conmigo a Los Capomos y tuvimos que cortar el diálogo.

De todos modos quedamos de vernos otra vez. "Antonces" sí te "vua" contar lo más "güeno" de lo que saben los indios de cosas de curanderos, me ofreció a manera de despedida.



Entre Dios y los signos del "mal agüero"

Sentada a la sombra de la "ramada" techada con varas de "batamoto" de su vieja choza, la maya Minga lucía la majestad de sus blancas trenzas mermadas por el tiempo, después de noventa años corriditos de su vida.

Se entretenía "cardando" un montón de lana golpeándola repetidamente con un verjón de vara prieta. El sol de la media tarde la ofrecía a los ojos del vecindario, como una imagen arrancada de los típicos paisajes de leyenda que adornan el folklor de nuestra historia.

Al volver de mi obligado viaje por los montes vecinos en busca de algo qué cazar para comer, llegué hasta la vivienda de la india venerable y me detuve junto a la "tinajera" de palo de brasil que sostenía un olla panzuda de barro coloreado con "tapali", trasudando el agua fresca que había sido sacada del pozo al amanecer, y que esperaba como un regalo a la garganta del sediento.

Saludar y echarme tres tragos de agua con un "jumati" que se alcanzaba cruzado sobre la boca de la tinaja, fue cosa de momentos que se sucedieron casi a la vez.

¿Cómo te ha ido, Minga; estás preparando lana para hacer una nueva cobija?, le pregunté a manera de pretexto para iniciar la plática.

Sí, repuso, "lomás" que ésta está hecha todo un "chomonqui" y apenas con la mano se puede "descarmenar".

En estos momentos, posándose en la fronda de un alto mezquite cercano, empezó a cantar un "chichinari".

Asómate, ordenó la vieja maya, y ve si el pájaro tiene copete colorado o prieto, pá saber si "traí" la "güena" suerte o es de los de "mal agüero".

¿Pero tú crees en esas cosas de todo corazón, Minga?, le pregunté a mi vez antes de cumplir su mandato .

No "virigües", carajo. Te digo que vayas "columbrar" copete, volvió a ordenar autoritariamente.

Me acerqué con cuidado al árbol, y dado que el ave era pequeña y de color "avado", semejante al pájaro carpintero, el mimetismo dificultaba la localización del pajarito al confundirse con el color de la corteza del mezquite. No obstante, algunos momentos después logré dar con él.

Es de copete colorado, amiga Minga, le informé al regresar. Puedes seguir tranquila tu tarea, ya que la buena suerte está contigo, dije con sonrisa de incredulidad.

¿Y tú que estás pensando que te "ris" pa' mirarme? "Tas" creyendo que eres muy vivo, pero "lomas" deja que te joda un "mal agüero" pa' ver si soy tonta como lo dices con los ojos, sentenció gravemente.

Luego, a través de un informe que en sus palabras iba fluyendo como la cátedra de una autorizada y sabia maestra, continuó: El que "haiga" "munchos" de "losotros " que "cremos" en las "abusiones", es porque "ansina" nos enseñaron los padres cuando estábamos "chiquíos"; y a ellos los "enseñaron" "ansí" también los "agüelos"; de modo que todo viene desde atrás y más "pa trás".

Tú no sabes, afirmó, que cuando la lechuza canta a media "nochi" es que va a "cair" neblina en la madrugada, y que si cuando la oyes cantar no te metes debajo de la sombra de un árbol o de una casa, te "cai" la mala sal.

Y si cuando vas por una vereda te sale una "churea" y te pasa por delante cruzando del lado derecho pal'zurdo, también es de "mal'agüero" y tienes que "arrendarte" pa'comenzar el viaje después, si te "quieres" salvar.

Y no me 'lu'has" de "crer" pero mi nana me contó que si uno sigue por un camino y se topa con la "juella" de una culebra que lo atraviesa, y no la borras con el "guarachi" antes de pasar, el ángel de tu "guardia" se asusta y ya no sigue contigo, y "dí áhi" pa' delante le tienes que seguir sin "quen" vea por ti.

Todos los mayos sabemos, continuó imperturbable, que si matas un "armadío", hay que "mirarle" primero "lo´hocico", porque si tiene horqueta en la lengua, tiene "pauto" malo y no es "güeno" pa' "cómelo" .

También dicen los viejos, siguió contando, que si una mujer "garra" pa' marido a un compadre "d'ella", "pos" esa mujer se "guelve" culebra con el tiempo, y cuando "cualquiera" de los dos se muere, arde con grandes llamaradas la "tarima" en que se encajaban uno sobre el otro.

Otras mujeres "nontis", dijo a continuación, no cuidan bien a sus hijos cuando son "de pecho", y los dejan solos de "nochi" por ir a "hacele pelos" al marido pa' que les dé su "güena" "jamaquiada". "Antonces es cuando llega la "Mamaura" y le da de mamar al plebe chiquito de una tetonas grandes que le cuelgan, y luego se lo lleva volando. Lo "mesmo" puede ser que el "Naguali" se lo lleve también. Tú ya sabes que el "Naguali" mentado es un "alimal" que tiene cuerpo de perro, cara de gente y pezuñas de chivo, y los ojos se le ven como brasas en las 'nochis" "escuras" pa' asustar a los hombres que no "cren" en "Tata-díos".

Y no "creyas" que es mentira, siguió apenas de tomar aliento, pero si en la puerta de tu casa clavas una cruz de "palo-fierro", aunque "seya" chiquita, nunca llega el perro o el coyote con la rabia.

Otros salen con la "monserga" de las brujerías, recalcó, y "pos" "lomás" andan haciéndole perjuicios a los demás, como cuando "lechan" polvo de la "riata" tostada del tortugo al café "di una" muchacha, "lomás" pa' que "si' alborote" y se "juya" con el que le dio la toma, y si no que le duela "muncho" la cabeza y "sí' haga" loca o se muera.

Hay otros que empapan de sebo de coyote la mecha de la "cachimba" de la casa del que le tienen mal "voluntá", pa' que a todos los que les dé el "jumo" cuando se alumbren en la "nochi", les "garre" una "perrodera" de todos los diablos.

Otras viejas "train" del camposanto tierra de las "sepolturas" "dionde" han sacado muertos viejos de esos que los "güesos" se les hacen polvo, y la riegan de "nochi" haciendo un cero alrededor de la puerta de la casa "onde" vive la mujer casada, pa' que la deje el marido y se vaya con ellas y las siga como si "juera" un chucho.

Y "luego" dicen que hay otras mujeres de esas que les dicen "cuzcas", que cuando no les hace caso un hombre, ellas se enojan y hacen un mono de cera y lo meten en un jarro "vidriado" y le clavan una espina de biznaga en las "palomas", pa' que cuando se acueste con cualquier otra mujer no le "dé cumplimiento" y hagan "risión" "d'él".

Pero repentinamente, al hacer una pausa la maya Minga y darse cuenta que ya estaba por meterse el sol, cambió de tema y me dijo: Mira, oyes, más vale que te vayas pa' tu casa por que ya es tarde y las "tortías", 'qui'hay" pa' la cena, apenas alcanzan pa' mí, pa' "m'hija" y pa'mi "ñeta".

Comprendiendo que esta última orden era terminante y no admitía discusión, "agarré" mi sombrero, mi arco y mis "jaras", y me despedí, sintiendo como que la maya vieja me había "cortado"; aunque comprendí que todo lo hacía con la mejor y buena fe.



Significado de palabras viciadas pronunciadas por los indios mayos de Sinaloa

- 01.- "**A cola**". Atrapar un animal correteándole en el monte.
- 02.- "**A chili torcido**". Obligación de cumplimiento riguroso.
- 03.- "**Algüeyño**". Nativo del Pueblo de Alhuey, Angostura.
- 04.- "**Abusiones**". Creencias pagano-religiosas ilógicas.
- 05.- "**Arrebiatado**". Hecho que se cumple repetidamente.
- 06.- "**Apasti**". Cazuela grande de barro.
- 07.- "**Batamotos**".- Jarilla que crece a la orilla del río.
- 08.- "**Buli**". Especie de calabaza seca usada como cantimplora.
- 09.- "**Barrial**". Lodo muy pegajoso de tierra arcillosa.
- 10.- "**Cabresto**". Soga de cerda de la cola del caballo.
- 11.- "**Cachimba**". Lámpara de hojalata, mecha y petróleo.
- 12.- "**Clinas**". Crines; cerda del pescuezo del caballo.
- 13.- "**Copali**". Resina segregada por una planta llamada copal.
- 14.- "**Colti**". Tortícolis; torcedura del cuello.
- 15.- "**Cuscas**". Mujeres de la vida galante.
- 16.- "**Cuacha**". Boñiga fresca de res u otros animales.
- 17.- "**Cancona**". Fiesta popular improvisada; informal.
- 18.- "**Cagui-cague**". Defecar con frecuencia; diarrea.
- 19.- "**Chopilote**". Zopilote; ave negra y carnívora.
- 20.- "**Chomongui**". Lana apelmasada difícil de cardar e hilar.
- 21.- "**Churea**". Ave corredora; especie de faisán común.
- 22.- "**Chichinari**". Ave trepadora pequeña color abado.

- 23.- "**Chicura**". Jarilla de olor fuerte y hojas medicinales.
- 24.- "**Cholenqui**". Ave o planta de pocas plumas o pocas hojas.
- 25.- "**Fainita**". Jornada de trabajo de corta duración.
- 26.- "**Fierro**". Hierro para marcar ganado con las iniciales del dueño.
- 27.- "**Giede**". Hiede ; despide mal olor.
- 28.- "**Güinolo**". Arbusto leñoso de corteza fibrosa.
- 29.- "**Hacele pelos**". Provocar al marido para el acto sexual
- 30.- "**Ilamacoa**". Serpiente larga y oscura que se alimenta de ratas, conejos, Etc.
- 31.- "**Jondía**". Lazo pequeño para armar el lazo con la reata
- 32.- "**Jamaquiada**". Acto sexual violento y agitado.
- 33.- "**Justi**". Armazón de madera de la silla vaquera.
- 34.- "**Lumbricias**". Lombrices alojadas en el estómago.
- 35.- "**Lambión**". Que ruega humillándose, interesadamente.
- 36.- "**Mauto**". Árbol silvestre cuyo té de corteza se usa como vermífugo.
- 37.- "**Majagua**". Corteza del "Güinolo", se usa como cordel.
- 38.- "**Mamaura**". Mujer mitológica de grandes tetas que roba niños lactantes.
- 39.- "**Miados**". Orines.
- 40.- "**Nesco**". Árbol con cuyas ramas se matan los piojos del ganado.
- 41.- "**Nontis**". De facultades mentales mermadas; tontos.
- 42.- "**Nixcocos**". Tamales de masa sin sal, cocidos en agua teñida de rojo con palo de brasil.
- 43.- "**Naguali**". Ser mitológico cuerpo de perro, patas de chivo y cara de gente.
- 44.- "**Nos pelamos**". Nos desvestimos.
- 45.- "**Óido**". Oído; aparato de la audición.
- 46.- "**Panocha**". Dulce sólido de miel morena; órgano sexual de la mujer.
- 47.- "**Piedra-lipe**". Sulfato de cobre; medicinal.
- 48.- "**Palo mulato**". Árbol de corteza medicinal.
- 49.- "**Pial**". Reata corta para sujetar becerros.
- 50.- "**Pipisqui**". Ojos lagañosos e irritados.
- 51.- "**Puesto**". Patio en que se celebran bailes públicos.
- 52.- "**Pedernal**". Punta de fierro para las jaras o flechas.
- 53.- "**Riata**". Soga de cuero crudo trenzado.
- 54.- "**Rafáil**". Digresión de nombre Rafael.
- 55.- "**Santiago**". Voz de arranque para los caballos ligeros.
- 56.- "**Sanjuán**". Árbol en que suelen criarse los panales.
- 57.- "**Tarima**". Cama tejida con correas o cordeles.
- 58.- "**Tempraníos**". Jóvenes inquietos y presumidos.
- 59.- "**Tóvil**". Planta parásita medicinal.

- 60.- **"Tilinqui"**. Dícese de las cuerdas o músculos tensos.
- 61.- **"Tamalti"**. Pulpa pastosa de las calabazas o camotes cocidos.
- 62.- **"Tapali"**. Arcilla roja para colorear ollas de barro.
- 63.- **"Tastones"**. Cicatrices que deja la tiña en la cabeza.
- 64.- **"Tasti"**. Campo para el juego de pelota o las carreras de caballos.
- 65.- **"Tacuachadas"**. Carreras de caballos chinampos, corrientes .
- 66.- **"Úrcelas"**. Úlceras crónicas estomacales o de la piel.



Ahora sí,
ya le entiendo
al mayo *Lencho*

Presentación

En la etapa superior del desarrollo de los grupos tribales, se logró como invención y avanzada conquista, la articulación de un lenguaje definido, con el cual se pudieron eliminar las expresiones meramente guturales y substituir la comunicación mímica que limitaba en mucho la identificación interhombres.

Ya con vocablos aplicados a cada persona y a cada cosa, resultó un método natural de desarrollo de la cultura primitiva en todos sus aspectos, por cuanto a que la retentiva mental fue dando lugar a la expansión del pensamiento y a la fijación de conceptos de determinados quehaceres que acabaron después por precisar la relación de causa a efecto de determinados fenómenos que a su vez fueron fijados en el campo de la conceptualización teórica, comparándolos con los de la conceptualización práctica, creando después la lógica como principal disciplina filosófica y la filosofía misma como fuente de toda ciencia, promoviendo, en último caso, la formación particular de la cultura y la fijación de las rutas y métodos que han venido a fijar el concepto moderno de la civilización.

La invención de la escritura y el advenimiento posterior de la imprenta, situaron al hombre en general, en un mundo favorable a su desarrollo y progreso individual y colectivo, pero desgraciadamente el desigual reparto de la riqueza y el injusto concepto de la libertad, dio lugar a una sociedad dividida en clases sociales, las cuales en sus máximas expresiones han llegado a formar categoría de castas opulentas en que se enmarca la riqueza en grados superlativos, dando

lugar a la integración del imperialismo internacional sojuzgador de los pueblos que se desenvuelven a niveles inferiores, y la formación, en otro extremo, de naciones e individuos sometidos al subdesarrollo, con su cauda de desocupación, analfabetismo, regímenes dictatoriales, y limitaciones de tipo social, político y económico de toda índole.

México, considerado como país subdesarrollado, sufre las consecuencias de esta injusta clasificación, sujeto a los mecanismos negativos de la inflación que determina la carestía, que a su vez se desprende del bajo poder adquisitivo de los salarios y el desenfreno en el aumento de los precios.

Todas esas taras que determinan el rumbo de nuestra economía, han traído como consecuencia el bajo nivel cultural de nuestras clases populares, especialmente las enmarcadas en el medio rural y cinturones de miseria de las grandes ciudades, desde donde a falta de un patrón cultural trazado literalmente, ellas se han visto obligadas a inventar su propia subcultura creando vocablos especiales, tomándolos de sus propios dialectos o de la misma lengua española.

Consecuencia de esta dificultad para aprender el idioma por falta de atención escolar, puede considerarse ya articulada una forma eficiente que casi se identifica con una jerga, que sólo es dominada en determinada región, pero que resulta en mucho extraña e ininteligible para los demás.

Analizando este aspecto del lenguaje o "habla" de sectores muy considerables del estado de Sinaloa, especialmente de las zonas centro y norte, hemos establecido contactos con individuos de diversas comunidades y sumando sus vocablos a los que nosotros aprendimos en la época de nuestra infancia y adolescencia, que se desarrollaron en pueblos dominados por peones agrícolas y familias indígenas, hemos pretendido pergeñar conceptos en desuso o desconocidos para muchos a fin de someterlos a la fe pública de quienes se interesan por estas cosas, bien sea por mera curiosidad, por acrecer su acervo cultural o por saber algunos aspectos de nuestra evolución lingüística.

Tiene a su favor esta tendencia aparentemente deformativa de nuestro lenguaje, que sus variantes se conocen con cierta firmeza en una región determinada, aunque en otra los vocablos sean diferentes para designar la misma cosa.

Por ejemplo, en un sector geográfico determinado, a los zapatos viejos y deteriorados se les llama "charrascos", en tanto que en otra se les designa como "chancuarros". A la ropa usada, con muchos remiendos se le llama "garras" en una parte, y en otra se le designa con el nombre de "chiras".

El individuo que vive con problemas económicos acentuados en una región dice que vive muy "ajustado", mientras en otra, ante la misma situación, un segundo dice que está muy "atrincado".

Un individuo que se autocalifica por sus escasos conocimientos dice que es "muy camote", y en otra parte el mismo defecto padecido

por otro igual, se califica como muy "calabaza".

Sin embargo, la escuela rural ha librado siempre su batalla permanente, y poco a poco ha ido reduciendo la ignorancia, aunque no siempre convenientemente pertrechada de recursos técnico-pedagógicos o plenamente comprendida por la comunidad misma.

Pero así es la vida y así vamos caminando.

Dedicatoria

Al Gobierno Constitucional del Estado de Sinaloa y particularmente a la Secretaría de Educación Pública y Cultura y su titular el Profr. José Carlos Loaiza Aguirre, por la asistencia técnica y la adquisición de materiales suficientes para lograr esta edición en los talleres mimeográficos SEPYC como una aportación al esfuerzo por divulgar los perfiles característicos del lenguaje del medio rural sinaloense, donde gran parte de la población principalmente adulta, no tuvo oportunidad de asistir a la escuela en épocas pasadas, por las limitaciones económicas que ha padecido.

Profr. Cipriano Obezo Camargo.

Nuestra portada

(De la edición de 30 de septiembre de 1987)

Gracias a la composición especial que delineó Aarón Zamudio para lograr una clara expresión del contenido de este ensayo, podemos mostrar al lector la situación de un "jumati" y una culebra chirrionera en el primer plano triangular de la parte superior, enunciando las costumbres artesanales, y la composición ecológica del medio ambiente.

En la franja diagonal del centro se enuncia el título del trabajo expresando la síntesis de su contenido.

En el área triangular de abajo, luce una cachimba como expresión de la luz del conocimiento al servicio del pueblo.



Ahora sí, ya le entiendo al mayo Lencho

Hacía tiempo que no veía al mayo Lencho ni me enfrascaba en un diálogo especial con él, en un palique de los que el indígena es tan afecto.

-Y bien, le dije al extenderle la mano para saludarlo, ¿cómo has pasado la vida, Lorenzo?

-"Pos" "ansí" "lomás" entre "verd'i seco". Pero "pa" en otra, no me vuelvas a llamar Lorenzo. Ya sé, que "ansina" me bautizaron, pero de todos modos me gusta más que me digan Lencho; ya me impuse y "hora" ni modo

-Está bien pues, Lencho; pero ¿por qué dices "ansina" y no dices así, como es lo correcto?

-Que "vua" saber yo lo "qu'es" "correto", como tú dices, si soy pobre y "diatiro" "inorante?", contestó el indígena.

-Bueno, le insistí, no es por ignorancia después de todo, el que tengas que expresarte así. A falta de quién les enseñe las formas gramaticales, ustedes han inventado sus propias palabras y otras las han tomado de la lengua indígena y de la lengua española, dándole claridad a lo que dicen, pero sólo entendido cabalmente por ustedes mismos.

-"Ansina" como tú dices "ansí" es. "Pos" no teniendo escuela ni "maistros" cuando está uno plebe, "pos" ahí se va repitiendo como el perico lo que les escucha a los padres y a los más viejos, por "crer" que ellos saben más "quiuno".

-Bueno, como son muchas las palabras que ustedes usan y que yo no entiendo, te las voy a ir diciendo una por una, para que tú me expliques el significado, y yo tomar nota de todo, a ver si puedo juntar ese material para hacer un cuaderno o libro y repartirlo entre los que se interesen por estas cosas, para que vayan quedando para la historia en el tiempo por venir.

-"Entrale" pues; veme señalando las palabras que no entiendes "pa" yo irte diciendo que "quieren" decir "pa" que tú lo vayas escribiendo y hagas lo que tú dices que vas a hacer con "tod'ueso".

Y de este modo nos entendimos el indígena y yo, y empezamos.

Una a una fueron saliendo de mi memoria las palabras que para mí eran de significado dudoso o ignorado, y Lencho, ahí como podía me iba explicando para que yo a mi vez lo fuera interpretando, haciendo coincidir vocablos y significados, para que quedaran en trasas de ser entendidos, con toda claridad, por todos.

-Dime Lencho: ¿A qué llaman ustedes "Abusiones"? Muy "sencío" me replicó, "pos" son las "crencias" que nos amiedan, "ques" es que porque nos castiga Dios o nos sale el diablo. Todo eso nos "traí" rezando y rin-diéndoles a las ánimas y a los espantos "pa" que nos dejen en paz.

-Ya nos entendimos, le dije. De aquí para delante yo te voy a decir una palabra y tú me la explicas para tomar nota de lo que tú digas. Ahí te voy: ¿Qué quiere decir: "Apinchado"?- "Pos" amiedado, me respondió.

-¿Y "arrebiatado"? Repetido, contestó enseguida.

"Atorunado": Que al capar al toro le dejan un "güevo" bueno y siempre puede engendrar.

"Arrejuntados": Unidos hombre y mujer, sin "casorio".

"Alcajeces": Pequeña planta cactácea de frutos agridulces.

"Atascado": Comprometido en un quehacer sin medir sus consecuencias.

"Aguamas": Planta silvestre que da racimos amarillos agridulces.

"Apasti": Cazo de barro cocido, usado en la cocina.

"Aguapinoli": Refresco de pinole y agua con panocha.

"Aguachili": Aderezo de agua con chiles chiltepines, sal y cebolla.

"Arota": Calabaza con cáscara dura y pulpa muy tamalti.

Ataimado": Opuesto a obedecer, sin razón.

"Andadura": Paso rápido de la bestia de montar casi igual al trote.

"Amasar": Llámase así a la caricia brusca de los senos y sexo de la mujer.

"Atoli": Bebida primitiva de masa de maíz cocido.

"A pata": Dícese del que camina a pie.

"Ajilarse": Formar fila acompañado de otros individuos.

"Apriosa":	Aprisa.
"Armas":	Protección de cuero curtido con que se cubre el vaquero las piernas, para incursionar por el monte a caballo.
"Antojo":	Deseo de comer algo, de la mujer encinta.
"Acoquinado":	Acobardado por amenazas.

B.-

"Bledo":	Yerba de tallos y hojas acuosas que se comen como quelites.
"Bonchi":	Que carece de rabo o cola.
"Bitachi":	Avispa ponzoñosa de tres o cuatro centímetros de larga.
"Burriquete":	Aparejo de madera adosado al burro para que soporte la carga.
"Burro":	Dícese del tronco de madera grueso e inclinado para extraer la fibra del ixtle.
"Barzón":	Correa torcida de cuero crudo atada al timón de la carreta de bueyes.
"Bolío":	Conjunto de personas actuando en desorden.
"Babieco":	Tipo agresivo que agrede sin razón.
"Barbiquejo" :	Cinta con que se sujeta el sombrero por abajo de la barba.
"Batamoto":	Jarilla que crece junto al río cuya rama cocida cura heridas.
"Bocado":	Carnada en el anzuelo; travesaño en el freno del caballo.
"Buli":	Calabaza dura que se usa como cantimplora.
"Borrega":	Cobija corriente de algodón, pero muy delgada.
"Bolsas":	Cubierta que cubre los granos del garbanzo.
"Boruca":	Expresión ininteligible e insistente.
"Brincar":	Aparearse el macho con la hembra.
"Buenver":	Mujer de formas atractivas.
"Bolea":	Travesaño donde se enganchan los balancines de las cadenas del arado.
"Balancín":	Travesaño corto enganchado a la bolea.
"Bitoqui":	Tubo atado al arado para depositar la simiente bajo tierra.
"Balacera":	Borregos balando al unísono.
"Bacinica":	Vasija para orinar por la noche.



Primera digresión en torno a los nombres individuales comunes de dos

-Oye, me interrumpió con malicia, después de una breve discusión, pero también ustedes se "hacen bolas" con "muchas" palabras que no se sabe son "pa" hembras o son "pa" machos.

-A ver, a ver: "barájamela más despacio", le contesté: ¿qué me quieres decir con todo eso?

-Mira, continuó, si tú oyes o te pones a "leyer" el nombre Rosario, no sabes si es "pa" un hombre o es "pa" una mujer, hasta que preguntas, porque se dice igual "pa" uno que "p'al" otro, ¿"verdá"?

-A que Lencho fregado éste, pues ahora sí que tienes toda la razón, concluí.

-Pero hay otros muchos nombres "d'esos", insistió, como Guadalupe, Jesús, Inés, Refugio, Isabel, "Trenidá" y otros más, solamente "pa" que mires como te quedó el ojo, dijo triunfalmente.

-No hubiera creído que tú fueras capaz de dedicarles tiempo a estas observaciones, pero ahora que lo estoy viendo, creo que si hubieras estudiado siquiera la secundaria, fueras una persona mucho más útil a tu comunidad y a tu familia, le dije para alentarlo.

-¿Tú "creyes" que yo "habiera" podido ser licenciado o "dotor" o profesor como tú, nomás que me "habieran" dado estudios? me preguntó interesado.

-Claro que sí, le contesté, pero ya sobra de tanto "güiri-güiri", Vamos siguiendo con lo que ya tenemos empezado para averiguar el contenido de otras palabras de esas que tú entiendes y yo no.

C.-

"Clavellina":	Guía silvestre que da una bolsita comestible.
"Cotagüi":	Tallos delgados muy flexibles.
"Catota":	Bolicho con que juegan los niños.
"Cluquillas":	Sentarse sobre los pies con las rodillas dobladas.
"Comali":	Disco de barro cocido o de lámina para cocer tortillas.
"Capote":	Dícese del escroto que cubre el órgano sexual de los burros.
"Clinas":	Crines, pelo en la parte alta del cuello de los caballos.
"Cacasti":	Caja de palos entrecruzados para guardar cosas.
"Carpanta":	Grupo de personas procediendo en desorden.
"Carraca":	Escondrijo para cazar animales simulando ramas.
"Colachi":	Guiso de calabacitas tiernas picadas finamente.
"Cambujo":	Moreno deslavado tirando a cetrino.
"Coyogüilo":	Coyote matrero.
"Coludo":	Que presume de honesto disimulando su negatividad.
"Cascado":	Persona tosigosa y minada de la salud.
"Cagalera":	Diarrea.
"Clariar":	Al amanecer; agujerar a balazos un objeto.
"Caña":	Pierna flaca.
"Cuino":	Raza de cerdos pequeños y gordos.
"Cabresto":	Cuerda o sogá hecha de cerda caballar.
"Calientía":	Mujer joven de temperamento ardiente.
"Cucho":	Que tiene una mano defectuosa; baldada.
"Casa-sola":	Tuerto; que le falta un ojo.
"Corrioso":	Individuo flaco pero fuerte y resistente.
"Cochi":	Cerdo; hacerse dormido; acordeón.
"Colchar";	Dormir ocasionalmente con mujer que no es su esposa.
"Corva";	Segundo amante de una mujer, respecto de su rival.
"Cuenchi":	Mazorca con pocos granos; dientes malos.
"Cojinillos":	Bolsas laterales de la vestidura de la silla de montar.
"Cerote";	Producto duro de la defecación;
"Columpinado" :	Parado en la punta de los pies, tratando de ganar altura.
"Cangilón":	Cuerno grande de vaca o buey.
"Corico":	Panecillo de maíz en forma de rosca.

"Culeca":	Gallina con pollos que cloquea.
"Carcaje":	Esqueleto.
"Cuacha":	Boñiga de res.
"Cagarruta":	Defecación de la rata o el conejo en forma de bolitas.
"Cortado":	Dícese del cuerpo dolorido en vísperas de enfermarse.
"Coyotera":	Cueva en que vive el coyote.
"Carcamán":	Flaco y esmirriado; juego con barajas y dados.
"Cursos":	Soltura; diarrea.
"Cuichita":	Amiedado e inmóvil, como una cuichi.
"Cachimba":	Lámpara rústica de hojalata y petróleo.
"Comer manteca":	Comer la comida guisada.
"Cuisuqui":	Niño o muchacho extremadamente inquieto.
"Camándula":	Trampa al amarrar un trato; fraude.

CH.-

"Cholenqui":	Ave o planta de pocas plumas u hojas.
"Chomonqui":	Lana apelmada difícil de cardar.
"Chicayotas":	Calabacitas silvestres de sabor muy amargo.
"Choalis":	Yerba comestible parecida al bleado.
"Cholis":	Godornices de pequeño tamaño.
"Chupar":	Fumar cigarros de hoja.
"Charrascos":	Zapatos muy viejos y usados.
"Chiras":	Ropa desgarrada.
"Choquili":	Secreción amarillenta de los ojos enfermos.
"Chirri":	Atole delgado, poco espeso.
"Chamagoso":	Desaseado de la cara, los brazos y las manos.
"Choyoqui":	Manteca quemada que se adhiere a las cazuelas.
"Chiname":	Choza muy pobre y destartada.
"Churea":	Faisán regional; correcaminos.
"Chifora":	Mujer alocada; informal.
"Chicura":	Jarilla junto al río, de olor penetrante, medicinal.
"Chorro":	Soltura; diarrea.
"Chanate":	Pájaro negro de tamaño mediano; cuervo chico.
"Chirrionera":	Culebra que afianzándose en una rama da azotes a la pasada.
"Chicharra":	Cigarra; persona vieja pero activa.
"Chancochado":	A medio cocer a fuego directo.
"Chichinari":	Pajarito copetón y avado, parecido al pájaro carpintero.
"Chararaqui":	Pájaro que construye nidos colgantes;

"Chivo":	chalangantín.
"Chucho":	Individuo al que la mujer le es infiel.
"Chisguete":	Perro corriente o sin dueño.
"Chípil":	Chorro de agua muy rápido, salido con dificultad.
"Chancuarros":	Niño consentido; llorón.
"Chimolera":	Zapatos viejos, muy usados.
"Chacuaco":	Dícese de la mujer de vecindad que arma argüendes.
"Chopilo":	Calificativo que se da al fumador que "con uno prende otro".
"Chirrión":	Zopilote, ave negra carnívora.
	Látigo o chicote largo y delgado.

Segunda digresión a propósito del efecto de consumo de mariscos

-Oyes, volvió a interrumpir, me estoy acordando que ustedes los "castillas" también tienen sus "abusiones" o algo parecido, porque yo "ha" "óido" "dicir" a "munchos" que parecen ser muy letrados, que comer "muncha" cebolla, camarones y ostiones, "diz'ques" muy "güe no" "pa" "dales" cumplimiento siempre a las mujeres con "qui'uno" se acuesta en la cama; no "li'hace" que ya esté viejo y esté más "pa'llá" que "pa'ca".

-Pues aunque no lo quieras creer, afirmé, sí tiene mucho de cierto todo eso, porque el contenido de los mariscos sí hace que el hombre o la mujer se alboroten.

-No "seyas" "camote" hombre, me ripostó, porque siendo "comu'eres" un sábelo todo, no te está bien que te pongas de "risión" de la gente; porque "afigúrate", si eso "juera" cierto ¿cómo aguantarían las pobres mujeres de los pescadores, si el marido las anduviera "corretiando" a todas horas "pa" encaramarse en ellas a cada ratito? Es sabido que los pescadores ya de "edá" siguen comiendo pescado y marisco a todas horas, pero ya que les gana la "viejez" "entriegan en mazorca" y "si'olvidan" de "tod'ueso", porque ya la "juventú" se les quedó muy atrás y ni esperanzas de que "güelva", por más tortugas, ostiones y almejas que coman. Ya no les queda más remedio que dormir, comer, jugar al "conquián" tomar café y volver a dormir a "cualquer" hora.

-Ni modo, me disculpé, seguramente que todo eso lo sabes porque lo has vivido en carne propia; pero volvamos a lo nuestro. Ahí te van otras palabras para que me digas qué quieren decir en cristiano.

-"Güeno": sí le vamos a "siguir" machacando sobre lo "mesmo"; pero "dí una vez" déjate de tonteras porque "par'eso" que tú "eres" "nu'hay" "como estar" nuevo.

Todo eso que te cuenten de "medecinas" "pa" que se te "güelva" a parar el "relo", son "puritas" mentiras de curanderos "sacacentavos".

A esa cosa que "quieras" revivir con mariscos "pos" es mejor que "rí echas" la bendición porque cuando se muere se muere "pa" siempre. "Si acaso" te servirá "pa' miar" y con "muncho" cuidado, porque seguido vas a "trair" mojada la entepierna. Yo "ha" visto "muchos" "de' sos".

-Bueno Lencho, vamos pues a seguir viendo lo nuestro. Por favor.

-Qué quiere decir:

Continuación de la explicación del significado de las palabras de la D a la LL

D.-

"Desarrugar":	Planchar mal o peor; poseer a una mujer vieja y virgen.
"De ganchete":	Ver a una persona simulando no verla,
"Desguanzado":	Cuerpo flojo; cansado.
"Dientadura":	Dentadura.

E.-

"En pelota":	Desnudo.
"Empelotado":	Ciegamente enamorado.
"Estalegüi":	De ánimo decaído; débil.
"Emperrada";	Dícese de la llaga rebelde a sanar.
"Encuevado";	Hombre que sólo quiere estar en su casa; no trabajar.
"Echadero";	Sitio o nido donde suelen dormir los animales.
"Enroscarse";	Dormir formando una especie de rosca con el cuerpo.
"Entierro";	Dinero o joyas ocultos bajo tierra.
"Encalmado";	Persona o animal en proceso de insolación.
"Ensalada":	Lechuga finamente picada en agua con panocha.

F.-

"Futia":	Foo; cómo apesta.
"Furrís":	Mala calidad y defectuosa presentación de una cosa.
"Fisgudo":	Ave con el pico en forma de fisga como la garza, corоче, etc.

"Fondonguda":	Mujer de cadera ancha y asentaderas opulentas.
"Forro":	Mujer de buen cuerpo y buena cara.
G.-	
"Gord´ untada":	Tortilla gruesa untada de manteca.
"Guayparimes":	Fruto de la familia de las zapotaceas, dulce y apetitoso.
"Guarachas":	Sandalias rurales del campesino mexicano.
"Güisti":	Espuela de madera puntiaguda para hacer andar a los burros flojos.
"Guaco":	Dícese del ganado de manchas negras y blancas.
"Güicuri":	Así llaman los mayos a las iguanas.
"Gediondo":	Que huele mal; hiede.
"Güechi":	Golpe dado con el antebrazo a la pelota en el juego de hulama.
"Garras":	Ropa desgirada, vieja, rota.
"Guari":	Pequeño cesto cúbico de palma para las tortillas.
"Guala":	Pelota que bota al otro lado del analco en la hulama, al echar "malí".
"Güilo":	Rengo; desgarbado; débil.
"Gallo-gallina":	Hombre homosexual.
"Greñas":	Pelo de la cabeza en desorden; greñado.
"Guacho";	Mal hablado, busca-pleitos.
"Garrocha":	Vara larga con agujijón para arrear a los bueyes uncidos.
"Gorriar":	Disfrutar de una comida o espectáculo sin pagar.
"Güevón":	Piojo, desganado para el trabajo.
"Garapalo":	Golpe dado a un animal con un palo corto arrojadizo.
"Guacabaqui":	Vaquilla cocida con frijol y hueso con caldo por los indígenas.
"Güinolo":	Arbusto silvestre que se prefiere para leña.
"Güijolo":	Guajolote.
H.-	
"Horqueta":	Juntura superior de las dos piernas en el bajo vientre.
" Hembría" :	Puerta falsa en un cerco, en forma de V para que no pase el ganado.
Hecho cochi";	Que finje estar dormido o inconsciente
"Hule":	Pelota elástica con que se juega a la "hulama".

"Hechizo":	Supuesta enfermedad provocada por hechiceros.
"Hilo":	Animales caminando uno tras otro, como las hormigas arrieras.
"Hilito":	Respiración dificultosa, apenas perceptible.
"Hecho":	Especie de escobeta para peinarse hecha del fruto del cardón.
"Horra":	Vaca imposibilitada para volver a parir.

I.-

"Interés":	"Entierro"; dinero o joyas sepultados bajo tierra.
"Indino":	Indigno.
"Íntico":	Idéntico.
"Injundia":	Manteca de la gallina.

J.

"Jumati":	La mitad de un bule pequeño, usada como vaso.
"jícara":	La mitad de un bule grande para ordeñar en ella.
"Jocoqui":	Leche aceda de vaca, batida con sal y poco suero.
"Jolomudo"	Jorobado.
"Jolina":	Dícese de la gallina sin cola nacida así.
"Jajali":	Tela de tejido ralo.
"Jabalín":	Jabalí. Puerco montaraz.
"Jagüey":	Sitio donde brota el agua del subsuelo.
"Justi":	Armazón de madera de la silla de montar.
"Jara":	Flecha india.
"Jariado":	Tocado con la pelota de hulama fuera de la zona del antebrazo.
"Jondía":	Lazo pequeño por donde pasa la reata para el lazo mayor.
"Jilote":	Flor hembra del maíz que desarrolla en elote.
"Jumo":	Humo.
"Jumerio";	Humo de boñiga de res para cortar panales o ahuyentar moscos.
"Jonda":	Honda de vaqueta con dos correas para arrojar piedras.
"Jodón":	Astuto; ventajoso.
"Jirimiquiar":	Llorar en voz baja, con sentimiento.
"Jamaquiar":	Realizar el acto sexual a escondidas y con fuertes sacudidas.
"Jerumancia"	Grupo desordenado de personas.

"Jarría": Jarra de tamaño mediano.
"Joder": Insistir en lo mismo a pesar de repetidas respuestas negativas.

K.-

"Koskio": Kiosco, caseta central de la plazuela para los músicos.

L.-

"Lambido": Peinado liso, con aceite especial
"Latido" Dolor que ataca al estómago con palpitaciones
"Lambiión": Adulador.
"Lunanco": Dícese de la cabalgadura renca de una pata trasera.

LL.-

"Llorona"; **"Llanete":** **"Lloriquear":** **"Llorona";** **"Llanete":** **"Lloriquear":**
Ánima en pena que llora por sus hijos perdidos.
Zona sin vegetación próxima a los hormigueros.
Llorar en voz baja, insistentemente.



Tercera digresión en relación a los milagros del ánimo del Tuerto Simón

-Mira, perdóname que te cambie la plática. ¿Tú nunca has sabido "di'un" milagro "d'esos" que hacen los santos o las ánimas?

-Sí, le respondí, pero no hago caso de esas cosas porque son cuestiones de la fe y la devoción de algunas personas, cuando sucede algo que ellas estaban deseando de todo corazón.

Te "digüesto" porque allá en mi tierra todos tenían por muy milagrosa a "l'ánima" del Tuerto Simón, "diz'que" porque nunca les fallaba. Y resultó "qui'un" día la Petra Carrasco, que era viuda, le dijo a su comadre Juana Polanco que no hallaba "qui'hacer" con dos muchachos que andaban sobre ella ofreciéndole matrimonio, los dos son jóvenes, guapos y con "muncho" dinero. ¿Qué hago, comadre, por el amor de Dios?

-Ah como se "mi'hacé" que le "ofrecites" alguna manda a "la'ánima" del Tuerto Simón, dijo la requerida.

-Sí hombre, le atinó comadre, Hoy hace ocho días que le pedí el milagro de conseguirme un marido.

-Oh, que la fregada, repuso la Juana Polanco, hace ocho días fue jueves "comu'es" "agora", y ahí estuvo lo malo, porque los jueves "la'ánima" del Tuerto se pone en oferta y hace los milagros al dos por uno.

-"Antonces" ¿qué "deba'hacer" "agora", preguntó la Petra?

-"Pos" al primero que llegue mañana, dile que te ponga casa y que se vaya a vivir contigo, porque no aguantas las ganas de ser su

mujer "de pie", y que lo del casorio lo dejen "pa" después.

-Otra vez tuve que quitarle la palabra a Lencho, porque cada vez que podía, como que se estaba enfadando y trataba de "salírseme del huacal" desviando el diálogo hacia otros temas.

-Mira, le dije, te voy a embromar un rato más y por favor sígueme diciendo los significados de las palabras que me faltan por aclarar. Te ofrezco darte dinero para que vayas a cualquier fonda a que te sirvan una comida de lujo. (Eran los tiempos en que el dinero valía más y los precios no andaban por tan en las nubes como ahora).

-Ándale pues Lencho, vámonos echando la siguiente jornada, para que te dejes de estar pensando cosas que no te corresponden, pero que van a servir mucho para el conocimiento de los demás que ignoran muchas de estas cosas del habla popular.

Continuación del significado de las palabras de la M a la Ñ.

"Molonco":	Mazorca mal granada y granos defectuosos del maíz.
"Molonquiado":	Golpeado en una agresión violenta en diferentes partes, con golpes fuertes.
"Muquilar";	Expresión de los indios mayos, que significa morir.
"Marángula":	Aro de madera tejido con mecates para orear asaderas.
"Mogote";	Planta silvestre amatorrada.
"Majagua":	Corteza de güinolo usada como cordel.
"Machigüi":	Agua impregnada de masa de maíz, con que se lava el metate.
"Machigüero":	Palangana en que se recoge el machigüi.
"Manflora":	Mujer con tendencias lesbianas.
"Marichi":	Venadito de crianza; lactante y pintito.
"Mal diojo";	Malpuesto atribuido a los cuates.
"Medialengua";	Tartamudo.
"Mascar los huesos":	Hablar mal de un ausente a quien se finge amistad.
"Miar";	Orinar.
"Muda";	Cambio de ropa de baja calidad.
"Mochar";	Cortar un pedazo a algo.
"Moro":	Individuo de ojos morados a golpes con el puño.
"Melchonte" :	Corazón de la cabeza del mezcal tatemado.
"Maricas":	Muchacho llorón, por cualquier cosa.
"Migas";	Atole espeso de masa de maíz con panocha.
"Mano":	Porción de piedra longitudinal para moler en el metate.
"Macucho":	Tabaco negro de humo fuerte de consumo

rural.
"Macanquín": Cigarro grueso y grande hecho en hojas de maíz y tabaco macucho.
"Mojicón": Golpe dado con los nudillos de las manos en la cabeza.
"Mirruña"; Persona o cosa pequeña; porción insignificante.
"Molcas" Persona presente, aludida en una conversación.

N.-

"Nalga-pronta": Mujer fácil para el acto sexual.
"Noroto": Miel negra de la espuma de la miel de caña.
"Nonti": Perturbado de sus facultades mentales.
"Niguas": Nada; negación absoluta.
"Nerviudo": Musculoso; complexión atlética.

Ñ

"Ñusa": Cicatero; agarrado.
"Ñero": Compañero.
"Ñengo": Débil; alicaído.
"Ñudo": Nudo.
"Nagual": O "Naguali". Animal mitológico con cuerpo de perro, patas de chivo, cara de gente y ojos colorados y brillantes como brasas. Su aparición es "mal agüero".
"Ña—Juana": Apócope de Doña Juana.
"Ñor": Señor.



Cuarta digresión referida a los sobrenombres de las personas

-Mira, me dijo casi suplicante, dame una chancita "pa" preguntarte cómo es que dices "qui´ ustedes" se "quedan en ayunas" con "munchas" de las palabras de "losotros" y por otro lado casi ni batalla les da "atinale" a "munchos" sobrenombres que les ponen a algunas gentes "lomás" como "pa" "rirse" "de'llas".

-Bueno, salí al quite, tú sabes que a todos los mexicanos nos gusta a veces ver la vida en broma, y les ponemos apodos a algunas de nuestras gentes de confianza, ya sea por un parecido, por algún defecto que padezcan o por los resultados de alguna aventura en que hayan tomado parte.

-Te "dicía" esto, siguió, porque a mí, como es seguro que a ti también, me gusta ir a los juegos de "birbol" o "óirlos" por radio o "velos" por la tele, y "mi'aeuerdo que a "munchos" peloteros casi nunca los llamaban por su nombre y lo mismo le "dicían" a uno La Gata Padilla, "quiaotro" La Muñeca Iturralde. Y "mi´ acuerdo" que también a otro le "dicían" El Pipino Azamar y "ansina" por el estilo, había una Coyota Daniel Ríos, El Pargo Buckman, La Tuza Ramírez, El Potrillo "Esmith", La Tarántula Indian Torres, El Moscón Jiménez, El Negro Morales, El Huevito Álvarez, El Chorejas Bravo, El Piyuyo Arroyo, El Negro "Péninton"y un tal Lenni Ovies.

-Oye, lo atajé, si vas a seguir con los peloteros que jugaban en la liga de la Costa en todos los equipos de Sonora y Sinaloa, en eso se nos va a ir el tiempo y lo de las palabras de ustedes que quiero aclarar van a tenerse que quedar para otra ocasión.

-Ándale déjate de fregaderas y síguele como íbamos que después de todo no te va a pesar.

-Dime qué quiere decir:

O.-

"Orruras":	Asientos de la fritura de la carne del cerdo.
"Orejudas":	Nombre común que se da a las liebres.
"Orejón":	Dícese del marido que tolera infidelidades a su esposa.
"Orejar":	Ver rápidamente a los lados con desconfianza, temiendo una agresión.

P.-

"Pasmado":	Lento; despreocupado.
"Panali":	Panal gris silvestre de pencas de ese color.
"Pelti":	Cazuela o plato ancho de poca profundidad; ojos peltis.
"Panzona":	Mujer en estado de gravidez.
"Panocha":	Pieza endurecida de miel de caria; órgano sexual de la mujer.
"Paleta":	Omóplato de los animales.
"Pitañar":	Abrir y cerrar los ojos con frecuencia.
"Popozagüi":	Fruto a medio madurar.
"Pinganías":	Caminar sigilosamente con las puntas de los pies.
"Pial":	Reata corta de cuero crudo trenzado.
"Pialera";	Cinta angosta de cuero curtido para manear vacas de ordeña.
"Pichulca":	Mujer de la vida galante.
"Pajuela"	Mujer de la vida fácil, escandalosa y malhablada.
"Ponteduro":	Dulce esférico de palomitas de maíz amasadas con miel de panocha.
"Pítimas":	Petición de un milagro a Dios o a los santos.
"Pinoli":	Maíz tostado y pulverizado en el metate o en el molino.
"Pepenado":	Dícese del hijo de la mujer galante cuyo padre no puede precisar.
"Patuleco"	Persona afectada de una pierna; renguera.
"Pilingo":	Porción diminuta de comida, ofrecida con tacañería.
"Pozoli":	Guiso de maíz y frijol con caldo.
"Petchi":	Dícese de la mujer vulgar que no se da a respetar.
"Palo-Mulato":	Arbusto silvestre cuya corteza sirve para

"Piojento": cocimientos que alivian el dolor de estómago.
Animal doméstico o persona invadida de piojos.

"Papayasti": Masa de nixtamal a medio moler.

Q.-

"Quitipon": Cambio de ropa que se alterna con otro nada más.

"Quelites": Hierbas tiernas de bledo, choales o mostazas que se cocinan en guisos espesos.

"Queleli": Ave carnívora copetona y de cuello blanco; quebranta huesos.

"Quelela": Corretiza a un malhechor para castigarlo.

"Querencia": Lugar donde nace y crece un animal al cual tiende a regresar.

"Quiote"; Percha del vástago de la planta del mezcal, que se utiliza para cortar pitayas y otros frutos.

R.-

"Recular": Caminar hacia atrás.

"Rondanía": Polea en que se hace correr la soga con que se saca agua de un pozo.

"Riata": Soga de varios hilos trenzados, de cuero crudo.

"Rebaje": Alcohol rebajado con otra bebida para consumo humano.

"Ristra": Varias personas o animales que siguen al que hace cabeza.

"Repentina": Dícese de la muerte inesperada que ataca sin razón aparente.

"Raya": Supuesto límite entre la vida y la muerte.

S.-

"Sayas": Planta silvestre cuyas raíces cocidas se comen con leche.

"Sancho": Buey amaestrado para cazar venados sirviendo de mampara al cazador.

"Sibiris": Planta cactácea menor de frutos comestibles.

"Sarzo"; Tendido de varas sujetas con hilo o alambre en que se ponen a orear los quesos.

"Sampar": Introducir algo repentinamente en un líquido.

"Sioyar": Calentar el "bastón" de masa de maíz para facilitar el tortiado.

"Safado":	Dícese del individuo afectado de sus facultadas mentales.
T.-	
"Tilinqui":	Tenso como las cuerdas de un violín.
"Tiricia":	Ictericia; enfermedad que produce un color amarillo en la piel.
Tambachi";	Bolsa con ropa usada. Abultamiento de los órganos sexuales del hombre.
"Talayotes":	Frutos ovoides y comestibles de una enredadera silvestre.
"Tochi":	Liebre.
"Torcer":	Imponer un trato amañado; cambiar de rumbo.
"Tapias":	Sordo de remate.
"Trastornada";	Mujer que es violada y dejada sin amparo.
"Tamalti";	Fruto de pulpa espesa como la papa, el camote y la calabaza arota.
"Tapesti";	Tapanco de media altura con fondo de carrizos, para dormir en él.
"Tapanco":	Instalación a manera de mesa sobre postes altos, para alzar trastos de trabajo y muebles en desuso.
"Torete";	Becerro de dos años o más, casi toro.
"Trascuerdo":	Que le falla el raciocinio; tonto.
"Tiznar":	Enfadar con el trato de un tema, insistentemente.
"Tójlil":	Enredadera parásita; especie de muérdago que se asienta en la fronda de mezquites, álamos, etc.
"Tapojera":	Recorte lateral saliente de vaqueta que va en la guarnición del freno a la altura de los ojos de la bestia de tiro.
"Tencuachi";	Labio superior hendido; labio leporino.
"Tanichi":	Choza de mala muerte; habitación muy pobre.
"Tinajera":	Horqueta de tres palos para soportar la tinaja u olla del agua.
"Troja":	Troje; almacén de granos o pasturas.
"Tibor":	Olla grande usada como adorno o depósito especial de agua.
"Titiritar":	Temblar de frío; aterido.
"Tortiar":	Hacer tortillas de masa de harina de maíz o trigo.
"Tecolote":	Búho.

"Tapacaminos":	Pájaro nocturno de tamaño mediano que suele posarse en medio de caminos o veredas al caer la tarde.
"Talisti":	Correoso
"Tesküino":	Bebida embriagante hecha con plantas cocidas de maíz recién nacido y fermentado, con agua y panocha.
"Tacuachi":	Sarigüeya.
"Tilichis":	Rimero de enseres domésticos en mal estado o en desuso.
"Trastiar":	Tocar a la mujer tolerante en el pecho o las partes nobles.
"Troilo":	Menguado, tonto.
"Treparse":	Subir sobre la mujer para el acto sexual.
"Tientos":	Correas que cuelgan atrás de las sillas de montar, para atar la cobija o bulto de ropa.
"Talegón":	Flojo. Que rehúye toda forma de trabajo.
"Tercio":	Ayudar a otro en sus escarceos con una mujer; hacer el tercio.
"Tabaquera":	Dícese de la serie de golpes repetidos que se propinan a un sujeto al agredirlo.
"Tramojo":	Cigarro grueso de tabaco macucho en hoja de maíz.
"Testerazo"	Golpe accidental dado con la cabeza.
"Terrado":	Casa cercada de varas y techo de tierra sobre rajadas de leña.
"Tamali":	Tortilla de maíz doblada que contiene carne en su interior, o tamales de masa.
"Tatemada":	Carne a medio cocer sobre las brasas.
"Tuturusco":	Amodorrado; afectado momentáneamente de sus facultades por el sueño.

U.-

"Újule":	Expresión que significa que se ha dado o dicho más de lo debido.
"Urdir":	Tramar, calcular un quehacer determinado.
"Usté":	Usted; trato respetuoso.
"Untosinsal":	Grasa delgada del ganado vacuno que se localiza en las partes blandas del mismo.

V.-

"Veinte pal'peso";	Que está medio loco.
"Verjolina":	Dícese de la gallina que carece de cola desde su nacimiento.
"Verija"	Parte interna en que se juntan las

	extremidades inferiores al tronco humano y protege los órganos sexuales.
"Vana la nuez":	Dícese de la mujer que va al matrimonio después de haber perdido la virginidad cohabitando con otro.
"Voltiar":	Volver la tortilla sobre el comal; volver la cabeza al rumbo donde se le llama o escucha ruidos.
Y.-	
"Yocogüiro":	Enredadera de la orilla del río cuyas hojas cocidas alivian y curan las llagas infectadas.
"Yaguali":	Tira de tela o rebozo que se acomoda en la cabeza en forma de círculo espiral para apoyar la olla del agua.
Z.-	
"Zapeta":	Tela con que se protege al niño, en lugar de calzones.
"Zoyenco";	Flaco y con respiración enfermiza.
"Zorcal":	Tiras delgadas de madera con que se va formando una pirámide con ataduras de hilo, usada como trampa para cazar aves silvestres.
"Zocroso";	Que tiene el cuerpo y la ropa cubierta de una gruesa capa de mugre maloliente.
"Zorunda":	Castigo infligido mediante la aplicación de varios azotes.
" Zurumato":	Individuo que se equivoca con frecuencia al hacer cualquier cosa.
" Zurimba";	Mujer distraída que no se da cuenta cuando realiza cosas indebidas.
"Zancarrón":	Dícese del caballo lento, viejo y flaco.

Consideraciones finales

Hasta aquí hemos analizado diferentes ángulos del proceso cultural en que participa buena parte de la población sinaloense de los estratos más bajos de la sociedad, que por razones étnicas y fundamentalmente económicas, han quedado al margen de casi toda promoción progresiva, tanto informativa como formativa, limitando su participación en la vida de intercambio con los sectores más avanzados de la población. Aislados en subgrupos que solo llegan a entenderse entre sí pero sin una definida oportunidad de progresar en ningún sentido, se separan en círculos de una precaria economía cerrada, y una pobre actividad económicamente útil, que no va más allá de lo que apenas produce lo indispensable para medio subsistir en las áreas de la subocupación y desocupación temporal, de donde difícilmente logran salir en contadas ocasiones, ante la hostilidad del medio.

He determinado incursionar limitadamente por el mando del habla popular, para descubrir que ellos se han visto obligados, como ya lo señalamos anteriormente, a erigir un mundo subcultural, en que muchos de los términos con que se expresan carecen de etimologías y estructuras semánticas, encerrando sus definiciones en hechos concretos acaecidos en su vida práctica, como símil de lo que entienden de los conceptos que configuran su mundo cosmogónico, su imaginación o sus necesidades inmediatas.

No podemos ver este análisis y este enfoque cultural, como una mera curiosidad semántica o un divertido conocimiento de la materia,

sino digámoslo otra vez, como un recurso para conocer sus problemas en general, especialmente el que se refiere a su medio inmediato de comunicación, como es el lenguaje.

Si recurrimos en este caso, a la ficción de un diálogo con el hipotético indígena llamado "Lencho", ha sido debido a cierto conocimiento que tenemos de la materia en relación a la convivencia entre ellos, ya como un elemento más de mi pueblo de origen, o como maestro rural de la región de Angostura, Sinaloa.

No creamos que este esfuerzo que quedará circunscrito a los límites del ensayo, pueda proponer directrices definitivas en la materia, pero sí consideramos factible que su enfoque se tome como un enunciado más, destinado a ver más a fondo el problema.

El Instituto Nacional Indigenista y el Instituto Nacional para la Educación de Adultos, tienen programas técnica y académicamente trazados para ir a la raíz del problema, y ojalá que los esfuerzos particulares de quienes nos preocupamos por estos aspectos de la cultura popular, surtan algún efecto positivo, tanto en el campo de la especulación histórica, de la investigación sociológica o de la consideración global de los problemas educativos en general.

Ya en comentarios sueltos y en algunas obras especialmente editadas por escritores que han hecho investigaciones al respecto como el Lic. Héctor R. Olea, el Profr. Carlos Esqueda y el Ing. Pablo Lizárraga Arámburo se han realizado planteamientos al respecto y algo se ha avanzado en este sentido.

Sin embargo, creo que corresponde a la Delegación del Instituto Nacional Indigenista en Sinaloa, realizar un acucioso trabajo de campo para hacer acopio del material que se requiera para lograr una obra amplia y bien documentada que enriquezca el acervo literario-cultural en este sentido, y darle a Sinaloa el lugar que merece en la materia, porque tanto en el norte, como en el centro y el sur, hay antecedentes de asentamientos indígenas que aunque han venido evolucionando positivamente conservan expresiones y modismos que parten de sus lenguas vernáculas o han sido medio copiadas del lenguaje español.

El Autor

Apasti: Cazuela de barro con dos orejas laterales.

Barbiquejo: Cinta para sujetar el sombrero por debajo de la barba.

Buli: Calabaza acinturada usada como cantimplora.

Buen-ver: Muchacha joven, bien formada.

Bacinica: Recipiente para recoger orines.

Cochi-cuino: Raza de puercos pequeños y gordos.

Cangilones: Cuernos grandes de buey o vaca.

Corico: Panecillo de maíz, en forma de rosca.

Charrascos: Zapatos viejos y deformes.

Churea: Faisán común. Correcaminos.

Chicayota: Calabacita silvestre, redonda y amarga.

Chucho: Perro corriente muy flaco.

En pelota: Desnudo.

Fondonguda: Mujer de cadera ancha y glúteos opulentos.

Garapalo: Palo corto, arrojadizo.

Horqueta: Lugar del bajo vientre donde se juntan las extremidades inferiores.

Jonda: Trozo rectangular de gamuza con dos correas, para arrojar piedras.

Jícara: Mitad del bule grande para ordeñar en ella.

Jara: Flecha india.

Machigüero: Batea alargada de madera en que se recoge el agua con que se lava el metate.

Mano de metate: Porción de piedra alargada con que se muele el nixtamal en el metate.

Panzona: Mujer en estado avanzado de gravidez.

Tambachi: Costal conteniendo ropa usada.

Tinajera: Horqueta de tres palos que soportan la tinaja.

Tesgüino: Un barril vertical y dos vasos junto a su base.

Tamali: Porción comestible de masa con carne en hojas de maíz, anudada por los extremos.

Yaguali: Rebozo recogido en espiral para asentar la olla sobre la cabeza.

Los viejos
barrios de Los
Mochis viejos

Justificación previa (Brindis por el pasado de Los Mochis)

Si vivir fuera sólo una función mecánica del instinto para buscar nada más los satisfactores básicos de la conservación y la reproducción, el hombre cumpliría en el concierto universal, una función anónima de animalidad pura, ajeno a la emoción de la victoria y extraño al sinsabor de la derrota.

Sin embargo, gracias a la evolución especial que dio margen a nuestra capacidad intelectual y posibilidad de raciocinio, somos a esta hora, algo más que simples animales, en cuyos ámbitos emocionales las lágrimas expresan el dolor en llanto y la sonrisa da, por fortuna, el sabor de la alegría.

Al lado de la adhesión que es el amor, se gesta la repulsión que es el rechazo; al dar que es el signo de la solidaridad, va aparejada la negación que es el castigo. Va con la paz la guerra, y al concepto de la querencia le es valor antitético la huida.

Eso es el hombre como entidad humana en la concepción moderna de la Sociología; un laboratorio permanente de conductas dialécticas, ajustadas al ritmo de la dinámica social que impulsa, a cada instante, el desarrollo de la cultura.

De un modo especial, a fuerza de contemplar todos los días el paisaje aledaño, de lijar en la retina el perfil del horizonte cotidiano, de comer los mismos frutos y de cazar los mismos animales, el hombre primitivo unido a los que con él convivieron, formó una unidad psicofísica del mundo que lo rodeaba, dando origen en su acervo retentivo al concepto del terruño y el intercambio social.

Y el terruño vino a ser suma de tierra pródiga y cielos luminosos; frescura de río y verdor de pradera; altura de montaña y majestad de selva; limitación de valle y rumorosa extensión de mar; y trinos y veredas; y canciones y amistad; y caminos y rancherías; y nostalgia en el corazón de la ausencia y la distancia; o negatividad de sequía agostando las sementeras; o sol que calcina en el confín desértico; frío que engarrotta el músculo aterido, o la amargura que produce la ingratitud o la ignorancia. Pero todas estas polaridades sólo tienen validez después que el valor de la querencia se fija como elemento asimilable a una forma de quererle dar mayor categoría a la vida comunal que liga a los hombres entre sí porque son hombres, y no sólo porque la escueta dependencia de la división del trabajo así la impone.

Pero si bien la imagen del solar nativo deja su huella de elementos primarios de la cultura que sobrevive como recuerdo en la experiencia de cada individuo, la adhesión al terruño no impone marcos de inmutabilidad, toda vez que es frecuente que cuando las condiciones de vida a que aspira el hombre, no responden como estímulos al propósito y deseo de vivir mejor, éste emigra en busca de mejores horizontes en donde nace la razón para otra querencia, con apego parecido a la que generó el amor por la tierra original.

Me he adentrado en las disquisiciones anteriores porque yo, que me crié en Los Mochis, siento cómo perviven en mí los elementos constitutivos de las vivencias de aquellos días, en que el recuerdo del indio, el "barrial" y el tallo providencial de la pitahaya regían la vida en la ciudad.

La ignorancia ancestral del mayo autóctono y su fuerza de trabajo como recurso para la satisfacción de sus necesidades, poblaron por muchos años, exclusivamente, el paisaje laboral de las sementeras ajenas y los campos de cultivo de los cañaverales del ingenio azucarero, más ajeno todavía.

Sólo supo el indio, al servicio del esfuerzo que los "yoris" iniciaron entonces, de largas jornadas de trabajo, de la paga de salarios exigüos y de la enajenación brutal que le producía la ingestión de vino "mezcal" cada fin de semana, en las numerosas cantinas a donde los "jalaban" el arpa vieja y el violín gimiente que le ofrecían la música de la pascola y el ritmo acompasado de los "tenábaris", llevados allí por los cantineros interesados y ladrones que vendían el bebestia adulterado con agua y alumbre.

Y en el perfil integral de la zona urbana y de la región aledaña de cultivos agrícolas, el "barrial" señoreaba dominándolo todo; dominando la dificultad de tránsito de vehículos y viandantes por las calles fangosas en "tiempo de aguas", pero produciendo también el milagro de la germinación y la cosecha, cuando el esfuerzo labrantío roturaba la tierra para hacerla producir.

Yera de ver, por otra parte, aquel rincón de la llanura como trazado a nivel, poblado de un caserío surgido del milagro de la presencia del pitahayal, cuyos tallos daban el material básico para las

construcciones.

De pitahaya eran los horcones en que se apoyaba la estructura de la construcción; los morillos y la “raja” de los techos eran de pitahaya; y eran de pitahaya también los puntales y el enjaulado de las paredes. Todo era de pitahaya, y los pitahayales de las marismas de El Mapahui las fuentes de abastecimiento de las materias primas.

Han pasado muchos años desde aquellas fechas, y la imagen de aquellos Mochis con sus barrios, sus gentes y sus caseríos, están frescas en el armario mental de la remembranza, como si quisieran tomar forma de relato para hacerse capítulo de historia y mostrarse como informe novedoso al conocimiento de las generaciones de ahora, y la recordación de los que llegaron en aquella época, y se quedaron una vez padecida la primera lluvia del tizne de “los negritos” arrojados por el aliento de las chimeneas del ingenio y el viento venido de los cañaverales en quemazón.

Más que con el ánimo de hacer historia y alentado sólo por el propósito de pergeñar una crónica de la vida del último lustro de la década de los años “veintes”, llegue al lector ocasional el texto de estas fichas extraídas del álbum de mis recuerdos, sin más finalidad que la de dar forma literaria a la nostalgia y sin otra intención que la de sumar esta modesta aportación al esfuerzo de los intelectuales especializados en la materia, que acabarán un día por ordenar en una obra formal la secuencia completa de la historia de Los Mochis.

Los distinguidos escritores Don José Valadez, Thomas A. Robertson y Mario Gill, en sus obras “Topolobampo, Metrópoli Socialista de Occidente”, “A Southwestern Utopía” y “La Conquista del Valle del Fuerte”, respectivamente, aportan datos de primera mano referentes al surgimiento de la comunidad original de donde tomó forma más tarde, la ciudad de Los Mochis.

Teófilo Leyson Pérez, en un laudable esfuerzo por formalizar sus inquietudes en este campo de la literatura, dio a la estampa a mediados del 1969, su “Breve Historia de Los Mochis”, a través de la cual, después de consultar papeles, leer libros, alternar con los más viejos moradores y ordenar sus notas, reunió la valiosa información que sirvió de tema a la obra citada.

El Ing. Filiberto Leandro Quintero legó también a la posteridad del norte de Sinaloa, mucho del fruto de las investigaciones que recopiló en su afán de ahondar en las fuentes del origen autóctono de la población que fundó la región.

Aparte de la modesta calidad literaria de las referencias informativas contenidas en esta edición de “Los Viejos Barrios de Los Mochis Viejos”, permítaseme rendir con ella mi tributo de gratitud al solar donde mi infancia tomó conciencia de sí misma y ahora da cobijo en tumbas anónimas, a los restos mortales de mis dos seres más queridos.

Lástima que el fruto de este esfuerzo no haya podido ser mejor, pero valga, en desagravio, la intención que nutrió el ánimo de ahondar

en el pasado reciente, en un intento de presentarlo como informe, a título de abono a la vieja deuda de gratitud que me tiene comprometido con la metrópoli indígena del norte de Sinaloa.

*Cipriano Obezo Camargo.
Culiacán, Sinaloa, febrero de 1983.*

A manera de colofón anticipado

No será raro que algunos datos de los que sirvieron de base para armar las narraciones que dan cuerpo a este humilde esfuerzo literario, aparezcan alterados, según el criterio autorizado de algunos testigos presenciales de lo que sucedió en aquellos tiempos.

Si tal llega a suceder, como es indudable que sucederá, suplico a los que notaren entuertos de información, la conducente disculpa, en perdón a que la fuente informativa de primera mano, sólo estuvo nutrida por los recuerdos personalísimos grabados en la memoria desde los días infantiles del autor.

Quede como aval de la buena fe, el antiguo solar en que se erigió, hasta principios de 1931, mi pobre hogar, en el barrio del Huizachito, hacia la acera norte del Callejón Mocerito, hoy Agustín Melgar, entre las avenidas Degollado y Allende, donde ahora habita no sé quién, pero que hace más de sesenta años dio cobijo a mis sueños de niño y a los cuidados y cariño con que me criaron mis padres.

No ha quedado ocasión en que yo haya visitado la ciudad de mis viejas querencias, sin que mis pasos no se hayan encaminado a la barriada que conmueve mis reminiscencias nostálgicas, como ratificación espiritual de mi adhesión a la amada urbe norteña de Sinaloa.

Profr. Cipriano Obezo Camargo.



Los Mochis, aquel pueblo hecho de pitahaya

El viajero que por primera vez llegaba por aquellos días de mediados y finales de la década de los 20, se sorprendía por el hecho de ver que el trazo de la ciudad seguía un alineamiento de simetría perfecta, en las que todas sus avenidas tenían la misma longitud y la misma anchura, desde la vía del ferrocarril hasta los confines de tierras tomateras del rumbo de La Presita hacia el norte, del mismo modo que las avenidas, tiradas en dirección Oriente-Poniente, alternaban con los callejones reducidos a más o menos la mitad de su amplitud considerando, según el urbanista que concibió la mecánica de la circulación entonces, que el movimiento principal de los hogares se daría por las anchas avenidas, mientras que las vías estrechas darían servicio de desfogue a actividades secundarias, suponiendo que todos los solares tendrían fondo uniforme de avenida a callejón para servicio de un mismo dueño.

El núcleo principal de la ciudad lo ocupaba la zona encuadrada entre el canal 5 que corría por el costado poniente del Estadio "Iturbide" y el canal 8 sobre cuyo cauce se levantaba el puente en que entroncaban los tres caminos que conducían a las playas del Mapahui, a Guasave y a San Blas, pasando este último por el pie del Cerro de la Memoria.

Y aunque en el "primer cuadro" en que se alzaba la zona comercial y la de residencias de la gente "de dinero", y muchas construcciones en otros rumbos mostraban la solidez de las casas "de material", con cimientos firmes, muros de ladrillo atravesado y techos de vigas de madera "maciza", el resto de la población vivía en casas de "terrado" y

en “chinámiles” contruidos todos a base de madera de pitahaya.

Gracias a la experiencia de los mayos y al determinismo geográfico que se imponía con la producción vegetal de la región natural, los pitahayales eran el bosque providencial; daban de todo: frutos dulces y carnosos de semilla fina en la apetitosa redondez de las pitahayas “marismeñas”, y madera de construcción, tablas para la carpintería, semillas gruesas y grasosas para las tortillas, combustible para el ingenio y las ladrilleras, leña para el fogón hogareño y escobetas para alisar el pelo de las mujeres.

Por eso no era nada extraordinario ver que las habitaciones de la pobrería tuvieran toda su estructura de tallos de pitahaya. Con excepción del horcón del medio y los que amarraban los “enjaules” laterales y las vigas del techo, que solían ser de mezquite, ébano, mora o cualquier otra variedad de madera dura, lo demás era de pitahaya. Los “puntales” intermedios, las fajas del enjaulado, las vigas, los morillos, la “raja”; todo, en suma.

Las “paredes”, una vez entretejidas con los tallos aplastados de la “marismeña” seca, eran “ripiadas” o enjarradas con lodo del “barrial” predominante, suavizado con estiércol y arena para evitar que se rajara y se soltara; los techos, una vez colocada la “raja” que era un tendido de tramos delgados colocados en forma transversal cubriendo todo el área a proteger, recibían encima una “torta” de lodo y más arriba un recubrimiento de tierra apisonada, impermeable y cementante, cuando era posible traerla de “vetas” especiales, y eso era todo. ¡Ya estaba lista la casa. . .!

Más hábiles con el machete que con el serrucho y la garlopa, los mayos fabricaban los armazones de sus “tarimas” provistos de “tarugos” por la parte baja de sus largueros, para apoyar en ellos el tejido de mecate o las “lías” de cuero crudo, que hacían las veces de “tambor” para completar la cama común y corriente.

Las bancas y las mesas de la cocina, también eran confeccionadas con tablones labrados de los gruesos troncos de los añosos “cardones” predominantes en los montes cercanos y abatidos en grandes cantidades, sin el menor riesgo de dar pábulo a su extinción, ya que se reproducían con la misma celeridad que el hacha cumplía su destrucción.

Las “ramadas” que daban sombra a chiqueros y gallineros eran también de pitahaya, y las casas provisionales de los peones de campo en los predios agrícolas, igualmente. Y no costaba nada conseguir el fabuloso material, si se contaba con una carreta “de burros” y la cooperación de un amigo igualmente necesitado, que aceptara internarse en el monte para hacer los cortes y acarreos “a medias”.

De no ser posible adquirir la madera así, su compra a domicilio era muy barata y la construcción de la vivienda también. Los “arquitectos” aborígenes tenían sabido y calculado todo: un “terno” lo formaban los cinco horcones de madera dura para las esquinas y el horcón del

medio; lo demás todo era de pitahaya: dos puntales de horqueta para la puerta de la calle y dos para la de atrás; cuatro puntales para el amarre de las vigas a los cuatro lados; diez vigas para el armazón del techo de dos "naves"; veinte morillos para el "arrase" del techo; dieciséis latones para el enjaule de los lados. Dos viajes de pitahaya "marismeña" seca para el tramado de las paredes y otros dos viajes de "raja" corta para el "entarimado" del techo y eso era todo. Lo demás era cosa que debía hacer el albañil, como enjarrar las paredes, aterrizar el techo, apretar y amacizar el piso y... nada más.

Sin embargo, a pesar de los bajos precios a que se conseguía todo aquello, no era cosa de no más pensarlo para tener casa, porque los sueldos eran bajísimos. La paga por un día de trabajo fluctuaba entre sesenta y cinco centavos y un peso, y sólo el trabajo de los obreros especializados alcanzaba el "uno veinticinco" o "los doce reales" (uno cincuenta). Y por más que los alimentos se cotizaban también en "chumilcos", tiendas y mercados a precios bajos, los escasos sueldos no podían hacer milagros. Era necesario ahorrar varios años con muchos empeños especiales, para llegar a conseguir un solarcito y levantar la vivienda humilde.

Ahora todo ha cambiado en la ciudad moderna.

Los montes aladaños donde crecía el pitahayal son tierras labrantías donde la caña, el tomate, el sorgo, el algodón y la soya, crecen y producen el milagro de las grandes cosechas. Conseguir la madera del legendario cacto silvestre es un triunfo y, además, ya nadie lo prefiere por su breve duración en relación a los materiales de construcción que ahora se usan.

Si bien los cinturones de miseria configuran barriadas parecidas a lo que era el común de los barrios de entonces, las fajillas de pino y la lámina de cartón son los substitutos idóneos.

Quienes no conocieron el pueblo de entonces, no tienen idea de lo que ha crecido la ciudad, para llegar a ser como es en nuestros días. La belleza y funcionalidad de sus edificios comerciales y de apartamentos; la fronda que refresca las aceras con la forestación de sus calles, sus parques, jardines, sitios de diversión y todos los demás detalles que identifican a Los Mochis como una de las tres ciudades más bellas y progresistas de Sinaloa, la colocan al lado de Culiacán y Mazatlán como clave de la economía y la cultura de su región, con perspectivas de seguir creciendo en medida que el impacto de la extensión y la mecanización de la agricultura y el desarrollo de sus industrias transformadoras de las materias primas que produce, se consoliden y alcance sus índices de abastecimiento, tanto para el reclamo del consumo local como para satisfacer la demanda nacional y la internacional en muchos de sus renglones.

Si algún romántico recuerdo quedara en aquellos que amaron entrañablemente la antigua ciudad del llano barrialoso en que nació la comunidad norteña, que va ganando el título de Urbe del Valle del Fuerte, seguro que promovería, con toda justicia y gratitud, la

erección de un monumento a la pitahaya, en uno de los puntos de mayor referencia de su extensión urbana.

Si así se hiciera, no sería una puntada. Sería una expresión de la nostalgia y el recuerdo del cacto simbólico que cubrió toda una época del urbanismo mochiteco de aquel tiempo.

EL barrial, milagro y maldición

Acababa de abatirse sobre la ciudad un aguacero torrencial. El agua, haciendo corriente por los límites laterales de las calles hacia donde la cuchilla de la motoconformadora había profundizado formando cauces de desagüe, buscaba los “bajos” para afluir hacia el lecho de los canales, que a lo largo de tres calles transversales corrían buscando los regaderos de los campos labrantíos, en los límites del sur del pueblo. Eran el canal cinco, el seis, el siete y el ocho.

Y el suelo ingrato, caracterizado por su limitada permeabilidad, apenas dejaba pasar el agua para formar una capa chiclosa y resbaladiza que obligaba a los viandantes a quitarse los zapatos, tanto por el empeño de afianzarse mejor con los pies descalzos como por el de evitar que el calzado se empapara y se echara a perder, haciendo más corta su duración y resistencia.

A pesar de esta medida precautoria, eran frecuentes las caídas aparatosas, y el espectáculo risible a que daba lugar el esfuerzo que cada transeúnte realizaba para mantener el trabajoso equilibrio necesario, tratando de conservar la vertical, mientras pretendía avanzar para llegar a su destino. Asentaderas y espaldas con el negro manchón del lodazal, después del “aterrizaje”, eran el pan nuestro de cada instante.

Los pocos vehículos que se aventuraban por el centro de la ciudad, rugían resbalándose atravesados y precipitándose en diagonal, sin que el “chofer” pudiera controlar con precisión la marcha. Para atenuar las dificultades de esa inconveniencia, las llantas traseras

solían ser vestidas con una “camisa” de cadenas transversales, sujetas por los extremos a sendos círculos interiores del mismo material, que al hincarse en el piso lodoso permitían que el neumático se afianzara y pudiera avanzar con menos dificultad.

Sin embargo y a pesar de todo, los “embanques” eran frecuentemente inevitables.

Los encharcamientos en diferentes rumbos de la ciudad eran comunes, al grado de que todos los veían y padecían con indiferencia como un mal sin remedio. Es motivo de especial recuerdo el enorme mar de fango que encenagaba el mercado y se extendía hasta las afueras por la calle Segunda, comprendiendo las cuadras limitadas por la avenida Sonora y el callejón Mocerito, y desde éste hasta la avenida Chihuahua. Después de cada llovida más o menos torrencial, el agua daba hasta más arriba de la rodilla en este enorme charco, dando margen a que niños y jóvenes explotaran un original negocio que consistía en llegar los primeros hasta los puestos de carnes, granos, verduras y demás, a hacer compras según lista, mientras las amas de casa esperaban al otro lado del arroyo infranqueable el regreso del infantil intermediario o bien transportando a las compradoras en “la sillita”, que formaban dos mozalbetes entrelazando los brazos para que la dama “pasajera”, afianzándose con las manos en los cuellos de los “tamemes”, hiciera el paso seguro. Con los hombres se andaba con menos remilgos, y éstos solían hacer el viaje montando “a tunchi” o en “tuntún” a sus “pasajeros”. Conforme el fangal se iba secando, los comerciantes hacían por la clientela tendiendo tabloncillos o “sembrando” ladrillos sobre el lodo, procurando el aumento de la afluencia de compradores y dándole por este medio más fluidez y seguridad al tránsito de peatones. Para las autoridades de la sindicatura o del ayuntamiento, el espectáculo formaba parte de la tradición local, concretándose, durante muchos años, a contemplar o ignorar el problema.

En los medios agrícolas, el caso era diferente. Aquella misma arcilla oscura y pegajosa que hacía ver su suerte a los “buchis” de la ciudad, era para los cultivadores de la tierra una divina bendición.

Rico en elementos nutritivos para las plantas, el suelo labrantío producía el milagro de dar ciento por uno, y lo mismo crecía y se desarrollaba en grandes cantidades la caña de azúcar, que se multiplicaban los frutos en las tomateras en sazón o se “levantaban” pródigas las cosechas de maíz y de frijol. Las “eras” de las verduras, generalmente cultivadas por los chinos residentes en la región, abastecían al vecindario con su abundante producción de rábanos, nabos, cilantro, cebollas, calabacitas, ejotes, lechugas, chiles verdes, diferentes quelites. Por cierto que dado el poder adquisitivo de la moneda de entonces, era frecuente que las amas de casa enviaran a sus hijos al mercado, provistos solamente con una moneda de cinco centavos de “níkel”, encomendándole la compra de “dos de cebolla”, “uno de cilantro”, otro de chile verde y uno más de tomate; había que acomodar en el sombrero el cargamento de verduras que se adquirían

de aquel modo.

Debido, pues, a aquella fertilidad extraordinaria de la tierra, la compañía azucarera programaba el cultivo de nuevas áreas de cañaverales cada año, provocando el crecimiento de la población en forma sensible y, consecuentemente, la demanda de productos alimenticios para todos. Gracias a dicho fenómeno, la producción agrícola en general aumentaba también, reclamando más brazos para la atención de las labores inherentes.

Eran famosas, como lo son todavía, las zonas de producción de La Luisiana, Higuera de Zaragoza, El Águila, El Guayabo, Cachuana, San Miguel, El Campo Siete, El Campo Tres, San Lorenzo y otras, donde la peonada pegada al surco trazaba las sementeras, cultivaba y levantaba las grandes cosechas, que, desgraciadamente, sólo beneficiaban a unos cuantos caciques latifundistas detentadores de la tierra de labor, en perjuicio del que sobándose el lomo, sólo recibía como compensación a su esfuerzo la paga miserable de un salario mezquino, después de jornadas de diez o más horas en que el regulador cronométrico estaba determinado por el lapso "de sol a sol", que era la regla que solía alterarse tomando tiempo de la madrugada, cuando a fines del otoño y el curso del invierno se acortaban los días.

Si bien es cierto, como dejamos asentado renglones antes, que el poder adquisitivo de la moneda era alto en relación con estos tiempos, no menos cierto era también que el monto de las pagas salariales que oscilaban entre un peso o un peso veinticinco centavos en el mejor de los casos, era una pobre paga con la cual no se podía hacer el milagro, pese a todo, de mantener decorosamente a una familia.

Si el kilo de carne valía treinta centavos; los huevos se vendían a cinco centavos y "a tres por diez"; el kilo de azúcar valía veinte centavos y diez o quince el de frijol. Se pagaban también quince centavos por una asadera fresca que se extendía en un plato de regular tamaño o veinticinco por una "de apoyos", de tamaño semejante. Las piezas de pan de tamaño medio, se expedían a dos o tres por cinco, según fueran del día, del día anterior, y lo más curioso: al comprar un kilo de carne, que regularmente valía treinta centavos, los abasteros daban como "pilón" un buen trozo de hígado, habida cuenta que aquella víscera tenía una demanda casi nula. La petición de algo para el perro o para el gato nunca quedaba sin satisfacción y lo mismo se obsequiaba al comprador una buena ración de "nervios" o un pedazo de "bofes" bien cortado.

En los abarrotes de los barrios, las ventas comunes eran por centavos; "dos de canela y tres de arroz", cinco de manteca, diez de café en grano, una "panocha de a cinco", y "quince de carne oreada" y así por el estilo, sin que faltara como aditivo a una compra cualquiera, el obligado "pilón" que consistía en un dulce, un cacahuete, un trocito de melcocha o cualquier otra chuchería, con que los chinos obsequiaban a la clientela menuda, para aquerenciarla y asegurar la constancia de sus compras.

Si el estado de desaseo y abandono era tal en lo que pudiera haberse llamado entonces “zona del primer cuadro”, ni para que decir que en las barriadas la situación era peor, agravada después, “en tiempo de secas”, por las cerradas polvaredas que todo lo invadían, y que circulaban al impulso de los vientos dominantes procedentes de las llanuras circunvecinas así como de calles y baldíos. Por allá, de vez en cuando, las pipas municipales daban sus pasaditas por las zonas más céntricas, regando las calles con sus chorritos de “malde-orín”, tratando de fijar, aunque fuera en poco, el polvo suelto que al ser levantado por el aire superaba el problema de las tolveneras cotidianas.

Así, entre lo bueno y lo malo del “barrial” y el agua, la región avanzaba, dando tumbos si Ud. quiere, pero siempre hacia adelante, en medio de la penumbra nocturna del sector central, “iluminado” por los focos del alumbrado público, que colgando de los alambres transversales que iban de poste a poste en las bocacalles, dejaban caer sus haces de luz al centro de los cruceros. En las casas de la gente pudiente, también se disfrutaba de la comodidad luminosa del milagro de Edison, en tanto que en los hogares pobres seguía teniendo validez la indispensabilidad de la cachimba y el quinqué de petróleo.

El agua potable entubada era otro privilegio que disfrutaba la “gente bien”, pero los barriqueros y los burros con “botas” iban de casa en casa vendiendo a cinco centavos el bote de agua para tomar, ya que la destinada a otros usos era tomada directamente de los canales por los vecinos mismos.

El mayo, primer ingrediente humano

Y la ciudad, a un ritmo perfectamente perceptible, iba creciendo, creciendo, siguiendo los trazos de su plano regulador hacia el oriente.

El progreso pues, era evidente y la prosperidad de los hombres que “arreaban” el negocio agrícola era innegable, corriendo parejas con las grandes ganancias de los dueños de la fábrica de azúcar local.

El desenvolvimiento de la construcción marchaba también y el comercio se desarrollaba notablemente dando posiciones económicas ventajosas a los magnates que lo controlaban.

Sin embargo, en el juego de los factores que hacían posible aquel naciente emporio, había uno, que siendo el principal y básico, no fue estimado humanamente por nadie, ni contemplado con la consideración que por sí sola merecía: la fuerza de trabajo de los indios mayos que poblaban la región.

Puntuales y constantes, integrando verdaderas legiones cotidianas, por miles invadían los cañaverales en punto de madurez en las épocas de zafra, cortando con destreza los tallos de la dulce gramínea destinada a abastecer las exigencias del batey fabril y la voracidad de los molinos que la engullían por cientos de toneladas diariamente.

Silenciosos, insensibles al trato hostil de los mayordomos, asimilando sin protestar las largas jornadas de trabajo en todos los campos agrícolas y recibiendo resignados la exigua paga, su patrimonio se circunscribía a la ropa que vestían, una segunda “muda”

y a la inseparable compañía del machete, el morral y el “buli” del agua, a la protección de una cobija colorada y al albergue que le daban los tejabanos y las bancas de las cantinas donde solían dormir, o en las casas donde se asistían.

Un pedazo de queso, o un “cartucho” de chicharrones; si acaso un plato de “cocido” y unas cuantas tortillas engullidas en las fondas donde se asistían, constituían su “menú” cuando había tiempo, cuando no, todo el “lonchi” cabía en un pobre morral de ixtle, y se reducía a tres o cuatro tacos de frijol o igual número de quesadillas de chicharrones otra vez, y la indispensable botella de café negro para “empujar” y era todo a medio día. Por la tarde, después de la salida “al pardear”, el milagro de la nutrición lo simulaban unos cuantos tragos de mezcal que se apuraban para calentar el estómago, consumiendo la típica “mulita” que valía veinte centavos en todas las cantinas del lugar.

Al siguiente día, al filo del amanecer, lo que se comía en el desayuno era una taza de café negro, los consabidos tacos de frijoles, a veces unas tiras de carne oreada y asada, y muy de vez en cuando el banquete de un huevo hecho torta. En los campos “las madres”, como llamaban ellos a las mujeres que los “asistían”, les daban la comida y les alistaban la “muda” de “quita-y-pon”, por tres o cuatro pesos a la semana, concediéndoles el derecho de tender su petate bajo techo para pasar la noche.

La paga por día de trabajo bien pagado, era de diez o doce “reales” (un peso veinticinco o uno cincuenta), liquidándoles nada más seis días por semana, debido a que por aquellos tiempos no había derecho al “séptimo día”, ni había surgido la fuerza sindical que lo reclamara junto con la jornada de ocho horas.

Los despidos por llegar tarde o faltar un día al trabajo eran frecuentes, dando lugar a las súplicas de arrepentimiento que seguían como consecuencia y que, al ser aceptada como promesa “de no volverlo a hacer” daban lugar a humillaciones y tratos desconsiderados de parte de mayordomos, tomadores de tiempo y “rayadores”.

Otras legiones de indígenas integraban los grupos de acarreadores de pitahaya, cactácea que se usaba como combustible en las calderas del ingenio. Las jornadas de éstos eran peores, ya que había que madrugar para enguarnecer a tiempo los “tiros” de burros o mulas que jalaban las carretas cortas (unos dos metros de largo por uno veinticinco de ancho) en que se acarreaban los verdes tallos, traídos desde las marismas del rumbo del Mapahui y regiones vecinas.

Los ejes de las carretas que generalmente eran de madera, dejaban oír su ríspido chirriar en coro por las tardes, cuando regresaba la caravana enfilando a los patios de la fábrica. Dos mayos en cada carreta, provistos de hacha, machete y un par de burdos guantes de lona para manejar con más rapidez las espinosas pitahayas, integraban la dotación regular.

Gracias a que también se atizaban las calderas con el bagazo de la caña que quedaba después de la molienda, era corriente que las chimeneas arrojaran humo de color y densidad diversas, según se quemara uno u otro combustible provocando, además, que la ceniza del bagazo fuera arrojada en forma de pequeñas tiras negras que como negra llovizna se abatía sobre el caserío, manchando ropa, personas y objetos diversos, frente a la resignación inconforme de todo mundo que aceptaba la plaga como mal necesario, derivado del proceso industrial de la factoría que le daba vida a la región. Entre paréntesis, diremos que como la “tradicción” del tizne sigue vigente, generando los mismos problemas de entonces, los cronistas festivos solían referirse a la urbe cañera con el remoquete de “La Metrópoli del Tizne”.

Por lo demás, es necesario dejar asentado que la fuerza de trabajo de los indios, a pesar de los pobres salarios con que se remuneraban sus servicios, generaban gracias a lo numeroso de la población, un buen renglón de compras en el comercio ciudadano, toda vez que la ropa, el calzado (generalmente huaraches), los sombreros y las cobijas, requeridos por sus necesidades personales, obligaban al consumo inevitable, inyectándole recursos muy valiosos a las diversas casas comerciales que traficaban con los diferentes satisfactores que hemos mencionado. Lamentablemente eran las cantinas los establecimientos que acaparaban a la mayor y más segura clientela, en virtud de que las campañas contra el vicio eran nulas, limitándose a la farsa, de manifestación antialcohólica que se “organizaba” todos los años el 20 de Noviembre, en que los escolares exhibían los consabidos cartelitos con los versos que ya se habían hecho tradicionales de: “¿Quién te causa grave mal? El mezcal”; “¿Quién tu salud aniquila? El tequila”; “¿Dónde tu vida se arruina? En la cantina”, coreados con el himno alusivo cuyo coro rezaba:

*“Prometamos luchar intensamente
contra el vicio terrible del alcohol,
y que muera por siempre el aguardiente,
y viva el agua que es mejor...”*

Seguida por la primera estrofa que a la letra decía:

*“Nosotros, ciudadanos del mañana
luchemos contra el vicio del alcohol,
y hagamos de la tierra mexicana
un edén de venturas y de amor. . .”*

De farsa calificábase el acto público referido, porque de una manera sarcástica, sin ningún pudor ni respeto para la comunidad, era común que se permitiera que el desfile lo encabezaran, inmediatamente atrás de los representativos de la autoridad municipal, muchos de los más empedernidos bebedores locales, por el solo mérito de la simpatía

que les inspiraban a los “organizadores” y por lo “chistoso” que les parecía el disparate, sin ningún miramiento para la población infantil que integraba el grueso de la columna, que consideraba aquello como una actividad sin sentido, destinada más bien a escarnecer a la sociedad que a servirla.

Debido a todas estas desconsideraciones de que se hacía víctimas a los indefensos mayos, fue que ya para terminar los años “veintes”, que la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM) encontrara un campo propicio para promover la organización de sindicatos de obreros y campesinos, entre los que habrían de sobresalir después el de los trabajadores del ingenio, el industrial de oficios varios y otros de combatividad similar, en los cuales habría de cifrar su esperanza la clase trabajadora de la región.

Años después, cuando la CROM se dividió en varias facciones debido a la injerencia que en su marcha y acción había tomado el régimen callista, el Lic. Vicente Lombardo Toledano constituyó con varios sindicatos nacionales, que lo siguieron y numerosos de la provincia que simpatizaron con su programa de acción, la Confederación de Obreros y Campesinos de México, la cual habría de servir de base para la integración posterior de la Confederación de Trabajadores de México (CTM), cuando ya apuntaban como colaboradores suyos Fidel Velázquez y Fernando Amilpa, entre otros. Algunos años después, al romper con aquel grupo, optó por reunir a un grupo de líderes amigos y articular la formación del Partido Popular Socialista y su filial de obreros y trabajadores del campo que fue la Unión General de Obreros y Campesinos de México, conocida hasta la fecha por sus siglas de UGOCM.

Sin embargo, quedó constancia que en la época en que el citado líder ejerció una influencia determinante en el Gobierno del Gral. Lázaro Cárdenas, fue cuando se expropiaron las tierras cañeras de la United Sugar Company, dueña del ingenio local, y los derechos agrarios de los indígenas de la región fueron tomados en cuenta cabalmente, incorporándolos a la Sociedad de Interés Colectivo Agrícola Ejidal (SICAE), afiliada a la C.T.M.

Luego al consolidarse las dotaciones de los demás ejidos de la comarca, quedó definida la reivindicación parcial de los otros grupos aborígenes, cuyos más activos representantes llegaron a la dirección misma de sus organizaciones, limitándose un tanto los efectos de la demagogia, la prevaricación y la deslealtad de muchos dirigentes manejados por políticos sin escrúpulos o atraídos por el dinero puesto en juego por las fuerzas revanchistas, que no acababan de resignarse al cambio generado por la nueva forma de la tenencia de la tierra, que había llegado a determinar un nuevo factor de concurrencia la producción y comercialización de las cosechas agrícolas de aquella vasta zona.

Ahora en nuestros días, si bien el mayo no ha acabado de integrarse cabalmente al ritmo de vida de la comunidad de los “yoris”,

sí ha tomado su existencia un diferente rumbo hacia el progreso, incluyendo el propósito de alentar la preparación profesional de muchos de sus hijos al grado a que varios de ellos ejercen destacados puestos de representación administrativa o electoral.

Desde luego que nos es satisfactorio ver cómo hoy, después de aquel pasado de incompreensión y explotación despiadada, los sobrevivientes de la vieja tribu viven un destino paralelo al de los campesinos mestizos, cuya conducta de lucha es solidaria al interés de todos.



Indio, mezcal y pascola

Por todas partes en que era necesario el concurso de un hombre fuerte que realizara un trabajo pesado, aparecía un mayo de mediana estatura, complexión espigada, piel morena, cabellera oscura y lacia, mirada enigmática y ánimo presto a la obediencia.

En la "indiada", como se calificaba despectivamente al conjunto, residía el dínamo que todo lo movía, cuando de duras faenas se trataba. Roturar la tierra de labor; campear el ganado en los agostaderos; realizar las tareas de desmonte; quemar y cumplir el corte en los cañaverales; padecer las largas jornadas encorvados que reclamaba el cultivo y corte del tomate; cortar, rajar y proveer de leña a los hogares; cargar en hombros o sobre la cabeza los ladrillos y el cajón de mezcla en las faenas de construcción.

Y siempre, por lo general, sus labores las llevaba a cabo en silencio. Muy de vez en cuando, urgido por la interrogante de los mayordomos o patrones, contestaba con brevedad a una pregunta o formulaba trabajosamente una interrogación. Lo demás era adelantar en la tarea, sudar, torcer de vez en cuando un cigarro barato, y medio darle forma a una sonrisa, cuando alguien se acercaba. Fuera de eso, la indiferencia lo empañaba todo; sus congojas, su miseria, su semidesnudez, sus pies calzados con viejos huaraches de tres puntadas, su sombrero andrajoso, sus ropas en jirones, su familia hambrienta.

Nadie se conmovía ante su tragedia. Sólo uno que otro

filántropo, guiado por su “buen corazón”, le alargaba un taco extra o lo “ajuareaba” con prendas de ropa usada, o le daba, desprendidamente, algún “tostón”.

La insensibilidad pública aceptaba con tanta naturalidad aquella situación que acosaba a los hombres de la tribu al grado que nadie se conmovía si un mayo quedaba tirado en la banquetta embrutecido por la ingestión de mezcal o aterido por el frío de las “tercianas” heredadas del paludismo en los encharcamientos de los cañaverales; si acaso, se le “alineaba” para que no estorbara el paso de los viandantes.

Sin embargo, alguien preciado de conocer muy a fondo la psicología de los aborígenes y su pasión por lo suyo, nacido en la raíz del folklor nativo, aportó con finísimo sentido comercial, la idea dada a los cantineros de la ciudad para que en cada establecimiento de este género se abriera un foso con dimensiones de un metro por lado y otro de profundidad para que, cubierto éste con un tablado de madera flexible, sirviera de “tarima” para que los mayos bailaran sus danzas tradicionales.

Para que repercutiera como caja de resonancia, se colocaba en el fondo del foso, abierta y boca-arriba, una olla de barro de dimensiones regulares, en tanto que el tablado era perforado en varias partes con brocas “de pulgada” para que el aire, al ser presionado, saliera con violencia dejando oír un sonoro tum-tum, al compás de las pisadas del danzante.

Completaban el recurso dos mayos viejos; uno tocaba el arpa, labrada y armada regularmente por el mayo carpintero de la comunidad, y el otro pulsaba el violín al compás de añejas tonadas monorrítmicas, tomadas a través de los años, del repertorio primitivo que la tradición había conservado al paso de los tiempos.

Por eso era de ver cómo todos los sábados, ya al filo del mediodía, “los músicos” se hacían presentes en las cantinas con sus morrales al hombro, de los cuales pendía, a manera de “macapali”, la desteñida cobija, que habría de darles abrigo al enfriarse el ambiente de las noches de invierno.

El cantinero, sabedor de su oficio, había tenido buen cuidado de conseguir por distintos medios, las guías de “tenábaris”, los “guajes” provistos de piedritas en el interior, y la cabeza de venado con su base y sus correas convenientemente situadas.

Después de la hora de “la raya” ya al caer la tarde, la clientela aborígen empezaba a golpear los mostradores de las cantinas con su clásico reclamo de “prest’una-mul-e-vino”, haciendo sonar en ademán de paga, los veinte centavos a que se cotizaba la ración del “menjurje”.

Los vinateros surtían a sus clientes mayoristas a razón de tres pesos la “damajuana” de mezcal “puro”, así como salía de los alambiques, para que el expendedor, tramposo y sin conciencia ni escrúpulos, “adulterara” el licor rebajándolo con agua común y corriente, y agregándole una buena dosis de alumbre triturado para que se diluyera con mayor rapidez, dándole al bebestiajo un sabor

entre picante y agarroso y un ligero regusto a alcohol. El negocio, pues, resultaba redondo y la ganancia ladrona a más decir. Y las autoridades que todo lo sabían, porque nadie lo ocultaba y porque los autores del fraude lo pregonaban en mérito a sus dotes de hábiles negociantes, nada hacían ante la actitud dos veces delictiva de embrutecer al indio y adulterarle el vino.

Los sábados, ya bien entrada la noche, eran horas de fiesta de autóctono perfil: Los cachimbones que iluminaban los portales de las cantinas con sus rojas llamaradas y su penetrante olor a petróleo quemado, hacían ambiente para que el arpero adormilado y el violinista autómatas, soltaran al aire el sonsonete de sus primitivas melodías, mientras cualquier mayo ya entrado en copas, dejaba sus huaraches por un lado y seguía con el rítmico golpear de sus talones sobre el sonoro tablado, los compases marcados por los músicos. Transcurrido un rato, sin que fuera necesario hacer ninguna advertencia, otro danzante se hacía ver ya descalzo para que, sin más decir, saliera el que había empezado dejándole el lugar al siguiente.

Por allá, después de mucho rato de darles gusto a cuanto mayo había irrumpido para darle "vuelo a la pata", los músicos paraban un momento para tomar un trago de mezcal, apurar una taza de café o "chuparse" un cigarro "pa' descansar".

Pero los otros bailadores impacientes reclamaban el ruido de "los palos", como llamaban en su argot a los instrumentos de madera, urgiendo a los ejecutantes para que se plantaran nuevamente tratando de darle más gusto a la vida.

Por allá, de vez en cuando, se arribaba algún mayo joven conocido por la destreza con que ejecutaba la danza de "El Venado", y ante el reclamo del auditorio, se enredaba las guías de "tenábaris" (cascabeles) desde el tobillo a media "cania", se ajustaba en lo alto del cráneo la cabeza de venado y "guajes" en mano, empezaba a imitar los ágiles movimientos del cérvido en la floresta. Si el cinturón adornado con correas colgantes rematadas en pulidas pezuñas de venado, era proporcionado también por el previsor cantinero, el lucimiento de la danza era de mayores quilates, pues los ondulantes movimientos de la cintura del indio parecían tomar relieve al sonar de los golpecitos secos de las pezuñitas que chocaban unas con otras al compás de los movimientos.

Ido "el venado" que no se prodigaba mucho por cuestión de categoría, la pascola seguía toca que toca, baila que baila, sin parar, sin descanso, hasta que el astro rey del domingo aparecía en el horizonte, mucho después que el cantinero había cerrado las puertas del "negocio".

A la sombra de cualquier árbol o cualquier pared, los indígenas se recostaban para echar una "cieguita" y levantarse después, al mediodía, en busca de una fonda en que le sirvieran un buen caldo de "cazuela" o de "cocido" "p'a echarle algo caliente a la tripa" y volver nuevamente al trago, al baile y, ahora sí, al cansancio.

La jornada del lunes, bajo los rayos inmisericordes del sol y los escalofríos tremendos de la “cruda”, se antojaba para el mayo como un tiempo de tortura, al que bien hubiera podido renunciar si no fuera porque el patrón o el mayordomo amenazaban siempre con el despido sin discusión, al que “por causa de sus borracheras” dejara de asistir al trabajo.

El mediodía contemplaba a los pobres hombres con los ojos inyectados, la cara embotada y el andar tambaleante, en tanto que añoraban, “¡quién hiciera el milagro!”, el regalo de un buen trago para bajar los retorcijones de la panza y el sabor a diablos que les quedaba en la boca contaminando el aliento.

Y otra vez, como toda la vida, la iniciación del mismo ciclo rutinario: trabajar toda la semana, mal comer a cada hora del día, “rayar” el sábado por la tarde, y bailar y beber por la noche y todo el día del domingo. Así, sin cambiar; sin mejorar su indumentaria de pobreza; sin comer mejor ni comer más; sin dar mejor sustento a su familia; sin mitigar en nada su ignorancia.

Por fin, un día, llegó la buena nueva del reparto ejidal, y otros clamaron por el recurso de los sindicatos.

De entonces para acá, cambió la vida. No en un cien por ciento, que digamos, pero en mucho cambió. Las jornadas se hicieron más humanas; los salarios mejores; se pagó el séptimo día y surgieron las otras prestaciones.

Otros, desde los comités agrarios, lograron las dotaciones parcelarias, recibiendo el beneficio de un pedazo de tierra que cultivar; claro que muchos de sus líderes, no del todo leales a los “postulados de la revolución” que abanderaron en principio, pisotearon a veces su fe, y su confianza se trocó en dudas ariscas; pero de todos modos, la cosa ya no era tan ruda como en los otros tiempos.

Ahora, sólo los distingue en el fárrago de la convivencia regional, su piel morena; pero “ya no se dejan”. Ya tiene más conciencia de su personalidad, y sus hijos deambulan por los corredores de las escuelas secundarias y las preparatorias, y más de alguno de cada ocho o diez familias es ya doctor, ingeniero, licenciado o economista de renombre.

Como se dice en la política “de altura”, ha llegado, para ellos, la hora “del despegue”. Y ya no volverán a la condición infrahumana que padecieron antes. Son nuevos y mejores los días que les esperan, aunque ya sin “tenábaris”, sin arpa, sin cabeza de venado y sin el rudo mezcal adulterado, cada fin de semana en el portal de la cantina.

Corriendo el tiempo, amanecerá ese día promisor para los que forman aún las viejas tribus indias. Ahora en Sinaloa; mañana, tal vez con empeños especiales, para los demás grupos autóctonos del país.

Aquellas escuelas primarias

Por aquellos tiempos la edad de iniciación de la escolaridad de los niños se tomaba en cuenta al cumplirse los siete años.

Para nosotros, que habitábamos por el barrio de “El Huizachito” limitado por el tramo del callejón Mocerito entre las avenidas Cuarta y Sexta por donde corría el canal siete, el centro escolar más próximo era la Escuela No. 5, por ese tiempo a cargo del Profr. Isidoro Arteaga que era su director.

El ciclo de la enseñanza de primaria comprendía dos etapas, la de la llamada Primaria Elemental que se extendía hasta cuarto grado y la Primaria Superior que comprendía el quinto y el sexto.

Así las cosas, en la ciudad había seis escuelas, todas pagadas por el gobierno del Estado, asignándose con números nones las de niños y con pares las de niñas. Los sistemas pedagógicos de aquella época consideraban la coeducación como riesgo que no debía correrse, tomando en cuenta que la mentalidad de los niños era más despierta que la de las mujercitas y que, por esa causa, el promover su convivencia en una misma escuela, en una misma aula, y que decir de en un mismo mesabanco, resultaba atentatorio contra la moral.

Tal fue la razón por la que a mis amigos de barriada y a mí nos tocó inscribirnos en la dicha “Escuela Cinco”.

Muy popular por su gracia, belleza y juventud era la profesora Nena Conde que hacía pareja con la maestra Rita León, en tanto que María Hernández y Angelita Pérez Llamas completaban el equipo docente que colaboraba con el Profr. Arteaga.

El plantel estaba ubicado a media cuadra por la acera Norte, muy próxima a la Agencia Ford del conocido hombre de negocios Don Octavio A. Serrano, a medio tramo de la calle Coahuila. El edificio era una antigua residencia particular al que se le habían hecho ciertos arreglos para que respondiera mejor el objetivo para el que había sido adaptada.

La entrada, por la mañana, era a las nueve en punto, para salir a las 12; por la tarde volvíamos a las tres, para regresar a las cinco a nuestros hogares, siempre bajo la vigilante mirada de los policías escolares que, chicote en mano amenazaban a todos los que por cualquier causa distraían sus pasos hacia otro rumbo que no fuera el de su casa. Hechos a su oficio, los señores sabían el rumbo por donde vivía cada quien, y resultaba poco menos que imposible engañarlos así como así.

El más jovial de los conocidos era Don Bruno, manco de la mano izquierda a la altura de la muñeca, que solía encarar a los muchachos aconsejándolos y haciéndoles entender que sabiendo en sus casas a qué hora salían de la escuela, sus padres se preocupaban cuando transcurría más tiempo que el normal sin que ellos hicieran acto de presencia. Esto no quiere decir que de vez en cuando no hubiera tenido que llevar a más de alguno hasta la Sindicatura, debido a sus reincidencias, o que el chicote, poco usado, no haya sacudido algunas asentaderas desentendidas a porfía.

Otro vigilante que solía rondar por el rumbo contaba con menor edad y nunca supimos su nombre. Sólo recuerdo que como la oreja derecha le había sido cercenada no sé en qué accidente, corría la conseja de que había sido prisionero de Pancho Villa cuando el Centauro del Norte acostumbraba señalar con aquella marca a los enemigos que él perdonaba, por aquello de que volvieran a caer en sus manos. Cuando aquel caso desgraciadamente se volvía a dar, era obvio, según contaban, que el infeliz llevaba la oreja incompleta, sellaba su sentencia de muerte.

El hombre, por lo demás, era "de pocas pulgas"; no explicaba nada; dejaba oír su grito de advertencia y enseguida, si no se le atendía, iniciaba la persecución del desobediente hasta tenerlo a tiro y el chicote restallaba en las nalgas o en las "canillas" del maldoso. Los escolapios, que solían guardarle rencor, cuando se consideraban fuera de su alcance solían sacarlo de quicio con el grito para él ofensivo de ¡Ay viene Pancho Villaaaa . . !

Pero una vez, no supimos por qué razón, el profesor Arteaga fue cambiado a otra escuela y vino en su lugar un viejecito que profesaba la religión protestante, que por cierto duró poco debido a que, siendo católicas sus colaboradoras maestras procuraban hacerle la vida pesada, aunque con muchísima discreción. Lo substituyó en el cargo el Profr. Fernando Sarabia B., que pronto conquistó la estimación de todos, alumnos y maestros, por su simpatía personal y por la claridad con que encaraba todos los problemas, no sin antes dejar sentir su

energía hacia los alumnos alteradores del orden o a los maestros que dejaban de cumplir con atingencia sus deberes; pero lo que más atraía hacia él la estimación, era la afición que tenía por tañer la mandolina y la maestría con que enseñaba los coros y los himnos o las canciones populares de moda cuya letra no reñía con la ética pedagógica ni la moral familiar.

*“Sembremos caña de azúcar,
en la zona tropical
que hay en el resto del mundo
muchas cosas que endulzar. . .”*

*“Cuando la caña madura
y la empiezan a moler,
hasta el humo de la hornilla
sabe a dulce y huele a miel. . .”*

Así rezaba la letra de una canción que nos enseñó en homenaje a la región cuyo principal sostén económico y fuente de producción industrial era precisamente el ingenio azucarero de Mr. Johnston. En obsequio a la exquisitez de María Greever como autora de la mejor música popular de aquellos días, el Profr. Sarabia nos hizo aprender a coro la “Muñequita Linda” que tanto gustó a los enamorados de entonces y cubre, todavía, los tiempos de serenata de más de algún romántico galán.

*“Muñequita linda,
de cabellos de oro,
de dientes de perla,
labios de rubí. . .”*

*Dime si me quieres
como yo te quiero,
si de mí te acuerdas
como yo de ti. . .”*

Y la mandolina, tensas las cuerdas de dúctil acero, vibrando al roce de la “púa” de carey que las hacía trinar, seguía la voz y el tono del maestro y nosotros, siguiéndolos a los dos, continuábamos por nuestra cuenta:

*“A veces escucho
un eco divino
que envuelto en la brisa
parece decir. . .”*

“Yo te quiero mucho,

*mucho, mucho, mucho,
tanto como entonces,
siempre hasta morir. . .”*

Y el aplauso embelesado de las maestras que entre suspiros, recuerdos y deseos escuchaban el orfeón que atronaba el espacio interior del aula escogida para la audición de aquel día.

Terminados los cuatro años de rigor, heridos de nostalgia tuvimos que dejar la querida escuelita donde nuestras primeras experiencias de aprendices del a, b, c, se dieron placenteras. Ahora tuvimos que irrumpir en la famosa Escuela Tres, en que señoreaba la vieja fama de buen maestro de Don Marcial Ordóñez, ubicada casi en la punta Poniente de la ciudad, frente a la plazuela 27 de Septiembre y pegada, cerco de por medio, al solar bordeado de plantas de dátíl de lento crecimiento, que limitaba lo que orgullosamente solían llamar los deportistas aficionados al beisbol , el “Estadio Iturbide”.

La profesora Concha Orozco era el botón de muestra que hacía el “uno-dos” con Don Marcial Ordóñez, para meter en cintura a los desavenidos con la disciplina y el orden. Varios fueron los alebrestados de quinto grado que se llevaron en las espinillas los recuerdos de las puntas de aquellas aguzadas zapatillas de moda en aquel tiempo.

Y el Profr. Ordóñez también aficionado a la música, hacía de ella un recurso didáctico como el Profr. Sarabia, sólo que el Maestro Ordóñez tocaba el violín y no la mandolina.

En deportes el entusiasmo de los muchachos era canalizado hacia el basquetbol, principalmente, dado que había sido adscrito al plantel como maestro de sexto grado el Profr. Salvador Cárdenas Chavarín, que era figura sobresaliente en la región por su rapidez en la cancha y tino al tirar a la canasta.

Nosotros, por nuestra cuenta, preferíamos navegar con los guantes de rompe-y-rasga, los bats hechizos y las bases substituidas por piedras y ladrillos a la hora de tratar de emular a Clemente Grijalva, Jandón Bojórquez, Lito Arce, Nano Mendívil y “Marrasquín” que eran, por entonces, los ídolos de la selección que se integraba con lo mejor de todos los equipos beisboleros de la ciudad, para medir fuerzas con los “teams” que solían concertar desafíos viniendo del centro y sur de Sinaloa, o de todos los confines de Sonora, agregando a “los cuereros” de la Viosca que nos mandaba de vez en cuando, la zona peninsular de La Paz, Baja California.

Al otro lado de la vía, hacia el extremo Oriente de la gran Ila-nura que limitaba los terrenos próximos al Hotel Bienestar, precisamente a un lado del predio en que ahora se alza el palacio municipal, lucían solos, en medio del descampado, los blancos muros de la escuelita de techo de dos aguas que comandaba Don Candelario Pérez. Sin más nombre que la distinguiera en el consenso popular, el plantel era “universalmente” conocido con el sencillo nombre de “Escuela de Don Candelario”.

Llegado a la región, según creo, pero sin estar muy seguro, de tierras del rumbo de Mocorito, el maestro era toda una institución en el medio educativo mochiteco. Siempre vestido con trajes de dril rigurosamente aliñados, alto, mofletudo y jovial, traía un chascarrillo a flor de labio, un amable consejo en cada frase y, eso sí, una dura reprimenda en cada vez que el escolar desidioso se pasaba por alto sus consejos, recomendaciones y advertencias previas. Afirmaban los que caían en sus manos antes de que su paciencia hiciera crisis, que un jalón de “cachete”, tomando todo el carrillo, entre fuerte y “ahi nomás”, quería decir algo así como “agárrate porque la que sigue es la buena”.

Por eso, cuando en los días de fiestas escolares, ya reunidos los padres, alumnos y maestros, y el venerable maestro decía su breve alocución explicando el motivo de la reunión, los aplausos rubricaban siempre sus palabras con una prolongada expresión de adhesión, no sólo ¡por los conceptos de su discurso sino por su obra misma de viejo educador, y su respetable personalidad.

Y allá, por la calle Cuarta y avenida Tamaulipas, la escuela cuatro para mujeres había cobrado fama como la principal en su ramo. Parece que ésta sí podía jactarse de contar con un edificio construido especialmente para ella, con arquitectura escolar al estilo de la época.

Las niñas y muchachas de todas las edades admitidas, aparecían siempre bien presentadas, correctas, puntuales, atentas y comedidas, como forma de acreditar la fama que su hogar cultural tenía ganada. Contando con un salón espacioso para actos culturales y un paraninfo improvisado a manera de escenario, eran frecuentes las obritas de teatro escolar que en ella se estrenaban, y frecuentes también las ocasiones en que el local era solicitado por las demás escuelas para que sus fiestas lucieran más, dadas las condiciones especiales con que contaba como características.

Y por ese entonces, también, abrió sus puertas la “Escuela del Cerro”, cuyo membrete era el de “Centro Escolar del Noroeste”, en donde recibían instrucción primaria primero, y hasta secundaria después, los hijos de las familias de más desahogada posición, por cuya razón podían pagar las cuotas de colegiatura que se les asignaban, tanto para los alumnos internos, medio internos o externos.

El Cerro de la Memoria, que hasta entonces había sido la señal del rumbo en que estaba enclavado el panteón municipal o el soporte elevado del faro auxiliar de los marinos de la bahía de Topolobampo y sus alrededores, pasaba ahora a ser signo de una clasificación de la enseñanza, en que las categorías establecían ahora la diferencia de las clases sociales en las aulas escolares.

Al correr del tiempo, la ciudad creció; creció en importancia económica, en dimensión urbanística, en extensión demográfica y en necesidades culturales, hasta la fecha en que el Profr. Rafael Macías Fernández, alentado por sus buenos propósitos, por sus amigos del sindicato de maestros y por algunos líderes de las organizaciones gremiales, logró para Los Mochis la fundación de la primera escuela

secundaria de su historia.

Ahora, la ciudad es hasta sede de un sector regional de la Universidad Autónoma de Sinaloa y de la Universidad de Occidente, cobrando cada día más categoría en este terreno, pese a que muchas veces las incomprensiones políticas del momento se hayan prestado para marcar dudas en la ruta hacia el porvenir.

Y ahí está, perdurando como cimiento de lo que ahora se tiene al alcance de la mano en materia pedagógica, docente y cultural, el recuerdo de las viejas escuelitas que hemos revivido ahora, para que la historia les haga justicia; para que la gratitud pública las fije como tema en sus remembranzas para los pobres.

Una guitarra, una victrola y la banda de don Eulogio Ramírez

Mochis, con todo y tener rango de ciudad conservaba todas las características de una comunidad rural. Era profundamente sensible a la expresión romántica, y lo mismo que enternecían sus encuentros amorosos hasta las lágrimas de su juventud, que la amistad palpitaba en el trato de vecino a vecino, hasta la categoría de la fraternidad.

Ingenuamente alegre por la influencia bucólica del paisaje agrario que limitaba con sus últimas calles aledañas, el mochiteco era dado a soñar al margen de sus penurias y privaciones, haciendo caso omiso de la negatividad ambiental de sus polvaredas, lodazales, nubes de tizne y calores sofocantes. Y al volver de sus sueños, cantaba. Cantaba al compás de sus guitarras; siguiendo la melodía y la letra entonada por sus victrolas de cuerda y manivela, o a la sonora coordinación de los instrumentos de la "música de viento" de Don Eulogio Ramírez.

Y era esa banda de Don Eulogio, junto con la de "Juanón" y la de Mocerito de Margarito Lozoya, las que ambientaban las fiestas de bodas y bautizos, de despedidas y bienvenidas, y de "gustos" y serenatas, que en horas de madrugada una luna, amiga y cómplice, ayudaba a dar marco al poético cuadro en que el galán cantaba, y la dama suspiraba con su tierna sonrisa hecha promesa y la mano estirada hacia afuera de la ventana para que la caricia y el beso enamorado dieran fe del romance a cuyo ritmo latían dos corazones que ansiaban fundirse en uno.

Y al suave correr de la concertación melódica del cornetín a

media voz, el clarinete lastimero y el trombón sollozante, la voz masculinamente enamorada, en ruego ante la novia esquiva, cantaba atormentado la letra de "Cariñito". Con cadencia que casi era una plegaria, la canción se escuchaba lastimosa:

*"Yo traigo un sentimiento
que mi alma tortura;
porque tú eres la causa
de mi desventura..."*

*"Tú sabes cariñito
que por ti me muero
cómo no he de besarte
si tanto te quiero..."*

*"Cariñito, cariñito,
casi casi mi amorcito
dame un beso con tus labios
que son de coral. . ."*

*"En mis noches de plata
cuajadas de estrellas,
se pierden a lo lejos
mis tristes querellas.
Tú sabes cariñito
que por ti me muero. . ."*

Y la botella compañera del verde "píper", de moda junto con el anizado "Del Chango", ofrecía el consuelo de su licor dulzón y el recurso artificial para seguir gozando, mientras regía el empeño de lograr la felicidad sufriendo.

Traducida en la página anterior la copia de una de cualquiera de aquellas noches mochitecas, propias para un capítulo de novela rosa, la emoción sigue en remembranza a las fiestas familiares en que la victrola RCA Víctor, con su dotación de discos "Polydor" y su megáfono de lámina labrada a manera de gran embudo, ambientaba la alegría juvenil al compás del "fox-trot", del "chárleston", del tango, que eran los ritmos del día.

Y los matices chillones y gangosos de las grabaciones imperfectas, lanzaban al aire las melodías de "Diabla", "Besos y Cerezas", "Ventanita Morada" y la "Varita de Nardo", mientras las parejas bailaban "de cachetito" con cortos pasos laterales, que solían rubricarse cada dos o tres compases, con el "atrevido" movimiento de la clásica "colita de pato".

Y en las clásicas parrandas entre amigos, el par de "guitarreros" concertándose a dos voces triunfaba cantando "El Mundo Engañoso" cuando de su ronco pecho se oía el:

*"Vengan jilgueros, pajarillos a estos prados,
entonaremos nuestros cantos con placer;
porque comprendo que el gusto se me ha acabado,
en este mundo todo ha sido un padecer. . ."*

*"En otros años yo me hallaba en otra esfera
en que a cualquiera le podía yo hacer un bien,
pero hoy me encuentran y ven como a cualquiera
y casi es costumbre que ni el buen día me den. . ."*

*"Así es el árbol cuando está de hojas copado,
todos se van a su sombra a veranear;
viene el invierno, llega a quedar despojado
y nadie se acuerda de que allí se fue sombrear. . ."*

*". . . Ya me despido porque vengo de visita
y les suplico que me otorguen el perdón.
Les aseguro que en parroquia o capillita,
a cada santo se le llega su función. . ."*

Y el "Cancionero Picot" llevando a todos los hogares la letra de las canciones en boga, le daba a la vida su sabor musical. Y los chicles "de papelito" que en su Botica del Pueblo de junto al mercado, vendía "a la plebada" Lupita Barreda, traían bien impresas a manera de obsequio, en finos papeles transparentes, las canciones populares más de moda. Una muy socorrida por las muchachas era "Menudita" cuyos versos decían más o menos así:

*"Menudita, como flor del campo;
esbeltita, como una varita
de nardo fragante,
al amanecer."*

*"Así te vieron mis ojos
menudita, esbeltita.
Así te llevo en el alma
y en el corazón. . ."*

Pero el que con más devoción se escuchaba en labios del pueblo, a toda hora, en todas partes, fue, en su tiempo, el corrido de la muerte del aviador mexicano Emilio Carranza.

Con lujo de detalles, la prensa de actualidad entonces, anunció que el Capitán Piloto Aviador Emilio Carranza, tratando de dar una muestra de buena vecindad y franca amistad a nuestros "primos" del Norte, planeaba llevar a cabo "un vuelo de buena voluntad", despegando del campo aéreo de Balbuena, en la ciudad de México,

para dirigirse y llegar sin escalas, a la ciudad de Nueva York.

Llegado el día de la fecha, las autoridades y el pueblo mexicano se dieron cita para estar presentes en la ceremonia de despedida y ser testigos del despegue del histórico vuelo.

Con la pericia y destreza de un consumado amo de su máquina y del espacio, el hábil aguilucho mexicano, sorteando todos los problemas de una empresa de semejante magnitud, llegó con éxito hasta tomar tierra en el aeródromo de la Babel de Hierro, donde representantes del gobierno yanqui y de nuestra representación diplomática allá le dieron la bienvenida, colmándolo de parabienes y felicitaciones. Pero para rubricar su hazaña, tenía que llegar en otra corta travesía que se antojaba sin problemas, a la ciudad de Washington donde debía hacer presentes al Primer Mandatario Norteamericano, los respetos y el saludo afectuoso del Presidente de México.

Tripulando con toda calma al "México-Excelsior", como fue bautizado su avión, despegó con buen tiempo, enfilando la proa hacia la capital yanqui.

Sin embargo de la confianza y la esperanza, el mal tiempo imprevisto se interpuso en su ruta, y horas después el país del norte y nuestra república entera, eran informados del trance fatal en que nuestro héroe del espacio había sido abatido por un rayo en medio de un aguacero torrencial y una tempestad eléctrica indescriptible.

Los juglares y aedos del pueblo, poniéndole alas al corrido, cantaban por calles y caminos:

*“...como una lluvia de los infiernos,
estallan rayos en derredor;
pero Carranza sigue sereno.
Confía en el cielo y en su valor. . .”*

*.. Como una pluma que lleva el viento,
mira Carranza su avión volar,
mas surge un rayo del firmamento
poniendo al drama punto final...”*

Y en un segundo texto, debido a la inspiración de otro autor, otro corrido cantaba:

*“...Este es el corrido de Emilio Carranza
que murió volando tras de una esperanza.
Y el Águila Altiva llevó a Nuevo York
un ramo de oliva de paz y valor. . .”*

*“...Carranza, Carranza
tu pueblo te llora;
tu trágica muerte
tu patria deplora.*

Y en dos nuevas tragedias diferentes pero de designios similares, al correr de los años otros dos valientes pilotos mexicanos, siguiendo sus pasos en malogradas empresas, habrían de perder la vida también en vuelos de buena voluntad. Ellos fueron Pablo L. Sidar y Francisco Sarabia, en aguas de Puerto Limón, Costa Rica el primero, y en la turbulenta corriente del Río Potamoc el segundo, en tierras de la Unión Americana.

Un pueblo ante la tumba de Bachomo

La silente y solitaria Mansión de los Muertos, el panteón de Los Mochis, había cobrado vida inusitada y repentinamente.

Un hervidero de gentes iba de acá para allá limpiando tumbas, repintando cruces, saludando parientes y reviviendo viejas amistades, mientras la voz grave de las "rezanderas" era coreada por la respuesta ritual de los "dolientes" que elevaban sus preces al creador por el eterno descanso de las almas que allí reposaban.

Deudos sensibles al recuerdo de los días vividos al lado de los que se fueron de este mundo, sin poder contener un sollozo enjugaban una lágrima emotiva y pronunciaban una oración piadosa.

El concurso multicolor de las coronas de flores de papel crepé daba, tal vez sin proponérselo, un toque de esperanza y optimismo en medio en aquel ambiente de recogimiento y devoción.

La chiquillería que acompañaba a los mayores en aquella incursión de fidelidad al recuerdo, ajena quizá, al fin religioso de la visita post-mórtem, reclamaba insistentemente en dádiva, dinero "suelto" para la compra de una melcocha, una bola de "ponteduro", un vaso de agua de chíá o un cartucho de cacahuates garapiñados. Algunos otros, haciendo escondites de bóvedas y monumentos, jugaban a las escondidas, ajenos a las congojas remembrantes que rendían pleitesía a la memoria de los muertos queridos.

El Cerro de la Memoria que alza su mole al costado oriente del camposanto lucía como novedad la maciza y alta estructura de un faro giratorio que desde su cumbre barría el horizonte con su haz luminoso,

anunciando a los viajeros distantes y a los marinos navegantes que entraban y salían a la bahía de Topolobampo, el punto de coordenadas en que se alzaba la ciudad mochiteca.

Por más que un camino en espiral facilitaba el subir y bajar del promontorio, vecinos penitentes cumplían “mandas” cargando auestas una piedra de tamaño regular para llevarla como ofrenda a la tumba de Felipe Bachomo, sepultado en pleno corazón de la ciudad, entre los carriles de la vieja vía del ferrocarril Kansas City México y Oriente.

Era fama entre los creyentes, que el ánima del caudillo indígena, fusilado en un día aciago de los avatares de la Revolución, por órdenes del superior gobierno era milagrosísima entre las que más, y debido a ello el “día de muertos” el túmulo de su sepulcro se cubría de flores, coronas, velas y piedras traídas del cerro, mientras una sinfonía tonante de cohetes explosivos rasgaba el cielo con su sisear previo al tronido luminoso que se disolvía en un breve flash de fuego para concluir, definitivamente, con el descenso de la vara ya inútil.

Una anciana que frisaba ya los 70 años, auxiliada por su nieto que apenas apuntaba los siete, venía desde temprano, después de haber bajado trabajosamente del Cerro de la Memoria, dando muestras de fatiga irresistible, por más que su gentil descendiente “le ponía aire” con un rústico abanico de hoja de palmera recortado a propósito para este menester. Pero no se desanimaba. “Ya vamos llegando, hijo”, decía con voz esperanzada, mientras apoyaba la mano huesuda sobre la cabecita del nieto consentido, sonriendo trabajosamente, sentada sobre la misma piedra que traía en penitencia para donársela en premio a Bachomo, por haber hecho que su hijo, ausente por muchos años, le enviara recientemente una carta informándole que radicaba en Sonora, por el rumbo de Agua Prieta, y que confiaba poder venir a visitarla dentro de poco.

Un viejo soldado de las huestes del jefe indio muerto ahora, sentado sobre el túmulo, un tanto irreverente, tañía una vieja guitarra entonando viejas canciones de la revolución, mientras entre trago y trago de mezcal se enternecía hasta las lágrimas, pensando en no sé qué episodios de la gran gesta popular, en que el bronco indio Bachomo había salido por los fueros de los hombres de su raza, alentando la quimera de un triunfo imposible, en que él podría ser el arquitecto de la victoria y el cacique indiscutible de su tribu.

Y aún fuera de la época de los primeros días de noviembre en que el recuerdo de “los fieles difuntos” cumplía su efeméride anual conforme al rito tradicional del catolicismo, los “cumplidores de mandas” acudían con regularidad, día con día, ya que el ánima bendita no dejaba de atender las rogativas que sus cofrades elevaban a su piedad, pidiendo el favor de un “milagrillo”.

Sin embargo, las máquinas del tren pasaban de lado arrastrando sus convoyes cargados de leña, caña, comestibles y demás satisfactores que el exterior hacía llegar a la ciudad para resolver sus necesidades

cotidianas. Se estremecía el terreno al paso de la mole rodante que jadeaba, perturbando la paz del descanso que los restos del indio reclamaban, a través de la invocación de las oraciones que en su honor elevaban los fieles creyentes.

La tumba de Bachomo era una reliquia definitivamente integrada a la esencia de la ciudad, y hubiera sido una tremenda irreverencia, en aquel tiempo, pensar siquiera en remover los restos respetuosamente guardados, a cualquier otra parte del área citadina.

Pero el tiempo corrió; el fervor y la devoción por la reliquia mortuoria se fue diluyendo poco a poco, y cuando el progreso urbanístico resolvió que la línea ferroviaria debía ser desviada para trazar a lo largo de su extensión un moderno boulevard, los pesados camiones "de volteo" hicieron acto de presencia y recogieron sin recato alguno, las piedras que a través de los años la feligresía había depositado en homenaje a Bachomo. No se supo si los restos del caudillo mayo fueron exhumados y depositados en otra parte, o simplemente se dejó que el paso de motoconformadoras y aplanadoras borrarán la huella del sepulcro venerado.

Lo cierto es que el culto a Bachomo entró en crisis desde entonces y el manto piadoso del olvido fue acabando, lentamente, con la folclórica modalidad religiosa de los mochitenses de aquel tiempo.

A estas fechas, es seguro que fuera de las citas que los maestros suelen hacer en sus clases de historia, en ninguna otra ocasión se recuerda al héroe indígena que, con devoción étnica, protestó con energía objetiva contra el mal trato de que se daba a las huestes de su tribu.

Nadie, de los miles de viandantes peatones o traficantes consuetudinarios en vehículos de motor, que van y vienen, pasando por las proximidades del cruzamiento, al oriente, del boulevard "Rosendo G. Castro" y la avenida Cuarta, sabe siquiera que allí reposaron los restos del soldado rebelde, y que su ánimo bondadoso y milagroso hizo posible que, "con su intermediación", las penas del pueblo fueran menos y, tal vez, más llevaderas.

Los tiempos ahora son muy otros, y por más que todavía hay grandes sectores del pueblo que confían sus congojas a la divinidad y sus obligadas brigadas de auxilio de vírgenes, santos y ánimas benditas, hacen su luchita por otro lado también y acuden a la amigable composición, a los sindicatos de resistencia y al pronunciamiento de los tribunales, para que las tergiversaciones del derecho y las desviaciones de la ley sean corregidas como el Estado moderno lo establece.

Sobre todo, los que pensaron por algún tiempo salir de pobres con sólo asistir a misa, darse golpes de pecho y meterles veintes como limosna a los cepos de las iglesias, ya se convencieron que "no es por ahí", y han cobrado plena conciencia de que ni la venta del alma al diablo se puede intentar, debido a los degradantes y feos abusos a que han llegado ciertos vivales incrédulos, aprovechando lujuriosamente la ciega fe y la ignorancia de los demás.



Y surgió en Los Mochis el barrio del pecado

La comunidad de Los Mochis, todavía en la segunda mitad de los años veinte, era un pueblón en proceso de integración, con un plano regulador de su desarrollo urbano trazado a futuros con mucha visión, respecto de su creciente desenvolvimiento demográfico.

No menos de 15 calles transversales, orientadas de sur a norte, marcaban la dimensión del pueblo, contados como tales los cursos de los 4 largos canales, el 5, 6, 7 y 8 que regaban los campos cañeros de la zona sur que se extendía más allá del Hotel Bienestar, del Campo Tres, del barrio de La Sinaloa, y la Colonia Inés.

En su longitud de oriente a poniente, se contaban alternadamente calles y callejones, las primeras con nombres de estados de la república y los segundos con nombres de municipios sinaloenses, y así teníamos avenidas Ferrocarril, Sonora, Chihuahua, Tamaulipas, Coahuila, y Veracruz, y callejones El Fuerte, Mocorito, Badiraguato, Cosalá, Elota y Culiacán.

Por el límite occidental de la cuadra en que estaba enclavado el mercado citadino, corría el canal seis bordeado de álamos enormes que refrescaban el ambiente y daban albergue de descanso a los zanates y tórtolas a la hora del sesteo de mediodía.

Tres cuadras al poniente del mismo mercado, conducía sus aguas hacia el sur el canal siete, sobre cuyas márgenes a la altura de la avenida Sonora, se levantó un gran cobertizo techado y cubierto por los lados con lámina galvanizada, destinado a instalar en él un

moderno taller de carpintería, que a la postre no prosperó, para transformarse luego en el Hotel Internacional. Contra esquina, Don Juan Serrano regenteaba un expendio de pescado y surtía de agua entubada a barriqueros y boteros que recorrían los barrios vendiendo el preciado líquido.

Las cantinas principales ofrecían sus caldos espirituosos en la zona aledaña al mercado, sobresaliendo las de Luis Íñiguez, Don Carlos Ramírez, Chalo González y otra cuyo propietario no recuerdo.

En medida que el pueblo crecía porque la población aumentaba, se fue empezando a “revolver el agua” por el lado de las infidelidades, y era frecuente que todos se enteraran, a través de los comadros de fondas y tendejones, de cuando una dama “mosquita muerta” había “dado su brazo a torcer” y a qué “bebederos” bajaba de contrabando Don Fulano de Tal frecuentando mujeres sin marido, o prodigando su amistad a conocidas “señoritas” que habían cobrado habilidad para “tapar el sol con el dedo”.

No corrió mucho tiempo sin que tales mujeres, mercaderes de su carne, cobraran renombrada mala fama y cargaran con la despectiva denominación de “cuscas” clandestinas.

Y por más que tal comercio no estaba autorizado por las disposiciones legales en vigor, y de que eran conocidos los domicilios en donde se concertaban y practicaban las pornográficas y adulterinas “transacciones”, el Síndico Municipal y el Comandante de la Policía dejaban pasar por alto las violaciones, pese a que en más de alguna vez el periódico local “Las Noticias”, señalara a las autoridades la inmoral tolerancia.

Pero un día, la ya para entonces llamada Ciudad Cañera del Norte, dio un paso en firme hacia su definitivo progreso urbano, demarcando el perímetro en que sería autorizado el funcionamiento de “casas non sanctas”, a las cuales habría que concentrar a todas las féminas que se dedicaban al llamado “oficio más viejo del mundo”.

Y fue así, como en la cuadra comprendida entre las avenidas 8 y 10, por la calle Chihuahua, surgió lo que la gente empezó a designar con el nombre “El Tecolote”, en mérito a que la primera agencia de prostitución legalmente establecida, adoptó ese nombre; funcionando con otras dos iguales, conocidas como “El Diablo Rojo” y “La Gloria”, que regenteaban conocidos personajes y hombres de negocios de la localidad.

Inmediatamente, y en torno de la zona del pecado, empezaron a surgir fondas, tendejones, cantinas, peluquerías, billares y otros anexos indispensables en estos casos, dando lugar a un rápido crecimiento del área urbana, hacia el oriente.

En unos cuantos años, el caserío llegó a las márgenes del canal ocho que corría como los otros, de norte a sur a unas diez cuadras del “centro”, como se conocía al enclave del mercado y sus alrededores.

La victrola como instrumento de música mecánica de la época, no respondió al reclamo de aguante que los servicios requerían en

las pistas de baile de los “salones”, en que reinaban las “damas de la noche”, y tuvo que echarse mano de la pianola, siguiendo la tradición del “Dorado Oeste” de los Estados Unidos de Norteamérica, donde el “can-can” sentó sus reales por largo tiempo.

Y de la metida del sol en adelante, estaba ahí, sobre un pequeño estrado levantado para el caso, la figura enhiesta del “pianolero” accionando incansablemente con los pies el pedal que movía el eje en que giraba el rollo perforado, por donde se introducían las finas grapas de duro acero, que al vibrar daban los tonos de las melodías para que habían sido afinados.

El fox-trot era el ritmo de moda, apto para el baile “de cachetito” y el chárleston desquiciaba a las parejas que tenían que soltarse de las manos para cumplir con los dictados de la mímica que el estilo aquel reclamaba. Los más hábiles solían introducir pasos de “tap-tap”, haciendo que las puntas de las suelas de los zapatos lengüetearan sobre el piso para darle al ritmo sonoridad de tamborileo.

Los servicios de lavado y planchado de ropa, preparación de alimentos y otros por el estilo, permitieron a muchas familias establecerse buscando las proximidades de la zona roja, como forma muy especial de “modus-vivendi”, ya que la clientela femenina de ella era un sector de población cautiva, pues a la asilada en aquellos tenebrosos establecimientos no se le permitía salir ni siquiera a las calles próximas del barrio, con excepción de los jueves por la mañana, en que se les dejaba circulación libre por toda la ciudad, a fin de que pudieran atender su salud, visitar amistades y parientes y hacer, en los establecimientos comerciales, las compras necesarias de ropa, objetos de tocador y chucherías.

La tranquilidad de muchos barrios volvió a sus cauces de decencia original, una vez realizadas las redadas acostumbradas en estos casos, pero el tramo de la calle Chihuahua, entre avenida 8 y la 10, quedó vedado al tránsito de mujeres de bien, ya que lo que se veía u oía al pasar por los establecimientos mencionados líneas arriba, no era espectáculo apto para retinas ni tímpanos decentes.

Y después de todo, sí constituyó un gran paso la medida, por cuanto que limitó en mucho la contaminación moral a que se exponía a la juventud de ambos sexos, en los barrios en que funcionaban las “casas de cita”, donde las mujeres de mala nota sentaban sus reales.

Cierto que el clandestinaje siguió existiendo en tales y cuales sitios, pero la discreción obligaba ahora a la morijeración de la conducta.

Y como novedad, tal vez exclusiva y única en todo el noroeste de la república, apareció, espontánea pero también controlada por las autoridades policíacas, media cuadra al poniente de la definida zona roja, un barrio habitado también por suripantas, pero éstas dedicadas a servir únicamente a clientes chinos. “Las chineras”, era el nombre genérico con que se les conocía entonces.

Considerando como rareza y temeridad las tendencias de aquellas damas "galantes", los vecinos las trataban poco, más que todo por el hecho de la prostitución en sí que por prejuicios raciales. Sólo los más "liberales" solían detenerse a saludarlas a veces y a entablar con ellas breves charlas en plena calle, alentando ciertos aires de exhibicionismo, y nada más.

Algunos orientales, aprovechados de la presión social que acosaba a sus adictas, con frecuencia las trataban mal, obligándolas a salir a recibir la paga a las puertas mismas de sus "cuartos", para que todo mundo se diera cuenta de su afición por ellos.

Si ahora este escabroso problema de la prostitución, se desarrolla bajo control de las autoridades, tanto administrativas como de salubridad, no podemos considerar que en el aspecto legal del funcionamiento de casas de asilo para mujeres de la vida pública, estén incluidos todos los lenocinios existentes, pues por sabido se calla que muchos siguen actuando solapados, y quien sabe si hasta con el consentimiento de quienes deben prohibirlos.

¡Oh. . ., la magia del cinematógrafo !

El comentario, aquel día, entre los alumnos de la Escuela No. 5, era de una emoción subida, pues la Profesora María Teresa Conde de Hoffman estaba promoviendo la asistencia de un grupo regular de niños, a la función especial que se daría el viernes de esa semana en el "Cine Lux", en la cual se exhibiría una serie de películas cortas protagonizadas por los famosos cómicos Stan Laurel y Oliver Hardy, conocidos en el ambiente fílmico como El Gordo y El Flaco.

El pago por la entrada iba a ser de veinte centavos y ni para qué decir que la conducta de todos los escolapios mejoró en sus casas en un cien por ciento, habida cuenta que de su comportamiento en esos días dependía la preciosa oportunidad de disfrutar, por primera vez, del novedoso espectáculo.

Y el día de la cita festiva se llegó en la fecha que estaba programada. Formados "de dos en dos", tomados de la mano por parejas, enfilamos al corazón de la ciudad, hasta llegar a la calle Sonora, frente al costado Sur del mercado municipal, donde se había adaptado el local, contiguo al "salón" "La Gloria", en que Don Carlos Ramírez expendía a destajo toda clase de bebidas espirituosas.

Con la emoción en el filo del alma y a falta de asientos en número suficiente para todos, nos fuimos acomodando unos sentados en sillas y bancas, otros de pie y los más sentados en el piso, esperando el momento crucial de la iniciación de la función.

Por fin, entre un rumor de asombro, llegó el "manipulador" con su cargamento de cajas metálicas de forma circular en cuyo interior se

guardaban, celosamente cuidados, los rollos de las películas. Tomar posesión de la máquina, "montar" el rollo y anunciar de viva voz el comienzo de la función, fueron detalles de un solo acto, tras el cual los corazones infantiles empezaron a latir con fuerza inusitada al apagarse la luz, para darle a la sala la obscuridad requerida para que la exhibición fuera nítida y perfectamente visible. El silencio era absoluto y sólo se dejaba oír el rítmico jadeo de las respiraciones o el rumor de los frecuentes cambios de posición de los noveles espectadores, provocado por el estado de nerviosidad de que eran presas.

Por fin se dejó oír el ruido característico de la cámara proyectora, y en la pequeña pantalla empezaron a aparecer una serie de rápidos cuadros con cifras y números diversos indicadores para el manipulador, apareciendo a continuación los célebres personajes. Fue necesario que transcurrieran los primeros minutos para que el ojo expectante se acomodara a la vibración de la luz del primitivo proyector que habría de irse atenuando después, conforme el operador de la máquina fue tomando ritmo al darle vuelta a la manivela que regulaba la marcha de la cinta.

A los cinco minutos, el coro de carcajadas era general, aunque de vez en cuando los rostros de los niños se tornaban adustos, cada vez que El Flaco, generalmente la víctima de todos los percances risibles de cada aventura, mostraba su semblante de asombro, tristeza o resignación ante cada padecimiento.

Las caídas aparatosas, los choques de narices ante las puertas que se cierran imprevistamente antes de la salida, las equivocaciones constantes, las huidas precipitadas y los clásicos baños y pastelazos, fueron sucediéndose uno a uno, ininterrumpidamente hasta que, en forma repentina y unánime, el silencio se hizo nuevamente paralelo a una actitud de desencanto: el proyector había detenido su marcha y la luz se había encendido de repente.

"¡Huy. . . qué poquito!" exclamaron varios con desilusión; pero la voz de la maestra volvió la calma al auditorio, cuando explicó que la función no había concluido, sino que simplemente el primer rollo se había terminado y era necesaria una pequeña y rápida maniobra para hacer el cambio, insertando otro diferente.

En dos minutos más volvieron a hacerse las tinieblas y la fiesta de ocurrencias y percances chuscos se reanudó nuevamente.

La sucesión de expresiones de hilaridad, de aplauso, de protesta o de asombro incontenido, se fue dando con frecuencia regular, cuando ya la audiencia infantil se había adaptado a las características del espectáculo, dando margen a que más de algún chiquillo veterano en aquellas lides, gritara, como lo hacían los adultos, el "Cácaro deja la botella" que todos celebraban, cuando por angas o por mangas el manipulador tenía que alterar el bien correr de la película, bien porque ésta se trozaba, o porque tenía segazones, o la destrucción de algún tramo de la misma desarticulaba la secuencia de las escenas.

No hay para que aclarar que la diversión llegaba a todos sólo

a través de la vista, pues siendo aquella la época del cine mudo y no teniendo los clientes habilidad para leer los títulos de la traducción, la trama explicativa del tema de la película se iba en blanco, pero sin dejar de divertir a todos, máxime que la fuerza expresiva de los actores se hacía manifiesta, con más vehemencia y claridad, a través de los gestos y los ademanes.

Transcurrida más o menos una hora, la función tocó a su fin, mientras las alas de la fantasía transportaban a la chiquillería a los mundos ideales de su imaginación creadora, elaborando enseguida cada quien su propia película mental, en la que cada uno de ellos era el protagonista heroico, en las aventuras de su invención ad-hoc.

Después de aquella ocasión, haciendo causa común con mi entusiasmo, mi padre me llevaba con frecuencia a las funciones nocturnas de los demás cines de la ciudad, y fue así como conocí el cine "Lírico" primero y el "Royal" después, regenteados por el inmigrante griego Guillermo Pulos, o el "Elizondo" que al igual que el anterior, abría sus puertas por la misma calle Sonora, dos cuadras adelante del mercado hacia el poniente el primero, y una cuadra antes, pero hacia el oriente el otro, haciendo esquina con la calle segunda. Por esa misma calle, pero entre el callejón Mocorito y la calle Chihuahua, a media cuadra y sobre la acera oriente, estaba también el cine "Internacional" que solía convertirse en arena de box, cuando se presentaba la ocasión.

Gracias a esas oportunidades, fueron muchas las ocasiones en que asistimos para ver las típicas películas de vaqueros del Oeste norteamericano de aquel entonces, admirando las destrezas hípicas y la habilidad para disparar los pistolones de "arremangón", o los impresionantes duelos de trompadas en que se enfrascaban los ídolos de moda, entre los que se contaban Tom Mix, Tim Macoy, Buk Jones y otros de la misma factura.

Motivo de especial inquietud entre los aficionados, fue la secuencia de aquellas famosas series que duraban varios días en exhibición pasando un episodio diario, constando cada uno de diez rollos.

Recuerdo que las más famosas en aquellos tiempos fueron "La Soberana del Mundo", cuyo curso, de principio a fin tomó diez días; "El Misterio de las Nueve Dagas", que tardó ocho, y "Zurkof; El Terror de los Mares" que estuvo en cartel una semana, pasando episodios diferentes cada noche.

Años más tarde, el espectáculo se enriqueció con el advenimiento del cine sonoro, cuyo primer paso se dio con las películas "sincronizadas", en que sin oírse el diálogo de los protagonistas, sí se escuchaba claramente el golpe de los cascos de los caballos al correr, los estampidos de los disparos de las armas de fuego, los impactos de las peleas a puñetazos, los trinos de algunas aves y los gruñidos y mugidos de algunos animales. Estas funciones se anunciaban con publicidad especial, por los "gritones", apostados en las esquinas, usando como amplificadores de sonido largos embudos de hojalata

con boquilla en la parte más angosta y una agarradera a medio tramo.

De medio día para abajo era casi un hábito el escuchar en suspenso el pregón que empezaba siempre con el típico: "Para hoooooooooooooy, esta nocheeeeeee. . . en el cine. . . , etc." explicando enseguida el tema del "film" y ponderando la calidad del sonido de los últimos adelantos de la "sincronización" ". . . Oiga Ud. el galope de los caballos; escuche los disparos de las mejores pistolas del oeste. . .", solía decir el grito "publicitario".

Por un misterio, que aún no ha sido posible explicar, apareció en la voz anónima de los espectadores que protestaban por las interrupciones inoportunas de la proyección: la designación de "Cácaro", al "rayarle la jefa" al manipulador, como apodo genérico que han recibido estos trabajadores, a través de todas las salas cinematográficas del país.

Dolores del Río, Lupita Tovar, Lupe Vélez, Rodolfo Valentino y Ramón Novarro, formaban el elenco de damas jóvenes y galanes del cine gringo, en tanto que Pancho López, Carlos Orellana, René Cardona y Raúl de Anda entre otros, acreditaban con sus actuaciones al cine nacional.

Por último, como novedad en el ambiente, apareció el milagro del cine hablado, en inglés primero y en español después, dando lugar a la incredulidad de algunos y al temor supersticioso de otros, que no concebían como era posible "que los monos hablaran como si fueran gentes" sin que estuvieran de por medio las artes del demonio, o el truco sospechado de alguien, escondido dentro de algún cajón disimulado, imitara las voces de los actores.

"Pancho López, el Hombre Malo", y "Sin novedad en el Frente Canino", fueron dos de las primeras cintas habladas en español exhibidas en los cines de Los Mochis, incluyendo entre ellas otra titulada "El Fotógrafo Distraído."

Viene a la mente, como una digresión, la noche en que el mencionado cine "Internacional" fue convertido en arena, para una velada en que "El Pelón Ontiveros" y otro púgil de su mismo peso y fama, protagonizaban la pelea estrella. Sin embargo, el "lleno" de aquella función estaba determinado por el anuncio de la novedad boxística, en que haría su "debut" en el ambiente una acreditada mujer de pelo en pecho, que a falta de otra forma de ganarse la vida, se había iniciado en las artes del boxeo, por allá por el puerto de Mazatlán.

Llegado el momento de la esperada aparición, el anunciador se encaramó al "ring" y con los prolongados gritos de estilo, explicó: "Y ahora, respetable público, veremos en acción a la Dama del Box, la bellísima y aguerrida estilista Josefina Coronado, que se enfrentará a nuestro popular "Kid Chirumbo", en rudo combate a cuatro "raunds".

El aplauso que siguió se oyó seguramente hasta las playas de El Mapahui, dado que el dicho "Kid Chirumbo" era un conocido personaje del ambiente de los moquetes de paga, con el que se solían armar encuentros festivos, debido a su torpeza característica y a la de los

rivales que regularmente le escogían.

Ya en el centro del cuadrilátero gladiador y gladiadora, el réfere repitió las instrucciones de rutina, agregando como advertencia especial al "macho", que le quedaba prohibido golpear a la Coronado en la zona del pecho, por respeto a la debilidad y a lo bien formado de sus senos.

Iniciado el encuentro, éste se empezó a cargar de un solo lado, debido a que la destreza técnica de la muchacha resultaba ser mucha para la ya enunciada torpeza de su rival, dando lugar a que el público se riera a cada rato de los apuros del pobre hombre y le endilgara toda clase de cuchufletas ofensivas para su sexo y su dignidad personal.

Cuando para altura del segundo "round" las burlas habían hecho mella en el ánimo del "Chirumbo", el hombre salido de sí, recurrió al desesperado recurso de pasar por encima de la prohibición que le habían impuesto, y le descerrajó un "ópercout" a la teta izquierda de la gladiadora.

Recibir aquella ofensa y convertirse la mujer en un basilisco, fue motivo de una actitud agresiva sin precedente, durante la cual le mandó al aturdido "bóxer" toda la gama de los golpes del oficio, trayéndolo de acá para allá, mientras él se desesperaba tirando mandobles tremebundos sin lograr hacer blanco con ninguno, pues el hábil cabeceo y el veloz juego de piernas de la "dama del box", la convertían en silueta huidiza e inalcanzable.

La confrontación tocó a su fin cuando "Kid Chirumbo" logró sacarse el guante de la mano derecha mandando una feroz tarascada a los cabellos a su oponente, tratando de sujetarla para darle con la zurda aunque fuera un golpe "a su gusto", según su propio decir.

Acto seguido, la velada terminó, con el aplauso de todos.



El circo, los payasos y las fieras

En vagones y jaulas de su propiedad, jalado por una máquina del ferrocarril Kansas City, el Circo Fernandi iba haciendo su arribo al predio frente al empaque de la Matco Boy, pero al otro lado de la vía, ya en terrenos baldíos de La Sinaloa.

En término de unas tres horas, la gran carpa estaba extendida sobre el suelo, fijos en sentido vertical los dos grandes mástiles centrales y dispuestos a jalar, haciendo girar las poleas, un ejército de peones adiestrados en estas complicadas faenas de armar o desarmar la gran tienda sede del espectáculo.

Recuerdo que al siguiente día, cuando se preparaba para salir el "convite" que debía recorrer las calles y barrios de la ciudad, anunciando el "regio debut", yo, al igual que otros niños de las barriadas próximas, me hice presente ante el jefe de todo aquello para pedirle la oportunidad de ayudar a repartir los programas a lo largo del paseo publicitario, o el privilegio de regar y barrer la pista y sus alrededores, a cambio del derecho de entrar sin pagar a la función.

Cuando volvimos del "convite" nos dieron unas contraseñas especiales que debíamos presentar en las puertas de entrada, para que se nos permitiera instalarnos en "galería", según el sitio que mejor nos conviniera, pero recomendándonos que estuviéramos siempre listos por si se hacía necesaria nuestra cooperación para cualquier caso de emergencia.

Era de verse cómo, desde que las taquillas se abrían y empezaban

acomodarse los primeros espectadores, aparecía una ronda de niños y adolescentes que, a falta de dinero para comprar el boleto de entrada, buscaban un descuido de los "guardianes" para colarse por abajo de la carpa. Pero ay de aquel que era sorprendido y localizado por los vigilantes; con flexibles varejones o tramos de mangueras de hule les dejaban ir cada azote que marcaba por varios días la huella azul y alargada de los verdugones.

Para todo mundo era sabido que la primera noche de trabajo de un circo cualquiera, todos los artistas se pulían poniendo el mejor cuidado en el lucimiento de sus números, puesto que el comentario de los asistentes se convertiría en la mejor forma de publicidad entre los demás, sirviendo ellos de "bocado" sin darse siquiera cuenta, a través de la alabanza y recomendación exagerada.

Por eso, aquella noche de "debut", vuelvo a decir, cada actuación se convirtió en algo especial y nunca visto.

El hombre de los juegos malabares con sus clavas encendidas por un extremo, hacía volar tres a la vez, formando caprichosas figuras luminosas que le convertían la cara maquillada en ascua de colores, en tanto que todos fijábamos la vista casi en estado hipnótico, atisbando el riesgo de las quemaduras a que estaba expuesto el artista y que, según la leyenda que el mismo director de pista se encargaba de divulgar, había recibido en más de alguna vez, cuando había errado al tomar la clava, cogiéndola por la punta en llamas.

Luego el borrachito del alambre tenso, con su botella de licor y su sarape, fingiendo un real estado de embriaguez, caminaba tambaleándose en un perpetuo se-cae-no-se-cae, errando un paso a veces para caer a horcajadas en el hilo y acomodándose de pie inmediatamente al resortejar la cuerda por el impacto de su peso.

Y luego los payasos. Aquel famoso "Polydor" experto en dar y recibir sonoras y falsas bofetadas a mano abierta y habilísimo lanzador de la pequeña hacha que caía siempre encajada por los "gavilanes" en la cabeza de su interlocutor, otro payaso cuya peluca estaba magistralmente preparada para hacer lucir el truco, a pesar del riesgo que implicaba su ejecución.

Las Damas del Espacio solían dejarnos sin aliento también cuando equivocándose a propósito y por falta de sincronización en los movimientos, cualquiera de las tres muchachas volaban al vacío sin alcanzar a tomar el trapecio y estrellándose aparatosamente en la red protectora y fingiendo después torceduras de cuello o brazos, pero volviendo a las alturas ante la insistencia del director de pista y la fuerza de la tradición que impone como ley la obligación de hacer siempre un intento más para cumplir con el público.

A continuación los ejercicios ecuestres en que no se sabía que admirar más, si la habilidad de los jinetes o la memoria y fijación de los reflejos condicionados de los nobles brutos, que aportaban lo suyo para que el número luciera, y parecían gozar ante el estruendo de los

aplausos del respetable.

Cerraban la función, entonces como ahora, la exhibición del domador, El Capitán Brown con sus leones amaestrados, que después de hacer que las cinco bestias con que se encerraba realizaran mil piruetas, terminaba por provocar al macho más grande hasta hacerlo poner “de mal humor” y abriéndole después temerariamente las fauces con el esfuerzo de sus dos manos, metía su propia cabeza en el hocico de la fiera, exponiendo la vida sin más ni más.

Contaban que en alguna ocasión, un borrachín humorista le echó a perder el número al artista, gritando en medio del silencio expectante: “Qué gracia, ese león viejo está molacho . . .”

Como todo mundo irrumpiera en carcajadas, el domador se salió de quicio y dando por terminado el número, salió violentamente de la jaula fue en mano, buscando al autor de la puntada.

“Ya ni lo busque jefe”, le dijo el borrachito saliéndole al encuentro y simulando no haber sido él el autor del desaguisado; nomás vio el infeliz que venía Ud. a darle en todo el hocico, y salió hecho la mocha y quién sabe si a estas horas ya vaya pasando por el rumbo de la presita.

Otra nueva carcajada de los que oyeron el nuevo gracejo, y luego el desfile de salida, encaminándose cada quien rumbo a su casa.

Transcurrido algún tiempo, la ciudad se alegró con la novedad de que con la fusión de dos circos conocidos había surgido uno nuevo con más pujanza y nuevas modalidades en la diversión. Era que había llegado el circo Beas y Modelo, que habían actuado separados pero que ahora constituían una sola empresa.

Las novedades consistían en que anexa a la carpa grande del circo propiamente dicho, abría sus puertas un salón de variedades en que la atracción era la entonces “vedet” Dorita Seprano, que noche a noche lucía para deleite de la juventud “cachonda” y el raboverdismo de la legua, su bien timbrada voz interpretando las canciones más de moda divulgadas en el Cancionero Picot y decoradas con una semiencuerada estampa, que dejaba al aire unas torneadas y níveas pantorrillas apoyadas en unos rollizos y apetitosos muslos, mientras la parte del tórax sólo iba protegida por una ajustada blusa de escote pronunciado casi hasta el ombligo y unos tirantitos que sujetaban el brasier; mientras la espalda dejaba expuesta a la dueña, por su absoluta desnudez, a una imprevista pulmonía cuata.

El otro detalle que constituía también novedad, era la sección de juegos mecánicos en que además del tradicional volantín de caballitos y la rueda “ferris”, traía también las sillas voladoras, el látigo y el gusano del amor.

Era común, quien sabe si por mera coincidencia o por cálculo a propósito, que después de los circos llegaran las tribus de “húngaros” con su mercado de talismanes, sus brigadas de gitanas adivinatoras de la suerte y su cauda de magiars robustos viejos y bigotones, haciendo bailar sus pesados osos cafés al son de usadísimos panderos

con parches de cuero crudo, y viejas canciones de la tierra s'ngara.

El pueblo les temía y trataba con recelo por la magia y brujerías que decían dominar, así como por la bien ganada fama que los acompañaba de embaucadores y ladrones.

El Circo Alegría era otro de los que solían anualmente venir a hacer temporada, y aunque más chico que el anteriormente citado, gozaba de un bien ganado prestigio en la región ya que siempre su equipo de trabajo lucía bien pintado, los trajes de sus artistas mejor presentados y la calidad de sus números irreprochablemente acabada.

Solía instalar su carpa de un solo palo en un baldío ubicado en la esquina de la calle Segunda y la avenida Chihuahua, contiguo a la carpintería de Chalo González y frente al edificio de la Che- Kung-Tong ocupado por los chinos, y donde más tarde, al correr de los años, se habría de instalar la sede de los poderes municipales del H. Ayuntamiento, una vez que su cabecera fue cambiada de Ahome a esta ciudad.

El alma de esta empresa residía en la gracia y humorismo de sus dos payasos Chocolat y Yonito, en la voz incomparable de la gran cantante que se había agregado a ellos y hacía las delicias de los asistentes con bien escogido repertorio de tangos argentinos entonces de moda, y popularizados por medio de los discos grabados que difundían las victrolas de "manivela" o las pianolas con sus largos rollos perforados de papel.

*"Sonsa, me decían mis amigas, (sonaba la voz de la Soprano.)
piensa que ese amor no volverá.
Recuerda que su vida fue muy pobre
y que no tenía ni un cobre
para comprar un vestido
ni lucir en un collar".*

Y la ovación se desgranaba larga y sonora como premio a la diva, al tiempo que ella, en voto de agradecimiento, dejaba oír las notas y la letra de "La Mocosita", "Ladrillo" y otros bellos tangos, terminando con el himno sentimental de la pobreza y el desamparo, que por entonces era el tango aquel intitulado "El Golfo".

*"No he sabido jamás quién fue mi padre,
sólo sé que soy hijo del amor.
Sólo sé que al morir dijo mi madre
que era yo su vergüenza y su dolor.*

Y seguía la voz atormentada:

*"Es un vago, me dicen por la calle;
es un golfo, me dicen al pasar.
Y si grito me obligan a que calle.
Y si lloro, no me dejan llorar. . ."*

Y la garganta privilegiada de aquella dama nacida para las tablas, luciendo el largo vestido negro de ceremonia, respondía al reclamo de las chicas de entonces, que a gritos le pedían que cantara "Crepúsculo Argentino". Y un nuevo tango pasional rasgaba la atmósfera circense, entregada a los pies de aquella mujer que tan bien se hacía llegar hasta el alma popular de aquellos días, y cantaba otra vez:

*"Allá en las pampas halló sus amores,
la linda niña de las ilusiones.
Y entre la miel de un beso fue
como llegó a ella el amor.*

*La linda niña lloraba y reía,
cuando en las pampas la tarde caía.
Las estrellitas al salir la sorprendían
y le pedían que cantara su canción. . ."*

E inmediatamente después, cuando el alma de la audiencia se estremecía todavía bajo el impacto sentimental de la sesión tanguera, Chocolat, el payaso sin par, como solía ser anunciado, iniciaba su diálogo estrambótico con Yonito, con chistes tan ingenuos como aquel de que: "¿Sabes cuál es el único pez que usa corbata? No; no sé, Chocolat. ¿Cuál es. . .?"

"El pescuezo. . .Tonto, el pescuezo. . ."

Y luego, en respuesta, Yonito interrogaba: "¿Y tú sabes cuál es el mar al que más hay que temer. . .?"

No puedo precisar, contestaba Chocolat, pero creo que todos son igualmente peligrosos.

No sonso, completaba el otro, el mar que más hay que temer es al Mariguano.

Ha pasado mucha agua bajo los puentes, desde entonces, y el circo eternizado en la predilección del pueblo, sigue su ininterrumpido peregrinar de villa en villa; de ciudad en ciudad, con su vieja base programática de trapecionistas, alambristas, malabaristas, caballistas, payasos y domadores. Si acaso dos o tres números especiales auxiliados con aparatos mecánicos, introducen variantes perceptibles a las actuaciones tradicionales.

Otros niños riegan ahora las pistas; otros reparten los programas; y otros, seguramente, se dan arte y maña para colarse sin pagar por abajo de las carpas.

Pero el circo sigue igual; trashumante, andariego, alegre, trágico; cumpliendo la misión de su destino, sin detenerse nunca.

Sin llegar a una meta. Erigido en hogar de todos bajo los toldos de las carpas o en los campamentos a cielo raso al pie de los carros que conducen a la troupe a la plaza siguiente; siempre a la plaza siguiente; sin descansar; sin parar nunca. . .Nunca. . .



“La Sinaloa”, aquel barrio muy peculiar

El abigarrado caserío de modestas construcciones para trabajadores, que se extendía limitado al norte por las vías del ferrocarril y la ciudad propiamente dicha; al oeste por la cerca del ingenio azucarero; al sur por un enorme hoyanco que servía de basurero a los talleres de la fábrica, y al poniente por un jardín cercado en medio del baldío en que se jugaba fútbol y se iba del centro a los confines del Campo Tres, pasando por la escuela de Don Candelario.

Sustraída la gente de aquel rumbo a las autoridades de la Sindicatura, por una especie de rencor por la rudeza con que fueron tratados en más de una ocasión, su régimen de vida lindaba en la anarquía, y ahí cada quien se entendía con los demás como podía, y en caso de diferencias graves, el homicidio mismo solía ser una solución frecuente.

Pequeña como era la ciudad entonces, bastaban las mañanas para que las novedades del día anterior circularan de casa en casa, nutriéndose la información en los chumilcos de los chinos, en los puestos del mercado y en los sitios de espera de los burros con botas en que se expendía el agua para beber. “Dicen que en “La Sinaloa” amaneció un muerto cerca de los rieles”. . . “Y que cerca del hoyón fue apuñalado uno que nadie supo a donde fue a parar. . .”. “A espaldas de “La Comisaría” se robaron a una muchacha a fuerzas unos ensarapados. . .” “A Don Julián le robaron los pantalones con todo y dinero, tomándolos de la silla en que los puso mientras dormía fuera

de su casa al hilo de la calle. . .”.

Y así con frecuencia regular, se daban los casos delictivos sin que la policía se aventurara a perseguir a nadie, ante el riesgo de convertirse en perseguida. Las riñas y los hechos de sangre marcaban la pauta, porque las raterías no iban con el vecindario del barrio, por cuestiones de honor.

Allá, cada y cuando, se sabía de las hazañas de “El Bichi”, aquel enigmático ladrón que gustaba cumplir sus correrías completamente desnudo, para temor de madres pudorosas y núbiles doncellas en estado de merecer. Nunca se supo, por más que los robos se daban por distintos rumbos de la población, si era un solo el Caco aventurero, o el fenómeno era obra de una buena orquestada banda de “Bichis” que en forma tan rara gustaban de robar.

Fue famosa por muchos tiempo “La Sinaloa” además, porque por su calle principal, precisamente frente a la entrada el ingenio, se alzaba “La Comisaria” o tienda de raya, en que se abastecían de ciertas provisiones los trabajadores de la fábrica, a cambio de boletos que les distribuían los mayordomos como anticipo a la paga semanal, de la cual se descontaría después el importe de los artículos de primera necesidad solicitados durante la semana.

Flanqueando los terrenos adyacentes hacia el sur, se levantó tiempo después, la “Colonia Inés”, e inmediatamente enseguida la “Pablo L. Sidar”, lindando con la zona cañera del Campo Tres.

Fuera de aquel confín, pero en zona muy próxima, se levantaba el “Hospital de la Compañía”, cercano a la curva en que los trenes cañeros tomaban rumbo al sur, hacia las grúas del batey que abastecía los molinos que exprimían el jugo de la dulce gramínea, que después se convertiría en azúcar “de cuadro”, ya que por aquellos tiempos no se consumía el dulce en forma granulada como ahora.

Contaban los más viejos moradores de “La Sinaloa”, que las tropelías de pleitos a puñaladas y balazos que solían escenificarse por aquellos contornos, no era obra de la gente de bien, establecida allí formando parte de “los pueblos” de trabajadores de la United Sugar Company, sino que eran fuereños avecindados al amparo de parientes y amigos, que “no tenían amor ni querencia”, y que les daba lo mismo sentar plaza de malvivientes o salir huyendo de las venganzas familiares o el eventual arribo de “la acordada”, que sí solía meterse a las guaridas de los maleantes, a diferencia de la policía municipal que “le sacaba al bulto”.

Quedó para la historia la conducta paradójica de muchos de los habitantes de aquella barriada, que al formarse el sindicato “blanco” que promovió la empresa para ganarles el jalón a los promotores de la idea de formar una organización de resistencia de los trabajadores, se afiliaron muchos, pero después, al tomar conciencia de la significación del verdadero sindicalismo revolucionario, se alinearon prestos a sus filas, demostrando, al correr el tiempo, una actuación ejemplar de lealtad a los principios de su clase.

El error había quedado corregido.

El crimen de la campaña antichina (Un baldón en la historia)

Menguada la fuerza del sol, de medio día “para abajo”, el chino Manuel había sacado una silla a la banqueta, y recostado en la pared fumaba un cigarro “de torcer” mientras ojeaba un periódico cantonés, escrito en inextricables ideogramas verticales, que se leían de arriba a abajo y de derecha a izquierda.

“El Globo”, se llamaba la tienda de abarrotes propiedad del oriental traído a cuento, y así solía distraer su soledad cuando a media tarde la clientela escaseaba y el aburrimiento abría las puertas del sueño de la siesta. Pero él era incansable, como todos los chinos vecindados en la región; las puertas de sus establecimientos flanqueaban el paso a todos desde la salida del sol, y sólo volvían a cerrarse cuando a la hora del vésper el crepúsculo declinaba en la penumbra de la tarde avanzada.

Entrando y saliendo del mostrador a la cocina, preparaban sus alimentos a hurtadillas, y comían sobre la marcha si era necesario.

Tenían fama de tacaños y de atesoradores impenitentes de dinero, porque no gastaban en más que en su variada y rara comida, en su ropa común de todos los días, y en el pago de rentas de los locales que no lograban comprar para librarse hasta de eso.

Algunos, impelidos por la necesidad más que por el amor, solían amancebarse o casarse con viudas o mujeres en edad de merecer que, sin artes para mantenerse solas, reclamaban la compañía de un hombre que las tomara a su cargo.

Ellas solían asimilarse a la retracción social que les imponían casi siempre sus celosos consortes, y era opinión del vecindario que a los pocos años de vivir con los chinos, las mujeres mexicanas se asimilaban totalmente a sus costumbres.

Sin embargo, muchos chinos conocidos, tomando conciencia de su riqueza, construyeron casas cómodas distantes de los locales de sus negocios, y hacían vida social alternando en convivios, clubes y actividades sociales y deportivas. Leopoldo Wong y Juan Hugdson, comerciante en grande y sastre afamado, respectivamente, pueden ser citados como botones de muestra en este aspecto.

Miguel Cinco, extrovertido por excelencia y dado al comentario jocoso de los aconteceres de la vida, vivía del cultivo de sus parcelas de hortaliza, cuyos productos él mismo llevaba diariamente al mercado, enfundado en su característico atuendo de camisa y pantalón de kaki, polainas “de vuelta y vuelta” y “sarakof” ligero.

Contaba el vulgo que en cierta ocasión que el chino apareció con una acentuada irritación en el ojo izquierdo, una dama compadecida le recomendó: “Mira, Miguel, échate todos los días en la mañanita unas tres gotas de leche de “golondrina” en cada ojo, y verás cómo sanas con unas dos o tres curadas”.

Mu güeno melicina dice tú; ¿pelo cómo podel agalal pajalito y donde hállale la chichis pa ´ oldeñal?

“Miguel, por dios, respondió la dama curandera, la golondrina que yo digo es esa ramita rastrera que se da en los jardines y campos de labor. . . , no seas tonto”.

“Así sí, ahola cosa etá mejol, y ya entiende yo”, comentó sonriendo maliciosamente el chino, satisfecho de haber “carneado” a la mujer ingenua.

Leopoldo Wong, por su parte, tomó una gran afición por el beisbol y, junto con Mr. Charles Heis, un norteamericano dedicado a la agricultura “en grandes”, se constituyó en mecenas del llamado, ya desde entonces, “rey de los deportes”. Incluso siguió al equipo mochiteco en muchas de sus incursiones por el sur del estado, buscando enfrentamientos contra los peloteros de Culiacán o de Mazatlán, o por el estado de Sonora tras los “huesos” de los mayos de Navojoa, los yaquis de Cajeme, y hasta en contra de los “cuereros” del “Suela Viosca” de La Paz, Baja California Sur.

Pero hete ahí, que un día la conciencia de varios vecinos se nubló, azuzada por un grupito de hombres sin conciencia cabal de la solidaridad humana, escudado en la escalada que el callismo había urdido al tenor de la “Campaña Nacionalista Anti-China y Anti-judía”, que sólo llevaba como intención solapada el apoderamiento ilícito a favor de muchos de sus corifeos, de las grandes fortunas que manejaban los hijos del Sol Naciente en los estados de Sonora y Sinaloa especialmente, en los cuales por la tolerancia oficial, se habían apoderado poco a poco del comercio y la agricultura hortícola.

El chino Manuel, decíamos al principio, descansaba aquella

tarde, reclinado en una silla sobre la acera de su tienda de abarrotes "El Globo".

A la distancia de dos cuadras se vio avanzar de poniente a oriente, por la calle Tamaulipas, hoy Av. Independencia, un grupo abigarrado de personas con perfiles de manifestación pública, pero sin llevar las clásicas mantas y carteles en que se anuncia el motivo de estas movilizaciones. Un rumor de comentarios a media voz se alzaba sobre la multitud, sin que se pudiera percibir con claridad lo que se decían unos a otros; pero se les notaba excitados; como que se dirigían a una meta preseñalada con un propósito determinado.

Por fin, al llegar a las inmediaciones de la tienda del chino, se escuchó el primer grito: "¡Abajo los chinos!". . . ¡Viva México!

"¡Abajoooo. . . primero, y "Vivaaa. . . .", después, corearon las voces del gentío.

Cuando algunas gentes del barrio se acercaron al chino inquiriendo sobre el motivo de la algarada, el asiático contestó con voz entrecortada:

"Yo no sabel nada. Tenel miedo polque parece gente viene enojada, con colaje. Ve tú allá "bolón" y viligua de que "tlatalse", le insinuó a uno de los que le habían preguntado al principio.

Y la marcha continuaba inexorable; parecía que empezaban a acelerar el paso, como urgidos de llegar a alguna parte.

"¡Abajo los asiáticos. . .!" "Fuera los chinos que nos quitan el pan de la boca. . . ." "¡Muera la raza amarilla que degenera al mexicano. . . .!" Y así por el estilo, los gritos se repetían en el vocerío ya inconfundible.

El chino Manuel, apoyado en el respaldo de la silla, temblaba de pies a cabeza y esperaba azorado el fin de todo aquello. Nadie le había advertido antes de ningún peligro de esta naturaleza, y nada malo creía haber hecho mientras vivió en este país, que generara la repulsa del populacho en su contra. ¿Por qué la gente se había volteado contra ellos. . .? ¿Qué le iría a pasar a él y a su mujer que estaba adentro, cuando llegara la bataola. . .?

El émulo de Confucio ya no sólo temblaba; ahora estaba llorando. La mujer atisbaba desde la puerta de la cocina que daba al tendejón y también lloraba, sin alcanzar a ver nada de la amenaza que se cernía desde la calle.

Por fin, cuando estaba a unos doscientos metros del local comercial, la multitud se desbocó. En turba desordenada penetró a la tienda y uno por uno de los asaltantes empezaron a salir cargados con lo primero que encontraron a la mano. Este con un saco de harina; aquel con medio saco de frijol; el otro con un saco vacío de azúcar, lleno ahora de loza de cristal; el de más allá se conformó con tomar la punta de un mecate arrollado a un malacate, y echar a correr a ver cuántos metros lograba salvar mientras algún otro hacía un corte para volver a repetir "el chiste".

Uno, entre los más inteligentes y más ambicioso, desde luego, se encaró con el oriental acobardado, reclamándole:

"¿Dónde está la gaveta del dinero? ¿Dónde tienes las talegas de los centavos, chino desgraciado. . .?"

"Gaveta ninelo estal abajo vitlina de pan. Pelo no llevátelo todo. . .Chinito etá muy poble. Po favol ya vayáanse. . .No van dejal nada. . .Po favol, váyanse. No lobar a mí. . .Chinito muy poble. . ."

Y en medio de los lamentos que crispaban los nervios, surgió un puño abusivo y ocasionado, que se estrelló en el rostro del chino que lloraba. Unos cuatro o cinco, de los más próximos, aplaudieron la "hazaña".

Adentro, el frenesí iba amainando a ritmo que cajones y aparadores iban quedando vacíos.

Vidrios y tablas rotos cubrían el piso. El chino, tirado en la banquetta, boca abajo, lloraba su impotencia y se tocaba la cara tumefacta. La mujer sollozaba en el último rincón. Estaba en espera del asalto final, segura de que ni ella ni nada sería respetado. Rezaba. Las palpitaciones le hacían saltar la blusa en el pecho, y se oía como el sordo clamor de una emoción en derrota.

Luego, después de un cuarto de hora de desorden; del más injusto de los desórdenes, todo quedó en silencio. Los vecinos se replegaron a sus casas, temerosos de que las autoridades llegaran a hacer investigaciones.

El chino Manuel permanecía tirado en la acera fuera de sí, sin darse cuenta que la marabunta había pasado.

Al fin, su mujer se aventuró a salir para reconfortarlo e invitarlo a entrar a aquel paraíso de la ruina, creado en un santiamén por la cerrazón mental de un político jactancioso, que hipócritamente manifestaba creer en la grandeza de la raza y pérfidamente hablaba de "cruzas" negativas, como si el oficio de hombres y mujeres de aquel tiempo, fuera el de producir sementales o ejemplares de vientre para una producción comercial de tipos de primera clase.

Al siguiente día, la gente se arremolinaba en las esquinas para comentar los hechos.

En todos los barrios donde había habido chinos establecidos, había sucedido lo mismo, pero en ninguna parte había intervenido la policía.

Parecía que una consigna venida de "muy arriba", había recomendado la tolerancia criminal.

Sin embargo, el pueblo estaba indignado. Condenaba el procedimiento por inhumano e ilegal, y despreciaba a las bandas de saqueadores orquestados por las vivales que, coordinando la "operación", habían dado rienda suelta a su animalidad, aquel día de caos y vergüenza en que muchos chinos indefensos tuvieron que recibir atención médica urgente víctimas de la salvaje agresión.

Días después, se supo que todos los chinos de Sonora y Sinaloa, habían sido concentrados a la capital de la república para su repatriación.

Muchas mujeres mexicanas y sus hijos, fieles a la tradición familiar en que se formaron, corrieron la aventura y acompañaron a sus maridos emigrando a China. Y allá quedaron casi todas.

En la historia de Los Mochis, el recuerdo de aquel día quedará como un estigma que debe avergonzar por siempre a sus protagonistas.

Corría el año de 1928. . .



¡Y tomaron “Los Colorados” la ciudad!

Era un día, no recuerdo cuál, del tiempo aciago de 1929 en que el noroeste del país se estremecía por la rebelión de “Los colorados”, encabezada en esta región por el general Gonzalo Escobar, que tratando de abrirse paso hacia el Sur tomó a saco la ciudad en un resuelto intento de atraer para su causa a políticos, terratenientes y masas campesinas de los pueblos y ciudades que planeaba ir tomando.

Hasta antes de la llegada de los rebeldes, la ciudad estaba protegida por la policía municipal, un grupo de “la acordada” que me parece comandaba Justo Espinoza, y una guarnición militar acuartelada en céntrico lugar de la ciudad.

Los periódicos locales y los rumores de boca en boca, se ocupaban del avance que las fuerzas enemigas del gobierno iban logrando poco a poco, pero nadie temía que las cosas llegaran a mayores, ya que se creía que la “guarnición” que protegía la ciudad era suficiente en calidad y cantidad para parar cualquier intento de ocupación.

Sin embargo, el día que menciono nos tomó por sorpresa, cuando sin más ni más, supimos que las autoridades municipales estaban dejando precipitadamente la ciudad, que de la policía no se sabía nada y que las fuerzas del ejército tampoco estaban en su cuartel.

¿Qué era lo que estaba pasando. . .? ¿Por qué aquel desbarajuste y desorden inusitado. . .?

Todo mundo preguntaba en voz baja, pero nadie obtenía respuestas categóricas, ya que la gente temía lo que podría venir

después.

Y, de repente, los toques de corneta y redobles de tambor se dejaron oír por el rumbo de la estación.

¡Eran "Los Colorados"...!

¡Acababan de entrar a la ciudad y no había nadie que les hiciera frente!

Los ricos que habían sido avisados a tiempo, habían huido llevándose consigo el dinero que habían podido, pero dejando sin protección a sus familias. Sólo el pueblo, sorprendido, salía a ver a lo largo de las calles y a preguntar qué era lo que estaba sucediendo; pero tampoco ahora le daban explicaciones adecuadas. Algunos oficiales y hombres de tropa daban una vaga versión de la lucha contra el gobierno "porque estaba formado por arbitrarios y bandidos"; porque, según ellos, era necesario un cambio de la situación nacional para que las cosas marcharan mejor.

Y eso era todo. Lo demás era buscar gente acaudalada que "aflojara los centavos para la causa"; abrir los almacenes de víveres para avituallar a sus gentes, y hacerse gratos al vecindario repartiendo víveres a destajo.

De "La Reforma", "La Estrella", "Las Olas Altas" y otros almacenes regenteados por los chinos que dominaban el comercio local, salían sacos de harina, café, frijol, azúcar, sal, cajas de "panocha", cartones de cigarros, piezas de manta, y de "vichi", y "carranclán"; y mezclilla, y otras cosas que la multitud recibía jubilosa, ya que no se le exigía pago en cambio.

Los que tenían sus domicilios más próximos al fabuloso centro de reparto, se auxiliaban con sus familiares de confianza y repetían los viajes, ora para tomar una cosa ora para hacer acopio de otra y así sucesivamente.

Por las noches, ya nadie quiso, como era la costumbre, tender sus catres y tarimas por fuera de las puertas, en áreas de las banquetas, porque nadie sabía qué habría de pasar en las siguientes horas. Había quien aseguraba, en voz baja por supuesto, que el gobierno se estaba reforzando y que era inminente un gran combate en que la ciudad sería saqueada nuevamente, incendiada y destruida. Otros aseguraban que los rebeldes ya no tenían más gente y que los pocos que los seguían se iban a desbandar al darse cuenta de que tendrían que vérselas con una fuerza superior y que, por ende, la retirada sería de huida, sin encuentro bélico, sin consecuencias trágicas de muertos en campaña, heridos en combate o desaparecidos por causas ignoradas.

En ese estado de indecisión y suspenso, pasaron dos o tres días, hasta que, repentinamente, "los Colorados" empezaron a evacuar la ciudad.

Las apenadas autoridades municipales volvieron circunspectas a sus despachos; regresaron a sus hogares los "caguillas" que habían dejado solas a sus familias y los de la "polecía" sacaron de sus escondrijos

viejas pistolas de los tres caballos, y otra vez volvieron a ser vistos con el cuadril "caído" por el peso del "fierro".

El resguardo militar volvió a establecerse, pero ahora con otras gentes, tomadas de otra corporación y la ciudad volvió a la normalidad de antes. Sólo las existencias repartidas de las tiendas saqueadas, recibieron un "ni modo", a manera de disculpa.

Y quienes antes habían temido al monstruo de la guerra, se decían ahora: "Yo creía que la guerra era de otro modo; que las filas enemigas se ponían frente a frente y que se echaban balazos a ver quién de los dos se rendía, corría o se acababa primero". "Pero no; la guerra así como ésta que acabamos de ver, ni chiste tiene. ¿Qué es eso de que llegue un grupo en plan de pleito y el otro se salga sin hacer ruido, sin dar la cara, dejando al rival en posesión de todo; y que al siguiente día se vaya el que llegó desafiando a medio mundo, cuando supo que por ahí venían los otros con ganas de armar camorra. . .?"

"Con razón muchos llegan a jefes y oficiales sin llevar ninguna cicatriz que honre sus hazañas de combatiente a campo raso...", decía uno.

"Así, hasta yo le entro, murmuraba otro. . ."

Pero ya estando de vuelta en paz, empezaron las confesiones, las denuncias, las acusaciones, las anécdotas, los chistes crueles.

Que por allá don fulano de tal, llamándose a robado en los días de la ocupación, se declaraba en quiebra, dejando a sus acreedores con un palmo de narices; que mengano aprovechando la confusión, se tapó la cara con un paliacate, se encasquetó una gorra con una cinta colorada de "toquilla", y le exigió al vecino acaudalado en la primera noche, una cantidad por varios miles en nombre del nuevo gobierno que acababa de nacer al calor del levantamiento.

Sólo la figura de un funcionario probo salía airosa de la difícil prueba, la de Don Antonio Banifant.

Sí, porque siendo él, a la sazón, Recaudador de Rentas al servicio del gobierno del Estado que encabezaba el Gral. Macario Gaxiola, y teniendo bajo su custodia una cantidad aproximada a los ocho mil pesos de aquellos tiempos, hizo lo que pudo por romper el cerco impuesto a la ciudad por los "levantados", y en logrando su propósito dirigió sus pasos hasta la capital de Sinaloa y, ya en Culiacán, se presentó en las oficinas del primer mandatario sinaloense y le hizo entrega del dinero, contándole la odisea de que había sido personaje principal y único, para cumplir con su deber de ciudadano ejemplar a toda costa.

Afirman los que dicen haber conocido de cerca al Gral. Gaxiola que en aquella ocasión le dijo al Recaudador Mochiteco: "Mira Toño, no siempre es correcto pagar estos servicios con los diez centavos que cuesta una sogá de "ixtle" para que se cuelgue un hombre "por tonto". Yo que soy tu amigo, te felicito por honrado y espero que así lo sigas siendo hasta que te mueras. . ."

Y no estaba equivocado el Sr. Gobernador, porque cuando salió

al dominio público el santo y seña de la obra de Bonifant en el caso referido, sí hubo quienes afirmaran que el hombre estaba fuera de sus cabales, asegurando que si Don Antonio le hubiera explicado al Gobernador que los rebeldes le habían quitado por la fuerza el dinero oficial en existencia, por falta de quien le diera garantías, todos hubieran dado el hecho por cierto, sin que pesara sobre él ninguna duda ni responsabilidad posterior. Esas y otras muchas "cuentas" más sacaron los comentaristas a ultranza, en tanto que el hombre siguió viviendo con la frente levantada entre la gente y poco a poco, debido precisamente a esa acción, su personalidad fue creciendo considerablemente hasta llegar a ser el hombre estimado y respetado por todos, que vivió los últimos días de su vejez en Navolato.

Después, poco a poco, las cosas se fueron serenando y el impacto de la aventura escobarista fue fijándose en el recuerdo, tomando los caminos de la historia, con sus ribetes de comentarios contradictorios o fundamentos de concienzuda interpretación.

Como es natural en estos casos, había quien justificaba el levantamiento poniendo de relieve los grandes sufrimientos de la pobreza, la indiferencia y voracidad de los ricos ante la marcada protección y alcahuetería del gobierno, cuyos jefes principales rengueaban de la misma pata mientras, los segundones esperaban su oportunidad con ansiedad de arribistas.

Los partidarios del gobierno contradecían aquellos argumentos, afirmando que nadie de los jefes militares ni seguidores cívicos comprometidos en la algarada, habían pensado en programas de mejoramiento real para el pueblo, que todo era un esfuerzo de un nuevo "quítate-tú-para-ponerme-yo", y que lo que hacían esa clase de alborotadores era impedir que el gobierno de la revolución se afanzara definitivamente, para empezar a poner en práctica las ideas de los mejores congresistas de Querétaro, que en 1917 le habían dado vida a la nueva Constitución.

Entre tanto, muchos que se habían alistado en las filas de la rebelión separándose de sus familias y viviendo por algún tiempo a salto de mata por temor a las represalias, iban volviendo a sus quehaceres de siempre, tratando de pasar inadvertidos, desconfiando de los arreglos que amigos y familiares habían conseguido para que las autoridades les perdonaran la equivocación, con tal de que se comprometieran a vivir en paz nuevamente.

Cincuenta y nueve años han quedado atrás y aquella efeméride apenas si cuenta en las notas de los estudiosos, en el recuerdo de quienes la vivimos, y en las fichas catalogadas de los historiadores.

Sin embargo, al recordar aquellos tiempos vuelve el sabor de los ayer sobresalientes a remover recuerdos y a revivir la estampa de lo que fue y ha llegado a ser la metrópoli azucarera del norte de Sinaloa, la ya augusta y señorial ciudad de Los Mochis.

Un puesto de aviación militar en Los Mochis

Corría el tiempo del levantamiento de “Los Colorados”, allá por 1929.

Todavía estaban frescos los comentarios de las condiciones en que la ciudad había sido tomada por las fuerzas escobaristas y cómo, a los cuantos días, éstas habían tenido que salir sin ofrecer resistencia, del mismo modo que habían entrado, resolviendo el conflicto con un “empate” aparente.

Aparente decimos en lo que corresponde a los “enfrentamientos” estrictamente en la ciudad de Los Mochis; aunque por lo demás, en la batalla de San Blas y sus alrededores, las fuerzas gobiernistas obtuvieron una resonante victoria al provocar la dispersión de los efectivos rebeldes, gracias a que las fuerzas armadas oficiales contaron entonces con la valiosa colaboración de la naciente “fuerza aérea nacional” comandada en la región por el Capitán Piloto Aviador Pablo L. Sidar, que años más tarde había de rendir tributo al heroísmo mexicano cayendo con su aparato, acompañado del piloto mecánico de aviación Teniente Roviroso, en aguas de Centro América, cuando intentaban en un vuelo de buena voluntad, hacer la travesía sin escalas de México a Buenos Aires.

Decíamos que acababan de salir de la ciudad las fuerzas escobaristas y todo mundo celebraba la vuelta a la normalidad, cuando se supo que en la estación ferroviaria de San Blas estaba habiendo una seria confrontación entre contingentes armados de ambos bandos, sin que se tuviera una información más completa. Luego, cuando menos

se esperaba, la población se llenó de comentarios al correr el rumor y confirmarse después que el pequeño campo aéreo que se extendía al pie del Cerro de la Memoria, en terrenos de un improvisado campo de polo de los empleados de la compañía azucarera, se había dispuesto el establecimiento del cuartel general de aviación militar, para dar una batida decisiva a los rebeldes.

Animados por la curiosidad y corriendo el riesgo de recibir una reprimenda o algo por el estilo, mi padre, mi padrino David Obeso, su hijo Ismael y yo, que no cumplía todavía los doce años, nos aventuramos en el automóvil propiedad de nuestros parientes, a acercarnos al lugar de abastecimiento de los "aviones de guerra".

Siguiendo huellas y rumbos que los enterados habían informado a mi padre, llegamos hasta las tribunas de madera del dicho campo de polo, donde un oficial nos marcó el alto, haciéndonos señas con la mano para que nos detuviéramos.

Obedeciendo la orden recibida y notando la cara de buen humor del militar que se dirigía a nosotros, nos animamos a bajarnos del vehículo en que viajábamos, adelantándonos para saludarlo.

Señores, dispensen, nos dijo por principio de cuentas, pero han de comprender que no podemos permitirles que se aproximen más a la zona de aterrizaje y al depósito de materiales explosivos, tanto por la seguridad de ustedes como por la libertad de maniobra que necesitamos ahora más que nunca.

Gracias por la explicación, respondió el autor de mis días, pero en realidad creíamos haber cometido una imprudencia llegando hasta aquí, en las condiciones que Ud. y su gente están actuando.

Y bien, volvió a terciar el oficial, en cuyas puntas del cuello de la camisa advertíamos las "alas" conocidas como insignias de la aviación, ¿Cómo está el ánimo de la población de Mochis en relación con nosotros; está en favor o está en contra?

No puede estar en contra, aclaró mi padrino, ya que para poder vivir en paz se necesita quien garantice el orden, y el orden lo representa el gobierno en estos tiempos, concluyó.

Bueno, pues permítanme que me presente, soy el Capitán Piloto Aviador Pablo L. Sidar y la dotación de los cuatro aeroplanos que están aquí de servicio nos los han confiado para darles una correteada a los amigos esos que vinieron a hacerles pasar un mal rato, según nos han contado. Luego dirigiéndose a dos de sus subalternos que se ocupaba de acomodar tres "bombas" a cada lado del fuselaje, abajo de las alas de uno de los aeroplanos que esperaban les dio órdenes para que levantaran vuelo y dejaran caer los artefactos hacia el extremo del campo de aterrizaje.

Parece, nos explicó, que una remesa del material de ataque está saliendo mala y vamos a probarla ahora para estar seguros y desechar las cajas sospechosas.

Mientras nuestra charla se desenvolvía animosa el aparato fue puesto en marcha y elevándose sobre nosotros, dio una vuelta en

redondo y enfilando rumbo al extremo opuesto se puso otra vez de frente para cumplir las órdenes recibidas.

Y uno tras otro fuimos viendo caer los proyectiles sin que se oyera estampido alguno; sólo del último se escuchó un ruido sordo sin llegar a estallido, levantando una pequeña nube de humo y nada más.

Enseguida, en una nueva prueba, se dejó caer otra carga de bombas tomadas de otro lote confiable, y las tres que fueron dejadas caer hicieron explosión normalmente haciendo un gran estruendo, abriendo hoyancos en el suelo y removiendo tierra y ramas en los alrededores.

Dice Ud., preguntó mi padre, que tiene 4 aparatos en servicio y sólo se ven dos en tierra, ¿dónde están los demás?

Uno, respondió el Capitán Sidar, está en acción; el otro lo están desarmando unos mecánicos allá en aquel cañaveral que está a nuestras espaldas. Resulta que ayer tarde los muchachos que tripulaban la máquina, hicieron demasiada confianza y los alcanzó una bala de los alzados y les averió el tubo abastecedor de la gasolina, obligándolos a ganar altura y enrumbar hacia acá para llegar casi planeando, pero ya sin control de la máquina, sólo para caer entre las cañas que les digo. Afortunadamente los dos muchachos de la dotación salieron ilesos, y como considero que con el susto que llevaron quedó sancionada su imprudencia, no hemos tomado ninguna otra medida contra ellos. Si logramos poner en servicio su máquina nuevamente, volverán a volar de inmediato; si no, pues tendremos que remitirlos a la superioridad a ver qué dispone después.

Como para aquellas horas el día había avanzado sin darnos cuenta, más de lo que esperábamos, el piloto se disculpó despidiéndose y lamentando no tener nada a mano que dejarnos como recuerdo de aquel encuentro casual que él consideró muy alentador.

“Acepte, en último caso, este recuerdo de su amigo; consérvelo por si nos volvemos a ver algún día, le dijo Sidar a mi padre, entregándole una navaja de bolsillo en cuya cache se leía claramente su nombre”.

Nos despedimos con un apretón de manos del joven soldado del aire que hacía sus primeras armas en combate, deseándoles buena suerte a él y sus compañeros de unidad.

Días después, supimos que los aguiluchos se habían ido y que el problema de la rebelión había quedado definitivamente resuelto, al menos por aquellos días y en aquella área del territorio sinaloense.

Pasaron los años. La aviación mexicana y la patria toda se habían vestido de crespones negros lamentando la muerte del Capitán Emilio Carranza, que volando de Nueva York a Washington, después de haber consumado felizmente la hazaña de viajar de México a la Urbe de Hierro en vuelo sin escala, había sido abatido por un rayo, cayendo junto con su avión “México-Excelsior” en suelo extranjero, pero cubierto de gloria.

Ante la magnitud de la tragedia, el pundonoroso soldado y patriota mexicano, el sencillo Capitán Pablo L. Sidar con quien nosotros

compartimos tan amablemente de su parte, sintió que quedaba otro bastión al Sur en que la Patria Mexicana debía hacer perdurar su nombre con una gran empresa de amistad, y se propuso al igual que Carranza, hacer también un vuelo sin escalas de buena voluntad, de México a Buenos Aires, Argentina.

Con gran alborozo supimos de los preparativos de la atrevida travesía y contábamos por seguros que el ameritado aviador nacional saldría airoso de la prueba, aun cuando aquella parecía aventurada y temeraria. "José María Morelos" fue el nombre con que se bautizó el avión para el malogrado vuelo.

Sin embargo de la esperanza; a pesar de todo optimismo; sin que valieran buenos deseos y rogativas, la fatalidad se interpuso en el espacio, y el mar embravecido, frente a las costas de la hermana república de Costa Rica, cobró para la historia las vidas de los dos inseparables compañeros.

En alas de un corrido popular, la tragedia llegaba en la grabación de los discos de las victrolas, la letra desgarrante que decía:

*"A las cinco los marinos
avisaron que un avión,
había caído a tres millas
al Sur del Puerto Limón. . ."*

*". . . a pesar de la tormenta
los fueron siempre a auxiliar
y entre las aguas hallaron
el cadáver de Sidar. ..."*

*"Rovirosa no fue hallado
y alguien pudo asegurar
que su cuerpo devorado
fue por las fieras del mar. . ."*

Y el corrido que llegaba con su dolor público hasta la médula del sentimiento unánime de México, seguía en su secuencia musical de canto fúnebre:

*". . . todavía no se ha borrado
el recuerdo de Carranza
y hoy México está enlutado
por otra muerta esperanza. . ."*

*". . . Y así como un traicionero
rayo a Carranza mató,
así dicen que al "Morelos"
un rayo lo destrozó. . ."*

Sin poder evitar la evocación de la figura enhiesta, sencilla, noble, buena, del compatriota que con fácil palabra había departido con nosotros en aquellos días sombríos en que la guerra civil amenazaba con convertir a nuestro suelo en campo de batalla, lo recordábamos a él desde el humilde llano de provincia convertido en campo aéreo al pie del cerro non que es distintivo orográfico que luce en su cresta la ciudad de Los Mochis, lamentando el fin de aquella vida en plenitud, cuando en una misión de fraternidad inter-pueblos llevaba la mano amiga de la tierra Mexica alentada por el gesto inconmovible de Cuauhtémoc, nuestro último Emperador, para ofrecerla en saludo de un apretón de la otra mano hermana; la del gaucho argentino, amo indomable de la pampa suriana, que supo decir con toda su alma y su voz en el bravo rasguear de la guitarra y el cantar del legendario Martín Fierro.

Si fuera dable hacer alguna proposición sensata, al calor de este relato en remembranza, yo diría que el campo aéreo de Los Mochis debía llamarse "Capitán Piloto Aviador Pablo L. Sidar" como rezaba el rótulo que en la portezuela de su "libélula" de combate, la mano de un pintor anónimo trazó a petición de su parte.



“Cañeros” contra “Venados”, una confrontación beisbolera

Corría el año de 1930. . .

Era un domingo de mediados del mes de mayo.

El estadio “Iturbide”, allá en la punta oeste de la ciudad, lucía su pequeño graderío de madera protegido al frente por tela de gallinero, ya abarrotado por la clientela habitual integrada por gente “curra” que, previo el pago de los consabidos “doce reales” (un peso con cincuenta centavos), solía disfrutar la comodidad de ver sentados los juegos de las tardes beisboleras.

El resto de la afición se diseminaba por las áreas laterales, sentándose en el suelo o en las sillas y cajones que llevaban de sus casas, en tanto que los demás se apostaban de pie atrás de la primera fila, desde la proximidad de la tribuna hasta más allá de las zonas de “couchs”, trazadas con cal a la altura de la primera y la tercera bases.

El “agarrón” aquella tarde era de lujo, pues el equipo local tenía que medir fuerzas con el potente equipo mazatleco de “los patas saladas”, en cuyas filas alineaba el renombrado “Chueco Plata” con su brazo embrujado que trazaba arabescos por la ruta del “pítcher-pleit” al “jom”, donde le hacía mancuerna como “cátcher” dominguero el no menos famoso José Virgen, con categoría de muro que no dejaba pasar nada.

Poco a poco, uno que otro en “auto” propio, otros de “rait”

y los más a pie, fueron llegando los mejores peloteros mochitecos que integraban la selección local, luciendo los uniformes verdes del equipo "Chevrolet" o los cremas del "Corona Roja" que eran patrocinados por una casa vendedora de automóviles y otra distribuidora de gasolina.

Moviéndose de acá para allá, luciendo su inseparable puro que descansaba sobre la deformada comisura de sus labios gringos, míster "Charles Heis" platicaba con los jugadores, cambiaba impresiones con los aficionados, o trazaba la estrategia del juego, poniéndose de acuerdo con el súbdito chino Leopoldo Wong, con el que hacía pareja para impulsar y financiar al rey de los deportes.

El Lic. Benito Bermúdez, "ampáyer" por concesión vitalicia de la afición y de los dos magnates referidos, también echaba su cuarto a espadas departiendo con los "fans" y refiriéndoles anécdotas y sucesos casi increíbles, dados en los "diamantes", y de los cuales él había sido testigo presencial.

Al filo de la una y media de la tarde, los peloteros porteños hicieron su arribo al parque, seguidos por una cauda de fanáticos mazatlecos que, desde los confines de la Isla de la Piedra, habían venido para alentar a sus ídolos y darle sabor al espectáculo.

Ni que negar que iniciado el rudo diálogo a gritos, entre los partidarios de un equipo y otro, los mochitecos destacaban por lo "florido" de los epítetos, que remataban invariablemente, con sonoros "madrazos". Si los mazatlecos no venían precisamente de La Sorbona, y le daban también vuelo a la lengua contestando con leperada y media, quedaban a la postre muy lejos de los "oradores" locales que, con los cortadores de caña a la cabeza, podían darle "el 15 y las malas" al más conspicuo de los alvaradeños.

Por fin, terminadas las prácticas de calentamiento, el equipo de los anfitriones entró al campo para iniciar el encuentro, tomando cada quien sus posiciones.

Lito Arce, chaparero, ágil y muy seguro de sí mismo, estaba tras el "jom" con sus arreos de receptor. Clemente Grijalva destacaba desde el montículo con la majestad de su juventud veintiañera, orgulloso de la fama de su brazo privilegiado, que lo colocaba, junto con El Vara Tavizón, de Navolato y el propio "Chueco Plata", de Mazatlán, como una de las tres mejores cartas del "pitcheo" sinaloense de aquellos días.

En la primera base se apostaba con la seguridad de su mascota tradicional, el fornido Mr. George (Míster Yorch), que lo mismo se estiraba en forma increíble para atrapar un tiro corto, que le ganaba la carrera a un bateador desesperado o consumando fabulosos engarces en las nubes, cuando se presentaba la ocasión. Por la segunda base, el amo era Chico Mendivil, que lo mismo se desplazaba con maestría hacia los lados, que se adentraba por los jardines cortando "hits" casi seguros, o hacía llave para la precisión de una doble matanza.

A su derecha, por terrenos del “short-stop”, el muro era Jandón Bojórquez, brioso para prodigarse al encuentro de una rola lenta o para echarle la tarascada a un rápido “cepillo” lateral, o al descolgar una línea de las que solían pasar por su parcela, altas y rectas como cuerdas de tendedero.

En la tercera base mandaba Alfonso G. Calderón, seguro en el fildeo, preciso en el tiro a la primera e inmovible ante las barridas peligrosas de los corredores rivales que aspiraban a la conquista de la antesala, como penúltima estación para anotar una carrera salvadora. Venido, me parece de los rumbos del estado de Coahuila, Porfirio Villarreal, el fabuloso “Marrasquín”, se había constituido en guardián obligado del “left-fíelder”, especializándose en degollar “jonrones”, en lanzar sus potentes tiros al cuadro y en lucir, cada vez que había oportunidad, las alas que le daban velocidad de ensueño a sus privilegiadas piernas.

Era custodio del jardín central Pastor “El Chivas” Solano, cubriendo con gran noción de las distancias, el terreno intermedio gracias al privilegio de su gran oído y su agudeza visual extraordinaria, indispensables para coordinar, en un momento dado, los engarces sobre la carrera con los tiros a las bases amenazadas o para “amarrar”, si así se requería, a los corredores embasados.

El Mayo Armenta cumplía sus funciones de jardinero derecho, por cuyos linderos los bateadores zurdos solían hacer de las suyas, mandando “rayas” con efectos endemoniados, o rolas abiertas hacia afuera, de esas que tanta dificultad representan al fildearlas, por la incomodidad de tomar y tirar rápido, cuando se tiene el cuadro de juego al lado contrario del brazo de lanzar.

En la banca esperaban, al acecho de cualquier dificultad de los titulares, una pléyade de muchachos ya calados “que iban para arriba”, entre los que sobresalían Lico Valenzuela que era el “cácher” suplente; Nano Mendívil, hermano de Chico, que se contaba como segundo en el “staf” de picheo, inmediatamente después de Clemente Grijalva; Ramón del Cid, llegado de por allá del interior para servir de “utility”, devengando su salario entre semana como “detective” al servicio de la Comandancia de policía, y otros más, igualmente entusiastas, que escapan a la memoria.

Bateando y corriendo las bases, cobraban créditos especiales “Marrasquín”, “Jandón”, el gringo “Míster Yorch”, Calderón, Lito Arce y Chico Mendívil, aunque los demás también solían lograr sus hazañas para la causa local, en los momentos en que más se necesitaba.

Iniciado el partido, después de la presentación de los jugadores, de ambas escuadras, aquella tarde el público empezó por esperar, como era ya tradición, que el Lic. Bermúdez, desde atrás del “pícher-pleit”, tuviera ocasión de contar y marcar con la mano el primer “straik”, para gritar a coro el clásico “straik-tu”, debido a que, por un defecto físico, el flemático “ampáyer” había nacido con los

dedos índice y cordial pegados.

Con alternativas para un bando y otro, el juego tocó a su fin con una apurada victoria para las huestes mochitecas, gracias a que el ídolo "Marrasquín", en una jugada de leyenda, atrapó encaramado en el segundo hilo de la cerca de alambre que circundaba el parque por el lado oriente con la escuela No. 3 de Don Marcial Ordóñez, un leñazo mazatleco que llevaba etiqueta de "jónrón", cuando habiendo dos hombres en base se jugaba la primera mitad de la novena entrada con dos "auts", cuando el marcador favorecía apretadamente a los cañeros con cartones de dos a uno.

No hay para que decir que la locura se desbordó entre la fanaticada asistente, levantando en hombros al héroe del encuentro, al grado de que, todavía una hora después, la multitud paseaba en triunfo al pelotero excepcional, seguido por una banda de música por los alrededores del mercado municipal.

Como esta tarde de fiesta deportiva, gozamos otras muchas por aquellos tiempos, ante la calidad de conjuntos tan completos como los treneros de Empalme, los mayos de Navojoa, los yaquis de Cajeme o los naranjeros de Hermosillo, entre los que el Cochihuila Valenzuela, Manuel Echavarría, el Zurdo Alcaraz, los hermanos Lupe y Coty Leal, Laureano Camacho, Ángel Castro y otros, le daban categoría sobresaliente al béisbol sonorense.

Los curtidores de La Paz, Baja California, que integraban el equipo que patrocinaba la tenería "Suela Viscosa", incursionaban con frecuencia también por estos lares, y no fueron una ni dos las veces que el brazo prodigioso de Paz Cortés dejó constancia de su gran calidad en la estadística de sus victorias, del mismo modo que el "Chueco Zavaleta", que custodiaba el primer cojín peninsular, dio cátedra de bien jugar la posición dejando, además, el recuerdo de su rara manera de correr las bases con sus piernas de abanico abiertas hacia afuera, debido a su condición de zambo de nacimiento.

Las novenas de Culiacán y Navolato desfilaron también en ocasiones múltiples por nuestro humilde estadio "Iturbide", defendiendo los colores del Colegio Civil Rosales o del conjunto "Tres Estrellas", trayendo en sus "rósters" a atletas de la categoría de El Coyote Díaz, El Guacho Morales, El Truchas Sánchez, Robertillo López, El Vara Tavizón, Rafaelón Morales y cien más que dejaron sus nombres grabados en la mente de la afición de entonces.

Oportuno es agregar que en la vecina estación ferroviaria de San Blas, los trabajadores del riel lograron también parar un equipo de respeto en aquellos tiempos, gracias al entusiasmo de Gonzalo Villalobos y a la entusiasta colaboración que le brindaba Arnulfo Echavarría, que, no obstante la rigidez que le afectaba la planta del pie izquierdo, se daba arte y maña para acomodarse como valioso jardinero.

Así eran Los Mochis, a través de su historia deportiva, al tocar a su fin la década de los años "veintes".

Los cuatro viejos canales sobre la ciudad

Trazada a cordel la ciudad, con calles de amplitud uniforme y callejones con separación equidistante en “paralelidad” geométrica, parecía que la preocupación de los urbanistas responsables de darle forma, había tenido como propósito básico dar a los probables habitantes la comodidad necesaria para vivir sin problemas de vivienda ni de circulación, habida cuenta, en este último caso, que los vehículos de tracción animal o motriz no eran tantos que pudieran dar pábulo a congestiónamiento de tránsito o algo por el estilo.

Sin embargo, viendo las cosas con cuidado y atención, se descubre que antes de la preocupación urbanística y habitacional del aparente primer término, estaba otro interés superior original que veía al desarrollo de los factores mínimos de supervivencia, relacionados con la agricultura, como fuente principal, casi única, de producción masiva lograda en los cañaverales, en las plantaciones de hortaliza para la exportación y en las vastas sementeras en que se cultivaban granos como frijol, maíz, garbanzo y algo de trigo y cebada.

En obsequio a ese interés preponderante y para satisfacción de las necesidades de riego de las tierras de labor del sur de la ciudad, se impuso la prioridad de dejar paso a cuatro canales a lo largo de otras tantas calles, con cursos de gravedad de norte a sur, distinguiendo a cada uno con un número dígito que iban del 5 al 6, al 7 y al 8, sin reglamentación de las distancias intermedias; pues mientras el canal 5 corría por el límite occidental del caserío bordeando la Colonia Scally y limitando el Estadio Iturbide, el canal 6 seguía su curso por la calle

principal, hoy Gabriel Leyva Solano, tres cuadras al oriente.

El canal 7 corría 4 cuadras al mismo rumbo que el anterior, también de norte a sur, ocupando el arroyo de la que ahora es la avenida Santos Degollado; en tanto que el canal 8 limitaba la ciudad por el costado oriente, como a 6 ó 7 cuadras más adelante.

La comunicación de un lado a otro de los canales, se cubría por puentes instalados por las calles anchas, en tanto que por los callejones el tránsito se interrumpía cuando las vías de agua conducían a toda capacidad sus caudales rumbo a los cañaverales que reclamaban la bendición del riego casi constante, en los períodos anteriores a cada zafra.

Por los callejones sólo era posible el paso perpendicular al curso de los canales, cuando éstos se secaban y había la posibilidad de apisonar el lodo con "puentes" de ladrillos o maderos tirados de largo.

En los días que el agua empezaba a bajar, era frecuente que pequeños cardúmenes de mojarras quedaran medio inmobilizadas entre el agua baja o entre los lodazales, al igual que regulares cantidades de almejas amarillas y alargadas, para regalo de la chiquillería que en cestos y baldes solían recogerlas, y llevarlas a sus hogares, donde eran convenientemente cocinadas para alimentación de la familia.

Pasado algún tiempo se dispuso la desecación de los canales 6 y 7, quedando sólo el 5 y el 8 marcando los límites poniente y oriente de la ciudad, respectivamente.

No supe por qué medios se hizo llegar el agua a los campos labrantíos a que daban servicio estos dos canales, pero lo que sí sé es que todavía el canal 8 sigue corriendo, aunque arrastrando ahora un caudal de agua muy limitado.

El canal 5 se perdió entre el farrago urbanístico de la urbe del tizne y el azúcar, por más que ahora sólo perviva en el recuerdo de muchos, la época aciaga de los fangales callejeros y la penitencia de los lodazales de los caminos.

Miguel León López, en la época en que fue Presidente Municipal, tuvo la audacia temeraria e increíble entonces, de pavimentar la primera calle citadina con concreto hidráulico, iniciando la etapa del vertiginoso crecimiento y remodelación de la ciudad, convertida ahora, por su belleza y majestad, en una urbe de primer rango.

Han transcurrido casi tres cuartos de siglo a partir de la fecha de su fundación, y Los Mochis va cobrando poco a poco la mayoría de edad, pero conservando hasta la fecha, su tendencia de crecimiento horizontal. El avance de sus concentraciones demográficas es implacable hacia las zonas periféricas, tanto por la multiplicación natural de sus moradores tradicionales como por la inmigración de masas rurales que van invadiendo barrios día a día, en busca de la vida cómoda de las calles pavimentadas, el agua potable entubada, la energía eléctrica abundante, el drenaje citadino, los grandes centros comerciales, los planteles escolares de todos los

niveles que llevan al individuo hacia la capacitación profesional y al conocimiento de nuestro pasado histórico, artístico, etnográfico, folklórico y económico.

Los habitantes de las rancherías lejanas, una vez probado el medio de vida de la ciudad, luchan por no volver a sus regiones de escasez y limitaciones mil, aun conscientes que los problemas del desempleo, la vivienda, la salubridad y la supervivencia misma, habrán de hacerlo sufrir tanto como en las regiones de marginación de donde proceden y ponen a prueba su inteligencia, su audacia y su capacidad de adaptación, resultando que muchos logran salir airoso de la dureza, y asientan en forma definitiva un empleo estable, haciendo carreras a largo y corto plazo, o sentando plaza como artesanos y promotores de pequeñas industrias o estableciéndose como comerciantes de nivel intermedio.

La ciudad como hermana mayor en la densidad demográfica, no rechaza a nadie; pero mantiene viva su advertencia para los recién llegados: "Quédense, parece decirles, pero aténganse a su inteligencia y a su ingenio para que salgan con las palmas de la victoria después de cada ruda prueba".

Y así va; así ha ido a través de los años, ensanchándose en todos sentidos, la progresista urbe nort-sinaloense, velando las armas de su porvenir al pie del Cerro de la Memoria, constituido en testigo y aval de sus preocupaciones y triunfos, confirmando cada día su derecho al título nobiliario de "Joya del Valle del Fuerte".

Establecimientos y residencias de los viejos barrios de aquella época

Descripción numeral:

- 1.- Iglesia católica.
- 2.- Estadio "Iturbide"
- 3.- Plazuela Municipal.
- 4.- Escuela No. 3 del Profr. Marcial Ordóñez.
- 5.- Periódico "Las Noticias".
- 6.- Compañía Eléctrica de Los Mochis, S.A.
- 7.- Cine "Royal"
- 8.- Banco Internacional.
- 9.- Agencia R.C.A. Víctor de Paco Pérez.
- 10.- Sastrería de Juan Hudson, sastre chino.
- 11.- Panadería Hermanos Luna.
- 12.- Molino de Nixtamal de Clodomiro y Esteban Liera.
- 13.- Agencia de automóviles y refacciones "Sonora-Sinaloa"
- 14.- Zona de peluquerías (1).
- 15.- Cantina de Chalo González.
- 16.- Tienda de abarrotes y lencería "Las Olas Altas"
- 17.- Tienda de abarrotes y lencería "La Estrella".

- 18.- Tienda de abarrotes y lencería "La Reforma".
- 19.- Zona de peluquerías (2).
- 20.- Hotel Mazatlán.
- 21.- Mercado Municipal.
- 22.- Cine "Lux".
- 23.- Hotel Nacional de Nacho León.
- 24.- Empaque de hortalizas United Fruit Company.
- 25.- Peluquería de Chémali Gómez.
- 26.- Cantina de Luis Íñiguez.
- 27.- Cantina "La Gloria", de Don Carlos Ramírez.
- 28.- Cine "Elizondo".
- 29.- Botica del Pueblo, de Lupita Barreda.
- 30.- Tienda de abarrotes, lencería "La Simpatía".
- 31.- Botica de José S. Asato, japonés.
- 32.- Cine y arena de box "Internacional".
- 33.- Agencia Ford, del Coronel Octavio A. Serrano.
- 34.- Escuela No. 5 para niños.
- 35.- Finca de Mr. Charles Heis.
- 36.- Casa habitación de Emeterio Carlón, (agricultor).
- 37.- Agencia de bicicletas de Pedro Rojas Peñuelas.
- 38.- Casa habitación de Camilo Carlón (político y agricultor)
- 39.- Estación de ferrocarril Kansas City México y Oriente.
- 40.- Empaque de legumbres Mateo Boy y Compañía.
- 41.- Cárcel Municipal
- 42.- Sindicatura Municipal.
- 43.- Taller de carpintería de Chalo González.
- 44.- Logia Masónica China, Che-Kun-Tong.
- 45.- Depósito de vinos "La Viña", del Sr. Ríos.
- 46.- Taller de Carpintería de Tomás y Sebastián de la Rocca.
- 47.- Hojalatería de "Carlitos" López.
- 48.- Panadería "La Nayarita".
- 49.- Barrio de "El Huizachito", donde estaba mi casa.
- 49.- Bis.- Residencia de la familia Leyson Pérez.
- 50.- Escuela de Don Candelario.
- 51.- Empaque de legumbres Stern Marketing Company.
- 52.- Hotel Internacional.
- 52.- Bis.- Hotel Bienestar.
- 53.- Botica "Guadalupana", de José Páez.
- 54.- Zona de tolerancia de Las Chineras, (solo para asiáticos).
- 55.- Peluquería de Toño Obezo, mi padre.
- 56.- Cantina La Paloma.
- 57.- Zona roja, Salón la Gloria.
- 58.- Zona roja, Salón El Tecolote.
- 59.- Zona roja, Salón El Diablo Rojo.
- 60.- Destilería rústica de vino mezcal, El Puertón.

P.D.- Los nombres de calles y callejones precedidos por signos de

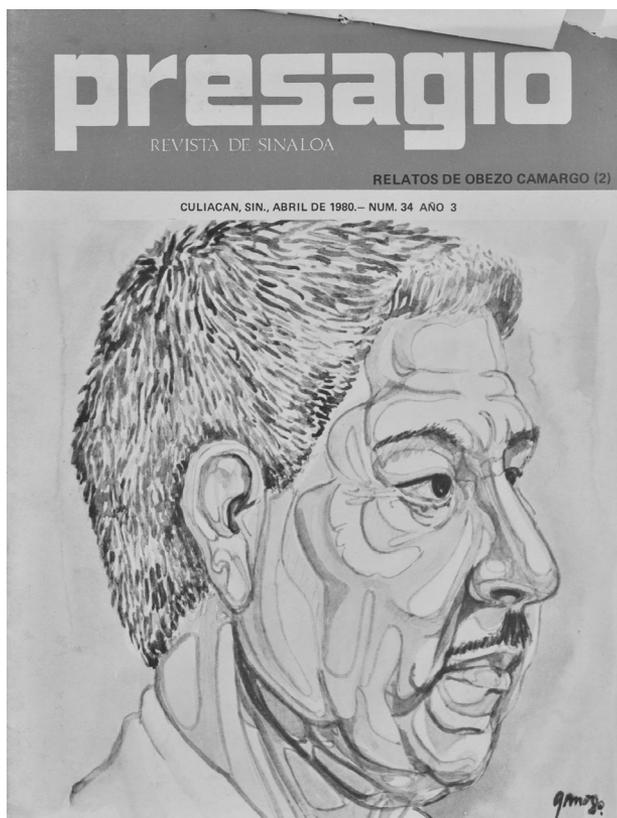
Cipriano Obezo Camargo

300

Anexo









Cipriano Obezo Camargo

Cipriano Obezo Camargo Maestro de maestros, hombre incansable en el quehacer educativo.

Nacido en la comunidad indígena de Alhuey, Angostura, Sinaloa, el 26 de septiembre de 1918, emigró con su familia a la ciudad de Los Mochis de este mismo estado, en 1922, y permaneció allí estudiando el ciclo de educación primaria hasta el 4to. grado, a la vez que asistió como aprendiz, primero a una carpintería y a una panadería después. Al quedar huérfano de padre y madre vuelve a Alhuey al lado de su abuela materna, iniciándose en las faenas de peón agrícola a partir de 1932.

A escondidas de su abuela y tíos que no le permitían trasladarse a la ciudad de Culiacán para continuar sus estudios y pidiendo "raite" llega a la capital del estado en 1934 logrando su inscripción como alumno del Internado que sólo recibía niños huérfanos o pobres de solemnidad, donde concluye su educación primaria. Posteriormente ingresa al Colegio Civil Rosales inscribiéndose en la Escuela Secundaria de Normal para iniciar la carrera de profesor de enseñanza primaria.

Al evolucionar el Colegio Civil Rosales a Universidad Socialista del Noroeste, el movimiento estudiantil organizado para exigir el cese de la represión ejercida por el Gobierno del Estado, le lleva a la presidencia del Comité de Huelga que para el efecto se organiza en marzo de 1938, siendo suspendido en represalia, tanto en la universidad como en el internado, asimilándose para estas fechas a la lucha por reparto de las tierras a los campesinos pobres y la organización de Sindicatos de Trabajadores Rurales.

Tiempo después sienta plaza como maestro rural federal con sueldo de 80 pesos mensuales en la comunidad de La Noria, en los altos del municipio de Culiacán, prestando después sus servicios en las escuelas primarias federales de San Antonio y la Primavera, del municipio de Angostura, Cofradía de Tamazula del municipio de Guasave y Otameto, colonia Ejidal y colonia El Vallado del municipio de Culiacán, dejando en todas ellas una huella imborrable en su paso por esas instituciones educativas.

En 1939 es electo Secretario de Organización del Comité Ejecutivo Estatal de la Sección XXV del Sindicato de Trabajadores de la Enseñanza de la República Mexicana (STERN).

En 1943 es nombrado Oficial Mayor de la Liga de Comunidades Agrarias del Estado de Sinaloa, para posteriormente, en el año 1947, ser electo Secretario de Trabajo y Conflictos del Comité Central de la Federación Nacional de Estudiantes del Instituto Federal de Capacitación del Magisterio, a cuyas aulas recurrió para terminar su carrera de profesional, pasando a radicarse a la ciudad de México.

Para 1949 se le designa auxiliar del profesor Juan Pablo Sainz Aguilar, presidente de la Comisión de Educación del Comité Central del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación radicándose también en la capital del país. Dos años después es designado representante de la Secretaría de Educación Pública ante la Comisión Estatal de Escalafón en Sinaloa, posteriormente pasa a la Universidad de Sinaloa como maestro de tiempo completo, a instancias del rector, Dr. Jesús Rodolfo Acedo Cárdenas, pasando a formar parte del Consejo Universitario como consejero por la Escuela Secundaria para Obreros, cuya fundación promovió junto con un grupo de maestros que se ofreció a trabajar gratuitamente en 1958.

En 1963 la Asamblea de Maestros Universitarios lo elige presidente de la Sociedad General de Profesores, siendo reelecto más tarde, para el período siguiente.

En 1954 se inicia como estudiante de la Escuela de Derecho y Ciencias Sociales de la misma Universidad de Sinaloa, terminando la carrera de abogado en 1959. Siendo alumno de tercer grado de esa institución promueve y logra la realización de un seminario en la ciudad de México, con el propósito de observar los métodos de aplicación del derecho penal y el sistema penitenciario en el Distrito Federal, financiando dicho ciclo de estudios extraescolares el Supremo Tribunal de Justicia del Estado y la Universidad de Sinaloa.

Logra enseguida su adscripción como catedrático de la Escuela Técnica Industrial No. 23 (antes escuela Prevocacional), y de la Escuela Normal de Sinaloa.

Figura como asesor del Comité Ejecutivo de la Sección 53 del SNTE en el período que el profesor Eduardo Alfonso Garrido Achoy es Secretario General.

En 1975, a petición del profesor Juan Rodolfo López Monroy, entonces Secretario General de la ya mencionada Sección 53, formula

el Plan Estructural del Departamento de Asesoría del Magisterio, pasando a formar parte del cuerpo de abogados consultores del mismo.

A partir del 1ro. de abril de 1979, el profesor Jesús Manuel Ibarra Peiro, director de Educación del Estado, lo designa asesor para promover la actualización de la Legislación Educativa y ayudar al impulso de la actividad pedagógico-cultural en Sinaloa.

A partir de enero de 1981, el C. Gobernador del Estado, Antonio Toledo Corro, lo nombra director de Educación Media, y al siguiente año lo designa director general del Colegio de Bachilleres del Estado de Sinaloa. Posteriormente es nombrado, a título gratuito, Secretario Técnico del propio Colegio, sin separarse de la dirección de Educación Media.

El campo pesquero de "Costa Azul", Angostura, impone el nombre de "Cipriano Obezo Camargo" a la Escuela Secundaria del lugar, de igual manera tiempo después el pueblo de Angostura inaugura su colegio de bachilleres adjudicándole el mismo nombre de tan distinguido maestro.

A principios del año en curso atiende a título de interino, la Secretaría Particular del Dr. José Mariano Carlón López, Secretario de Educación Pública y Cultura.

Como representante sindical del magisterio sinaloense, participó en dos congresos nacionales celebrados en la ciudad de México, uno en Durango, otro en Cuernavaca y uno más en Acapulco.

En el área de Comunicación Masiva, sirvió como comentarista de temas políticos y sociales en la radiodifusora XECQ; como columnista de los periódicos "La Palabra" y "La Voz de Sinaloa" y como colaborador de planta de las revistas "Expresión", "Diálogo", "Élite Social" y "Presagio".

Participando en actividades literarias, obtuvo 1er. lugar en los Juegos Florales del PRI, en 1953; 1er. lugar, en 1954, en el certamen convocado por el Comité Pro-Exaltación a la Madre, en Mazatlán, Sinaloa, y 2do. lugar en el Concurso de Cuento patrocinado por la Asociación de Periodistas de Sinaloa en 1977.

Concurrió representando a Sinaloa al Concurso Nacional de Oratoria convocado por el SNTE en 1957 obteniendo diploma de participación especial.

El 19 de mayo de 1978, el H. Ayuntamiento del Municipio de Guasave lo declara ciudadano distinguido, por su participación en el jurado calificador de los Juegos Florales de ese año.

El H. Ayuntamiento de Angostura, el Club Caoba A.C. de Alhuey, Angostura, Sinaloa, el Ejido local y un nutrido sector de organizaciones campesinas de la región le ofrecen el 17 de diciembre de 1980 un homenaje de reconocimiento por su labor en el magisterio, en el periodismo, en las letras de Sinaloa y en su lucha en favor de los campesinos pobres.

Publicó en los números correspondientes a los meses de marzo

y abril de 1980 de la revista Presagio su libro titulado "Estampas aborígenes de mi tierra", publicando posteriormente "Los viejos barrios de Los Mochis viejos", "Lira andariega", "Tras la huella del indio" y "Ahora sí, ya le entiendo al mayo Lencho".

Después de haber sufrido durante varios años una enfermedad que le impidió seguir sus actividades acostumbradas, nos abandona físicamente el 30 de abril de 1995. A partir de esa fecha continúan una serie de reconocimientos en su honor, ya que como se menciona en páginas anteriores, Cipriano Obezo Camargo fue motivo de varios homenajes que recibió y disfruto en vida.

El pueblo de Angostura realizó un homenaje póstumo, así como una mesa redonda, la presentación de un museo fotográfico, pasando después a la inauguración de la biblioteca del pueblo de Alhuey con su mismo nombre.

DIFOCUR hace un reconocimiento presentando en su biblioteca "Dos angosturenses en la historia y la literatura: Cipriano Obezo Camargo y Herberto Sinagawa Montoya".

El alcalde de Culiacán, Sadol Osorio Salcido, honró al Profr. Cipriano Obezo Camargo, imponiendo su nombre a una de las calles ubicada dentro del desarrollo Tres Ríos.

Cipriano Obezo Camargo personifica en sus orígenes y en su destino al maestro rural mexicano que convirtió la escuela en casa del pueblo, luchó contra la extremada pobreza de las masas campesinas y contra las pésimas condiciones de salud de la población rural.

Dirigente estudiantil, luchador social, forjador de ejidos, maestro, dirigente sindical, abogado, periodista, orador, poeta, literato y todo ello con la modestia de los hombres de su pueblo y el sabor impregnado a tierra fértil de Angostura.

Pobre nació y pobre murió porque nunca sus manos se mancharon con el dinero ajeno, fue un hombre probo a carta cabal.

Sirvió con holgura y honestidad a la administración pública, tendió su mano generosa a sus hermanos los indígenas de Angostura, hizo de su vida profesional un apostolado y dejó, como mejor herencia a su querida familia, un nombre limpio y respetado, y para la historia de las letras sinaloenses, un rico legado con sus preciosas aportaciones literarias, que las generaciones actuales y venideras tienen y tendrán que reconocer en su valía cultural.

Índice

Presentación	5
Lira andariega	11
Medallón	13
Umbral	14
Primera secuencia	
Poesía de imágenes rurales	15
La invocación del jinete	6
Padre río	17
Guitarra ranchera	18
Promesa de amor rural	19
Presagios de tempestad	20
La venganza del nopal por mí	21
Segunda secuencia	
Poesía de sabor romántico	22
Morfoteca	23
Cosas de menores	24

Pina consentida	25
Gaviota Jiménez	26
Altata. (Visión mitológica)	27
Cuentos de pájaros	28
Indira Lis	29
La novia del soldado	30

Tercera secuencia

Voz de protestas airadas	31
México, tú y yo en guardia	32
Noches de angustia en los galerones	37
Contemos de Alhuey la historia	40
Mensaje al hombre nuevo que salvará mi especie	42
Responso por la muerte de Bruno B. García	46
Letanía	46
Ofertorio	47
Sudario	47
Testamento de fe	48
Letra para un himno del SNTE en Sinaloa	49
En doce gotas de sangre	50
Madre del corazón universal	51

Cuarta secuencia

La didáctica en la poesía	53
Arribo y regreso	54
¡Maestro, escucha!	56
Anatomía vegetal	58
Los soldaditos	59
La ronda del D.D.T	60
El burro enano	61
Las carabelas de Colón	62

Quinta secuencia

Poesía de querencias geográficas	63
Serenatas de Alhuey	64
Por ti Sinaloa	65
En la colonia de El Vallado	66
Viejo Alhuey	67
Fue allá en Escuinapa (El pescador embrujado)	68
Lejos de Alhuey	70

Sexta secuencia

Brindis por la Baja California Norte	71
Cachanilla y sinaloense	72
De Culiacán a Tecate	73
Golondrinas de Mexicali	74
Mejor me quedo en Tijuana	75
Souvenirs de Ensenada	76
Himno a la Baja California Norte	77

Tras la huella del indio 79

Prólogo	81
"Con la venia de usted"	83
Dedicatoria	87
El mayo "Rúmulo" no quería ser "ganadero"	89
El valioso mundo del "aguamal"	95
Y murió el mayito Marcelo	99
El líder, un mayo en la palestra sindical	103
"Tío-Tirso, el viejo juglar"	109
La Tichi González	115
La caza del venado "a cola"	119
¿Cree usted que lloverá mañana, don Eusebio?	123
La ley del monte	129
El último sueño de la víbora	133
Para "pipián"el de las ratas	137
"Panali"	141
Un venado danzándole a San Pedro	145
¡Maten esa vaquilla..! ¡Tiene la rabia!	151
Con mi abuela al amparo del pitayal	157
Y hubo que matar al halcón ...	161
Tome nota, doctor.	
Habla el mayo "Mencho"	165
Entre Dios y los signos del "mal agüero"	171
Significado de palabras viciadas pronunciadas por los indios mayos de Sinaloa	175

Ahora sí, ya le entiendo al mayo Lencho 179

Presentación	181
Dedicatoria	184
Nuestra portada	185
Ahora sí, ya le entiendo al mayo Lencho	187
significado de palabras de la A a la B	188
Primera digresión en torno a los nombres	

individuales comunes de dos	191
Continuación del significado de las palabras de la C a la CH	192
Segunda digresión a propósito de los efectos del consumo de mariscos	195
Continuación del significado de las palabras de la D a la LL	196
Tercera digresión en torno a los milagros del ánimo del Tuerto Simón	201
Continuación del significado de las palabras de la M a la Ñ	202
Cuarta digresión referida a los sobrenombres de las personas	205
Continuación del significado de las palabras de la o a la Z	206
Consideraciones finales	211
Los viejos barrios de Los Mochis viejos	215
Justificación previa (Brindis por el pasado de Los Mochis)	217
A manera de colofón anticipado	221
Los Mochis, aquel pueblo hecho de pitahaya	223
El barrial, milagro y maldición	227
El mayo, primer ingrediente humano	231
Indio, mezcal y pascola	237
Aquellas escuelas primarias	241
Una guitarra, una victrola y la banda de don Eulogio Ramírez	247
Un pueblo ante la tumba de Bachomo	253
Y surgió en Los Mochis el barrio del pecado	257
¡Oh..., la magia del cinematógrafo!	261
El circo, los payasos y las fieras	267
“La Sinaloa”, aquel barrio muy peculiar	273
El crimen de la campaña antichina (Un baldón en la historia)	275
¡Y tomaron “Los Colorados” la ciudad!	281
Un puesto de aviación militar en Los Mochis	285
“Cañeros” contra “Venados”, una confrontación beisbolera	291
Los cuatro viejos canales sobre la ciudad	295
Establecimientos y residencias de los viejos barrios de aquella época	297
Anexo	301

Cipriano Obezo Camargo. Maestro de
maestros, hombre incansable en el
quehacer educativo

307

CIPRIANO OBEZO CAMARGO
OBRAS

Se terminó de imprimir en el mes de mayo de 2017
en los Talleres Gráficos de Colegio de Bachilleres
del Estado de Sinaloa.

La edición consta de 1000 ejemplares.